

Frankenstein

MARY W. SHELLEY



Frankenstein

o el moderno Prometeo

Mary W. Shelley

Ilustraciones

Abril Sánchez

COLECCIÓN JUVENIL “VUELA EL PEZ”

BIBLIOTECA DEL CONGRESO DE LA NACIÓN

Shelley, Mary W.

Frankenstein, o, El moderno Prometeo / Mary W. Shelley ;

ilustraciones Abril Sánchez. -- Buenos Aires : Biblioteca del Congreso de la Nación, 2025.

318 p. ; 17 cm. – (Vuela el Pez)

ISBN 978-950-691-183-6

1. Novela inglesa - siglo XIX 2. Novela de ciencia ficción - I. Sánchez, Abril, il. II. Biblioteca del Congreso de la Nación (Argentina), ed. III Serie.

Propietario

Biblioteca del Congreso de la Nación

Director Responsable

Alejandro Lorenzo César Santa

Adaptación, corrección y diseño

Subdirección Editorial

Impresión y encuadernación

Dirección Servicios Complementarios

Alsina 1835, 4.^º piso. CABA

© Biblioteca del Congreso de la Nación, 2025

Alsina 1835

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

diciembre 2025

Queda hecho el depósito que previene la ley n.º 11.723

ISBN 978-950-691-183-6

Índice

<i>Prólogo de la autora para la edición de Standard Novels</i>	7
<i>Prefacio</i>	16
<i>Carta I</i>	20
<i>Carta II</i>	24
<i>Carta III</i>	29
<i>Carta IV</i>	31
<i>Carta V</i>	36
<i>Capítulo I</i>	42
<i>Capítulo II</i>	49
<i>Capítulo III</i>	57
<i>Capítulo IV</i>	68
<i>Capítulo V</i>	78
<i>Capítulo VI</i>	88
<i>Capítulo VII</i>	99
<i>Capítulo VIII</i>	114
<i>Capítulo IX</i>	125
<i>Capítulo X</i>	133
<i>Capítulo XI</i>	144
<i>Capítulo XII</i>	154

<i>Capítulo XIII</i>	161
<i>Capítulo XIV</i>	170
<i>Capítulo XV</i>	177
<i>Capítulo XVI</i>	188
<i>Capítulo XVII</i>	201
<i>Capítulo XVIII</i>	208
<i>Capítulo XIX</i>	219
<i>Capítulo XX</i>	229
<i>Capítulo XXI</i>	241
<i>Capítulo XXII</i>	256
<i>Capítulo XXIII</i>	269
<i>Capítulo XXIV</i>	280
<i>Walton, a continuación</i>	291

Prólogo de la autora para la edición de Standard Novels

Los editores de Standard Novels, al seleccionar *Frankenstein* para una de sus colecciones, me han pedido que les facilite algún dato sobre el origen de este relato. Accedo a ello con mucho gusto, porque así daré una respuesta general a la pregunta que frecuentemente me han hecho: “¿Cómo, siendo yo una chica joven, llegué a pensar y explayar una idea tan tremenda?”. Es cierto que soy muy contraria a ponerme a mí misma en letra impresa; pero como esta nota va a aparecer como apéndice de otra anterior, y se va a limitar a cuestiones relacionadas con mi calidad de autora solamente, apenas puedo culparme de cometer una intrusión personal.

7

Nada extraño es que yo, hija de dos personas de distinguida reputación literaria, haya pensado escribir desde muy temprano en mi vida. Niña aún, borroneaba; y mi pensamiento favorito durante las horas que me daban para recreo era “escribir historias”. Pero tenía un placer más grato que ese: hacer castillos en el aire, complacerme en soñar despierta, seguir series de pensamientos que tenían por tema un encadenamiento de incidentes imaginarios. Mis sueños eran más fantásticos, y más agradables también, que mis escritos. En estos últimos no era sino una servil imitadora, repetía lo que otros habían hecho en vez de consignar ideas de mi propia mente. Lo que escribía estaba destinado, por lo menos, a los ojos

de otro: el compañero y amigo de mi niñez; mientras que mis sueños eran todos para mí; de ellos no daba cuenta a nadie; eran mi refugio contra el fastidio, mi placer más grato en las horas libres.

En mis tiempos de muchacha viví casi siempre en el campo y pasé largos días en Escocia. Hacía una que otra visita a los sitios más pintorescos, pero mi residencia habitual estaba en la desolada y lúgubre margen norte del Tay, cerca de Dundee. Desolada y lúgubre la llamo ahora, al recordarla, pero entonces no me parecía así. Era, por el contrario, el seno de la libertad, y la región placentera donde, sin que me vieran, podía comunicarme con los seres de mi fantasía. Escribía ya, pero en muy vulgar estilo. Debajo de los árboles en las tierras pertenecientes a nuestra casa, o en las desnudas faldas de las montañas cercanas, fue donde nacieron y se criaron mis verdaderas composiciones, los vuelos aéreos de mi imaginación. No hacía de mí misma la heroína de mis cuentos. Mi vida propia me parecía una cosa muy vulgar. No podía figurarme que iban a ser mi suerte alguna vez las aflicciones románticas o los hechos maravillosos; pero no me limitaba a mi propia identidad y podía poblar las horas con creaciones mucho más interesantes para mí, a esa edad, que mis sensaciones propias.

Después de esto, mi vida se hizo más atareada y la realidad ocupó el lugar de la ficción. Mi esposo, sin embargo, se mostró desde el primer momento muy deseoso de que me revelara digna de mi origen inscribiéndome en el libro de la fama. Me instaba siempre a que tratase de

obtener reputación literaria, lo que también estaba en mi interés entonces, aunque luego eso se hizo para mí una cuestión absolutamente indiferente. Me instaba, pues, a que escribiese, no tanto con la idea de que yo pudiera producir algo digno de noticia, sino para que él pudiera juzgar hasta dónde poseía la promesa de cosas mejores para adelante. No hice nada, sin embargo. Los viajes y los cuidados de la familia me absorbían el tiempo; y el estudio, en forma de lecturas, o el perfeccionamiento de mis ideas poniéndome en contacto con su inteligencia mucho más cultivada eran todas las ocupaciones literarias que embargaban mi atención entonces.

En el verano de 1816, visitamos Suiza y nos hicimos vecinos de lord Byron. Al principio pasábamos nuestras felices horas en el lago de Ginebra o vagando por sus orillas; y lord Byron, que escribía entonces el tercer canto de *Childe Harold*, era el único de nosotros que volcaba en papel sus pensamientos. Estos, a medida que su autor nos los iba presentando envueltos en toda la luz y armonía de la poesía, parecían hacer divinas las glorias del cielo y de la tierra, cuya influencia compartíamos con él.

Pero el verano resultó húmedo, desagradable, a menudo una lluvia incesante nos relegaba a la casa durante días enteros. Algunos volúmenes de cuentos de aparecidos, traducidos del alemán al francés, cayeron en nuestras manos. Estaba entre ellos la *Historia del amante inconstante*, que, cuando creía alcanzar a la novia a quien había hecho sus votos, se encontraba en los brazos del pálido fantasma de la mujer abandonada. Estaba

también el cuento del malvado fundador de su raza, cuyo miserable destino era dar el beso de muerte a todos los hijos de su casa fatídica justamente cuando las criaturas llegaban a la edad en que prometen. A medianoche, bajo los indecisos rayos de la luna, se veía avanzar lentamente por la sombría alameda su gigantesca y lúgubre figura, vestida como el espectro de *Hamlet*, de armadura completa, pero con la visera alzada. La figura se perdía en la sombra de los muros del castillo, y el espectro se encaminaba al lecho de los florecientes vástagos, sumidos en saludable sueño. Eterna pena expresaba su rostro cuando se agachaba para besar en la frente a las criaturas, que desde ese momento empezaban a marchitarse como flores arrancadas de su tallo. No he vuelto a ver estos cuentos desde entonces, pero sus incidentes están tan frescos en mi memoria como si los hubiera leído ayer.

“Cada uno va a escribir un cuento de fantasmas”, dijo lord Byron, y su proposición fue aceptada. Éramos cuatro. El noble autor empezó un cuento, del que imprimió un fragmento al final de su poema de *Mazepa*. Shelley, más apto para encarnar ideas y sentimientos en la radiación de brillantes imágenes y en la música de los versos más melodiosos que adornan nuestra lengua, que para inventar el mecanismo de un cuento, comenzó uno fundado en los sucesos de los primeros años de su vida. El pobre Polidori tenía cierta idea horrible a propósito de una dama cuya cabeza era una calavera, castigo que había recibido por mirar por el ojo de la cerradura, no recuerdo qué cosa, algo muy horrible y malo; pero cuando la dama se encontró

en peor situación que el célebre Tom de Coventry, no supo qué hacer con ella y tuvo que mandarla al sepulcro de los Capuletos, único lugar adecuado para ella. Los ilustres poetas también, fastidiados por la vulgaridad de la prosa, abandonaron en breve su antipática tarea.

Yo me puse a pensar *una historia*, una historia que rivalizara con los que nos habían incitado a acometer esa tarea. Una que hablara a los misteriosos terrores de nuestra naturaleza y despertara un horror palpitable; una que diera al lector miedo de mirar en torno suyo, que helara la sangre y acelerara los latidos del corazón. Si no conseguía esas cosas, mi cuento de fantasmas no sería digno de su nombre. Pensaba y meditaba inútilmente. Sentía esa incapacidad total de invención que es la más grande aflicción de los autores cuando la inerte Nada responde a nuestras ansiosas invocaciones. *¿Ha pensado algún cuento?* me preguntaban todas las mañanas, y todas las mañanas tenía que responder con una mortificante negativa.

Todo debe tener su principio, parafraseando a Sancho Panza; y ese principio debe estar ligado a algo que existe ya. Los hindúes dan al mundo un elefante por sostén, pero hacen que el elefante se apoye en una tortuga. Confesemos humildemente que la invención no consiste en crear algo de la nada sino del caos; hay que contar ante todo con los materiales, porque la invención puede dar forma a sustancias confusas, amorfas, pero no puede producir la sustancia misma. En toda cuestión de descubrimiento e invención, basta en las que pertenecen a la imaginación, se nos presenta continuamente la historia

del huevo de Colón. Invención es la habilidad para descubrir las capacidades de un tema, y la facultad de fundir y modelar ideas subordinadas a él.

Muchas y largas fueron las conversaciones entre lord Byron y Shelley de las que yo era oyente devota, pero casi muda. En el curso de una de ellas se discutieron varias doctrinas filosóficas y, entre otras cosas, la naturaleza del principio de la vida, y si había alguna probabilidad de que fuera descubierto y difundido alguna vez. Se habló de los experimentos del doctor Darwin (no me refiero a lo que el doctor hacía en realidad o decía que hacía, sino, cosa más adecuada a mi objeto, a lo que se decía entonces que había hecho) a propósito de que, por no sé qué medio extraordinarios, había conseguido que empezara a agitarse con movimientos voluntarios un pedazo de fideo que conservaba en una caja de cristal. Después de todo, no era así como podría darse la vida. Tal vez se llegaría a reanimar un cadáver, y el galvanismo había dado pruebas de esas cosas; tal vez podrían fabricarse, y armarse, y dotarse de calor vital a las partes componentes de una criatura.

La noche fue declinando durante esa conversación, y hasta la hora de las brujas había pasado ya cuando nos retiramos a descansar. Al poner mi cabeza en la almohada no me dormí pero tampoco se podría decir que pensara. Mi imaginación, espontáneamente, se apoderó de mí y me condujo a las imágenes sucesivas que surgían en mi mente con una brillantez que salvaba los límites usuales del ensueño. Vi, con los ojos cerrados, pero con aguda visión mental, al pálido estudiante de artes profanas

arrodiado junto a la combinación que había hecho. Vi desarrollarse al horroroso fantasma de un hombre que luego, bajo la acción de cierta máquina poderosa, daba señales de vida y se agitaba con movimientos torpes, medio vitales. Terrible debía ser eso; porque tenía que ser supremamente aterrador el resultado de toda tentativa humana para remediar el estupendo mecanismo del Creador del mundo. Su propio triunfo horrorizaría al artista, que huiría de su propia obra, despavorido. Tendría la esperanza de que, abandonada a sí misma, la leve chispa de vida que había infundido se extinguiría; que esa cosa que había recibido una animación tan imperfecta, volvería a hacerse materia muerta, y que él, su creador, podría dormir confiado en que el silencio de la tumba aniquilaría para siempre la efímera existencia del horrendo cadáver que había considerado como la cuna de la vida. Él duerme; pero es despertado; abre los ojos; contempla la horrible cosa junto a su cama, abriendo las cortinas y mirándolo con ojos amarillos, acuosos, pero especulativos.

Yo abrí los míos aterrada. La idea me posesionó de tal modo que corrió por mí un escalofrío de miedo y ansie cambiar la imagen espectral de mi fantasía por las realidades que me rodeaban. Las veo todavía: el aposento mismo, el piso oscuro, los postigos cerrados, con la luz de la luna luchando a través de ellos, y la impresión que tenía de que el cristalino lago y los altos y blancos Alpes estaban al otro lado. No podía librarme tan fácilmente de mi horrendo espectro; todavía me atormentaba. Tenía que intentar pensar en otra cosa. Recurrí a mi cuento de

fantasmas... ¡a mi engorroso cuento de fantasmas! ¡Ah!
¡Si pudiera idear uno que asustara al lector como me había asustado yo esa noche!

Rápida como la luz y no menos alegre fue la idea que me asaltó entonces. “¡Lo he encontrado! Lo que me ha aterrador a mí aterrará a los otros; y no tengo más que hacer que describir el espectro que ha asediado mi almohada esta noche”. A la mañana siguiente anuncié que había pensado un cuento. Ese mismo día empecé con las palabras: *Era una triste noche de noviembre...*, haciendo una simple transcripción de los horrores que había soñado despierta.

Al principio pensé solo en unas cuantas páginas, en un cuento corto, pero Shelley me instó a que desarrollara la idea más ampliamente. En realidad, no debí a mi esposo la indicación de un solo incidente, ni tal vez de una sola serie de sensaciones; sin embargo, de no haber sido por sus incentivos, esto no habría tomado nunca la forma en que se presentó al mundo. De esta declaración debo exceptuar el prefacio. Que yo recuerde, lo escribió enteramente él.

Y ahora, una vez más, le ordeno a mi horrenda criatura que salga y prospere. Siento afecto por ella, pues fue el fruto de unos días felices, en que la muerte y el dolor no eran sino palabras que no encontraban verdadero eco en mi corazón. Sus diversas páginas hablan de muchos paseos, muchos viajes y muchas conversaciones, cuando yo no estaba sola; y mi compañía era alguien a quien no

veré más en este mundo. Pero esto es para mí; a mis lectores no les incumben estas asociaciones.

Solo añadiré unas palabras sobre las alteraciones que he introducido. Son principalmente de estilo. No he cambiado parte alguna del relato ni he introducido ideas ni circunstancias nuevas. He enmendado el lenguaje donde era tan soso que interfería con el interés del relato; y estos cambios aparecen casi exclusivamente al principio del texto. En los demás, se limitan a aquellas partes que son meras adiciones a la historia, dejando intactos su fondo y su sustancia.

M. W. S.

Londres,
15 de octubre, 1831

15

Prefacio

16

El suceso en el que se basa este relato no es considerado imposible por el Dr. Darwin y algunos tratadistas alemanes de fisiología. No debe suponerse que yo esté ni lo más remotamente de acuerdo con semejante fantasía; sin embargo, al adoptarla como base para una obra de ficción, no he pensado limitarme a tejer una serie de terrores sobrenaturales. El hecho del cual depende el interés de la historia está exento de las desventajas del mero relato de espectros o de encantamientos. Está avalado por la novedad de las situaciones que desarrolla y, aunque imposible como hecho físico, proporciona a la imaginación un punto de vista desde el cual delinear las pasiones humanas de manera más amplia y vigorosa de lo que puede permitir cualquier relación de hechos verídicos.

Así, he procurado conservar la verdad de los principios elementales de la naturaleza humana, si bien no he vacilado en innovar sus combinaciones. La *Ilíada*, la poesía trágica de Grecia, Shakespeare en *La tempestad* y *El sueño de una noche de verano*, y muy especialmente Milton en *El paraíso perdido*, se ajustan a esta regla; y el más humilde novelista que aspire a proporcionar u obtener alguna distracción con su trabajo puede aplicar en las creaciones en prosa, sin presunción, esta licencia, o más bien esta regla, de cuya adopción han resultado tantas combinaciones exquisitas de sentimientos humanos en los más altos ejemplos de la poesía.

La circunstancia en la que se apoya mi narración surgió de una conversación casual. Empezó en parte como un modo de distracción, y en parte como un recurso para ejercitar todas las parcelas inexploradas de la mente. A medida que avanzaba la obra, vinieron a incorporarse otros motivos. No soy en absoluto indiferente al modo en que afectan al lector las tendencias morales existentes en los sentimientos y personajes que en ella se contienen, cualesquiera que sean; sin embargo, mi mayor interés a este respecto se ha centrado en evitar los efectos enervantes de las novelas de hoy día, y en poner de manifiesto la bondad del afecto familiar, y la excelencia de la virtud universal. No debe suponerse de ningún modo que las opiniones que emanan naturalmente del carácter y las situaciones del protagonista corresponden siempre a mis propias convicciones; ni hay que extraer la conclusión de que las páginas que siguen presuponen doctrina filosófica alguna.

También le interesa a la autora resaltar que este relato comenzó en la majestuosa región donde se sitúa el escenario principal, y en compañía de aquellos a los que no puede dejar de echar de menos. Pasé el verano de 1816 en las cercanías de Ginebra. El clima era frío y lluvioso, nos reuníamos por la tarde en torno a un buen fuego de leña, y a veces nos distraíamos con algunos relatos alemanes de fantasmas que habían caído en nuestras manos. Esos cuentos despertaron en nosotros un deportivo deseo de imitación. Otros dos amigos (cualquier relato debido a la pluma de uno de ellos sería infinitamente

más aceptable para el público que lo que yo pueda llegar a crear jamás) y yo acordamos escribir un relato, cada uno fundado en algún suceso sobrenatural.

El tiempo, sin embargo, mejoró de repente; y mis dos amigos emprendieron un viaje por los Alpes y perdieron, en esos magníficos escenarios, todo recuerdo de sus visiones fantasmales. El relato que sigue es el único que ha quedado completo.

Marlow,
septiembre de 1817

Frankenstein

o el moderno Prometeo

Carta I

A la señora Saville, Inglaterra.
San Petersburgo, 11 de diciembre, 17

Te alegrarás al saber que ningún desastre ha acompañado los comienzos de una empresa que habías considerado con tan malos presagios. Llegué aquí ayer y mi primera tarea es asegurar a mi querida hermana que me encuentro bien y que tengo una confianza cada vez más grande en el buen éxito de mi empeño.

Estoy ya muy al norte de Londres, y al andar por las calles de San Petersburgo siento que una helada brisa me roza las mejillas, me templa los nervios y me llena de alegría. ¿Entiendes este sentimiento? Ese viento, que viene de las regiones a donde me dirijo, me da un antípico de esos climas glaciales. Animados por este viento de promesa, mis sueños de vigilia se hacen más fervientes y vívidos. En vano trato de persuadirme de que el polo es el asiento del hielo y la desolación; siempre se presenta en mi imaginación como una región de bellezas y delicias. Allá, Margaret, el sol está visible continuamente; su ancho disco rasa casi el horizonte y difunde un esplendor perpetuo. Allá —porque con tu permiso, hermana, voy a poner alguna confianza en los navegantes anteriores— allá la helada y la nieve no existen; y, navegando por un mar tranquilo, podemos vernos llevados a una tierra que excede en maravillas y en hermosura a todas las regiones

descubiertas hasta hoy en el globo habitable. Sus productos y sus características no tienen tal vez iguales, como con seguridad no los tienen los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades inexploradas. ¿Qué no puede esperarse en un país de luz eterna? Puede ser que descubra allá la fuerza maravillosa que atrae a la aguja; y puede ser que ponga en orden mil observaciones celestes que solo requieren este viaje para que sus aparentes excentricidades queden permanentemente fijas. Satisfaré mi ardiente curiosidad de ver una parte del mundo nunca visitada aún, y quizá recorra una tierra en la que nunca ha impreso aún su huella el pie del hombre. He ahí lo que me atrae, y eso basta para dominar todo temor de peligro o de muerte, y para inducirme a emprender el laborioso viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en un botecito con sus compañeros en una expedición de descubrimiento por su río nativo. Pero, aun en el supuesto de que todas estas conjeturas resulten falsas, no podrás negar el inestimable beneficio que haré a toda la humanidad, hasta la última generación, al descubrir cerca del polo un paso hacia los países cuyo acceso tantos meses de viaje exigen ahora; o al precisar el secreto del imán, lo que, si es factible, solo puede realizar una empresa como la mía.

Estas reflexiones han disipado la agitación con que empecé mi carta, y siento que mi corazón arde con un entusiasmo que me eleva al cielo porque nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme, un punto en el cual el alma pueda fijar sus ojos intelectuales.

Esta expedición ha sido el sueño favorito de mis primeros años. He leído con ardor los relatos de los diferentes viajes que se han hecho con la intención de llegar al océano Pacífico del norte cruzando los mares que circundan el polo. Recordarás que toda la biblioteca de nuestro buen tío Tomás estaba representada por una historia de los viajes hechos con fines de descubrimiento. Aunque des- cuidaba mi educación, tenía pasión por la lectura. Esos volúmenes eran mi estudio noche y día, y al familiarizarme con ellos se acrecentaba el pesar que habría sentido cuando, niño aún, supe que mi padre al morir había prohibido a mi tío que me permitiera abrazar la carrera de navegante.

Estas visiones se disiparon cuando leí por primera vez a los poetas cuyas efusiones me arrebataron el alma y la elevaron al cielo. Yo también me hice poeta y durante un año viví en un paraíso creado por mí mismo; me figuraba que yo también podría obtener un nicho en el templo donde están consagrados los nombres de Homero y Shakespeare. Bien conoces tú mi fracaso, y cuánto me abrumó el desengaño. Pero en esa época precisamente heredé la fortuna de mi primo y mis pensamientos volvieron a la vía de su tendencia anterior.

Seis años han pasado desde que resolví mi empresa actual. Hoy todavía puedo recordar el momento en que me dediqué a esta gran obra. Empecé habituando mi cuerpo a las penalidades. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al mar del Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y el sueño; muchas veces trabajaba más rudamente que los marineros durante el

día y consagraba mis noches al estudio de las matemáticas, de la teoría de la medicina y de las ramas de la ciencia física de las que un aventurero naval puede sacar las más grandes ventajas prácticas. Dos veces me contraté a mí mismo como segundo piloto en un barco ballenero de Groenlandia y me desempeñé de una manera admirable. Debo confesar que me sentí un poco orgulloso cuando el capitán me ofreció el segundo puesto en el barco, rogándome con mucho empeño que me quedara porque tan valiosos consideraba mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco realizar alguna grande obra? Mi vida podría haber transcurrido en la holgura y el lujo, pero preferí la gloria a todos los halagos que la riqueza ponía en mi camino. ¡Ah! ¡Que responda afirmativamente alguna voz alentadora! Mi valor y mi resolución son firmes, pero mis esperanzas vacilan y mi ánimo decae a menudo. Estoy por emprender un largo y difícil viaje cuyas emergencias exigirán toda mi fortaleza; tendrá no solo que levantar el ánimo de los otros, sino que sostener a veces el mío cuando los demás se desalienten.

Esta es la época más favorable para viajar en Rusia. Se vuela rápidamente sobre la nieve en los trineos; el movimiento es agradable, mucho más agradable, en mi opinión, que el de las diligencias inglesas. El frío no es excesivo cuando se envuelve uno en pieles, traje que ya he adoptado, porque hay gran diferencia entre pasearse por la cubierta y quedarse sentado inmóvil horas enteras, sin ejercicio alguno que impida que la sangre se le hiele a uno positivamente en las venas. No aspiro a perder la vida en el camino de postas entre San Petersburgo y Arcángel.

Saldré de esta última población dentro de dos o tres semanas y me propongo alquilar allá un barco, lo que puede hacerse fácilmente pagando el seguro por el dueño, y contratar también los marineros que considere necesarios entre los que se dedican a la pesca de las ballenas. No tengo la intención de hacerme a la vela sino en el mes de junio, y ¿cuándo volveré? ¡Ah, querida hermana! ¿Cómo satisfacer esa pregunta? Si llego a triunfar, muchos, muchos meses, años tal vez, pasarán antes que podamos juntarnos tú y yo. Y si fracaso, volverás a verme pronto, o nunca.

Adiós, mi querida, excelente Margaret. Que el cielo haga llover bendiciones sobre ti y me salve a mí para que pueda atestiguar muchas veces mi gratitud por todo tu cariño y tu bondad.

24

Tu afectuoso hermano,
R. Walton

Carta II

A la Sra. Saville, Inglaterra.
Arcángel, 28 de marzo, 17

¡Cuán lentamente pasa el tiempo aquí, cercado como estoy por el hielo y la nieve! Sin embargo, he dado el segundo paso en mi empresa. He alquilado un barco y estoy ocupado en reunir mis marineros; los que he contratado ya parecen ser hombres en quienes se puede confiar y con seguridad están dotados de valor intrépido.

Hay, sin embargo, una necesidad que no he podido llenar nunca, y ahora considero un mal muy serio esa falta. No tengo aquí ningún amigo, Margaret. De modo que cuando esté ardiendo en entusiasmo por el triunfo no habrá nadie que comparta mi alegría, y cuando me asalte el desconsuelo nadie tratará de sacarme de mi abatimiento. Es cierto que puedo confiar al papel mis pensamientos, pero ese es un pobre medio de comunicar los sentimientos. Ansí la compañía de un hombre que simpatice conmigo, cuyos ojos respondan a los míos. No tengo a nadie junto a mí, benévolamente intrépido, de inteligencia tan culta como capaz, y de gustos como los míos, que apruebe o corrija mis planes. ¡Cómo repararía un amigo así las deficiencias de tu pobre hermano! Yo soy muy apasionado en la acción y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero más grave es para mí la circunstancia de que me haya formado solo, porque los primeros catorce años de mi vida los pasé correteando en un baldío y leyendo únicamente los libros de viajes de nuestro tío Tomás. Luego conocí a los poetas nacionales célebres y solo cuando se agotó mi poder de sacarles su mayor beneficio fue cuando advertí la necesidad de familiarizarme con otros idiomas fuera de la lengua patria. Ahora tengo 28 años y en realidad soy más ignorante que la mayoría de los escolares de 15. Es cierto que he pensado más y que mis sueños de vigilia son más amplios y magníficos, pero esos sueños necesitan ser armonizados, como dicen los pintores, y tengo gran necesidad de un amigo con sentido suficiente para

no despreciarme por romántico y lo bastante afectuoso para que procure disciplinar mi pensamiento.

Bueno, estas son quejas inútiles; con seguridad no voy a encontrar ningún amigo en el vasto océano, ni siquiera aquí, en Arcángel, entre mercaderes y marineros. Sin embargo, también en estos pechos rudos laten ciertos sentimientos que no se mezclan con la hez de la naturaleza humana. Mi segundo, por ejemplo, es hombre de un valor y una decisión prodigiosa; tiene un afán loco de gloria, para decirlo con más propiedad, de ascender en su profesión. Es un inglés, y entre sus preocupaciones nacionales y profesionales que la cultura no ha moderado, conserva algunos de los dones más nobles de la humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero y como estaba aquí sin trabajo me fue fácil contratarlo para que me secundara en mi empresa.

26

El capitán es una persona de excelente carácter y se distingue en el barco por su suavidad y por la blandura de su disciplina. Esta circunstancia, unida a su integridad y a su coraje, me hizo desear vehementemente su contratación. El aislamiento en que ha transcurrido mi juventud y los afectuosos cuidados materiales con que has rodeado tú mis mejores años han refinado de tal modo el fondo de mi carácter que no puedo sobreponerme a la profunda aversión que me inspira la brutalidad corriente a bordo; nunca la he creído necesaria, y cuando oí hablar de un marino tan conocido por su bondad de corazón como por el respeto y la obediencia que le profesaban sus hombres, pensé que sería muy afortunado si podía

conseguir sus servicios. Tuve la primera noticia de él de forma un poco novelesca, por una dama que le debe la felicidad de su vida. En forma resumida, este es la historia. Hace algunos años, se enamoró de una joven rusa de fortuna moderada, y como había acumulado una cantidad considerable de dinero, el padre de la niña consintió el casamiento. Solo pudo verla una vez antes de la ceremonia, pero la encontró bañada en lágrimas y, echándose a sus pies, le suplicó que la perdone, porque ella amaba a otro, pero era pobre, por lo que su padre nunca iba a consentir el matrimonio. Mi generoso amigo tranquilizó a la joven y en cuanto supo el nombre de su amado, abandonó su búsqueda. Ya había comprado una granja con su dinero, en la que se proponía pasar el resto de su vida; pero se la regaló a su rival en su totalidad, junto con el dinero que le quedaba para que comprara animales, y él mismo pidió al padre de la joven su consentimiento para el matrimonio. Pero el padre se negó terminantemente considerándose obligado por su honor a mi amigo, y entonces este, ante la actitud inexorable que asumía el padre, se marchó del país y no volvió sino cuando supo que su exprometida se había casado de acuerdo con sus inclinaciones. “¡Qué noble carácter!” dirás tú, y así es. Pero el hombre es enteramente inculto y tan callado como un turco; y tiene una especie de ignorante indiferencia que, si bien hace que su conducta sea de lo más asombrosa, le resta interés y simpatía, que de otro modo predominarían en él.

No vayas a suponer, sin embargo, porque me quejo un poco o porque hablo de un consuelo para mis aflicciones,

que tal vez no conoceré nunca, que vacilo en mi resolución. Esta es tan firme como el destino, y lo único que demora ahora mi viaje es el estado del tiempo, que no permite aún nuestra salida. El invierno ha sido tremenda-mente crudo, pero la primavera empieza bien, y se considera que la estación se ha adelantado de una manera notable; de manera que quizá larguemos las velas antes de lo que esperamos. No haré nada atropelladamente; me conoces lo bastante para tener confianza en mi prudencia y sensatez cuando la seguridad de otros está en mis manos.

No puedo describirte mis sensaciones ante la perspectiva ya próxima de la realización de mi empresa. Es imposible darte una idea del nerviosismo, medio jubilosa y medio temerosa, con que preparo la partida. Me marcho a regiones inexploradas, a “la tierra de la niebla y de la nieve”, pero como no mataré albatros no debes temer por mi seguridad, ni que vuelva a tu lado tan consumido y desconsolado como el “viejo marinero” de Coleridge. Esta alusión te hará sonreír, pero voy a revelarte un secreto. Muchas veces he atribuido a esa producción del más imaginativo de los poetas modernos mi afición, mi apasio-nado entusiasmo, por los peligrosos misterios del océa-no. Hay algo que obra en mi alma y que no comprendo. Yo soy un hombre laborioso, un obrero que trabaja con afán y perseverancia; pero aparte de eso, en todos mis planes se mezcla un amor a lo prodigioso, una creencia en las maravillas, que me arrastra de los senderos ordinarios de

los hombres hasta el mar salvaje y las regiones desconocidas que estoy por explorar.

Pero volvamos a consideraciones más gratas. ¿Volveré a verte después de haber cruzado inmensos mares y de haber dado la vuelta al cabo más meridional de África o de América? No me atrevo a esperar tan gran triunfo, pero tampoco soporto contemplar el reverso de la fotografía. Por ahora sigue escribiéndome en toda oportunidad; puede que reciba tus cartas precisamente en los momentos en que más las necesite para sostener mi ánimo. Te quiero entrañablemente. Recuérdame con cariño si no vuelves a saber de mí.

Tu afectuoso hermano,
Robert Walton

29

Carta III

A la Sra. Saville, Inglaterra.

7 de julio, 17

Querida hermana:

Te escribo estas pocas líneas a toda prisa para decirte que estoy bien y muy adelantado en mi viaje. Esta carta irá a Inglaterra por un buque mercante que regresa ahora, desde Arcángel, más afortunado que yo, que tal vez no vuelva a ver mi país natal por muchos años. Estoy contento, sin embargo; mis hombres son arrojados, y al parecer firmes en su propósito, pues no los desalientan

las flotantes sabanas de hielo que pasan continuamente junto a nosotros indicando los peligros de la región hacia la que nos dirigimos. Hemos llegado ya a una latitud muy alta, pero estamos en pleno verano, y aunque los vientos del sur que nos impulsan rápidamente hacia las costas que tanto ansío alcanzar no son tan cálidos como en Inglaterra, contienen aún cierta tibieza confortante que no esperaba de ellos.

No nos han ocurrido hasta hoy incidentes que puedan figurar en una carta. Uno que otro ventarrón violento y la aparición de un rumbo en el casco son accidentes que los navegantes expertos casi no se acuerdan de consignar, y me consideraré muy feliz si no nos sucede más que eso durante el viaje.

Adiós, querida Margaret. Ten la seguridad de que por mí mismo, así como por ti, no desafiaré temerariamente al peligro. Seré frío, perseverante y prudente.

Pero el éxito coronará mi empresa. ¿Por qué no? Hasta hoy he marchado abriéndome camino seguro por sobre los mares sin huellas; las estrellas mismas son testigos y testimonios de mi triunfo. ¿Por qué no he de seguir andando sobre este elemento salvaje pero sumiso? ¿Qué es lo que puede detener al corazón resuelto y a la voluntad decidida del hombre?

Mi corazón repleto se vuelca así involuntariamente. Pero tengo que concluir. ¡Que el cielo bendiga a mi querida hermana!

Cariñosamente tuyo,
R. W.

Carta IV

A la Sra. Saville, Inglaterra.

5 de agosto, 17

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de asentarlo por escrito, aunque es muy probable que me veas a mí antes que esta carta llegue a tus manos.

El lunes pasado, 31 de julio, el hielo nos rodeaba casi por completo, cercando al buque por todas partes sin dejarle más espacio libre que el agua en que flotaba. Nuestra situación era un poco peligrosa, sobre todo porque también nos envolvía una niebla muy densa. Nos quedamos esperando que se produjera algún cambio en la atmósfera y el clima.

Como a las dos se disipó la niebla, y pudimos contemplar vastas planicies heladas irregulares que se extendían en todas direcciones y que no parecían tener fin. Algunos hombres refunfuñaban, y a mí también se me empezaba a cargar de ansiedad el pecho, cuando un espectáculo extraño nos llamó de pronto la atención apartando nuestro pensamiento de la situación en que estábamos. A la distancia vimos un vehículo chato, un trineo seguramente, tirado por perros, que pasaba en dirección al Norte; sentado en él y guiando a los perros iba un ser que tenía la figura de un hombre, aunque por su corpulencia parecía ser más bien un gigante. Estuvimos siguiendo con el

largavista la rápida marcha del viajero hasta que se perdió entre las lejanas irregularidades del hielo.

Esa aparición nos dejó completamente maravillados. En ese entonces, creíamos estar a muchos kilómetros de toda costa, pero lo que acabábamos de ver parecía denotar que la tierra no se encontraba realmente tan distante como suponíamos. Sin embargo, rodeados por el hielo como estábamos, era imposible seguir la huella del extraño viajero, que habíamos observado con la mayor atención.

Como dos horas después de este suceso oímos el fondo del mar, y antes de anochecer se partió el hielo liberando a nuestro buque. Pero seguimos a la espera de que clareara el día, temiendo chocar en la oscuridad con las enormes masas de hielo desprendidas que quedan flotando al abrirse el mar. Aproveché ese tiempo para descansar unas cuantas horas.

Por la mañana, tan pronto como hubo luz, subí a la cubierta y encontré a todos los marineros apiñados en un costado del buque, hablando al parecer con alguien que estaba en el mar. En efecto, había allí un trineo como el que habíamos visto y que había llegado hasta nosotros, durante la noche, en un gran témpano. Solo un perro quedaba vivo, pero había también un ser humano al que los marineros intentaban convencer para que subiera a bordo. Ese viajero no era, como parecía el otro, un habitante salvaje de alguna isla ignorada, sino un europeo. Al verme sobre cubierta, el capitán dijo:

—Aquí está nuestro comandante y él no va a permitir que perezca usted en altamar.

El desconocido me dirigió entonces la palabra, expresándose en inglés, aunque con acento extranjero:

—Antes de subir a bordo —dijo—, ¿tendrá la bondad de informarme a dónde se dirigen?

Puedes imaginar mi sorpresa ante esa pregunta hecha por un hombre que estaba al borde de la ruina, y para quien mi buque, como lo habría supuesto cualquiera, era un recurso que no habría cambiado por el bien más precioso que puede dar la tierra. Respondí, sin embargo, que estábamos en viaje de descubrimiento hacia el polo norte.

Esta respuesta pareció satisfacer al viajero, pues consintió al fin en subir a bordo. ¡Gran Dios! Si hubieras visto, Margaret, al hombre que capitulaba así a propósito de su seguridad, tu sorpresa no habría tenido límites. Tenía los miembros casi enteramente congelados y el tronco horriblemente esquelético por la fatiga y el sufrimiento. Nunca he visto a nadie en tan miserable estado. Quisimos llevarlo al camarote, pero se desmayó en cuanto dejó de aspirar el aire fresco. Por consiguiente, volvimos a subirlo a la cubierta, y lo reanimamos frotándolo con aguardiente y haciéndole tragar un poco de ese estimulante. Luego, cuando volvió a dar señales de vida, lo envolvimos en frazadas y lo pusimos junto a la chimenea de la cocina. Lentamente fue reponiéndose y tomó un poco de sopa que le sentó a maravilla.

Dos días pasaron así, antes de que pudiera hablar, y muchas veces temí que los padecimientos le hubieran quitado la razón. Tan pronto como se repuso un poco lo llevé a mi camarote y le dediqué todos los cuidados que mis deberes me permitían. Nunca he visto un ser más impresionante; sus ojos tienen por lo general una expresión de extravío y a veces de locura, pero hay momentos en que, cuando alguien lo hace objeto de un acto de bondad o le presta el menor servicio, toda su fisonomía se ilumina, podría decirse, con una radiación de benevolencia y de dulzura como no he visto nunca. Pero por lo común está melancólico y desalentado, y hay ocasiones en que hace rechinar los dientes como si lo desesperara la carga de aflicciones que lo opreme.

34

Cuando mi huésped estuvo un poco más fuerte me costó mucho trabajo alejar de él a los hombres, que querían hacerle mil preguntas; pero yo no podía permitir que molestaran con su curiosidad ociosa al pobre, cuyo estado de salud corporal y mental dependía, evidentemente para su restablecimiento, del reposo absoluto. Una vez, sin embargo, mi segundo a cargo le preguntó por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su semblante adoptó instantáneamente un aspecto de profunda tristeza y respondió:

—Buscando a uno que huye de mí.

—¿Y este hombre al que persigue viaja de la misma manera?

—Sí.

—Entonces creo que la hemos visto, porque el día antes de recogerlo a usted vimos un hombre que atravesaba el hielo en un trineo tirado por perros.

Esto despertó la atención del desconocido, que hizo una multitud de preguntas sobre el camino que el demonio, según lo llamaba, había seguido. Poco después, cuando se encontró solo conmigo, dijo:

—Sin duda he despertado su curiosidad y la de esta buena gente; pero usted es demasiado considerado para interrogarme.

—En efecto; sería realmente impertinente e inhumano de mi parte molestarlo con averiguaciones.

—Sin embargo, usted me rescató de una situación extraña y peligrosa; me ha vuelto a la vida con sus bondades.

Luego me preguntó si creía yo que al partirse el hielo se hubiera perdido el otro trineo. Le respondí que no podía dar ningún dato seguro al respecto, porque el hielo no se había partido sino como a medianoche y antes de eso el viajero podía haber llegado a algún lugar seguro, aunque esto no lo podía afirmar.

Desde ese momento un nuevo aliento vital pareció animar al debilitado organismo del desconocido. Manifestó vehementes deseos de subir a cubierta para tratar de descubrir el trineo que había aparecido, pero lo he persuadido de permanecer en el camarote porque está demasiado débil aún para soportar la crudeza del ambiente. Le he prometido poner a otro de vigía para que le avise inmediatamente si apareciera algo a la vista.

Esto es todo lo que consigna mi diario hasta ahora respecto a tan extraño suceso. El desconocido ha ido mejorando poco a poco de salud, pero se muestra muy taciturno y parece inquietarse cuando entra en el camarote otro que no sea yo. Sin embargo, sus maneras son tan conciliadoras y suaves que todos los marineros se interesan por él, aunque han tenido muy pocas ocasiones de tratarlo. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su pena profunda y constante me llena de simpatía y compasión. Tiene que haber sido una persona noble en sus mejores tiempos, puesto que hoy todavía, en la desgracia, es tan atractivo y amable.

Dije en una de mis cartas, querida Margaret, que no iba a encontrar amigos en el vasto océano; sin embargo, he encontrado a un hombre que, si la desgracia no hubiese quebrado su espíritu, me habría llenado de felicidad considerarlo mi hermano del corazón.

Voy a continuar mi diario sobre el desconocido en intervalos, cuando tenga que consignar algún nuevo incidente.

Carta V

13 de agosto, 17

El afecto que tengo hacia mi huésped aumenta todos los días. Me inspira a la vez admiración y compasión hasta un punto sorprendente. ¿Cómo podría ver a un hombre tan noble destruido por el dolor sin sentir la más punzante pena?

Es tan amable y tan sensato, tiene una inteligencia tan cultivada... Cuando habla, aunque elige las palabras con el arte más delicado, su lenguaje fluye con rapidez y con una elocuencia sin par.

Está muy repuesto ya de su enfermedad, y continuamente sube a la cubierta, al parecer para tratar de descubrir el trineo que precedía al suyo. Pero, aunque sufre, no se entrega por completo a su aflicción y se interesa mucho por los proyectos de otros. Ha conversado muchas veces conmigo sobre los míos, que yo le he comunicado sin reservas. Se enteraba atentamente de todos mis argumentos en favor de mi buen éxito probable, y hasta del más mínimo detalle de las medidas que he tomado para asegurar el triunfo. Y por la simpatía que demostraba me vi inducido a hablarle con el lenguaje del corazón, a dar salida al fuego que me abrasa el alma, a decir, en fin, con todo el fervor que siento, cuán alegremente sacrificaría mi fortuna, mi existencia, todas mis esperanzas, a la realización de mi empresa. La vida o la muerte de un hombre eran un pequeño precio a pagar para adquirir los conocimientos que yo buscaba, por el poder que alcanzaría y transmitiría después, sobre los enemigos elementales de nuestra raza. Mientras hablaba así, una sombra de tristeza iba esparciéndose en el semblante de mi interlocutor. Noté que al principio trataba de disimular su emoción, pues se ponía la mano sobre los ojos; y de pronto la voz se me hizo trémula y me faltó porque vi que corrían lágrimas entre sus dedos, y que de su cargado pecho se escapaba un gemido. Hubo una pausa, y mi huésped habló al fin con acento entrecortado:

—¡Infeliz! ¿Comparte usted mi locura? ¿Ha probado usted también el embriagador brebaje? Escúcheme, deje que le cuente mi historia, ¡y apartará la copa de sus labios!

Como puedes imaginar, estas palabras excitaron en alto grado mi curiosidad, pero el paroxismo de pena que había apoderado al desconocido pudo más que sus debilitadas facultades, y fueron necesarias muchas horas de reposo y de conversaciones tranquilas para devolverle la serenidad.

Habiendo dominado la violencia de sus emociones, pareció despreciarse a sí mismo por haberse dejado arrastrar por la pasión; y sobreponiéndose a la negra tiranía de su desesperación me llevó a conversar otra vez sobre mí. Me pidió la historia de mis primeros años. Le conté la historia rápidamente, pero despertó varias reflexiones. Hablé de mi anhelo de encontrar un amigo, de mi anhelo de simpatía con una inteligencia compañera más íntima que la que me había cabido en suerte hasta entonces, y expresé mi convicción de que un hombre podía gloriarse de poca felicidad si no gozaba de esta bendición.

—Convengo con usted —dijo el desconocido—. Somos seres incompletos, hechos solo a medias, cuando uno más sensato, mejor y más querido que nosotros, como debe ser un amigo, no nos presta su ayuda para perfeccionar nuestra débil e imperfecta naturaleza. Yo tuve una vez un amigo que era el más noble de los seres humanos y por tanto estoy habilitado para juzgar la amistad. Usted tiene esperanzas y el mundo por delante, ningún motivo

de desesperación. Pero yo... yo lo he perdido todo, y ya no puedo empezar de nuevo la vida.

Al decir esto, expresó una pena honda, constante, que me tocó el corazón. Pero calló, y seguidamente se retiró a su camarote.

Incluso destrozado espiritualmente como está, nadie es capaz de apreciar como él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y todos los espectáculos que ofrecen estas maravillosas regiones parecen tener todavía el poder de elevar su alma sobre la tierra. Un hombre así hace una vida doble: puede sufrir aflicciones y estar abrumado por el desaliento y, sin embargo, cuando se concentra en sí mismo es como un espíritu celeste, que tiene una aureola a su alrededor, círculo dentro del cual no se aventura ningún pesar o locura.

¿Te hace sonreír el entusiasmo con que me expreso acerca de este divino viajero? No harías eso si lo conocieras. A ti te han instruido y refinado los libros y tu retiro del mundo, por eso eres un poco exigente; pero así estás más preparada, precisamente, para apreciar los extraordinarios méritos de este hombre maravilloso. A veces he procurado descubrir qué cualidad es la que posee y que lo eleva a tan inmensurable altura sobre todas las personas que conozco. Creo que es un discernimiento intuitivo, una facultad de juicio rápida pero siempre certera, una penetración de las causas de las cosas, sin rival en materia de claridad y precisión; agrega a esto una facilidad de expresión y una voz cuyas variadas entonaciones son música que subyuga al alma.

El desconocido me dijo ayer:

—Se habrá dado cuenta fácilmente, capitán Walton, que yo he sufrido grandes e incomparables desgracias. Hubo un tiempo en que resolví que el recuerdo de estos males moriría conmigo, pero usted me ha inducido a alterar mi determinación. Usted busca el conocimiento y la sabiduría, como hice yo una vez, y espero firmemente que la satisfacción de sus anhelos no sea una víbora que lo muerda, como ha sucedido en mi caso. No sé si el relato de mis desastres le será útil, pero cuando pienso que usted sigue el mismo camino, exponiéndose a los mismos peligros que han hecho de mí lo que soy, me figuro que podrá deducir de mi ejemplo una moral apropiada, que lo dirija si triunfa en su empresa o que lo consuele si fracasa. Prepárese para conocer hechos que normalmente se consideran maravillosos. Si estuviéramos entre los panoramas más apacibles de la naturaleza temería chocar con su incredulidad, y quizás me juzgase ridículo; pero en estas regiones salvajes y misteriosas tienen que parecer posibles muchas cosas que provocarían la risa de los que no están familiarizados con los poderes siempre diversos de la naturaleza; y tampoco puedo dudar de que mi relato aportará la prueba intrínseca de la veracidad de los sucesos que lo constituyen.

Puedes imaginar sin dificultad que me llenó de contento la comunicación que se me ofrecía, pero no podía permitir que mi huésped renovara su dolor al recitar

sus desgracias. Sentía la más grande ansiedad por oír la narración prometida, en parte por curiosidad y en parte por un fuerte deseo de mejorar su suerte, si estaba en mis manos hacerlo. Y expresé estos sentimientos en mi respuesta.

—Le agradezco su simpatía —me replicó—, pero es inútil; mi destino ya casi está cumplido. No espero más que un acontecimiento, y entonces podré descansar en paz. Comprendo sus sentimientos —continuó al ver que yo quería interrumpirlo—, pero se equivoca, amigo mío, si me permite usted darle ese título, pues nada puede cambiar mi suerte. Oiga mi historia, y verá cuán irrevocable es ya.

Y agregó que comenzaría su relato al día siguiente, cuando estuviera yo desocupado. Esta promesa me arrancó los agradecimientos más cordiales. He resuelto que todas las noches, cuando no esté imperativamente ocupado en mis deberes, sentaré por escrito, repitiendo en lo posible sus propias palabras, lo que me haya relatado durante el día. Este manuscrito será indudablemente para ti una distracción muy grande, pero ¡con cuánto interés y simpatía lo leeré algún día yo mismo, que he conocido al hombre y que he oído las cosas de sus propios labios! Todavía ahora, al comenzar mi tarea, su voz bien entonada se infla en mis oídos, sus ojos brillantes se fijan en mí con toda su melancólica dulzura, y veo su delgada mano que se levanta animada mientras las líneas de su rostro irradian el alma que está dentro. Extraña y desgarradora debe ser su historia; terrible la tempestad

que envolvió al valiente barco en su curso, ¡y lo arruinó de esta manera!

Capítulo I

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados fueron durante muchos años consejeros y síndicos, mi padre había desempeñado varios puestos públicos con honra y reputación. Lo respetaban todos los que lo conocían por su integridad y por su atención infatigable a los negocios públicos. Había pasado los días de su juventud constantemente ocupado en los asuntos de su patria, y una serie de circunstancias le impidieron casarse tempranamente, por lo que solo en el ocaso de su vida llegó a ser marido y padre de familia.

42

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un negociante que cayó, a consecuencia de numerosas desventuras, de una situación favorable a la pobreza. Ese hombre, que se llamaba Beaufort, tenía un carácter orgulloso e inflexible, y no pudo reducirse a vivir pobre y olvidado en el mismo lugar donde antes se había distinguido por su posición y magnificencia. De modo que después de pagar sus deudas de la manera más honrosa, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió ignorado en la mayor indigencia. Mi padre quería a Beaufort con la amistad más sincera y

lo apenó profundamente su retiro en tan infortunadas circunstancias. Deploraba amargamente el falso orgullo que llevó a su amigo a comportarse de una manera tan poco digna con el afecto que los unía. Sin demora, se puso a la tarea de descubrir su paradero con la esperanza de persuadirlo a empezar de nuevo con su crédito y ayuda.

Beaufort había tomado precauciones eficaces para ocultarse, transcurrieron diez meses antes que mi padre descubriera su paradero. Lleno de júbilo al encontrarlo, se dirigió a la casa, que estaba situada en una humilde calle próxima al río Reuss. Pero al entrar en ella, solo la desgracia y la desesperación lo recibieron. Beaufort solo había salvado una pequeña cantidad de dinero del naufragio de su fortuna, lo suficiente para proveerse sustento durante unos meses; mientras tanto, esperaba conseguir un empleo respetable en alguna casa de comercio. De modo que ese intervalo transcurrió en la inacción; su pena se hacía más profunda y enconada cuando tenía ocasión de entregarse a reflexionar, y acabó por absorber su pensamiento de modo tal que, a los tres meses, cayó en cama enfermo, imposibilitado de todo esfuerzo.

La hija lo cuidaba con la mayor ternura, pero veía con desesperación que sus pequeños ahorros disminuían rápidamente y que no había perspectiva de otra ayuda. Ahora bien, Caroline Beaufort poseía una mente con temple poco común, y valor suficiente para sostenerse en la adversidad. Buscó un trabajo sencillo y se puso a trenzar paja, y por diversos medios lograba ganar apenas lo suficiente para vivir.

Varios meses pasaron de esta manera. El padre iba empeorando y la hija tenía que dedicar la mayor parte de su tiempo a la tarea de atenderlo; sus medios de subsistencia se reducían cada vez más y al décimo mes su padre murió en sus brazos dejándola en la orfandad y en la miseria. Este último golpe la venció, y estaba de rodillas junto al ataúd de Beaufort, llorando amargamente, cuando mi padre entró a la habitación. Llegó como un espíritu protector para la pobre niña, que se confió a su cuidado. Después del sepelio de su amigo, mi padre la llevó a Ginebra, donde la puso bajo la guarda de un familiar. Dos años después Caroline Beaufort fue su esposa.

Había una gran diferencia de edad entre mis padres, pero esa circunstancia parecía unirlos más íntimamente con vínculos de devoto afecto. Había un sentido de la justicia en el recto espíritu de mi padre que le obligaba a tener muy alto el concepto de una persona para amarla intensamente. Tal vez en los años anteriores había sufrido al descubrir tardíamente la indignidad de alguien amado, por lo que estaba dispuesto a conceder más valor a la mujer que demostrara merecerlo. Había un asomo de gratitud y reverencia en su cariño hacia mi madre, que difería enteramente del apego propio de la vejez, porque lo inspiraba el respeto a las virtudes de ella y el deseo de ser el medio para resarcirla en cierto grado de las penas que había sufrido; eso le daba una gracia indecible a su manera de ser con ella. Hacía todo de modo que llenara los deseos y la comodidad de mi madre. Se esforzaba por resguardarla, como el jardinero resguarda

la linda planta exótica del viento rudo, y por rodearla de todo lo que tendiera a provocar una emoción agradable en su pensamiento suave y benévolos. Su salud, y también su tranquilidad de ánimo, constante hasta entonces, habían sido alteradas por lo que había pasado. En los dos años transcurridos antes del matrimonio, mi padre había ido renunciado poco a poco a todas sus funciones públicas y tan pronto como se hubo casado, buscó el agradable clima de Italia. El cambio de escenario y de interés que acompaña a una gira por esa tierra de prodigios, obró como un restaurador para el debilitado organismo de mi madre.

Después de Italia visitaron Alemania y Francia. Yo, el mayor de los hijos, nací en Nápoles, y pequeño aún los acompañé en sus excursiones. Por varios años fui hijo único. Aunque eran muy cariñosos uno para el otro, parecían sacar de una verdadera mina de amor inagotables reservas de ternura para dedicármelas a mí. Las dulces caricias de mi madre y la sonrisa de placer benévolos de mi padre cuando me miraba son mis primeros recuerdos. Yo era el juguete y el ídolo de ellos, y algo mejor también... su hijo, el ser inocente y desvalido que les había concedido el cielo, al que tenían para formar para el bien y cuya suerte futura iban a encaminar hacia la felicidad o la desgracia, según cómo cumplieran sus deberes para conmigo. Con este conocimiento profundo de lo que debían al ser a que habían dado vida, agregado al activo espíritu de ternura que animaba a ambos, es fácil imaginar que a cada momento de mi infancia recibí una lección de

paciencia, de caridad y de sujeción; y fui guiado por una cuerda tan suave, que todo no parecía ser sino una serie de goces para mí.

Por largo tiempo fui su único cuidado. Mi madre deseaba mucho tener una hija, pero yo seguía siendo el único descendiente. Cuando tenía unos cinco años volvieron a cruzar las fronteras de Italia, y pasaron una semana a orillas del lago Como. Su bondad natural impulsaba a mis padres a entrar a menudo en las casas de los pobres. Esto para mi madre era más que un deber; recordando lo que había sufrido y cómo había sido auxiliada, era para ella una necesidad, una pasión, hacer a su vez de ángel custodio para los afligidos. En el curso de uno de sus paseos llamó la atención de mis padres una pobre casucha hundida en los repliegues de un valle por su aspecto singularmente desolado, mientras una cantidad de niños a medio vestir, agrupados en torno a ella, revelaba penuria su máxima expresión. Un día que mi padre había ido a Milán, mi madre acompañada por mí visitó esa vivienda. Encontró en ella a un campesino con su mujer, extenuados, encorvados por la inquietud y el trabajo, en momentos en que distribuían una escasa merienda a cinco niños famélicos. Entre esas criaturas había una que interesó a mi madre mucho más que las otras, una muchacha que parecía de estirpe diferente. Los otros cuatro eran unos pícaros de ojos oscuros y descarados, mientras ella era delgada y muy rubia. Su cabello era del más brillante oro vivo y, a pesar de la pobreza de sus ropas, la muchacha parecía llevar una corona de distinción en la cabeza. Tenía

la frente despejada y amplia, los ojos azules y límpidos, y sus labios y el corte de su rostro expresaban la sensibilidad y la dulzura de tal modo que nadie podía mirarla sin considerarla de distinta especie, como un ser enviado del cielo, que llevaba un sello celestial en todos sus rasgos.

La campesina, al notar que mi madre miraba maravillada y sorprendida a esta niña adorable, se apresuró en contarle su historia. No era hija de ella, sino de un noble milanés y de una alemana, que había muerto al darla a luz. La criatura había sido confiada a esa buena gente para que la criara, porque entonces estaban en mejor situación: hacía poco que se habían casado y acababan de tener su primer hijo. El padre de la muchacha era uno de esos italianos criados en el recuerdo de la antigua gloria de Italia, uno de los *schiavi ognor frementi*, que se esforzaba por conseguir la libertad de su patria y que fue víctima de su debilidad. Si había muerto o si se consumía aún en las prisiones de Austria, era cosa no sabida. Se confiscaron sus bienes, y su hija quedó huérfana y sin recursos. Siguió al lado de sus padres adoptivos y se desarrolló en la ruda vivienda de estos, más bella que una rosa de jardín entre zarzas.

Cuando mi padre regresó de Milán, encontró jugando conmigo en el vestíbulo de nuestra casa quinta a una chica más rubia que un querubín de cuadro, una criatura cuyas facciones parecían lanzar destellos y cuya forma y movimientos eran más leves que la gamuza de las colinas. Se le explicó en seguida esa aparición. Y con su consentimiento, mi madre indujo a los rústicos guardianes a

que le cedieran su carga. Los pobres querían a la dulce huérfana, cuya presencia parecía ser una bendición para ellos; pero consideraron que cometían una injusticia si la mantenían en la pobreza y en la necesidad cuando la Providencia le deparaba una protección tan poderosa. Consultaron al cura de la aldea, y el resultado fue que Elizabeth Lavenza pasó a vivir en la casa de mis padres y se hizo algo más que mi hermana, la bella y adorada compañera de todas mis ocupaciones y placeres.

Todo el mundo quería a Elizabeth. El cariño apasionado y casi respetuoso con que todos la consideraban se hizo, cuando pude compartirlo, mi orgullo y mi deleite. La noche antes del día que la trajeron a casa mi madre había dicho en tono juguetón:

—Tengo un lindo regalo para mi Víctor... Mañana se lo daré.

Y cuando a la mañana siguiente me presentó a Elizabeth como el regalo prometido, yo, con seriedad infantil, interpreté sus palabras en sentido literal y consideré a Elizabeth mía: mía para protegerla, quererla y acariciarla. Todos los elogios que le hacían, yo los recibía como hechos a una posesión mía. Nos dábamos familiarmente el título de primos. Pero ninguna palabra o expresión puede formular la clase de vínculo que la unía a mí: era más que mi hermana, y hasta la muerte estaba destinada a ser solamente mía.

Capítulo II

Nos criamos juntos pues nuestra diferencia de edad no llegaba a un año. Creo inútil deducir que no conocimos ninguna especie de desunión o disputa. La armonía era el alma de nuestra compañía, la diversidad y contraste que subsistía en nuestros caracteres nos unía más aún. Elizabeth tenía un temperamento más tranquilo y concentrado, pero a pesar de mi vehemencia yo era capaz de una aplicación más intensa y sentía más ardientemente la sed de conocimiento. Ella se entretenía en seguir las creaciones aéreas de los poetas y en los majestuosos y admirables espectáculos que rodeaban nuestra casa suiza —las sublimes formas de las montañas, los cambios de las estaciones, la tempestad y la calma, el silencio del invierno y la vida y la turbulencia de nuestros veranos alpinos—, encontraba vasto campo para sorprenderse y deleitarse. Mientras mi compañera contemplaba con espíritu serio y satisfecho los magníficos aspectos de las cosas, yo disfrutaba investigando las causas. El mundo era para mí un secreto que ansiaba desentrañar. La curiosidad, la investigación para conocer las ocultas leyes de la naturaleza y la alegría similar al éxtasis cuando las descubría, están entre las sensaciones más tempranas que puedo recordar.

Al nacer el segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres renunciaron por completo a su vida errante y se establecieron en su país natal. Poseíamos una casa

en Ginebra y una quinta en Bellerive, en la orilla oriental del lago, a poco más de cinco kilómetros de la ciudad. Residíamos principalmente en esta última, mis padres pasaban su vida en un completo retiro. Estaba en mi carácter evitar la muchedumbre y apegarme fervientemente a unos cuantos. Por lo tanto, mis compañeros de escuela me eran indiferentes en general, pero me uní con vínculos de la más estrecha amistad a uno de ellos, Henry Clerval, hijo de un comerciante de Ginebra. Era un muchacho de talento e imaginación singulares; muy entendido en materia de libros de caballería y romances. Componía cantos heroicos y empezaba a escribir muchos cuentos de encantamientos y aventuras caballerescas. Trataba de hacernos representar obras de teatro y tomar parte en farsas con personajes sacados de los héroes de Roncesvalles, de la Tabla Redonda del rey Arturo y del gallardo séquito que vertió su sangre para rescatar el Santo Sepulcro de manos de los infieles.

Ningún ser humano habría podido pasar una niñez más feliz que la mía. Mis padres estaban poseídos por el espíritu mismo de la bondad y la indulgencia. Sentíamos que no eran tiranos que gobernaban nuestra suerte según su capricho, sino los agentes y creadores de las muchas delicias de que disfrutábamos. Cuando me mezclaba con otras familias, me daba cuenta de lo afortunado de mi destino y la gratitud favorecía el desarrollo del amor filial.

Mi temperamento era a veces violento, y mis pasiones vehementes; pero, por alguna ley constitucional,

esas pasiones no se aplicaban a propósitos pueriles sino al deseo afanoso de aprender, aunque no de aprender todas las cosas indistintamente. Confieso que ni la estructura de las lenguas, ni el código de los gobiernos, ni la política de los diferentes Estados tenían atractivos para mí. Los secretos del cielo y de la tierra eran los que ansiaba conocer, y ya fuera la sustancia externa de las cosas o el espíritu íntimo de la naturaleza y la misteriosa alma del hombre lo que me ocupara, mis investigaciones tendían siempre a lo metafísico o, en su más alto significado, a los secretos físicos del mundo.

Clerval, por su parte, se ocupaba, por decirlo así, de las relaciones morales de las cosas. La etapa activa de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres eran su tema, su esperanza y su sueño se cifraban en llegar a ser uno de aquellos cuyos nombres que pasan a la historia como valientes y aventureros benefactores de nuestra especie. La santa alma de Elizabeth brillaba como lámpara de altar en nuestro hogar tranquilo. Su simpatía era la nuestra: su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales estaban siempre presentes para bendecirnos y alentarnos. Era la encarnación viva del amor que ablanda y atrae; podría yo haberme hecho hosco por mis estudios o rudo por el ardor de mi naturaleza, si no hubiera sido que allí estaba ella, para imponerme una semblanza de su propia suavidad. ¿Y Clerval? ¿podía invadir algún mal al noble espíritu de Clerval? Sin embargo, no habría sido él tan perfectamente humano, tan reflexivo en su generosidad, tan lleno de bondad y

de ternura en medio de su pasión por las hazañas caballerescas, si ella no le hubiera descubierto la verdadera belleza de la beneficencia, de obrar bien como el objeto y fin de su ambición elevada.

Siento un placer delicioso al explayarme en estos recuerdos de la niñez antes que la desgracia me empañara mi mente y cambiara sus brillantes visiones de extensa utilidad en opacos y estrechos reflejos sobre mí mismo. Además, al hacer el cuadro de mis primeros años, consigno a la vez los acontecimientos que fueron llevando, de manera imperceptible, a mi desventura posterior; porque, al querer explicarme a mí mismo el origen de la pasión que rigió más tarde mi destino, me encuentro con que ella surge, como un río en la montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas, y que engrosándose al correr se hizo luego el torrente que en su curso se ha llevado todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha gobernado mi destino; por eso deseo establecer en este relato los hechos que determinaron mi predilección por esa ciencia. Tenía yo trece años cuando una vez fuimos todos en excursión de placer a los baños próximos a Thonon, y la inclemencia del tiempo nos obligó a quedarnos un día encerrados en la posada. En esa casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con apatía, pero la teoría que el autor intenta demostrar y los hechos prodigiosos que relata cambiaron pronto ese estado de ánimo por entusiasmo. Una nueva luz pareció alumbrar mi mente, y saltando de alegría comuniqué el

descubrimiento a mi padre. Él miró sin interés la portada del libro y dijo:

—¡Ah! ¡Cornelio Agripa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo en eso; es pura tontería.

Si mi padre en vez de hacer esa observación se hubiera tomado el trabajo de explicarme que los principios de Agripa habían sido destruidos por completo y que se había introducido un sistema moderno de ciencia que tenía mucha más fuerza que el antiguo, porque la fuerza de este era químérica mientras que la del otro era real y práctica, entonces con seguridad habría echado yo a un lado a Agripa y habría contentado a mi imaginación, excitada como estaba, volviendo con más ardor a mis estudios anteriores. También es posible que el curso de mis ideas no hubiera recibido nunca el fatal impulso que me llevó a la ruina. Pero la ojeada rápida que mi padre había dado al volumen de ninguna manera me aseguraba que su contenido le fuera conocido, así que seguí leyendo el libro con la mayor avidez.

Cuando volví a casa, mi primer cuidado fue conseguir todas las obras de ese autor, y después las de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las extrañas fantasías de esos escritores; me parecían tesoros que conocían pocos fuera de mí. He dicho ya que estaba poseído de un ardiente anhelo por penetrar los secretos de la naturaleza. A pesar de la intensa labor y de los portentosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre volvía de mis estudios descontento e insatisfecho. Dicen que sir Isaac Newton ha confesado que sentía la impresión

de ser un niño que estaba juntando conchas junto al gran e inexplorado océano de la verdad. Y los sucesores suyos en todas las ramas de la filosofía natural que yo conocía se presentaban también a mis aprensiones pueriles como principiantes empeñados en la misma tarea.

El campesino ignorante contemplaba los elementos que lo rodeaban y conocía sus usos prácticos. Poco más que él sabía el más instruido filósofo. Había descubierto en parte la faz de la Naturaleza, pero sus lineamientos inmortales seguían siendo una maravilla y un misterio. Podía disecar, analizar y poner nombres, pero, sin hablar de una causa final, las causas en sus grados secundario y terciario le eran totalmente desconocidas. Yo había contemplado detrás de las fortificaciones y los obstáculos que parecían impedir a los seres humanos la entrada en la ciudadela de la naturaleza, y atropellada e ignorantemente me había quejado.

Pero aquí había libros, y había hombres que penetraron más profundamente y conocido más. Di crédito a todo lo que afirmaban y me hice discípulo de ellos. Puede parecer extraño que sucediera esto en el siglo XVIII, pero mientras seguía mi curso de educación en las escuelas de Ginebra, me instruía también a mí mismo, hasta cierto punto, en lo que se refería a mis estudios favoritos. Mi padre no era hombre de ciencia, y yo estaba solo para luchar con la ceguedad propia del niño, agravada por una sed estudiantil de conocimientos. Bajo la dirección de mis nuevos preceptores me puse a buscar con la mayor diligencia la piedra filosofal y el elixir de la vida, pero esto

último absorbió en breve toda mi atención. La riqueza era un objeto inferior; pero ¡qué gloria acompañaría a mi descubrimiento si conseguía desterrar la enfermedad del organismo humano y hacer invulnerable al hombre para toda muerte que no fuera la violenta!

Además, esas no eran mis únicas visiones. La evocación de fantasmas o demonios era una promesa que me hacían mis autores favoritos y cuyo cumplimiento perseguía yo con la mayor ansiedad; y mis encantamientos resultaban siempre infructuosos, atribuía el fracaso más bien a mi inexperiencia y equivocaciones que a falta de acierto o de fidelidad en mis instructores. Así, por un tiempo estuve entregado a sistemas desacreditados, mezclando, como el que no está iniciado, mil teorías contradictorias y chapoteando desesperadamente en un verdadero pantano de conocimientos múltiples, guiado por una imaginación ardiente y un razonamiento infantil, hasta que un accidente volvió a cambiar el curso de mis ideas.

Tenía yo quince años entonces. Nos habíamos retirado a nuestra casa, cerca de Belrive, cuando una noche asistimos a una tormenta violentísima y terrible. Llegaba detrás de las montañas del Jura y los truenos estallaban con sonoridad aterradora en el cielo. Mientras duró, me quedé observando su evolución con curiosidad y deleite. Estaba en la puerta cuando vi de pronto una corriente de fuego que salía de un viejo y hermoso roble situado a unos veinte metros de la casa, y en cuanto se desvaneció esa luz deslumbrante noté que el árbol había desaparecido, y que no quedaba otra cosa que el tronco calcinado.

Cuando fuimos a ver el árbol a la mañana siguiente lo encontramos partido de una manera curiosa. No había sido hendido simplemente por el rayo, sino reducido a pequeñas astillas. Nunca había visto algo tan completamente destruido.

Antes de eso yo no conocía ni las leyes más elementales de la electricidad. En aquella ocasión estaba con nosotros un hombre de grandes estudios en filosofía natural. Excitado por la catástrofe, explicó una teoría que había formulado a propósito de la electricidad y del galvanismo, teoría que era para mí tan nueva como sorprendente. Todo lo que dijo dejaba totalmente en la sombra a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, los señores de mi imaginación; pero, no sé por qué fatalidad, la caída de esos hombres me quitó el deseo de proseguir mis acostumbrados estudios. Me pareció que nunca se sabría, o se podría saber, nada. Todo lo que por tanto tiempo había captado mi atención se hizo de pronto despreciable. Por uno de esos caprichos mentales a que estamos tal vez más sujetos en los primeros años de la juventud, renuncié inmediatamente a mis ocupaciones anteriores, solté la historia natural y toda su progenie como una creación deforme y abortiva, cobré el más grande desprecio a una pretendida ciencia que nunca podría ni siquiera transponer el umbral de los conocimientos reales. En este estado de ánimo me entregué a las matemáticas y a las ramas de estudio pertenecientes a esa ciencia, juzgándola construida sobre seguros cimientos y digna, por lo tanto, de mi consideración.

De esta extraña manera están formadas nuestras almas, y tan leves son los vínculos que nos ligan a la prosperidad o a la ruina. Cuando miro hacia atrás, ese cambio de inclinación y de voluntad casi milagroso se me representa como una sugestión inmediata del ángel guardián de mi vida, como el último esfuerzo hecho por el instinto de conservación para alejar la tormenta que entonces pendía ya de las estrellas y estaba pronta para arrollarme. Esta victoria fue anunciada por una tranquilidad y una alegría de alma insólitas que siguieron al abandono de mis antiguos estudios, últimamente tan torturadores. Así era como se me iba a enseñar a asociar al mal con la continuación de esos estudios, y la felicidad con mi renuncia a ellos.

Era un vigoroso esfuerzo del espíritu del bien, pero resultó infructuoso. El destino tenía demasiado poder y sus inmutables leyes habían decretado mi absoluta y terrible destrucción.

Capítulo III

Cuando cumplí diecisiete años, mis padres decidieron que ingrese en la Universidad de Ingolstadt. Había concurrido hasta entonces a las escuelas de Ginebra, pero mi padre consideraba necesario para completar mi educación que me familiarizara con otras costumbres, fuera de las de mi país natal. Se fijó por tanto mi partida para una fecha próxima; pero, antes de que llegara ese día, ocurrió

la primera desgracia de mi vida, presagio, podría decirse, de mi sufrimiento futuro.

Elizabeth había cogido la fiebre escarlata; su estado era grave y su vida corría gran peligro. Durante su enfermedad se habían hecho muchas instancias a mi madre para decidirla a que se abstuviese de atenderla. Al principio accedió a nuestros pedidos; pero cuando supo que la vida de su favorita corría peligro, no pudo dominar la ansiedad. Se plantó junto al lecho de la enferma y sus vigilantes cuidados triunfaron sobre el mal. Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de su imprudencia fueron fatales para la enfermera. Al tercer día se enfermó mi madre; la fiebre se presentó acompañada por los más alarmantes síntomas y las miradas de los médicos que la asistían pronosticaban lo peor. La fortaleza y la benevolencia de esa mujer superior no la abandonaron en su lecho de muerte. Juntó la mano de Elizabeth con la mía y nos dijo:

—Hijos míos, mis más firmes esperanzas de felicidad futura las había puesto en la perspectiva de su unión. Esta expectativa será ahora el consuelo de su padre. Elizabeth, amor mío, tienes que ocupar mi puesto al lado de mis hijos menores. ¡Ay! Lamento separarme de ustedes, porque, feliz y querida como he sido, ¿no es duro abandonarlos a todos? Pero estas no son ideas dignas de mí; voy a tratar de resignarme a morir, alimentando la esperanza de volver a verlos en el otro mundo.

Murió tranquilamente y su semblante expresó afecto incluso en la muerte. Creo inútil describir el sentimiento

de aquellos cuyos vínculos más queridos rompe ese mal irreparable, el vacío que aparece en el alma y la desesperación que asoma en el rostro. Pasó tanto tiempo antes de que la mente pudiera convencerme de que esa a quien veíamos todos los días y cuya existencia parecía formar parte de la nuestra se había marchado para siempre, que el brillo de los ojos adorados se había extinguido y que el sonido de esa voz tan familiar y tan dulce para el oído se había apagado para no ser escuchada nunca más. Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el transcurso del tiempo prueba la realidad del mal, entonces comienza realmente la amargura de la pena. Pero ¿a quién no ha roto algún vínculo querido esa ruda mano, y para qué voy a describir un dolor que todos han sentido y tienen que sentir? Llega al fin el día en que la pena es más un alivio que una necesidad, y no se reprime la sonrisa que aflora en los labios, aunque pueda parecer un sacrilegio. Mi madre había muerto, pero nosotros teníamos todavía deberes que cumplir; debemos seguir nuestro camino con los demás y aprender a considerarnos afortunados mientras no nos alcance la muerte.

Mi partida para Ingolstadt, que había sido aplazada por estos acontecimientos, volvió a decidirse. Obtuve de mi padre un respiro de algunas semanas. Me parecía un sacrilegio abandonar tan pronto el descanso de mi casa, en pleno luto, y lanzarme al torbellino de la vida. La pena era un sentimiento nuevo para mí, pero no por eso me alarmó menos. Me resistía a separarme de los

que me quedaban, y sobre todo deseaba ver a mi dulce Elizabeth un poco consolada.

La verdad es que ella disimulaba su dolor y se esforzaba por confortarnos a todos. Miraba la vida con firmeza y asumía sus deberes con valor y celo. Se dedicó con entrega a los que había aprendido a llamar tíos y primos. Nunca fue más encantadora que en esa época cuando reanimaba el sol de sus sonrisas para volcar su luz sobre nosotros. Llegó a olvidar su propio dolor en su empeño por hacernos olvidar el nuestro.

El día de mi partida finalmente llegó. Clerval había pasado la noche anterior con nosotros. Había tratado de conseguir que su padre le permitiera acompañarme y ser mi compañero de estudios, pero inútilmente. El padre de mi amigo era un comerciante corto de alcances y veía la ociosidad y la ruina en las aspiraciones y ambición de su hijo. Henry sentía profundamente la desgracia de que se le privara de una educación liberal. Habló poco, pero cuando lo hizo, vi en sus benévolos ojos y en su mirada animada la decisión reprimida, pero firme, de no dejarse encadenar a los detalles miserables del comercio.

Estuvimos levantados hasta tarde. No podíamos desprendernos uno del otro ni a pronunciar la palabra adiós. Al fin lo hicimos, nos retiramos con pretexto de descansar, figurándose cada cual que engañaba al otro; pero cuando al amanecer llegué junto al carruaje que iba a llevarme, encontré a todos allí... A mi padre que me bendecía de nuevo, a Clerval que volvía a estrecharme la mano y a mi Elizabeth que repetía sus instancias de que escribiera a

menudo, prodigando sus últimas atenciones femeninas a su amigo y compañero de juegos.

Me eché en el asiento del carroaje y me sumí en las más tristes reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeado de amables compañeros continuamente empeñados en la tarea de agradarse mutuamente, me encontraba solo entonces. En la universidad a la que me dirigía tendría que formarme nuevos amigos y ser mi único protector. Mi vida había sido hasta entonces en extremo retraída y doméstica, y esto me había hecho tener una aversión invencible a las caras nuevas. Quería a mis hermanos, Elizabeth y Clerval, que eran "viejas caras conocidas", pero me consideraba muy poco capacitado para tratar con extraños. Estas eran mis reflexiones al comenzar mi viaje, sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, mi ánimo y esperanzas fueron en aumento. Deseaba ardientemente adquirir conocimientos. En casa muchas veces había pensado que sería duro pasar mi juventud encerrado en una ciudad y había ansiado correr tierras y ocupar mi puesto entre los demás seres humanos. Mis anhelos se realizaban entonces, y habría sido realmente una locura arrepentirse.

Tuve tiempo suficiente para hacer estas y muchas otras reflexiones durante mi viaje a Ingolstadt, que fue largo y fatigoso. Al fin avisté el alto campanario blanco de la ciudad. Bajé y me llevaron a mi aposento independiente para que pasara la tarde como quisiera.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los principales profesores. La

casualidad —o más bien la influencia maléfica, el Ángel de la Destrucción, que ejerció un imperio omnipotente sobre mí desde el momento que me alejé contrariado de la casa de mi padre— me llevó en primer lugar a la residencia del señor Krempe, profesor de filosofía natural. Era un hombre raro, pero profundamente versado en los secretos de su especialidad. Me hizo varias preguntas sobre mi preparación en las diferentes ramas de la ciencia pertenecientes a la filosofía natural. Le respondí negligentemente, y con cierto desdén cité los nombres de mis alquimistas como los principales autores que había estudiado. El profesor me miró con ojos azorados y dijo:

—¿Es posible, realmente, que haya perdido usted su tiempo estudiando esos desatinos?

Le respondí afirmativamente.

62

—Todo minuto, todo instante —continuó el señor Krempe acalorándose— que ha dedicado usted a esos libros lo ha perdido completa e irremediablemente. Se ha cargado usted la memoria de sistemas descalificados y de nombres inútiles. ¡Dios bendito! ¿En qué desierto ha vivido usted, que nadie le ha hecho el favor de decirle que esas fantasías, tan ávidamente devoradas por usted, tienen mil años de antigüedad y tanta herrumbre como años? Poco esperaba encontrar en este siglo ilustrado y científico un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso. Querido señor, tiene que empezar usted sus estudios enteramente de nuevo.

Y al decir esto se apartó para escribir una lista de varios libros de filosofía natural que quería ver en mis manos;

me despidió después de decirme que a principios de la semana siguiente se proponía iniciar un curso de conferencias sobre la filosofía natural en sus relaciones generales, y que el señor Waldman, un compañero profesor suyo, disertaría sobre química los días alternados que él dejaba libres.

Volví a casa, no decepcionado, porque ya he dicho que consideraba inútiles a los autores que el profesor había reprobado, pero para nada inclinado a reanudar esos estudios en ninguna forma. El señor Krempe era un hombrecito rechoncho, de voz áspera y cara antipática; de modo que el maestro no me predispuso en favor de su materia. He dado cuenta ya, en una forma demasiado filosófica y coordinada quizá, de las conclusiones a las que había llegado con respecto a esos estudios en mis primeros años. Niño aún no me habían conformado con los resultados prometidos por profesores modernos de ciencia natural. Con una confusión de ideas que solo podía explicar mi juventud extrema y la falta de un guía en esas materias, yo había hecho para atrás el camino del progreso de los conocimientos humanos, cambiando los descubrimientos de los investigadores recientes por los sueños de olvidados alquimistas. Además, me inspiraban desdén las aplicaciones de la filosofía natural moderna. Muy diferentes eran las cosas cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y la fuerza, miras que, aunque inútiles, eran grandiosas, pero luego la escena había cambiado. La ambición del investigador moderno parecía limitarse al aniquilamiento de las visiones en las que se

había fundado mi interés por la ciencia. Se me exigía que cambiara quimeras de ilimitada grandeza por realidades de muy poca monta.

Tales fueron mis reflexiones los primeros dos o tres días de mi residencia en Ingolstadt, tiempo que pasé en reconocer la localidad y sus personalidades destacadas. Pero al comenzar la semana siguiente pensé en la noticia que me había dado el señor Krempe a propósito de sus conferencias. Y, aunque no estaba dispuesto a ir a escuchar cómo soltaba frases desde el púlpito el presuntuoso hombrecito, recordé lo que había dicho él del señor Waldman, al que yo no había visto aún por encontrarse fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por no tener qué hacer, fui a la sala de conferencias, en la que poco después entró el señor Waldman. Este profesor era muy distinto de su colega. Parecía tener unos cincuenta años de edad, pero su aspecto expresaba la más grande benevolencia. Unos cuantos cabellos grises le cubrían las sienes, aunque los de la parte posterior de la cabeza eran casi negros. Era corto de estatura, pero notablemente erguido y su voz la más dulce que he oído hasta hoy. Comenzó su conferencia haciendo una recapitulación de la historia de la química y de los diversos adelantos realizados por diferentes hombres de saber, pronunciando con fervor los nombres de los más distinguidos descubridores. Hizo luego una breve revista del estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Y después de haber presentado

unos cuantos experimentos preliminares, concluyó con una apología a la química moderna, cuyos términos no olvidaré nunca:

—Los antiguos maestros de esta ciencia prometían imposibles y no realizaban nada. Los maestros modernos prometen muy poco, saben que los metales no pueden transmutarse y que el elixir de la vida es una quimera. Pero estos filósofos con manos que parecen hechas solo para revolver cosas sucias y ojos para escrutar el microscopio o el crisol han obrado verdaderos milagros. Penetran en los vericuetos de la naturaleza y hacen ver cómo trabaja ella en sus escondrijos. Se alzan hasta los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y la composición del aire que respiramos. Han adquirido fuerzas nuevas y casi ilimitadas; pueden mandar al trueno e imitar el terremoto y también burlarse del mundo invisible con sus propias sombras.

Estas fueron las palabras del profesor —o permítame decir que del destino— que anunciaban mi destrucción. Mientras él seguía hablando, yo sentía como si mi alma luchase cuerpo a cuerpo con un enemigo palpable; uno tras otro fue tocando los diversos engranajes que conformaban el mecanismo de mi ser; una cuerda tras otra, y no tardó en dominar mi mente una sola idea, una sola concepción, un solo objetivo. “Mucho más se ha hecho”, exclamó el alma de Frankenstein, “mucho, muchísimo más lograré yo; avanzando por los senderos ya marcados, inauguraré una nueva ruta, exploraré poderes

desconocidos, y revelaré al mundo los más profundos misterios de la creación”.

Esa noche no cerré los ojos. Mi ser interior se hallaba en un estado de agitación y de caos; sentía que de ahí surgiría el orden, aunque yo no tenía fuerzas para producirlo. Poco a poco, cuando ya había amanecido, me dormí. Desperté, y mis pensamientos de la noche anterior me parecieron un sueño. Solo perduraba la decisión de volver a mis antiguos estudios y dedicarme a una ciencia para la que me creía dotado de talento natural. Ese mismo día visité a M. Waldman. Sus modales en privado eran aún más suaves y atractivos que en público, ya que durante la conferencia su semblante adoptaba cierta dignidad que en su propia casa reemplazaba por la más grande afabilidad y dulzura. Le hice un resumen de mis estudios anteriores casi idéntico al que le había hecho a su colega. Escuchó con atención y sonrió al oír los nombres de Cornelio Agrippa y de Paracelso, aunque sin el desdén que M. Krempe había manifestado. Dijo que “estos son hombres a cuyo celo infatigable deben los modernos filósofos la mayor parte de los fundamentos de su saber. Nos han dejado la tarea más fácil de dar nuevos nombres y ordenar en clasificaciones datos que ellos han contribuido en gran medida a sacar a la luz. Los esfuerzos de los hombres de genio, aunque erróneamente orientados, difícilmente dejan de convertirse, en última instancia, en positiva ventaja para la humanidad”. Escuché esta afirmación, hecha sin presunciones, y le confesé luego que su conferencia había disipado mis prejuicios contra

la química moderna; me expresó con palabras mesuradas, con la modestia y deferencia que el joven debe a su instructor, sin manifestar (la inexperiencia en la vida me habría hecho sentir vergüenza) el menor signo de aquel entusiasmo que me iba a estimular en mis trabajos futuros. Le pedí que me aconsejase sobre los libros que debía conseguir.

—Me alegro mucho —dijo el señor Waldman— de haber ganado un discípulo, y si la aplicación de usted está a la altura de su habilidad, no cabe duda alguna de su triunfo. La química es la rama de la filosofía natural en que se han hecho y pueden hacerse los más grandes progresos; por eso he hecho yo de ella mi estudio favorito; pero, entretanto, no he descuidado las demás ciencias. Un químico sería muy poca cosa si se dedicara solo a esa rama del conocimiento humano. Si usted desea llegar a ser un verdadero hombre de ciencia y no un simple experimentador insignificante, le aconsejo que estudie todas las ramas de la filosofía natural, inclusive las matemáticas.

Me llevó entonces a su laboratorio para explicarme la acción de sus diferentes máquinas, instruyéndome sobre lo que debía adquirir y prometiéndome el libre uso de lo suyo cuando hubiera adelantado lo suficiente en conocimientos para no estropear los mecanismos. Me dio también la lista de los libros que le había pedido y me despedí de él.

Así terminó ese día memorable para mí: había marcado mi destino.

Capítulo IV

68

Desde ese día, la filosofía natural, y particularmente la química en el sentido más amplio del término, se hicieron mi ocupación casi única. Leía con ardor las obras tan llenas de genio y de discernimiento que los investigadores modernos habían escrito sobre esos temas. Asistía a las conferencias y cultivaba la relación con los hombres de ciencia de la universidad. Hasta en el señor Krempe encontré un gran caudal de buen sentido común y de información real, mezcladas, es cierto, con una fisonomía y modales repulsivos, pero no por eso menos valioso. En el señor Waldman descubrí un verdadero amigo. Su afabilidad no se manchaba nunca de dogmatismo y daba sus instrucciones con una franqueza y bondad natural que proscribían toda idea de pedantería. De mil maneras allanaba para mí la senda del conocimiento y hacía claros y fáciles los conceptos más difíciles. Mi aplicación era al principio indecisa e incierta, pero fue cobrando fuerza con el andar del tiempo y en breve me hice tan ardiente y apasionado que muchas veces se fundían las estrellas en la luz de la mañana mientras yo seguía ocupado en mi laboratorio.

Al aplicarme con tanto interés, mis progresos fueron rápidos. Mi ardor era en verdad el asombro de los estudiantes y la admiración de los maestros. El profesor Krempe me preguntaba muchas veces con una sonrisa fisgona: “¿Y cómo sigue Cornelio Agripa?”, mientras que

el señor Waldman expresaba la más cordial alegría ante mis progresos. Dos años pasaron de esa manera, durante los cuales no fui ni una vez a Ginebra, entregado como estaba en cuerpo y alma a la realización de unos descubrimientos que esperaba hacer. Solo los que han sufrido su encanto pueden concebir los atractivos de la ciencia. En otros estudios va uno hasta donde han ido otros antes y no hay nada más que conocer; pero en las investigaciones científicas hay siempre materia para descubrimientos y sorpresas. Toda mente de regular capacidad que se aplique atentamente a un estudio debe alcanzar un grado de competencia en ese campo; y yo, que perseguía siempre un objeto particular y me concentraba en él exclusivamente, me adelanté con tanta rapidez que al cabo de esos dos años hice algunos descubrimientos tendientes a perfeccionar ciertos instrumentos químicos, lo que me valió gran estima y admiración en la universidad. Llegado a ese punto y familiarizado con la teoría y la práctica de la filosofía natural hasta donde lo permitían las lecciones de los profesores de Ingolstadt, como mi residencia allí había dejado de ser necesaria para mis estudios, resolví volver al seno de mis amigos y de mi ciudad natal; pero ocurrió un incidente que prolongó mi estadía.

Uno de los fenómenos que me habían llamado particularmente la atención era la estructura del cuerpo humano, mejor dicho, de todo animal dotado de vida. Continuamente me preguntaba de dónde procedía el principio de la vida. La pregunta era audaz y el hecho a que se refiere ha sido considerado siempre un misterio.

Sin embargo, muchas son las cosas que estaríamos a punto de conocer si la cobardía o la negligencia no restringieran nuestras investigaciones. Revolvía en mi mente estas circunstancias y al fin resolví dedicarme más especialmente a las ramas de la filosofía natural que se relacionan con la fisiología. Pero, si no me hubiera animado un entusiasmo casi sobrehumano, mi aplicación a ese estudio habría sido tediosa y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida tenemos que empezar por recurrir a la muerte. Me instruí en la ciencia de la anatomía, pero eso no era suficiente; tenía que observar también la descomposición y corrupción del cuerpo humano. Durante mi educación, mi padre había tenido el mayor cuidado de que no me impresionara con horrores sobrenaturales. No recuerdo haberme estremecido nunca al oír un cuento supersticioso, ni haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no ejercía efecto alguno sobre mi imaginación y un cementerio era para mí simplemente un depósito de cuerpos privados de vida, cuerpos que después de ser depositarios de belleza y fuerza se habían hecho comida de gusanos. De modo que me vi impulsado a investigar la causa y el proceso de esa descomposición, y obligado a pasar días y noches en bóvedas y osarios. Mi atención se centraba en las cosas más insoportables que puede haber para la delicadeza de los sentimientos humanos.

Vi cómo se degeneraba y arruinaba la fina forma del hombre; vi cómo la putrefacción de la muerte avanzaba sobre el sonrosado fulgor de la vida; vi cómo el gusano



heredaba las maravillas del ojo y del cerebro. Me complacía así en examinar y analizar los detalles de la causa, tal como aparecen en la transición de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, cuando en medio de esa oscuridad surgió de pronto una luz. Una luz brillante y maravillosa, pero tan sencilla, que, mientras me quedaba aturdido ante la inmensidad de la perspectiva que iluminaba, me sorprendí de que, entre tantos hombres de genio que habían hecho sus investigaciones en el mismo campo, hubiera estado reservado para mí solo el descubrimiento de tan pasmoso secreto.

Recuerde, no estoy relatando la visión de un loco. Tan cierto como que el sol brilla en los cielos es cierto lo que afirmo. Algun milagro puede haberlo producido, pero las etapas del descubrimiento eran claras y probables. Después de días y noches de un trabajo y un afán increíbles, logré descubrir la causa de la generación y de la vida; más aún, adquirí la facultad de dar animación a la materia muerta.

El asombro que me había causado al principio este descubrimiento cedió en breve el lugar al deleite y regocijo. Al cabo de tanto tiempo de labor doloroso, llegar de pronto a la cima de mis anhelos era el fin más satisfactorio que podían tener mis esfuerzos. Pero tan grande y abrumador era ese descubrimiento que todos los progresos que había ido haciendo poco a poco hasta llegar a él quedaban en la sombra y solo contemplaba el resultado final. Lo que había sido el estudio y el anhelo de los hombres más sabios desde la creación del mundo, estaba

ahora en mis manos. No es que, como una escena mágica, todo se haya revelado de golpe: la información que había conseguido tenía más bien a servir de guía a mis tentativas cuando las dirigía al objeto de mis investigaciones. Era como el árabe que había sido enterrado con los muertos y que encontró un paso hasta la vida, ayudado solo por una luz vacilante y aparentemente inútil.

Veo por su ansiedad, mi amigo, por la sorpresa y expectativa que expresan sus ojos, que cree estar a punto de conocer el secreto de mi descubrimiento. Pero eso no puede ser; escuche con paciencia mi historia hasta el fin y entonces comprenderá fácilmente mi reserva sobre este tema. No voy a llevarlo a usted, desprevenido y vehemente como era yo entonces, a su destrucción y a una miseria infalible. Aprenda de mí, sino de mis preceptos, al menos de mi ejemplo, cuán peligrosa es la adquisición del conocimiento y cuánto más feliz es el hombre que cree que su población natal es el mundo, que aquel que aspira a hacerse más grande de lo que le permite su naturaleza.

Cuando vi puesto en mis manos un poder tan asombroso, vacilé largo tiempo acerca de cómo debería utilizarlo. Aunque poseía la facultad de dar animación, la preparación de un cuerpo que la recibiera, con todas sus complicaciones de fibras, músculos y venas, todavía implicaba un trabajo de inconcebible dificultad. Pensé al principio si debía intentar la creación de un ser como yo mismo o uno de organización más simple, pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi primer triunfo como para dudar de mi habilidad para dar vida a un ser

tan complejo y prodigioso como el hombre. Los materiales que tenía entonces a disposición parecían poco adecuados para una empresa tan ardua, pero no dudé de que en última instancia triunfaría. Me preparé para una multitud de reveses: mis operaciones podían frustrarse incesantemente y mi obra podría resultar imperfecta; pero cuando consideré los progresos que ocurrían todos los días en la ciencia y la mecánica, me sentí esperanzado de que mis esfuerzos sentarían las bases del triunfo futuro. Tampoco podía considerar la magnitud y complejidad de mi plan como un argumento que demostrara su impracticabilidad. Con estas sensaciones di comienzo a la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las partes eran un gran obstáculo para la rapidez de mi obra, resolví, contrariando mi primera intención, dar al ser una estatura gigantesca, esto es, casi dos metros y medio de altura y las proporciones de ancho correspondientes. Después de estas decisiones, y habiendo empleado unos cuantos meses en reunir y ordenar mis materiales, comencé.

No es posible concebir la variedad de los sentimientos que me llevaron adelante, como un huracán, en el primer entusiasmo del triunfo. La vida y la muerte me parecían ser barreras ideales que yo sería el primero en atravesar, para aportar un torrente de luz sobre nuestro lóbrego mundo. Una nueva especie iba a bendecirme como su origen y creador; muchos caracteres felices y excelentes iban a deberme su existencia. No habría padre que pudiera pretender la gratitud de su hijo con más derecho que el que iba a tener yo para merecer la de esos seres.

Y, siguiendo el giro de estas reflexiones, pensaba que, así como podía dar animación a la materia muerta, con el andar del tiempo, porque entonces consideraba esto imposible, podría restaurar la vida en los casos en que la muerte, al parecer, hubiera condenado el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos sostenían mi ánimo mientras proseguía en mi empeño con ardor infatigable. Las mejillas se me habían puesto pálidas por el estudio y el cuerpo se me había enflaquecido a causa del confinamiento. A veces, al borde mismo de la seguridad, fracasaba; sin embargo, seguía aferrado a la esperanza que en un día más, o una hora más, podría realizarlo. Un secreto que yo solo poseía era la esperanza a que me había entregado, y la luna presenciaba mis trabajos de medianoche cuando, con ansiedad implacable y jadeante, perseguía yo a la naturaleza en sus escondites. ¿Quién puede imaginar los horrores de mi trabajo secreto, mientras andaba entre las humedades impías de las tumbas o torturaba a los animales vivos con el fin de dar vida al barro inanimado? Tiemblan ahora mis extremidades y se me nublan los ojos al recordarlo, pero por ese entonces un impulso irresistible, casi frenético, me incitaba a continuar.

Parecía haber perdido toda alma y sensación que no fuera para ese único objeto. En realidad, fue solo un trance pasajero, que no hizo sino despertar intensamente mi conciencia tan pronto como dejó de actuar aquel estímulo antinatural y volví a mis antiguos hábitos. Recogí huesos de los osarios y turbé, con dedos profanos, los tremendos

secretos de la estructura humana. En una habitación aislada, o más bien en una celda, situada en lo alto de la casa y separada de todos los demás departamentos por una galería y una escalera, tenía mi taller de creación inmunda y los ojos se me saltaban de las órbitas al observar los detalles de la tarea. La sala de disección y el matadero me suministraron la mayor parte de los materiales, y muchas veces mi naturaleza humana se desvió con náuseas de ese trabajo, cuando, incitado siempre por una ansiedad que aumentaba constantemente, iba concluyendo ya mi obra.

Transcurrieron los meses de verano mientras estaba entregado en cuerpo y alma a ese propósito. La temporada fue preciosa, nunca rindieron los campos una cosecha más abundante, ni las viñas una vendimia más exuberante. Pero mis ojos eran insensibles para los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hacían desatender las escenas que me rodeaban, me hacían olvidar también a mis amigos que a tanta distancia estaban y a quienes hacía tanto tiempo que no veía. Sabía que mi silencio los inquietaba y recuerdo muy bien las palabras de mi padre: "Sé que mientras estés satisfecho de ti mismo pensarás en nosotros con afecto y tendremos noticias tuyas con regularidad. Me disculparás, pues, si llego a considerar toda interrupción de tu correspondencia como una prueba de que descuidas también tus demás deberes".

Por lo que bien sabía cuáles debían ser entonces las impresiones de mi padre, pero no podía apartar mis

pensamientos de mi trabajo que, por repugnante que fuera, se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Deseaba, por así decir, aplazar todo lo que se refería a mis sentimientos de afecto hasta que el gran propósito que absorbía todos los hábitos de mi naturaleza se hubiera realizado.

Pensé entonces que mi padre sería injusto si atribuía mi negligencia a un vicio o culpa de mi parte, pero ahora estoy convencido de que estaba justificado en pensar que yo no estaba enteramente libre de culpa. Un ser humano perfecto debe mantener siempre su pensamiento sereno y no permitir nunca que la pasión o un anhelo transitorio perturben su tranquilidad. No creo que la persecución del saber sea una excepción a esta regla. Si el estudio al que nos dedicamos tiende a debilitar nuestros afectos y a destruir nuestro gusto por los placeres sencillos, entonces ese estudio es indefectiblemente malo y en modo alguno conveniente para la mente humana. Si se cumpliera siempre esta regla, si nadie permitiese que una empresa cualquiera alterara la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada, César habría perdonado a su patria, América habría sido descubierta más gradualmente y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos.

Pero me olvido que estoy moralizando en la parte más interesante de mi historia; y su mirada me recuerda que debo proseguir.

Mi padre no me hizo reproche alguno en sus cartas y solo tuvo en cuenta mi silencio preguntándome más

detalladamente que antes acerca de mis ocupaciones. El invierno, primavera y verano pasaron durante mis trabajos, pero no observé el florecimiento ni el desarrollo de las hojas, espectáculos que me habían causado siempre supremo deleite, tan profundamente absorto estaba en mi ocupación. Ese año, las hojas se marchitaron antes de que mi obra llegara a su fin, y, desde entonces, cada día veía más claramente el éxito de mis progresos. Pero mi ansiedad ahogaba ese entusiasmo y yo parecía más bien un esclavo condenado a trabajar en las minas o en cualquier otra cosa malsana, que un artista entregado a su ocupación predilecta. Todas las noches me asaltaba una fiebre leve y llegué a ponerme nervioso en grado extremo; la caída de una hoja me sobresaltaba y huía de las demás personas como si hubiera cometido un crimen. A veces me alarmaba cuán desastroso me veía; solo la energía de mi propósito me sostenía: pronto terminaría mis labores y creía que el ejercicio y la diversión ahuyentaríaían entonces la enfermedad incipiente; y me prometí a mí mismo cumplir ambas cosas una vez concluida mi creación.

Capítulo V

Fue en una triste noche de noviembre cuando contemplé al fin el fruto de mis esfuerzos. Con una ansiedad que era casi una agonía, recogí los instrumentos de vida que me rodeaban para infundir una chispa vital alma en la cosa que yacía a mis pies. Ya era la una de la mañana; la lluvia

repicaba tristemente contra los vidrios y la vela estaba casi consumida cuando, al parpadeo de la llama medio extinta, vi que el ser abría sus ojos de color amarillo oscuro, respiraba ruidosamente y un movimiento convulsivo agitaba sus extremidades.

¿Cómo poder describir mis emociones ante ese culminante desenlace o delinear al ente que con tan infinitos afanes y esfuerzos había tratado de formar? Sus miembros eran proporcionados y había procurado dar belleza a sus facciones. ¡Belleza! ¡Gran dios! Su piel amarilla cubría apenas la obra de músculos y arterias que había debajo, su cabello era negro, brillante y ondulado, sus dientes tenían la blancura de la perla, pero esas delicadezas no hacían sino más horrido el contraste con sus ojos acuosos, casi del mismo color blanco sucio de las cuencas en que estaban encajados, con su tez apergaminada y sus labios negros y rectos.

Los diversos accidentes de la vida no son tan variables como los sentimientos de la naturaleza humana. Había estado trabajando rudamente durante casi dos años con el solo objeto de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para eso me había privado de descanso y de salud. Lo había ansiado con un ardor que excedía en mucho a la moderación; pero ahora que había terminado, la belleza del sueño se desvanecía y un intenso horror y repugnancia me llenaron el corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí precipitadamente de la pieza y estuve largo tiempo dando vueltas por mi dormitorio sin poder serenarme lo suficiente para dormir. Finalmente, el

cansancio sucedió al trastorno que había sentido y me tiré vestido a la cama, tratando de encontrar algunos momentos de olvido. Pero fue en vano; dormí, es cierto, pero turbado por los más alocados sueños. Creí que veía a Elizabeth en la flor de la salud, andando por las calles de Ingolstadt. Deleitado y sorprendido, la abracé, pero al dar el primer beso en sus labios, estos tomaron el tinte lívido de la muerte, sus facciones parecieron alterarse y creí tener en mis brazos el cadáver de mi madre; su cuerpo estaba envuelto en un sudario, y entre los pliegues del tejido vi pulular los gusanos. Desperté horrorizado de mi sueño; un sudor frío me bañaba la frente, los dientes me castañeteaban y todo mi cuerpo se estremeció cuando, a la confusa luz amarillenta de la luna que se abría paso entre los postigos de la ventana, contemplé al ser: al mísero monstruo que yo había creado. Levantaba la cortina de la cama y sus ojos, si podían llamarse así, estaban fijos en mí. Se abrieron sus mandíbulas, y soltó sonidos inarticulados mientras una mueca deformaba sus mejillas. Puede haber hablado, pero yo no oía; extendió una mano, aparentemente para detenerme, pero escapé escaleras abajo. Me refugié en el patio de la casa que habitaba, donde permanecí el resto de la noche, andando de arriba abajo en la mayor agitación, escuchando atentamente, acechando y temiendo cada sonido como si fuera a anunciarne la aproximación del diabólico cadáver a que tan miserablemente había dotado de vida.

¡Oh! Ningún mortal podría soportar el horror de ese semblante. Una momia vuelta a la vida no sería tan

horrenda como ese desgraciado. Antes de estar concluido, ya era deformé; pero cuando sus músculos y articulaciones adquirieron la facultad de movimiento se hizo un ser que ni Dante mismo habría podido concebir.

Pasé la noche abatido. A veces el corazón me latía tan ruda y precipitadamente que sentía la pulsación de cada arteria; otras veces me caía al suelo de languidez y debilidad extrema. A ese horror se agregaba la amargura del desengaño; los sueños que por tanto tiempo habían sido mi alimento y mi agradable esperanza final, se habían hecho un infierno para mí y el cambio era tan repentino, ¡el derrumbe tan completo!

El día, triste y húmedo, amaneció al fin, presentando a mis ojos insomnes y doloridos la iglesia de Ingolstadt, su blanco campanario y su reloj que indicaba las seis. El portero abrió las puertas del patio que había sido mi asilo esa noche y salí para recorrer las calles con paso rápido, como si tratara de evitar al desgraciado, temiendo verlo aparecer ante mí detrás de cada esquina.

No me atrevía a volver al departamento que habitaba; por el contrario, me sentía impulsado a apretar el paso, aunque estaba calado por la lluvia, que caía de un cielo negro e inconsolable.

Seguí andando así por un tiempo, procurando aliviar con el ejercicio físico la carga que me abrumaba la mente. Cruzaba las calles sin ninguna idea clara de dónde me encontraba ni de qué estaba haciendo. El corazón me latía angustiado de terror y avanzaba con paso irregular, sin animarme a mirar a mi alrededor:



*Como quien, por un camino solitario,
camina con miedo y pavor,
y, habiendo mirado atrás, sigue adelante,
y ya no vuelve la cabeza;
porque sabe que un demonio terrible
lo sigue de cerca.*

“La balada del viejo marinero”,
de Samuel Coleridge

Andando así, llegué, al fin, delante de la posada donde paraban las diversas diligencias y carruajes. Allí me detuve, no sé por qué; pero me quedé un momento con los ojos fijos en un coche que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Al acercarse, advertí que era la diligencia de Suiza, que paró precisamente donde me encontraba. Entonces, al abrirse la portezuela vi a Henry Clerval que, al reconocerme, saltó fuera inmediatamente.

—¡Querido Frankenstein! —exclamó—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Qué felicidad encontrarte aquí, en el momento mismo de mi llegada!

Nada habría podido igualar el júbilo que sentí al ver a Clerval; su presencia volvió a hacerme pensar en mi padre, en Elizabeth y en todas las escenas domésticas tan gratas para mi recuerdo. Le estreché la mano, olvidando instantáneamente mi horror y mi desgracia; y de pronto sentí, por primera vez en muchos meses, una calma y alegría serena. De manera que di a mi amigo la más cordial bienvenida y nos dirigimos juntos al colegio. Clerval siguió hablando por un tiempo de nuestros amigos comunes y

de su buena suerte al conseguir que lo dejaran venir a Ingolstadt.

—Fácilmente comprenderás —decía— que costó mucho trabajo convencer a mi padre de que todos los conocimientos necesarios no están comprendidos en el noble arte de la contabilidad; y, en verdad, creo que sigue tan incrédulo como al principio, ya que su respuesta invariable a mi constante instancia era la misma que daba el maestro de escuela holandés en *El vicario de Wakefield*: “Tengo diez mil florines al año sin necesidad del griego, y como abundantemente sin el griego”. Pero su afecto por mí acabó por vencer su aversión al saber, y al fin me ha permitido emprender un viaje de exploración a la tierra de los conocimientos.

—Para mí es la alegría más grande verte. Pero cuéntame cómo has dejado a mi padre, a mis hermanos y a Elizabeth.

—Muy bien y muy felices, salvo que están un poco inquietos porque solo tienen noticias de ti de vez en cuando. A propósito, tengo que sermonearte un poco yo también a causa de eso. Pero, querido Frankenstein —exclamó, interrumpiéndose y clavando sus ojos en mi rostro—, solo ahora advierto cuán enfermo pareces. Estás tan delgado y tan pálido como si hubieras pasado muchas noches en vela.

—Estás en lo correcto; últimamente he estado tan absorto en una ocupación que no he podido darme suficiente descanso, como ves. Pero espero, sinceramente espero, que todas esas tareas hayan concluido y que al fin me encuentre libre otra vez.

Temblaba yo entonces de una manera extraordinaria. No podía soportar pensar en los sucesos de la noche anterior, ni mucho menos aludir a ellos. Caminaba con paso rápido y pronto llegamos al colegio. Pensé, entonces, y eso me hizo estremecer, que la criatura que había dejado en mi departamento podía estar todavía allí, vivo, y andando de un lado a otro. Temía verlo, pero más aún temía que lo viera Henry. De modo que, tras rogarle que se quedara unos minutos al pie de la escalera, subí corriendo a mi habitación. Mi mano ya estaba en el picaporte de la puerta cuando logré serenarme. Entonces me detuve y sentí un escalofrío. Abrí la puerta violentamente, como suelen hacerlo los niños cuando temen que al otro lado esté esperándolos un espectro, pero no apareció nada. Entré lleno de miedo: el departamento estaba vacío y mi dormitorio también estaba libre de su horrendo huésped. No podía creer en tan buena suerte; pero cuando comprobé que mi enemigo había huido de veras, aplaudí de alegría y bajé corriendo en busca de Clerval.

Subimos juntos a mi departamento y el criado trajo enseguida el desayuno, pero yo no podía contenerme. No era solo alegría lo que me habitaba. Sentía que la carne se me crispaba por exceso de sensibilidad y que el pulso me latía precipitadamente. Me era imposible permanecer un solo momento en un mismo sitio; saltaba sobre las sillas, aplaudía y me reía fuerte. Al principio, Clerval atribuyó mi animación insólita al júbilo que me causaba su llegada; pero al observarme más atentamente vio en mis ojos un

extravío que no podía explicarse, y mis carcajadas estrepitosas y desenfrenadas lo sorprendieron y asustaron.

—Querido Víctor —dijo—, ¿qué te pasa, por dios? No te rías de esa manera. ¡Qué mal estás! ¿Cuál es la causa de todo eso?

—No me preguntes —exclamé, poniéndome las manos sobre los ojos, porque me pareció ver al temido espectro deslizándose dentro de la pieza—. Él te lo puede contar. ¡Oh, sálvame, sálvame!

Imaginé que el monstruo me agarraba, luché furiosamente y caí al suelo presa de un ataque.

¡Pobre Clerval! ¡Qué impresión debe haber sufrido! El encuentro, que había anticipado con tanta alegría, se transformaba en amargura de extraña manera. Pero yo no fui testigo de su pena; estaba inanimado y no recobré el conocimiento por mucho, mucho tiempo.

Ese fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me tuvo en cama varios meses. Durante todo ese tiempo, Henry fue mi único enfermero. Después supe que, considerando la avanzada edad de mi padre y su falta de resistencia para un viaje tan largo, así como la aflicción que causaría a Elizabeth la noticia de mi enfermedad, mi amigo les ahorró esa pena ocultando la gravedad de mi caso. Se dio cuenta que yo no podía tener un cuidador más atento y bondadoso que él mismo. Firme en la esperanza de que me repondría en breve, no tuvo duda de que, procediendo de esa manera, lejos de causarles un daño les hacía el mayor bien posible.

Pero yo estaba realmente muy enfermo, y con seguridad solo los infatigables e ilimitados cuidados de mi amigo habrían podido volverme a la vida. La figura del monstruo a quien yo había dado existencia estaba siempre ante mis ojos y deliraba con él continuamente. No hay duda de que mis palabras sorprendían a Henry: al principio las creyó desvaríos de mi trastornada imaginación, pero la insistencia con que volvía yo continuamente al mismo tema lo convencieron de que mi trastorno debía en realidad su origen a algún suceso raro y terrible.

Muy lentamente, con frecuentes recaídas que alarmaban y apesadumbraban a mi amigo, fui reponiéndome. Recuerdo la primera vez que estuve en condiciones de observar las cosas del exterior con algún placer, noté que las hojas caídas habían desaparecido y que estaban brotando ya los retoños en los árboles que daban sombra a mi ventana. Era una primavera divina y el clima contribuyó mucho a mi convalecencia. Sentí también que renacían en mi pecho sentimientos de alegría y de afecto; mi depresión desapareció, y en poco tiempo volví a ser tan jovial como antes de mi pasión fatal.

—Querido Clerval —exclamé—, ¡qué amable, eres realmente bueno conmigo! Todo el invierno, en vez de emplearlo en tus estudios, como te lo habías propuesto, lo has pasado junto a mi cama. ¿Cómo podré pagarte alguna vez eso? Siento un gran remordimiento por el contratiempo que te he causado, pero espero que me perdes.

—Me lo compensarás todo con creces si no recaes y te repones lo más pronto posible. Y ahora, ya que pareces

de tan buen humor, debo hablarte de cierto asunto. ¿Está bien?

Me estremecí. ¡Certo asunto! ¿Qué podía ser? ¿Se refería a un asunto en el cual no me atrevía a pensar siquiera?

—Tranquilízate —me dijo Clerval, al ver mi cambio de color—. No hablaré de eso si te alteras, pero tu padre y prima se alegrarían mucho si recibieran una carta de tu puño y letra. Ellos no saben cuán grave has estado y los tiene inquietos tu largo silencio.

—¿Eso es todo, mi querido Henry? ¿Cómo has pedido suponer que mi primer pensamiento no iba volar hacia ellos, a quienes tanto amo y tan dignos son de mi cariño?

—Pues, si tal es tu estado de ánimo, amigo mío, tal vez te alegrará ver una carta que ha llegado para ti desde hace unos días. Es de tu prima, creo.

Capítulo VI

Clerval puso entonces en mis manos la siguiente carta. Era de Elizabeth, en efecto.

Mi querido primo:

Has estado enfermo y las cartas constantes del bueno y querido Henry no bastan para tranquilizarme a propósito de tu salud. Te han prohibido que escribas, que tomes la pluma en la mano. Sin embargo, querido Víctor, solo una palabra tuya podría calmar nuestras aprensiones. Por mucho tiempo he estado creyendo que cada correo traería esa palabra y mis instancias han disuadido a mi

tío de emprender el viaje a Ingolstadt. He impedido que afronte las incomodidades y tal vez los peligros de tan largo viaje. Sin embargo, ¡cuántas veces he lamentado no poder hacerlo yo misma! Me figuro que la tarea de atenderte recayó en alguna enfermera vieja y mercenaria, que no podría adivinar nunca tus deseos ni satisfacerlos con el cuidado y el afecto de tu pobre prima. Pero eso ya ha finalizado. Clerval dice que, efectivamente, estás mejor. Espero ansiosamente que confirmes esta noticia pronto, de tu puño y letra.

Recupérate... y vuelve con nosotros. Encontrarás un hogar feliz, alegre, y amigos que te quieren profundamente. La salud de tu padre es vigorosa y no necesita sino verte, cerciorarse de que estás bien para que ningún cuidado nuble nunca su benévolos semblante. ¡Cuánto te alegraría de ver los progresos de nuestro Ernest! Ya ha cumplido 16 años y está lleno de actividad y ánimo. Desea ardientemente ser un verdadero suizo y alistarse en el extranjero, pero no podemos separarnos de él, al menos mientras su hermano mayor no vuelva a nuestro lado. A mi tío no le gusta la idea de esa carrera militar en un país lejano, pero Ernest no ha tenido nunca tus aptitudes para el estudio. Lo considera un grillete odioso y pasa el tiempo al aire libre, trepando por las colinas o remando en el lago. Temo que se convierta en un holgazán si no cedemos y le permitimos ejercer la profesión que ha elegido.

Pocos cambios, salvo el desarrollo de los queridos niños, se han producido desde que te fuiste. El lago azul

y las nevadas montañas no cambian nunca y creo que nuestro plácido hogar y nuestros corazones contentos se rigen por las mismas leyes inmutables. Mis triviales ocupaciones me absorben el tiempo y me divierten, y me siento recompensada al ver nada más que caras felices y amables a mi alrededor. Desde que nos dejaste, solo ha ocurrido un cambio en nuestro pequeño hogar. ¿Recuerdas en qué ocasión entró en nuestra familia Justine Moritz? Probablemente no; de modo que te contaré su historia en pocas palabras. La señora Moritz, su madre, era una viuda con cuatro hijos, la tercera de los cuales era Justine. Esta muchacha había sido siempre la predilecta de su padre, pero por extraña perversidad la madre no podía soportarla, y después de la muerte del señor Moritz la trataba muy mal. Mi tía notó eso y cuando Justine tenía doce años consiguió que la madre le permitiera vivir en casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han producido maneras más sencillas y felices que las que predominan en las grandes monarquías circundantes. De ahí que haya menos diferencia entre las diversas clases de sus habitantes y las capas inferiores, que no son tan pobres ni tan despreciadas y tienen costumbres más refinadas y morales. Un criado en Ginebra no es lo mismo que un criado en Francia o Inglaterra. Justine, recibida así en nuestra familia, aprendió las obligaciones de la criada, condición que, en este país afortunado, no implica la idea de ignorancia ni el sacrificio de la dignidad del ser humano.

Recordarás que Justine era tu gran predilecta y me acuerdo de que una vez dijiste que, cuando estabas de mal humor, una mirada suya bastaba para disiparlo, por la misma razón que da Ariosto a propósito de la belleza de Angélica: porque la muchacha parecía tan franca y feliz. Mi tía le tomó mucho aprecio y eso la indujo a darle una educación superior a la que le había destinado al principio. Este beneficio fue ampliamente recompensado: Justine era la criatura más agradecida del mundo, no quiero decir que hiciera protestas, pues nunca oí ninguna de sus labios, pero se podía ver en sus ojos que casi adoraba a su protectora. Aunque era de carácter alegre, y en muchos sentidos desconsiderada, prestaba la más grande atención a cada gesto de mi tía. La consideraba el modelo de todas las excelencias y procuraba imitar su forma y manera de hablar, al punto que, a día de hoy, todavía me recuerda a ella.

Cuando murió mi querida tía, todos estábamos demasiados entregados a nuestra propia pena para observar a Justine que la había atendido durante su dolencia con el más ansioso afecto. La pobre Justine se encontraba muy enferma pero otras desgracias le estaban reservadas.

Uno por uno todos sus hermanos y hermanas murieron; y su madre, con la sola excepción de su despreciada hija, se quedó sin niños. La pobre mujer tenía la conciencia turbada; se puso a considerar la muerte de sus criaturas como un castigo del cielo por su parcialidad. Era católica romana y creo que su confesor le confirmó la idea que se le había ocurrido. De modo que, pocos meses

después de tu partida para Ingolstadt, la madre arrepentida llamó a Justine. ¡Pobre muchacha! Lloró al salir de casa; había cambiado mucho desde la muerte de mi tía, la pena había dado una suavidad y una dulzura atrayentes a sus maneras, tan vivaces antes. Y la residencia en casa de la madre no iba ser un espacio como para devolverle la alegría. La pobre mujer era muy insegura en su arrepentimiento. A veces suplicaba a Justine que le perdonara su falta de cariño, pero más frecuentemente la acusaba de haber causado la muerte de sus hermanos y hermanas. Esa agitación perpetua acabó por sumir a la señora Moritz en un abatimiento que al principio agravó su irritabilidad, pero ahora descansa en paz para siempre. Murió cuando se acercaba el clima frío, a principios de este último invierno. Justine ha vuelto a casa y te aseguro que la quiero con ternura. Es muy inteligente, amable y extremadamente linda; como he dicho previamente, su semblante y su expresión me recuerdan continuamente a mi querida tía.

También tengo que decirte algo, querido primo, del pequeño y adorado William. Quisiera que lo vieras; es muy alto para la edad que tiene, de dulces ojos azules y risueños, pestañas oscuras y pelo rizado. Cuando sonríe se le forman dos hoyuelos en cada cachete, que están rosados de salud. Ha tenido ya una o dos novias, pero su predilecta es Louisa Biron, una linda niña de cinco años.

Ahora, querido Víctor, me atrevo a afirmar que te gustaría un pequeño chisme sobre la buena gente de Ginebra. La linda señorita Mansfield ha recibido ya las visitas de

felicitación por su próximo casamiento con un joven inglés, el caballero John Melbourne. Su fea hermana Manón se casó el último otoño con el señor Duvillard, el opulento banquero. Tu querido compañero de colegio, Luis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde que Clerval se fue de Ginebra, pero ha recobrado ya el ánimo y se dice que está en vísperas de casarse con una francesita muy graciosa, la señora Taveirnier. Esta señora es viuda y de mucha más edad que Manoir, pero es muy admirada y todos simpatizan con ella.

He dicho que estaba de buen humor mientras te escribía, querido primo, pero ahora, al concluir, vuelve a apoderarse de mí la ansiedad. Escribe, querido Víctor... una línea, una palabra será una bendición para nosotros. Un millón de gracias a Henry por su bondad, su afecto y sus muchas cartas; le estamos sinceramente agradecidos. Adiós, querido primo; cuídate, y te lo ruego una vez más: ¡escribe!

*Elizabeth Lavenza.
Ginebra, 18 de marzo, 17.*

—¡Querida, querida Elizabeth! —exclamé cuando terminé su carta—. Voy a escribir inmediatamente para aliviarlos de la ansiedad que deben sentir.

Escribí, en efecto, y ese trabajo me fatigó mucho; pero mi recuperación había comenzado y prosiguió con regularidad. Quince días después estuve en condiciones de salir de mi habitación.

Uno de mis primeros deberes, al restablecerme, fue presentar a Clerval a los diferentes profesores de la universidad. Al hacer eso sufrí una especie de roce áspero, pero adecuado para las heridas que mi mente había recibido. Desde la noche fatal en que terminaron mis trabajos y comenzaron mis desgracias, había cobrado una violenta antipatía hasta al nombre de la filosofía natural; y, cuando hube recuperado por completo la salud, la vista de un aparato químico renovaba toda la agonía de mis ataques nerviosos. Henry vio esto y apartó de mi vista todas esas cosas. También me hizo abandonar después mi departamento, al notar que se me había hecho antiática la pieza que había sido mi laboratorio. Pero estos cuidados de Clerval resultaron inútiles cuando visité a los profesores. El señor Waldman me sometió a una tortura cuando elogió, con bondad y calor, los sorprendentes progresos que había hecho en las ciencias. Pronto percibió que ese tema me disgustaba; pero sin adivinar la causa real, atribuyó mis sentimientos a modestia y cambió el tema de mis avances a la ciencia misma, con el deseo de halagar mis convicciones. ¿Qué podía hacer yo? Él quería agradar y me atormentaba. Sentí que había puesto cuidadosamente, uno a uno ante mis ojos, los instrumentos que más tarde iban a ser aprovechados para darme una muerte lenta y cruel. Me retorcía bajo sus palabras, pero no me atrevía a confesar mi dolor. Clerval, cuyos ojos y sentimientos discernían siempre con rapidez las sensaciones ajenas, cambió de tema, alegando como excusa su total ignorancia, y la conversación

tomó un giro más general. Di las gracias a mi amigo con el corazón, pero no dije una palabra. Podía ver claramente que Clerval estaba sorprendido, pero mi noble amigo nunca intentó extraer mi secreto; y aunque yo lo quería con una mezcla de afecto y respeto que no conocía límites, jamás me decidí a confiarle el acontecimiento que tan presente estaba en mi memoria, temiendo que al relatarlo se grabara más profundamente en ella.

El señor Krempe no fue tan suave y, en el estado en que me encontraba entonces, un estado de sensibilidad casi insopportable, sus encomios toscos, rudos, me hicieron sufrir más aún que la benévolas aprobación del señor Waldman.

—¡Demonio de muchacho! —exclamó—. Vea, señor Clerval; le aseguro que nos ha superado a todos. Sí, abra los ojos todo lo que quiera, pero eso es lo cierto. Un jovencito que, hace unos cuantos años, creía en Cornelio Agrippa como si fuese el evangelio, se ha puesto ahora a la cabeza de la universidad y, si no retira pronto, terminará por desbancarnos a todos. Sí, sí, —agregó al notar mi expresión de sufrimiento—, el señor Frankenstein es modesto, excelente cualidad en un joven. Los jóvenes deben desconfiar siempre de sí mismos; téngalo presente, señor Clerval. También era yo así en mi juventud, pero eso pasa en seguida.

Y empezó entonces un elogio de sí mismo que por suerte desvió la conversación de un tema tan incómodo para mí.

Clerval no había compartido nunca mi afición a la ciencia natural y sus empresas literarias diferían totalmente de las que a mí me habían embargado. Mi amigo iba a la universidad con el propósito de adquirir el dominio completo de las lenguas orientales, para así poder abrirse campo para el plan de vida que se había marcado. Resuelto a no seguir una carrera deshonrosa, volvía los ojos a oriente que abría las puertas a su espíritu emprendedor. El persa, el árabe y el sánscrito atraían su atención, y fácilmente me decidí yo también a seguir esos estudios. La ociosidad había sido siempre muy engorrosa para mí, y como entonces quería huir de las meditaciones y aborrecía mis anteriores estudios, sentí gran alivio al volver a ser compañero de aula de mi amigo. Encontré no solo instrucción, sino también consuelo en las obras de los orientalistas. Yo no procuré adquirir, como él, conocimiento crítico de sus dialectos, ya que no concebía sacar ningún provecho excepto un entretenimiento temporario. Leía solamente para entender lo que estaba escrito y los orientales compensaron bien mis trabajos. Su melancolía es calmante y su alegría exaltadora, hasta un grado que no he conocido nunca al estudiar a autores de cualquier otro país. Cuando se leen sus escritos, la vida parece consistir en un sol ardiente y en un jardín de rosas, en la sonrisa y el ceño de una hermosa enemiga, y en el fuego que nos consume el corazón. ¡Cuánta diferencia con la poesía viril y heroica de Grecia y Roma!

El verano había pasado en estas ocupaciones, y mi regreso a Ginebra estaba pautado para finales de otoño,

pero se retrasó por diversos motivos, por lo que llegó el invierno, la nieve, y los caminos se volvieron intransitables, por lo que pospuso mi viaje hasta la primavera siguiente. Este retraso resultó muy amargo para mí, pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis seres queridos. La razón de mi larga demora era mi resistencia a dejar a Clerval en una ciudad extraña, antes de que hubiese trabado amistad con alguno de sus habitantes. El invierno, sin embargo, transcurrió alegremente; y aunque la primavera llegó bastante tarde, su belleza compensó esta tardanza.

El mes de mayo ya había comenzado, y yo esperaba todos los días la carta que debía fijar la fecha de mi partida, cuando Henry propuso que diéramos una vuelta a pie por los alrededores de Ingolstadt para despedirme personalmente del lugar donde por tanto tiempo había residido. Accedí con placer a esa propuesta: me gustaba el ejercicio y Clerval había sido siempre mi compañero preferido en las excursiones a la naturaleza que ya había hecho en mi tierra natal.

Pasamos quince días en esas andanzas; hacía tiempo que mi salud y mi ánimo se habían restablecido, y habían adquirido mayor fuerza gracias al aire salubre que respiraba, a los incidentes naturales de nuestro camino y a la conversación de mi amigo. Previamente, el estudio me había excluido del contacto con mis compañeros y me había vuelto asocial, pero Clerval despertó los mejores sentimientos en mi corazón, me enseñó nuevamente a amar la naturaleza y las caras alegres de los niños. ¡Excelente amigo! ¡Cuán sinceramente me quería y trataba de elevar mi

mente al nivel de la suya! Un empeño egoísta me había encogido y estrechado, su afabilidad y afecto me confortaron y abrieron mis sentidos. Volví a ser el mismo ser dichoso que hace pocos años, querido por todos, no conocía penas ni inquietudes. Cuando la feliz, inanimada naturaleza tenía la facultad de causarme las más deliciosas sensaciones. Un cielo sereno y un campo verde me llenaban de júbilo. La presente estación era realmente divina; las flores de la primavera se abrían en los setos y las de verano estaban ya en capullo. No me perturbaban los pensamientos que me habían agobiado el año anterior como una carga intolerable, no obstante mis esfuerzos para librarme de ellos.

Henry se regocijaba de mi alegría y compartía cordialmente mis sentimientos; se esforzaba por complacerme mientras expresaba las sensaciones que le llenaban el alma. Los recursos de su mente en esas ocasiones eran realmente asombrosos: su conversación estaba llena de imágenes y muchas veces, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba cuentos de fantasía y pasión maravillosos. Otras veces recitaba mis poemas favoritos o repetía mis argumentos, sustentándolos con gran ingenio.

Volvimos a nuestro colegio un domingo a la tarde; los paisanos estaban bailando y todos los que encontrábamos parecían alegres y dichosos. Mi estado de ánimo era excelente y andaba dando casi saltos de desenfrenada alegría e hilaridad.

Capítulo VII

A mi regreso encontré la siguiente carta de mi padre:

Querido Víctor:

Probablemente has estado esperando con impaciencia la carta que debía fijar la fecha de tu vuelta a casa. Al principio tuve la tentación de escribirte unas cuantas líneas apenas, indicándote el día que íbamos a esperarte. Pero eso habría sido una bondad cruel y no me atreví a hacerlo. ¿Cuál habría sido tu sorpresa, hijo mío, si, cuando creías recibir una acogida alegre y feliz, veías por el contrario lágrimas y aflicción? Y ahora, Víctor, ¿cómo puedo contarte nuestra desgracia? Tu ausencia no debe haberte hecho indiferente a nuestras alegrías y nuestras penas; ¿cómo voy a causar, pues, un dolor a mi hijo por tanto tiempo ausente? Quisiera prepararte para la triste noticia, pero sé que es imposible; estoy viendo que tus ojos hojean ya esta página buscando las palabras que van a comunicarte la terrible nueva.

¡William ha muerto! Ese dulce niño, cuyas sonrisas deleitaban y confortaban mi corazón, que era tan amable y alegre al mismo tiempo. Víctor, ¡ha sido asesinado!

No voy a tratar de consolarte; relataré simplemente las circunstancias del hecho.

El jueves pasado, 7 de mayo, yo, mi sobrina y tus dos hermanos fuimos a pasear a pie por Plainpalais. La tarde era tibia y serena, prolongamos nuestro paseo más de lo acostumbrado. Ya había oscurecido cuando pensamos

en la vuelta, y entonces notamos que William y Ernest, que se habían adelantado, no aparecían. Por consiguiente, nos sentamos a esperar su regreso. En seguida llegó Ernest preguntando si habíamos visto a su hermano. Decía que después de haber estado jugando con él, William había corrido a esconderse, lo había buscado inútilmente y al fin se había cansado de esperarlo.

Esto nos alarmó un poco y resolvimos continuar la búsqueda hasta que la noche cerró del todo. Elizabeth pensaba que tal vez William se había marchado directamente a casa, pero fuimos allí y no estaba. Entonces volvimos con antorchas, porque yo no tenía sosiego al pensar que mi hijo querido se había perdido, exponiéndose a la humedad y al rocío de la noche. Elizabeth estaba también muy ansiosa. Al fin, como a las cinco de la mañana, descubrimos a mi querido hijo, pocas horas antes tan lleno de salud y de vida, tendido sobre la hierba, lívido e inmóvil. En su cuello se encontraban las marcas de los dedos del asesino.

Se le transportó a casa y la angustia que expresaba mi rostro reveló el secreto a Elizabeth. Se empeñó en ver el cadáver. Al principio traté de impedirlo, pero ella insistió, y lo primero que hizo al entrar a la pieza donde yacía fue examinarle precipitadamente el cuello. Entonces exclamó: “¡Oh, Dios! ¡Yo misma he asesinado a mi querido niño!”.

La pobre se desmayó y costó muchísimo hacerla volver en sí. Cuando se recobró, no fue sino para echarse a llorar y gemir. Me contó que esa misma tarde William le había pedido insistentemente que le dejara ponerse

una miniatura muy valiosa que ella tenía de tu madre. Dicho retrato había desaparecido, y sin duda fue la tentación que había impulsado al asesino a cometer el crimen. Por ahora no tenemos ningún rastro, aunque nuestros esfuerzos por encontrarle son incansables; ¡pero eso no me devolverá a mi querido William!

Ven, querido Víctor, solo tu podrás consolar a Elizabeth. La pobre no hace más que llorar, acusándose injustamente ser la causa de esta terrible desgracia, y sus palabras me traspasan el corazón. Todos somos muy desgraciados; pero ¿no será esto un motivo más para que tú, hijo mío, volvieras y fueras nuestro consuelo? ¡Tu querida madre! ¡Ay, Víctor! Ahora doy las gracias a Dios que no la dejó vivir para asistir a la cruel y deplorable muerte de su querido hijo menor.

Ven, Víctor, no fomentando ideas de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y bondad, que curarán, en vez de enconar, las heridas de nuestro corazón. Entra en el hogar en luto, amigo mío, con afecto para los que te aman y no con odio para tus enemigos.

101

*Tu apasionado y afligido padre,
Alphonse Frankenstein.
Ginebra, 12 de mayo, 17.*

Clerval, que había estado observando mi rostro durante la lectura, se sorprendió al ver que la desesperación sucedía a la alegría que me había causado en el primer momento las noticias de mis afectos. Tiré la carta sobre la mesa y me cubrí el rostro con las manos.

—Querido Frankenstein —dijo Henry, viéndome llorar con amargura—, ¿vas a ser infeliz para siempre? Querido amigo, ¿qué ha sucedido?

Con un ademán lo invitó a recoger la carta y me puse a andar de un lado a otro por la pieza, presa de la mayor agitación. Lágrimas brotaron también de los ojos de Clerval cuando conoció nuestra desgracia.

—No puedo ofrecerte consuelo alguno —me dijo— porque este desastre es irreparable. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Ir inmediatamente a Ginebra. Ven conmigo, Henry, para encargar los caballos.

Por el camino, Clerval trató de decir palabras de consuelo, pero solo pudo expresarlas con profunda dolencia.

—¡Pobre William! —decía—. El adorado hijo duerme ahora con el ángel de su madre. El que lo ha visto tan gracioso y alegre en su temprana belleza tiene que llorar ahora su pérdida definitiva. ¡Morir tan miserablemente! ¡Sentir la mano del asesino! Mucho más asesino aún por haber destruido tan radiante inocencia. ¡Pobre criatura! Solo un consuelo podemos tener: si sus amigos gimen y lloran, él descansa. La angustia ha pasado, sus sufrimientos han concluido para siempre. El césped cubre su gracioso cuerpo y no siente nada. Ya no tiene por qué ser

objeto de lástima; tenemos que reservar nuestra compasión para sus infelices sobrevivientes.

Esto decía Clerval mientras recorríamos las calles apresuradamente; sus palabras se imprimieron en mi mente y después las recordé en la soledad. Pero entonces, tan pronto como llegaron los caballos, me metí en un carro y me despedí de mi amigo.

Mi viaje fue muy triste. Al principio quería apurarme porque no veía el momento de consolar a mis queridos y apenados parientes; pero al acercarme a mi ciudad natal moderé la marcha. Me costaba trabajo reprimir la multitud de sentimientos que se agolpaban en mi corazón. Pasaba por paisajes familiares de mi juventud pero que no veía desde hacía cerca de seis años. ¡Cómo debía haberse modificado todo durante ese tiempo! Se había producido un cambio repentino y desolador, pero mil circunstancias pequeñas debían haber provocado gradualmente otras alteraciones que, aunque más tranquilas en su desarrollo, tenían que ser no menos decisivas. El temor me dominó, no me atreví a avanzar pensando en mil males que me hacían temblar, aunque no pudiera descifrarlos.

Permanecí dos días en Lausana, en ese penoso estado de ánimo. Contemplaba el lago, las aguas estaban en calma, todo el panorama era plácido y las nevadas montañas, "los palacios de la naturaleza", no habían cambiado. Poco a poco lo tranquilo y lo celestial de la escena me repusieron y continué mi viaje a Ginebra.

Quirido Pedro:

Probablemente has estado
esperando un momento

la carta que
necesitas



El camino pasaba junto a este lago, que iba estrechándose al acercarme a mi ciudad natal. Veía más claramente los negros flancos del Jura y la brillante cima del Monte Blanco. Lloré entonces como un niño.

—¡Queridas montañas! ¡Mi lago precioso! ¿Cómo recibes a tu vagabundo? Tus cimas están límpidas; el cielo y el lago están azules y plácidos. ¿Debo ver en eso un pronóstico de paz o una burla a mi infelicidad?

Temo, amigo mío, que al detallar estas circunstancias preliminares voy a ser tedioso. Pero esos eran días de felicidad relativa y me deleito al pensar en ellos. ¡Mi patria, mi querida patria! ¿Quién, sino un hijo suyo, puede expresar el júbilo con que volví a ver sus cursos de agua, sus montañas y sobre todo su adorable lago?

Sin embargo, al aproximarme a casa, la pena y el temor me abrumaron de nuevo. Cerró también la noche a mi alrededor y cuando las negras montañas se hicieron borrosas me sentí más triste todavía. El paisaje parecía un vasto y confuso escenario de males y preví vagamente que estaba destinado a ser el más miserable de los mortales. ¡Ay! Acerté en mi profecía, y solo erré en una circunstancia: que con toda la desdicha que esperaba y temía, no imaginaba ni la centésima parte del dolor que iba a tener que sufrir.

Era completamente de noche cuando llegué a los alrededores de Ginebra. Las puertas de la ciudad estaban cerradas ya y tuve que pasar la noche en Secheron, una aldea situada a un poco más de dos kilómetros de distancia. El cielo estaba despejado y como no podía descansar

resolví visitar el sitio donde había sido asesinado mi pobre William. En la imposibilidad de pasar por la ciudad, tuve que cruzar el lago en bote para llegar a Plainpalais. Durante esa corta travesía vi las preciosas figuras que describían los relámpagos en la cima del Monte Blanco. La tormenta parecía aproximarse rápidamente y para observar su marcha al desembarcar subí a una pequeña colina. En efecto, se acercaba, el cielo estaba encapotado. No tardé en sentir que empezaba a caer la lluvia pausadamente, en gotones espaciados, y luego con una violencia que aumentó rápidamente.

Aunque la oscuridad y la tormenta eran cada vez más grandes, seguí andando. Los truenos estallaban con terrible estruendo sobre mi cabeza y repercutía en Salève, en los Juras y en los Alpes de Saboya. Vívidos resplandores me deslumbraron los ojos, iluminando el lago, dándole la apariencia de una vasta sabana de fuego, y luego, por un instante, todo parecía tener una negrura impenetrable hasta que la vista se reponía de la impresión sufrida. La tormenta, como sucede a menudo en Suiza, descargaba a un tiempo en varias partes del cielo, pero era más violenta precisamente al norte de la ciudad, en aquella parte del lago que está entre el promontorio de Bellerive y el pueblo de Còpet. Otra tormenta iluminaba el Jura con débiles relámpagos, mientras que una tercera oscurecía y a veces descubría el Môle, un pico de montaña al oriente del lago.

Mientras contemplaba la tempestad, tan hermosa como terrible, seguí caminando con paso rápido. Esta

noble guerra en los cielos elevaba mi espíritu. Junté las manos y exclamé en voz alta:

—¡William! ¡Querido ángel, este es tu funeral, este es tu réquiem!

Al decir estas palabras, percibí en la oscuridad una silueta que parecía salir de atrás de un grupo de árboles cercanos a mí. Miré fijamente, no podía equivocarme. La luz de un relámpago la iluminó y la vi perfectamente. Su gigantesca estatura y la deformidad de su aspecto, el más odioso que puede existir en la humanidad, me convencieron instantáneamente de que era el perverso, inmundo demonio a quien yo había dado vida. ¿Qué hacía ahí? ¿Podría ser (me estremecí al pensarla) el asesino de mi hermano? Apenas esa idea cruzó por mi imaginación, me convencí que era así. Mis dientes castañetearon y tuve que apoyarme en un árbol para no caer.

107

La aparición pasó velozmente a mi lado y se perdió en la oscuridad. Nadie que fuese humano podría haber asesinado al hermoso niño. ¡Él era el asesino! No cabía duda. La mera presencia de la idea era una prueba irresistible de su veracidad. Pensé en perseguirlo, pero habría sido en vano, porque otro relámpago lo reveló trepando entre las rocas casi perpendiculares del monte Salève, que bordea Plainpalais por el sur. No tardó en llegar a la cima y desapareció.

Quedé inmóvil. Los truenos habían cesado; sin embargo, la lluvia continuaba y todo estaba sumido en una oscuridad impenetrable. Pasaron por mi memoria los sucesos que hasta entonces había procurado olvidar. Toda

la marcha de mis progresos hacia la creación, la aparición de la obra de mis manos, viva, junto a mi cama; su partida. Casi dos años habían transcurrido desde la noche en que recibió la vida y ¿era ese su primer crimen? ¡Ay! Yo había soltado al mundo un perverso depravado, cuyo placer era la muerte y el dolor. ¿No había asesinado a mi hermano?

Nadie puede imaginar la angustia que sufrió el resto de la noche que pasé, frío y mojado, al aire libre. Pero no sentía las durezas del tiempo; mi imaginación estaba ocupada con escenas de maldad y desesperación. Pensaba en el ser que había lanzado a la humanidad, dotado con el poder de realizar toda clase de horrores, como el que acababa de cometer, casi como si fuese mi propio vampiro, mi propio espíritu de la tumba, obligado a destruir cuanto me era querido.

El día amanecía y dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas y me apresuré hacia la casa de mi padre. Mi primer pensamiento fue revelar lo que sabía del asesinato para que se iniciaran las investigaciones; pero me detuve cuando reflexioné lo que tendría que contar. Un ser a quien yo mismo había formado y concedido de vida me había encontrado a media noche entre los precipicios de una montaña inaccesible. Recordé también la fiebre nerviosa que había tenido precisamente en el momento de mi creación. Esta podría dar la apariencia de delirio a un relato, por otra parte, tan improbable. Bien comprendía que si otra persona me lo hubiera contado la habría tomado por loca. Además, la extraña naturaleza

del animal evadiría cualquier persecución, aun cuando se me creyera hasta el punto de persuadir a mis parientes de ir tras él. ¿Y para qué serviría la cacería? ¿Quién podría detener a un ser capaz de escalar las abruptas laderas del monte Salève? Estas reflexiones me convencieron y resolví guardar silencio.

Eran más o menos las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Dije a los sirvientes que no molestaran a la familia y me fui a la biblioteca a esperar la hora a que acostumbraban levantarse.

Habían transcurrido seis años, pasados como un sueño, que habían dejado indelebles huellas, y me encontraba en el mismo sitio en que abracé a mi padre por última vez antes de mi partida para Ingolstadt. ¡Amado y venerado padre! ¡Aún lo conservaba! Contemplé el cuadro de mi madre sobre la chimenea. Era un asunto histórico, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en una agonía de desesperación, de rodillas ante la tumba de su padre. Estaba rústicamente vestida y tenía las mejillas pálidas, pero era tal su aire de dignidad y belleza que apenas permitía el sentimiento de piedad. Debajo de este cuadro había una miniatura de William y, al verla, las lágrimas brotaron de mis ojos. Estaba así abstraído cuando entró Ernest; me había oído llegar y se apresuraba a darme la bienvenida. Manifestó una alegría melancólica al verme:

—Bienvenido, querido Víctor —dijo—. ¡Ah! ¡Cómo habría deseado que hubieras vuelto hace tres meses, para encontrarnos a todos alegres y contentos! Ahora vienes a

compartir con nosotros un dolor que nada puede aliviar. Sin embargo, espero que tu presencia reanime a nuestro padre, que parece agobiado por su infortunio y tus consejos inducirán a Elizabeth a cesar en sus vanas y atormentadoras acusaciones a sí misma. ¡Pobre William! ¡Era nuestro encanto y nuestro orgullo!

Lágrimas incontenibles brotaron de los ojos de mi hermano. Pasó por todo mi cuerpo un estremecimiento de mortal agonía. Hasta entonces, solo me había imaginado el dolor de mi desolada familia; la realidad se me aparecía como un nuevo y no menos temible desastre. Procuré calmar a Ernest. Le interrogué detalladamente sobre mi padre y pregunté por mi prima.

—Ella, más que todos —dijo Ernest—, necesita consuelo. Se acusa a sí misma de haber causado la muerte de nuestro hermano y su dolor es inmenso. Pero desde que el asesino fue descubierto...

—¡El asesino descubierto! ¡Buen Dios! ¿Cómo puede ser eso? ¿Quién puede intentar perseguirlo? Es imposible, tanto valdría pretender dominar los vientos o detener un arroyo de montaña con una paja. Yo también lo vi, jandaba libre anoche!

—No sé a qué te refieres —replicó mi hermano, sorprendido—, pero el descubrimiento que hemos hecho aumenta nuestra pena. Nadie quería creerlo al principio, y aun ahora Elizabeth no está del todo convencida, a pesar de la evidencia. Y, en verdad, ¿quién habría podido creer que Justine Moritz, tan amable, tan cariñosa con

la familia, pudiera de repente llegar a ser capaz de tan horrendo, tan espantoso crimen?

—¡Justine Moritz! ¡Pobre muchacha! ¿A ella la acusan? Pero es un error, todos lo saben. Seguramente nadie cree en su culpabilidad.

—Al principio nadie lo creía, pero han surgido varias circunstancias que nos han obligado a convencernos; y su propio comportamiento ha sido tan confuso que ha agregado tal peso a las pruebas que, me temo, no deja lugar a la duda. Pero hoy será juzgada ante la justicia, y podrás escuchar todo.

Me contó que, la mañana en que descubrieron el asesinato del pobre William, Justine cayó enferma y no dejó la cama durante varios días. En ese intervalo, uno de los sirvientes, al examinar el traje que llevaba la noche del asesinato, descubrió en un bolsillo la miniatura de mi madre que se creía la causa del crimen. El sirviente la mostró a otro compañero, quien, sin decir una palabra a ninguna persona de la familia, fue a ver al juez y, a causa de su declaración, Justine fue apresada. Acusada del crimen, la extrema confusión de la pobre muchacha confirmó en gran medida las sospechas.

El relato era curioso, pero no quebrantó mi fe, y repliqué con vehemencia:

—Están todos equivocados; yo conozco al asesino. La pobre y buena Justine es inocente.

En ese instante entró mi padre. Vi la desgracia profundamente impresa en su semblante, pero se esforzó por darme cariñosamente la bienvenida; y después de

intercambiar nuestra mutua condolencia, habríamos pasado a hablar de algún otro tema que nuestra desgracia, si Ernest no hubiera exclamado:

—¡Dios mío, papá! Víctor dice que sabe quién fue el asesino del pobre William.

—Nosotros también, por desgracia —replicó mi padre—; desde luego habría preferido ignorarlo para siempre, antes que descubrir tanta depravación e ingratitud en alguien que estimaba tanto.

—Querido padre, está equivocado. Justine es inocente.

—Si lo es, Dios no permitirá que sufra como culpable. Hoy debe ser juzgada y espero, sinceramente espero, que sea absuelta.

Esas palabras me tranquilizaron. Estaba firmemente convencido de que Justine, y cualquier otro ser humano, eran inocentes de ese asesinato. Por eso no temía que pudiera surgir alguna evidencia suficientemente clara para condenarla. Mi historia no era para ser contada en público; su asombroso horror habría hecho que el vulgo me considerara loco. ¿Quién, en efecto, excepto yo, el creador, habría podido creer, a menos de convencerse por sus propios sentidos, en la existencia del vivo monumento de presunción y grosera ignorancia que había soltado al mundo?

Pronto se nos unió Elizabeth. El tiempo la había cambiado desde la última vez que la vi; le había dado una hermosura que sobrepasaba la belleza de sus años infantiles. Era el mismo candor, la misma vivacidad, pero

unidas a una más firme expresión de sensibilidad e inteligencia. Me saludó con el mayor afecto.

—Tu llegada, querido primo —dijo—, me llena de esperanza. Quizá encuentres alguna manera de probar la inocencia de mi pobre Justine. ¡Ay! ¿Quién puede estar seguro si ella es convicta del crimen? Confío en su inocencia con tanta seguridad como en la mía. Nuestra desgracia es doblemente cruel; no solo hemos perdido al adorado niño, sino que esa pobre muchacha, a quien sinceramente quiero, está a punto de ser víctima de un destino aun peor. Si es condenada no habrá ya alegría para mí. Pero no lo será, estoy segura de que no lo será, y volveré a ser feliz, a pesar de la triste muerte de mi querido William.

—Es inocente, Elizabeth, y se probará, no temas nada. Deja que tu espíritu se complazca en la seguridad de su absolución.

113

—¡Qué amable y generoso eres! Todos los demás la creen culpable y eso me apena porque sé que es imposible. Ver a los demás tan predispuestos en su contra me entristece y desespera.

Elizabeth lloraba.

—Querida sobrina —dijo mi padre—, seca tus lágrimas. Si Justine es, como crees, inocente, confía en la justicia de nuestras leyes y en la energía con la que impediré la más leve sombra de parcialidad.

Capítulo VIII

114

Pasamos tristemente algunas horas hasta que el reloj dio las once, hora en que debía empezar el proceso. Como mi padre y demás personas de la familia habían sido citados como testigos, los acompañé al juzgado. Durante toda esa parodia de justicia sufrí torturas mortales. Iba a decidirse si el resultado de mi curiosidad y mis ilícitos experimentos serían la causa de la muerte de dos seres queridos: uno, el niño sonriente, lleno de inocencia y alegría; la otra, mucho más terrible, con todos los agravantes de la infamia, capaces de convertir al asesinato memorable por su horror. Justine también era una persona de mérito y poseía cualidades que le prometían una vida feliz. Ahora, todo iba a ser sepultado en una tumba ignominiosa, ¡y yo era la causa! Mil veces, más bien, me habría declarado yo mismo culpable del crimen atribuido a Justine, pero estaba ausente cuando fue cometido. Una declaración semejante habría sido considerada como un extravío de loco y no habría salvado a la que iba a sufrir por mi causa.

El aspecto de Justine era tranquilo. Estaba vestida de luto y su rostro, siempre atrayente, se había tornado por la gravedad de sus sentimientos exquisitamente hermoso. Parecía confiada en su inocencia y no temblaba, a pesar de que era contemplada y execrada por todo un pueblo. Toda la bondad que en otra ocasión podía haber provocado su belleza era borrada en el ánimo de los

espectadores por el recuerdo del enorme crimen que se suponía que había cometido. Estaba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente contenida; como su confusión había sido considerada como una prueba de su culpabilidad, se esforzaba en aparentar valor. Cuando entró a la sala del juzgado, miró a su alrededor y pronto descubrió el sitio en que nos habíamos sentado. Dos lágrimas parecieron nublar sus ojos cuando nos vio, pero rápidamente se recobró y una expresión de triste afecto pareció atestiguar su completa inocencia.

Empezó el proceso y, después de que el abogado contrario formuló la acusación, se llamaron a varios testigos. Diversos sucesos extraños se combinaron contra Justine, que podían haber hecho vacilar a cualquiera que no tuviera pruebas de su inocencia, como las que yo tenía. Había estado fuera de la casa toda la noche en que se cometió el asesinato, y hacia el amanecer había sido vista por una vendedora del mercado cerca del sitio en que más tarde fue encontrado el cuerpo del niño. La mujer le preguntó qué hacía allí, pero Justine la miró de manera extraña y solo contestó unas cuantas palabras confusas e ininteligibles. Regresó a la casa a eso de las ocho y cuando le preguntaron dónde había pasado la noche contestó que había estado buscando al niño, y preguntó insistentemente si alguien sabía algo de él. Cuando le mostraron el cadáver, sufrió un violento ataque de histeria y tuvo que guardar cama varios días. Llegó el momento en que el juez le mostró el retrato que el sirviente había encontrado en su bolsillo, y cuando Elizabeth, con temblorosa

voz, comprobó que era el mismo que, una hora antes de que el niño se pierda, ella misma le había puesto en el cuello, un murmullo de horror e indignación llenó la sala del juzgado.

Se le cedió la palabra a Justine para que hiciera su defensa. A medida que el juicio avanzaba, su rostro se había ido alterando. La sorpresa, el horror y el sufrimiento fueron expresándose profundamente. Varias veces luchó con el llanto, pero cuando el juez le dijo que se defendiera, concentró sus fuerzas y habló con una audible pero vacilante voz:

—Dios sabe que soy enteramente inocente. Pero no pretendo que me absuelvan solo por mis protestas. La prueba de mi inocencia descansa en una clara y sencilla explicación de los sucesos que se han hecho valer en contra mía. Espero que mis antecedentes inclinen a mis jueces a una interpretación favorable, cuando alguna circunstancia aparezca dudosa o sospechosa.

Contó en seguida que, con permiso de Elizabeth, había pasado la tarde noche en que se cometió el asesinato en casa de una tía en Chêne, aldea situada a cosa menos de cinco kilómetros de Ginebra. A su regreso, a eso de las nueve de la noche, se encontró con un hombre que le preguntó si no había visto al niño que se había perdido. Se alarmó por la pérdida del niño y pasó varias horas buscándolo, hasta que las puertas de Ginebra se cerraron y se vio obligada a pasar el resto de la noche en el pajar de una granja, pues no quiso molestar a los dueños que la conocían mucho. La mayor parte de la noche la pasó

despierta; al amanecer cree haber dormido algunos minutos hasta que la despertaron unos pasos. Era ya de día y abandonó su asilo para volver a buscar al niño. Si había estado cerca del sitio en que estaba el cadáver, fue sin saberlo. No era extraño que se hubiese mostrado perpleja al interrogarla la mujer del mercado, ya que había pasado la noche en vela y no sabía qué le había podido ocurrir al pobre William. En cuanto al retrato, no podía dar ninguna explicación.

—Sé —continuó la desgraciada víctima— cuán fuerte y fatalmente esta única circunstancia pesa contra mí, pero no puedo explicarla. Una vez expresada mi completa ignorancia al respecto, solo quedan conjeturas que hacer en lo concerniente al modo de cómo puede el retrato haber sido colocado en mi bolsillo. Creo que no tengo ningún enemigo en el mundo y, seguramente, nadie será tan perverso para haber querido hacerme daño sin motivo. ¿Lo puso el asesino? No sé qué oportunidad haya tenido para hacerlo; y si la tuvo, ¿por qué habría robado esa alhaja para deshacerse de ella tan pronto?

»Entrego mi causa a la justicia de mis jueces, aunque no conserve ninguna esperanza. Pido que se interroguen a algunos testigos respecto a mis antecedentes; y si su testimonio no destruyera mi supuesta culpabilidad, debo ser condenada, aunque confío la salvación de mi alma a mi inocencia.

Se llamó a varios testigos que la conocían desde hace años. Todos se expresaron bien de Justine, pero el miedo y la repulsión por el crimen que la creían culpable los

tornaron timoratos y poco deseosos de hablar mucho. Elizabeth notó que este último recurso, sus excelentes antecedentes e irreprochable conducta, no mejoraba su causa y, violentamente agitada, pidió permiso para hablar.

—Soy prima del desgraciado niño asesinado, o más bien, su hermana, porque he sido educada y he vivido siempre con sus padres, desde antes de su nacimiento. Podría quizá por eso creerse que es impropio lo que voy hacer ahora, pero cuando veo a una amiga mía y compañera expuesta a perecer por la cobardía de sus pretendidos amigos, deseo que se me permita hablar para decir todo lo que sé respecto de ella. Conozco mucho a la acusada. He vivido en la misma casa con ella, una vez cinco y otra vez cerca de dos años. Durante todo ese tiempo me ha parecido la más amable y buena de las criaturas humanas. Cuidó a la señora Frankenstein, mi tía, en su última enfermedad, con la mayor afección y cariño. Después atendió a su propia madre durante una larga enfermedad de manera que provocó la admiración de todos los que la conocían. Después de ello volvió a vivir en la casa de mi tío, en donde era querida por toda la familia. Amaba mucho al niño asesinado y era para él la más afectuosa de las madres. Por mi parte, no vacilo en decir que, a pesar de todas las pruebas aducidas contra ella, creo y confío en su completa inocencia. No tenía ningún motivo para cometer ese crimen: en cuanto a la baratija en la que descansa la prueba principal, si ella la hubiera deseado, yo se la habría dado con gusto, pues la estimo y aprecio mucho.

Un murmullo de aprobación acogió el sencillo y poderoso alegato de Elizabeth; pero fue provocado por su generosa intervención y no en favor de Justine, contra quien la indignación pública se volvió con renovada violencia, culpándola de la más negra ingratitud. La acusada lloraba mientras Elizabeth hablaba, pero no dijo nada. Mi propia agitación y angustia fueron extremas durante todo el juicio. Creía en su inocencia, sabía que era inocente. El demonio que, sin sombra de duda, había asesinado a mi hermano, ¿podría también, en su infernal deporte, haber traicionado al inocente con la muerte y la ignominia? No podía sufrir el horror de mi situación y cuando vi que la voz popular y el aspecto de los jueces habían condenado a mi desgraciada víctima abandoné la sala presa de mortal desasosiego. Los sufrimientos de la acusada no igualaban a los míos, ella se sentía sostenida por su inocencia, pero las garras del remordimiento despedazaban mi pecho y no podía soportarlas.

Pasé una noche de incesante agitación. Por la mañana fui al juzgado, tenía los labios y la garganta secos. No me atreví a hacer la fatal pregunta, pero fui reconocido y un guardia adivinó la causa de mi presencia allí. Se había efectuado la votación: Justine había sido condenada.

No pretendo describir lo que sentí. Antes había sufrido sensaciones de horror y he procurado encontrar para ellas expresiones adecuadas; pero las palabras no pueden dar una idea de la angustiante desesperación que me invadió en ese momento. La persona que me comunicó la noticia añadió que Justine había confesado su culpabilidad.

—Esa prueba —agregó— apenas era necesaria en un caso tan manifiesto. Pero es mejor así porque, en efecto, a ninguno de nuestros jueces le habría gustado condenar a un criminal solo por pruebas circunstanciales, por decisivas que estas fueran.

Esta era una extraña e inesperada noticia. ¿Qué quería decir? ¿Mis ojos me habían engañado? ¿Estaba realmente tan loco como todo el mundo me creería si divulgara el motivo de mis sospechas? Me apresuré a volver a casa y Elizabeth me pregunta ansiosa lo que sabía.

—Prima —le contesté—, se ha resuelto lo que era de esperar. Todos los jueces prefieren que diez inocentes sufran a que un culpable se escape. Pero Justine ha confesado.

Esto fue un golpe duro para la pobre Elizabeth, que confiaba firmemente en la inocencia de Justine.

—¡Ah! —exclamó—, ¿cómo he de creer de nuevo en la bondad humana? ¿Cómo Justine, a quien amaba y estimaba como si fuera mi hermana, podía tener sonrisas de inocencia solamente para traicionar? ¡Sus dulces ojos parecían incapaces de toda dureza o maldad y, sin embargo, ha cometido un asesinato!

Poco después supimos que la pobre víctima había expresado el deseo de ver a mi prima. Mi padre no quiso que Elizabeth fuera a la prisión, pero dijo que dejaba la resolución a su juicio y a sus sentimientos.

—Sí —dijo Elizabeth—, iré aunque sea culpable. Tú, Víctor, me acompañarás, no puedo ir sola.

La idea de esa visita era una tortura para mí, pero sin embargo no podía negarme.

Entramos en el oscuro calabozo y vimos a Justine sentada en un rincón sobre un montón de paja. Tenía esposas en las manos y su cabeza descansaba en sus rodillas. Al vernos entrar se levantó y, cuando quedamos solos con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth llorando amargamente. Mi prima también lloraba.

—¡Oh, Justine! —dijo—, ¿por qué me ha quitado usted mi último consuelo? Yo confiaba en su inocencia y, aunque antes estaba muy triste, nunca lo estuve tanto como ahora.

—¿Y usted también cree que soy una criminal? ¿Usted también se junta a mis enemigos para condenarme como asesina?

La voz de Justine era sofocada por los sollozos.

—Levántese usted, pobre niña —dijo Elizabeth— ¿por qué está usted de rodillas si es usted inocente? Yo no soy su enemiga: la creeré inocente, a pesar de todas las pruebas, hasta que la oiga a usted misma declarar su culpa. Puede usted estar segura, Justine, de que nada puede quebrantar mi confianza en usted, ni por un momento, sino su propia confesión.

—He confesado, pero una mentira. He confesado creyendo que me absolverían. Sin embargo, ahora esa calumnia pesa sobre mi corazón más que todos mis otros pecados juntos. ¡Dios me perdone! Hasta que me condenaron, mi confesor me ha hostigado; me asustó y amenazó hasta el punto de llegar a pensar que soy el monstruo que él dice que soy. Me amenazó con la excomunión y el fuego del infierno si continuaba negando. Señorita,

no tenía nadie que me consolara y alentara, todos me miraban como una criminal condenada a la ignominia y perdición. ¿Qué podía hacer? En mala hora declaré una mentira y ahora me siento verdaderamente miserable.

Se detuvo, llorando, y luego continuó:

—Pensaba con horror, querida señorita, que usted pudiera creer que su Justine, a quien su santa tía le había recomendado tanto y a quien usted quería, fuera capaz de un crimen que solo el diablo podía haber perpetrado. ¡Querido William! ¡El más querido y bueno de los niños! Pronto te veré otra vez en el cielo, en donde seremos felices, y eso me consuela de los sufrimientos, de la ignominia y la muerte.

—¡Oh, Justine! Perdóneme por haber un momento desconfiado de usted. ¿Por qué confesó? Pero no llore, querida Justine. No tema. Yo hablaré, probaré su inocencia. Haré fundir los corazones de piedra de sus enemigos con mis lágrimas y súplicas. ¡Usted no morirá! ¡Usted, mi compañera de juegos, mi amiga, mi hermana, morir en el patíbulo! ¡No, no! ¡No podría sobrevivir a tan horrible desgracia!

Justine miró tristemente a Elizabeth.

—No temo morir —dijo—, esa angustia ha pasado. Dios fortifica mi debilidad y me da valor para sufrir lo peor. Dejo un mundo triste y amargo; y si ustedes me recuerdan, y piensan en mí como injustamente condenada, estoy resignada al destino que me espera. ¡Aprenda de mí, señorita, a someterse con paciencia a la voluntad de Dios!

Durante esa conversación yo me había retirado a un rincón del calabozo, en donde procuraba ocultar la honda angustia que me poseía. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima, que a la mañana siguiente iba a traspasar el temible límite entre la vida y la muerte, no sufría una agonía tan profunda y amarga como la mía. Rechiné los dientes y los apreté, dejando escapar un gemido que me brotó de lo más hondo del alma. Justine se sobresaltó. Cuando vio quién era, se acercó a mí y dijo:

—Querido señor, es usted muy amable al venir a visitarme. Espero que usted no crea que soy culpable.

No pude contestar.

—No, Justine —dijo Elizabeth—, está más convencido de su inocencia que lo estaba yo antes. Ni siquiera cuando le dijeron que usted había confesado la creyó culpable.

—Muchas gracias. En estos últimos momentos de mi vida siento la más sincera gratitud por los que han pensado bien de mí. ¡Cuán dulce es el afecto de los otros, por una desgraciada como yo! Me consuela en mi infortunio y siento que he de morir tranquila, ahora que mi inocencia es reconocida por ustedes.

Así, la pobre Justine procuraba consolar a los otros y a sí misma. En efecto, logró la resignación que deseaba. Pero yo, el verdadero asesino, sentía en mi pecho el gusano del remordimiento, que no me permitía esperanza alguna de consuelo. Elizabeth también lloraba y se sentía desdichada, pero el suyo también era el dolor de la inocencia que, como una nube que pasa delante de la luna, puede

por un momento cubrir pero no apagar su brillo. La angustia y la desesperación habían penetrado hasta el fondo de mi corazón; llevaba un infierno dentro mío que nada podía aplacar. Permanecimos varias horas con Justine y solo con gran dificultad pude convencer a Elizabeth de salir del calabozo.

—Deseo —exclamó dirigiéndose a Justine— poder morir con usted, no puedo vivir en este mundo de dolor.

Justine adoptó un semblante alegre, mientras intentaba con dificultad reprimir sus amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth y le dijo con emocionada voz:

—Adiós, buena señorita, querida Elizabeth, mi amada y única amiga. Que el cielo, en su bondad, la bendiga y la guarde. ¡Qué este sea el último sufrimiento que tenga usted! Viva, sea feliz y haga felices a los demás.

A la mañana siguiente, Justine fue ejecutada. La eloquencia de Elizabeth, nacida del corazón, no logró apartar a los jueces de su convencimiento en la culpabilidad de la inocente víctima. Mis apasionadas e indignadas protestas fueron vanas. Y cuando recibía las frías respuestas de los jueces y oía los crueles y secos razonamientos de esos hombres, mis propósitos de declarar la verdad morían en mis labios. Podría haberme declarado un loco, pero no hubiese revocado la sentencia de mi desdichada víctima. ¡Justine murió en el patíbulo como una asesina!

De las torturas de mi propio corazón pasé a contemplar la profunda y silenciosa pena de Elizabeth. ¡Eso era también obra mía! El dolor de mi padre y la desolación de ese hogar hasta entonces sonriente... todo era obra

de mis manos triplemente malditas. Lloraban ellos, pero no eran sus últimas lágrimas. Nuevamente serían escuchados sus fúnebres gemidos y el eco de sus lamentos. Frankenstein, su hijo, su pariente, su amigo, que habría derramado hasta la última gota de su sangre por ellos, el que no comprendía la felicidad sino reflejada en sus queridos semblantes, los obligaría a llorar otra vez, a derramar lágrimas sin fin. ¡Cuán feliz sería si ese inexorable destino se hubiera ya realizado, y si la destrucción que se detiene ante la paz de la tumba hubiera reemplazado ya sus tristes tormentos!

Así hablaba mi alma profética, lacerada por el remordimiento, el horror y la desesperación, al ver a los seres que amaba llorar entristecidos sobre las tumbas de William y Justine, las primeras desgraciadas víctimas de mis artes impías.

125

Capítulo IX

Nada es más doloroso para el pensamiento humano, luego de que los sentimientos han sido puestos a prueba por una rápida sucesión de hechos, que la mortal calma de inacción y certidumbre que viene después, privando al alma de esperanza y de temor. Justine había muerto; ella descansaba y yo estaba vivo. La sangre circulaba libremente en mis venas, pero un peso de desesperación y de remordimiento me oprimía el corazón, peso que nada podía alejar. El sueño huyó de mis ojos. Vagaba como un

mal espíritu, pues había cometido maldades indescriptibles y (estaba convencido) todavía se producirían muchas más. Sin embargo, mi corazón rebosaba de bondad y de amor por la virtud. Había empezado la vida con buenas intenciones y ansiaba el momento en que pudiera ponerlas en práctica para ser útil a mis semejantes. Ahora, todo se había derrumbado: en lugar de aquella serenidad de conciencia, que me permitía mirar el pasado con satisfacción y alimentar promesas de nuevas esperanzas, era presa del remordimiento y la culpa, que me arrastraban a un infierno de intensas torturas para las cuales no hay palabras para alcancen.

Ese estado de ánimo repercutió sobre mi salud, la cual quizá nunca se había repuesto enteramente del primer choque que había sufrido. Evitaba la compañía de los hombres, todo rumor de alegría o de complacencia era una tortura para mí; la soledad era mi único consuelo, la profunda, oscura, mortal soledad.

Mi padre observaba con dolor esa visible alteración de mi ánimo y mis hábitos, y con argumentos que le inspiraban su conciencia serena y su vida intachable, se esforzaba por infundirme fortaleza y despertar en mí el valor suficiente para disipar la negra nube que ensombrecía mi vida.

—¿Crees acaso, Víctor —me decía—, que yo no sufro también? Nadie puede querer a un niño como yo amaba a tu hermano —las lágrimas asomaban por sus ojos mientras hablaba—. ¿Pero no es un deber para los sobrevivientes el procurar no aumentar su infortunio con la

exhibición de un dolor inmoderado? Es también un deber para contigo mismo, porque la pena excesiva impide el cumplimiento de los deberes cotidianos que hacen al hombre apto para la vida en sociedad.

Ese consejo, aunque bueno, era totalmente inaplicable en mi caso. Yo habría sido el primero en disimular mi pena y consolar a los míos, si el remordimiento no se hubiera mezclado con amargura, y el terror con mis otros sentimientos. Ahora solo podía contestar a mi padre con una mirada de desesperación y tratar de ocultarme de su vista.

Poco después nos trasladamos a nuestra casa en Bellerive. Este cambio fue particularmente agradable para mí. El cierre regular de las puertas de la ciudad a las diez de la noche y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora habían hecho nuestra residencia dentro de las murallas de Ginebra muy fastidiosa para mí. Ahora estaba libre. A menudo, después que el resto de la familia se retiraba a dormir, tomaba el bote y pasaba muchas horas en el agua. A veces, armadas las velas, era arrastrado por el viento hasta el centro del lago, dejaba que el bote fuera donde quisiera y me abandonaba a mis tristes reflexiones. Muchas veces estaba tentado, cuando todo era paz a mi alrededor y yo era el único ser inquieto que vagaba sin descanso en un escenario tan hermoso y divino —con la excepción de algún murciélagos o los sapos, cuyo rudo y constante croar se oía solo cuando me acercaba a la costa—, a menudo, digo, me sentía tentado de arrojarme al silencioso lago para que las aguas se

cerraran sobre mí y mis desgracias cesaran para siempre. Pero me contenía pensando en la heroica y doliente Elizabeth, a quien tiernamente amaba y cuya existencia estaba ligada con la mía. Pensaba también en mi padre y en mi hermano: ¿no los dejaría mi cobarde deserción entregados sin protección a la maldad del demonio que yo había soltado entre ellos?

En esos momentos lloraba amargamente y deseaba que la paz volviera a mi alma solo para que me fuera permitido darle consuelo y felicidad. Pero eso no podía ser. El remordimiento mataba toda esperanza. Yo había sido el autor de males irremediables y vivía en perpetuo temor, con miedo de que el monstruo creado por mí perpetrara nuevos crímenes. Tenía el oscuro presentimiento de que no había terminado todo, de que cometería todavía algún otro crimen horrendo que por su enormidad tendría la capacidad de borrar el recuerdo de los anteriores. En tanto tuviera algún ser querido detrás, siempre habría lugar para el temor. Mi odio por este demonio no podía ser concebida. Cuando pensaba en él me crujían los dientes, los ojos se me inflamaban y ardientemente anhelaba concluir con la vida que tan desatinadamente le había dado. Cuando recordaba sus crímenes y malicia, mi odio y mi sed de venganza sobrepasaban cualquier límite de moderación. Habría hecho una peregrinación hasta el más alto pico de los Andes si hubiera sabido que desde allí podía arrojarlo al abismo. Quería verlo otra vez, para poder descargar todo mi odio en su cabeza, y vengar las muertes de William y Justine.

Nuestra casa era la casa de la tristeza. La salud de mi padre había sido profundamente quebrantada por el horror de los últimos acontecimientos. Elizabeth estaba triste y abatida, ya no se complacía como antes en sus ordinarios quehaceres; cualquier placer parecía un sacrilegio contra los muertos; la eterna aflicción y las lágrimas, pensaba, eran el justo tributo que ella debía rendir a la inocencia tan arruinada y destruida. Ya no era la criatura feliz que en su juventud paseaba conmigo por las playas del lago y hablaba con entusiasmo de nuestros proyectos para el porvenir. La mayor de esas penas que se nos envían para alejarnos del mundo la había sufrido y su sombría influencia extinguía la sonrisa en sus labios.

—Cuando pienso, querido primo —me decía—, en la triste muerte de Justine Moritz no veo el mundo como antes se me aparecía. Antes consideraba el mal y la injusticia, que leía en los libros o que oía hablar, como viejas leyendas o cosas imaginarias. Por lo menos, eran remotos, pero ahora el dolor ha entrado en nuestro hogar y los hombres me parecen monstruos sedientos los unos de la sangre de los otros. Seguramente soy injusta. Todos creían que esa pobre niña era culpable y si hubiera cometido el crimen porque fue condenada, indudablemente habría sido la más perversa de las criaturas. ¡Por codicia de una alhaja asesinar al hijo de su benefactor y amigo, a un niño a quien había criado desde la cuna y que aparentaba amar como si hubiera sido hijo suyo! Yo no sería capaz de sentenciar a muerte a nadie, pero, en verdad, habría considerado a semejante criminal como indigna

de permanecer en sociedad. Sin embargo, Justine era inocente. Sé y siento que era inocente y tú tienes la misma opinión. ¡Ah!, Víctor, cuando la mentira puede adoptar apariencia de verdad, ¿quién es capaz de asegurarnos alguna felicidad en la vida? Me parece que estuviera caminando por el borde de un precipicio, hacia el cual me empujaran miles de personas. William y Justine han sido asesinados y el criminal escapa, pasea libremente por el mundo y quizá es respetado y considerado. Pero incluso si yo fuera condenada a la horca por crímenes semejantes a los suyos, no cambiaría mi suerte por la de ese malvado.

Escuché este discurso con la más extrema agonía. No en el hecho pero en los efectos, yo era el verdadero asesino. Elizabeth leyó la angustia en mi rostro y, tomándome amablemente de la mano, continuó:

—Querido amigo, debes calmarte. Dios sabe cuán profundamente me han afectado estos sucesos; pero no estoy tan abatida como tú. Hay en tu rostro una expresión de desesperación y a veces de venganza que me hace temblar. Querido Víctor, destierra esas negras pasiones. Recuerda a los que te rodean y que te han hecho el centro de sus esperanzas. ¿Hemos perdido el poder de hacerte feliz? ¡Ah! Mientras amemos, mientras seamos sinceros unos con otros, aquí, en esta tierra de paz y de belleza, tu país natal, mientras podamos recibir tranquilas bendiciones, ¿quién puede perturbar nuestra paz?

¿No podían esas palabras de aquella a quien yo quería más que a todo en el mundo, bastar para alejar el dolor de mi corazón? Mientras hablaba, me acerqué a ella

como asustado, como si en cualquier instante pudiera venir el destructor y arrebatármela.

Así, ni la ternura de la amistad, ni las bellezas de la tierra, ni las del cielo, podían redimir mi alma de su dolor; hasta los acentos del amor eran impotentes. Estaba rodeado por una nube que ninguna influencia benéfica podía penetrar. El ciervo herido que se arrastra sus débiles piernas hacia algún rincón escondido del bosque para contemplar allí la flecha que lo ha herido y morir.

Algunas veces podía soportar la desesperación que me abrumaba. Pero en otras, el torbellino de pasiones de mi alma me empujaba a buscar algún alivio en el ejercicio físico y en las excursiones. Fue durante alguno de esos impulsos que abandoné repentinamente mi casa y, dirigiendo mis pasos hacia los cercanos valles de los Alpes, quise en la magnificencia, en la eternidad de esos paisajes, olvidarme de mí mismo y de mis efímeras penas humanas. Me dirigí al valle de Chamonix, que había visitado varias veces en mi juventud. Hacía seis años que no iba: yo estaba destrozado ahora, pero nada había cambiado en aquellos paisajes imponentes y eternos.

Hice la primera parte del camino a caballo. Después alquilé una mula, animal más seguro de pies y menos expuesto a lastimarse en aquellos ásperos caminos. El tiempo estaba hermoso, era mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine, la triste época de la que databan todos mis dolores. La opresión de mi espíritu disminuyó ligeramente cuando penetré en las profundas gargantas del Arve. Las numerosas montañas

y los precipicios que me rodeaban por todos lados, el rumor del río corriendo entre las rocas y el brillo de las cascadas me hablaban de una bondad omnipotente. Dejé de tener temor, es decir, de inclinarme ante un ser menos poderoso que el que había creado y gobernaba los elementos, aquí desplegados en su apariencia más grandiosa. A medida que ascendía, el valle tomaba un aspecto más imponente y un carácter más asombroso. Castillos arruinados se veían colgados sobre precipicios de abrumadas montañas; el impetuoso Arve junto a las granjas y quintas que emergían aquí y allá entre los árboles formaban un espectáculo de singular belleza, que realzaban los poderosos Alpes, cuyas blancas y brillantes pirámides y cúpulas todo lo dominaban, como si pertenecieran a otro planeta, como si fueran habitados por otra raza de seres.

Pasé el puente de Pélissier, donde la quebrada que forma el río se abrió ante mí, y empecé a ascender la montaña que la dominaba. Poco después penetré en el valle de Chamonix, maravilloso y sublime; pero no tan hermoso y pintoresco como el de Servox, por el que acababa de pasar. Las altas y nevadas montañas eran sus límites inmediatos; pero ya no vi ruinas de castillos ni campos fértiles. Inmensos glaciares llegaban hasta el camino cuando oí el estruendo de la avalancha que caía. El Monte Blanco, el supremo y magnífico Monte Blanco, se alzaba en el fondo entre sus agujas y su estupenda cúpula dominaba el valle.

Un vivo sentimiento de placer, que hacía tiempo no experimentaba, me vino durante ese viaje. Las vueltas

del camino, algún nuevo objeto repentinamente percibido y reconocido, me hacían evocar tiempos pasados y se asociaban con la alegría de mi adolescencia. Los vientos murmuraban de forma tranquilizadora y la maternal naturaleza me prohibió seguir llorando. Pero esa benéfica influencia cesó muy pronto y me encontré de nuevo presa de la desesperación y sumido en todo el dolor de mis pensamientos. Espoleé entonces al animal con el intento de olvidar el mundo, mis temores, y, sobre todo, de mí mismo.

Al fin llegué a la aldea de Chamonix. La extenuación dio paso a la fatiga corporal y mental que había sufrido. Permanecí un rato en la ventana contemplando los pálidos reflejos que jugaban en el Monte Blanco y oyendo el correr del Arve abajo. Arrullado por ese rumor, mis sensaciones se hicieron menos vivas y cuando puse la cabeza en la almohada el sueño descendió sobre mí. Lo sentí venir y bendije la felicidad del olvido.

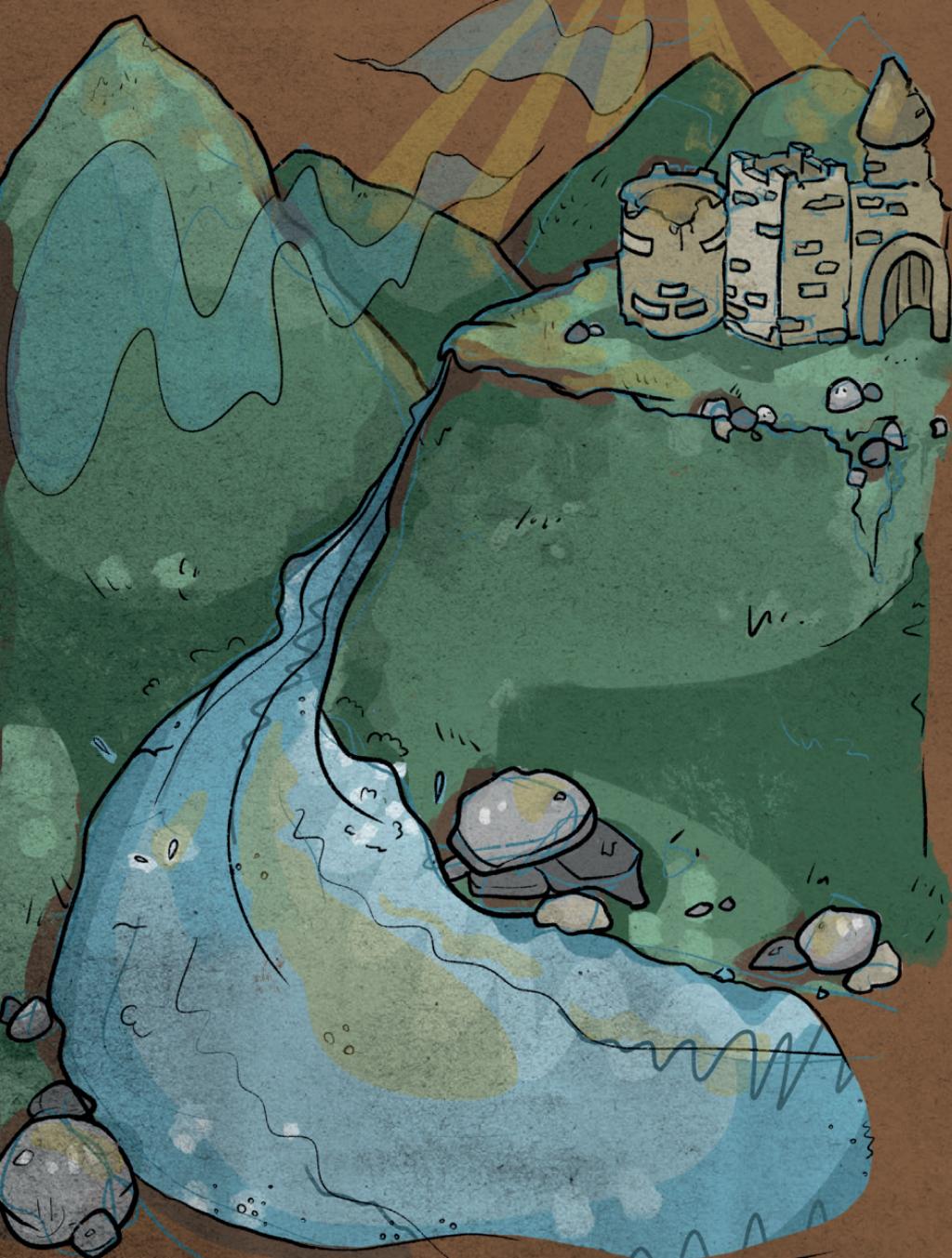
Capítulo X

El siguiente día lo pasé recorriendo el valle. Me detuve en las fuentes del río Arve, que nace en un glaciar y lentamente desciende de las cumbres para rodear el valle. Tenía ante mí las abruptas laderas de grandes montañas y la muralla de hielo del glaciar me cerraba el paso. Unos cuantos pinos alzaban aquí y allá sus verdes copas y el solemne silencio de ese glorioso espectáculo de la naturaleza era interrumpido solo por el rumor de las aguas

o la caída de algún fragmento de roca, el tronar de la avalancha o el crujido del hielo. Esos sublimes y magníficos paisajes me proporcionaron todo el consuelo que era capaz de recibir. Me elevaron de la pequeñez de mis sentimientos y, aunque no calmaron mi angustia, me tranquilizaron. En cierto modo, también apartaron mi mente de los pensamientos que la habían ocupado el último mes. Por la noche, me retiré a descansar; mis sueños, por así decirlo, fueron custodiados y administrados por las grandes figuras que había contemplado durante el día. Se reunieron a mi alrededor los picos de nieve inmaculada, el pináculo espléndido, los bosques de pinos y el barranco áspero y desolado, el águila planeando entre las nubes; todos se congregaron a mi lado y me llenaron de paz y consuelo.

134

¿A dónde habían huido a la mañana siguiente cuando desperté? Todo se desvaneció y la negra melancolía oscureció de nuevo mis pensamientos. La lluvia caía a torrentes y la densa niebla ocultaba las cimas de las montañas, de modo que no podía ver las caras de esos majestuosos amigos. No obstante, quería atravesar su velo y visitarlos en su retiro brumoso. ¿Qué eran la lluvia y la tormenta para mí? Me trajeron la mula hasta la puerta y decidí subir a la cumbre de Montanvert. Recordaba la impresión que me había producido el tremendo y movedizo glaciar la primera vez que lo vi. En ese entonces me había llenado con un éxtasis sublime, que me dio alas al alma y le permitió volar del oscuro mundo a la luz y la alegría. La vista de lo terrible y majestuoso en la naturaleza, en efecto,



ha tenido siempre el poder de solemnizar mi pensamiento y hacerme olvidar las pasajeras preocupaciones de la vida. Resolví ir sin guía porque conocía bien el camino y la presencia de otra persona habría destruido la solitaria grandeza del espectáculo.

El ascenso es peligroso, pero el camino está cortado por numerosos y cortos atajos que facilitan la subida por la perpendicular ladera de la montaña. Es un espectáculo terriblemente desolador. En mil sitios podían percibirse las huellas de la avalancha del invierno: árboles desgajados, inclinados sobre la tierra, algunos enteramente destruidos, otros caídos sobre las rocas de la montaña o a través de otros árboles. El camino a medida que sube se ve cortado por angostos precipicios en cuyo fondo corren continuamente piedras desprendidas de las alturas. Uno de ellos es particularmente peligroso, pues el menor ruido, a veces solo hablar en voz alta, produce en el aire una agitación capaz de hacer caer una lluvia de piedras sobre la cabeza del que habla. Los pinos no son altos ni frondosos sino sombríos, y contribuyen a aumentar la severidad de la escena.

Miré valle abajo. Grandes masas de niebla se levantaban de los ríos que corren allí y se acumulaban en delgadas capas en torno de las montañas del otro lado, cuyas cumbres estaban ocultas por nubes uniformes, mientras la lluvia caía del oscuro cielo y acrecentaba la melancólica impresión de los objetos que me rodeaban. ¡Ah! ¿Por qué el hombre se jacta de poseer una sensibilidad superior a la aparente de las bestias? Eso solo contribuye a

aumentar sus necesidades. Si nuestros impulsos estuvieran limitados al hambre, a la sed, al deseo, seríamos casi libres; en cambio, nos conmueve cualquier soplo de viento o escena casual que esa palabra pueda transmitirnos.

Descansamos; un sueño puede envenenar nuestro descanso.

Despertamos; un pensamiento errante nos empaña el día.

Sentimos, concebimos o razonamos; reímos o lloramos, abrazamos la tristeza o desechamos nuestras penas; todo es igual: sea alegría o dolor, el camino de su partida sigue despejado.

*El ayer del hombre no será jamás igual a su mañana; ¡nada puede durar salvo la mutabilidad!*¹

137

Era cerca del mediodía cuando llegué a la cima. Durante algún tiempo permanecí sentado en la roca que domina el mar de hielo. La niebla lo cubría, al igual que las montañas que lo rodeaban. De a poco, una brisa disipó las nubes y bajé al glaciar. Su superficie es muy desigual, como las olas de un mar inquieto, o desciende, salpicada de grietas que se hunden profundamente. El campo de hielo tiene casi cinco kilómetros de extensión, y tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña del otro lado es una desnuda roca perpendicular. Desde donde estoy ahora, Montanvert está precisamente del lado opuesto, y por

1. Fragmento del poema *Mutability*, de Percy Shelley, escrito en 1815.

encima se alza el Monte Blanco, en su aterradora majestad. Permanecí largo rato contemplando el maravilloso y estupendo espectáculo. El mar, o más bien el vasto río de hielo, serpenteaba entre sus montañas, cuyas elevadas cumbres se alzaban por encima del vacío de los valles. Los picos, helados y resplandecientes, brillaban al sol por encima de las nubes. Mi corazón, antes triste, se inundó ahora de un sentimiento de júbilo, y exclamé:

—Espíritus vagabundos, si en efecto existen y no descansan en sus estrechos lechos, permítanme esta ligera felicidad o llévenme, como su compañero, lejos de las alegrías de la vida.

Mientras decía esto, apareció repentinamente la figura de un hombre, a cierta distancia, que avanzaba hacia mí con sobrehumana rapidez. Saltaba sobre las grietas del hielo, que yo había atravesado con tanta precaución; su estatura, a medida que se acercaba, parecía mayor que la de un hombre normal. Me sentí inquieto, la vista se me nubló y me di cuenta que empezaba a desfallecer, pero rápidamente me recobré gracias al frío viento de las montañas. Percibí, a medida que la figura se acercaba (¡tremenda y aborrecida visión!) que era el malvado que yo había creado. Me estremecí de rabia y horror, y resolví esperar tenerlo cerca para enfrentarlo en un combate mortal. Se acercó; su expresión reflejaba una amarga angustia, mezclada con desdén y maldad, mientras su fealdad espantosa lo hacía casi demasiado horrible para los ojos humanos. Pero apenas pude notarlo, la rabia y el odio me impidieron hablar en un comienzo, y solo me

recobré para estallar en palabras de furiosa ira y menosprecio.

—¡Demonio! —exclamé—. ¿Te atreves a acercarte a mí y no temes que la feroz venganza de mi brazo estalle sobre tu miserable cabeza? Vete, insecto vil, o más bien, quédate para que pueda hundirte en el polvo. Y, ¡oh!, con la extinción de tu miserable existencia pueda volver a la vida las víctimas que tan diabólicamente has asesinado.

—Esperaba este recibimiento —dijo el monstruo—. Todos los hombres odian a los miserables, ¡cómo deben entonces odiarme a mí, que soy lo más miserable que hay en la tierra! Y tú, mi creador, me detestas y me menosprecias a mí, tu criatura, a quien has atado con lazos que solo puede romper la desaparición de uno de los dos. Pretendes matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple tus deberes para conmigo y yo cumpliré los míos para contigo y con el resto de la humanidad. Si aceptas mis condiciones te dejaré a ti y a los demás en paz; pero si rehusas, alimentaré las fauces de la muerte hasta que se sacie con la sangre de los seres queridos que te quedan.

—¡Monstruo abominable! ¡Demonio del mal! Las torturas del infierno serían demasiado dulces para castigar tus crímenes. ¡Diablo perverso! Me reprochas tu creación, pues ven, acércate, para que pueda extinguir la chispa que tan negligentemente encendí.

Mi rabia no tenía límites. Salté sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden propulsar a un ser contra la existencia de otro.

Evitó fácilmente mi ataque y dijo:

—¡Ten calma! Te pido que me oigas antes de dar rienda suelta a tu odio contra mí. ¿Acaso no he sufrido lo suficiente para que quieras aumentar mi dolor? La vida, aunque no sea sino una acumulación de angustias, es cara para mí y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú, soy más alto que tú, mis extremidades son más fuertes que las tuyas. Pero no intentaré pelear contigo. Soy tu criatura y seré dócil y amable con mi señor y rey natural, si tú también cumples con tu parte, cosa que me debes. ¡Oh, Frankenstein! No seas justo con todos los demás y duro solo conmigo, a quien debes justicia y hasta clemencia y afecto. Recuerda que soy tu criatura, debía ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien privaste de alegría sin haber cometido mal alguno. Por todas partes veo la felicidad de la que estoy irrevocablemente excluido. Yo era bueno; el dolor me ha convertido en un demonio. Hazme feliz y volveré a ser virtuoso.

—¡Vete! No quiero oírte. No puede haber relación alguna entre tú y yo; somos enemigos. Vete o mediremos nuestras fuerzas en un combate donde uno de los dos debe perecer.

—¿Cómo puedo convencerte? ¿Por qué noquieres mirar con bondad a esta criatura que implora tu compasión y tu benevolencia? Créeme, Frankenstein: yo era bueno, mi alma rebosaba de amor y de bondad, pero ¿no estoy solo ahora, miserablemente solo? Tú, mi creador, me aborreces, ¿qué esperanzas puedo tener de los demás, que no me deben nada? Ellos me desprecian y me odian. Las montañas desiertas y los temibles glaciares son mi

refugio. He vagado por aquí durante muchos días, las cuevas de hielo, que solo yo no temo, son un albergue para mí, el único al cual los hombres no pueden llegar. Bendigo estos cielos desolados, pues son conmigo más clementes que tus semejantes. Si el resto de la humanidad conociera mi existencia, haría lo que tú, se armaría para destruirme. ¿Cómo no he de sentir entonces odio por los que me aborrecen? No trataré con mis enemigos. Soy un miserable y ellos compartirán mi desdicha. Sin embargo, está en tu poder recompensarme y liberarlos de un mal que solo depende de ti hacerlo tan grande, que no solo tú y tu familia, sino miles de personas más, serán tragadas por los torbellinos de su furia. Deja que tu compasión obre y no me desprecies, oye mi historia, una vez hecho esto abandóname o compadécete de mí, según lo que creas que merezco. Pero oyeme. Las leyes humanas, a pesar de ser tan crueles, permiten que los acusados hablen en defensa propia antes de ser condenados. Oyeme, Frankenstein. Me acusas de asesinato y, sin embargo, tú mismo, con la conciencia tranquila,quieres destruir a tu propia criatura. ¡Oh, justicia eterna de los hombres! Pero yo no te pido que me perdes; oyeme, y después, si puedes, si puedes y si quieres, destruye la obra de tus manos.

—¿Por qué me recuerdas hechos que me hacen estremecer, al pensar que yo he sido tu miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, aborrecido demonio, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque sean las mías) las manos que te formaron! Me has hecho infeliz

en un grado que no se puede apreciar. No me has dejado capacidad para juzgar si soy justo contigo o no. ¡Vete! Líbrame de la visión de tu detestable figura.

—Así te libro, mi creador —dijo, y puso sus odiosas manos ante mis ojos, que rechacé violentamente—, así aparto de ti la vista de algo que aborresces. Hasta que me oigas y me prometas compasión. Por las virtudes que una vez poseí te pido esto. Oye mi historia: es larga y extraña, y la temperatura de este sitio no es adecuada para tu fina sensibilidad, ven a mi albergue de la montaña. El sol todavía está alto en el cielo, antes que baje a ocultarse detrás de los precipicios de nieve y a iluminar otro mundo, podrás oír mi historia y decidir. De ti depende que yo deje para siempre la vecindad de los hombres y lleve una vida sin maldades o que llegue a ser el azote de los seres que amas y el autor de tu rápida ruina.

Dicho esto, empezó a caminar sobre la nieve y yo lo seguí. Mi corazón estaba harto y no le contesté; pero, mientras lo seguía, tuve en cuenta los diversos argumentos que había expuesto y resolví oír su historia. En parte, me movía la curiosidad, y la curiosidad confirmó mi resolución. Hasta entonces había supuesto que él era el asesino de mi hermano y tenía ansias de confirmar o desechar esa opinión. Por primera vez también comprendía lo que eran los deberes de un creador para con su criatura y que debía hacerlo feliz antes de quejarme de su perversidad. Esas razones me movieron a aceptar su súplica.

Cruzamos la nieve y empezamos el ascenso de la montaña del otro lado. El aire era frío y la lluvia había



empezado a caer de nuevo. Entramos a la cabaña, el demonio con expresión de júbilo, yo con el corazón oprimido y el espíritu deprimido. Pero había consentido en oírlo y, una vez sentado cerca del fuego que había encendido mi odioso compañero, este comenzó su historia.

Capítulo XI

—Solo con mucha dificultad puedo recordar la época original de mi existencia: todos los sucesos de aquel período me aparecen confusos e indistintos. Una extraña multiplicidad de sensaciones se apoderó de mí, y vi, sentí, escuché y olí al mismo tiempo, y tardé mucho en aprender a distinguir entre las operaciones de mis diversos sentidos. Poco a poco, lo recuerdo, una luz más fuerte hizo presión sobre mis nervios, de modo que me vi obligado a cerrar los ojos. Entonces la oscuridad descendió sobre mí y me inquietó, pero apenas había sentido esto cuando, abriendo los ojos como ahora, supongo, la luz se esparció por mi ser. Creo que caminé y descendí; pero poco después tuve conciencia de un gran cambio en mis sensaciones. Antes, me habían rodeado cuerpos oscuros y opacos, insensibles al tacto y la vista; pero ahora descubrí que podía moverme en libertad, sin obstáculos que no pudiese superar o evitar. La luz llegó a ser más y más incómoda para mí, y como el calor me fatigaba al andar, busqué un sitio donde hubiera sombra. Lo encontré en el bosque cercano a Ingolstadt, allí me tendí al lado de un arroyo a

descansar de mi fatiga, hasta que me sentí atormentado por el hambre y la sed. Estas me sacaron del estado de sopor y comí algunas bayas. Sacié mi sed en el arroyo y después me volví a tender, donde me quedé dormido.

»Cuando desperté estaba oscuro. Tenía frío e instintivamente me asusté al encontrarme tan solo. Antes de abandonar tu departamento, como sentía frío, me había cubierto con algunas ropas. Pero eran insuficientes para protegerme del rocío de la noche. Era un pobre, desamparado, miserable desdichado; no sabía ni podía distinguir nada; pero un sentimiento de dolor me invadió por completo; me senté y lloré.

»Pronto, una dulce claridad brilló en el cielo y me produjo una sensación de placer. Me levanté y contemplé la luna que se levantaba entre los árboles. La contemplé maravillado. Se movía lentamente, pero alumbraba mi camino y otra vez me puse a buscar bayas. Todavía tenía frío, pero debajo de los árboles encontré un enorme manto con el que me cubrí y me senté en el suelo. Ninguna idea clara ocupaba mi mente; todo era confuso. Distinguía la luz y la oscuridad, sentía hambre y sed, innumerables sonidos me zumbaban en los oídos y por todas partes aspiraba variados perfumes. El único objeto que podía distinguir era la radiante luna y seguí contemplándola con placer.

»Pasaron varios días y varias noches hasta que empecé a distinguir mis sensaciones unas de otras. Gradualmente vi con precisión la clara corriente que me proporcionaba agua que beber y los árboles cuyo follaje

me daban sombra. Tuve una gran alegría cuando por primera vez descubrí que ciertos gratos sonidos procedían de gargantas de los alados animalitos que frecuentemente interceptaban la luz de mis ojos. Comencé también a observar con mayor exactitud las formas que me rodeaban y a percibir los límites del radiante techo de luz que brillaba sobre mi cabeza. Alguna vez quise imitar los plácidos cantos de los pájaros, pero no podía. También intenté expresar mis sensaciones a mi modo, pero los entrecortados e inarticulados sonidos que salían de mi boca me asustaban y me sumían de nuevo en el silencio.

»La luna había desaparecido de la noche, y había surgido otra vez, menguada, mientras yo seguía en el bosque. Para ese entonces, mis sensaciones eran claras y mi mente recibía todos los días ideas nuevas. Mis ojos se acostumbraron a la luz y a percibir los objetos en sus verdaderas formas. Distinguía los insectos de las plantas y, poco a poco, una hierba de la otra. Descubrí que el gorrión no emitía sino notas duras, mientras las del mirlo y las del tordo eran dulces y seductoras.

»Un día, cuando estaba oprimido por el frío, encontré una fogata dejada por algunos mendigos vagabundos y me sentí deliciosamente fortificado por su calor. En mi alegría, quise tomar las llamas con las manos; pero tuve que apartarlas rápidamente lanzando un grito de dolor. ¡Qué extraño es, pensaba, que la misma causa produzca efectos tan contrarios! Examiné lo que ardía y vi con júbilo que era leña. Inmediatamente recogí algunas ramas, pero estaban húmedas y no ardieron. Esto me entristeció

y me senté en el suelo a contemplar el fuego. Las ramas húmedas, que había dejado cerca de la fogata, se secaron y ardieron también. Reflexioné en eso, y tocando las diversas ramas descubrí la causa. Después de ello junté una gran cantidad con el objetivo de ponerlas a secar para alimentar el fuego. Cuando llegó la noche, y con ella el sueño, estaba muy temeroso de que mi fuego se apagara. Lo cubrí cuidadosamente con ramas y hojas secas y puse ramas húmedas encima. Después, extendí la capa en el suelo, me tendí en ella y me quedé dormido.

»Era de día cuando desperté y mi primer cuidado fue ver el fuego. Lo destapé y una suave brisa hizo brotar la llama. Al ver esto hice un abanico con ramas para avivar las brasas que estaban a punto de extinguirse. Cuando la noche llegó de nuevo, descubrí, con placer, que el fuego daba luz además de calor. Este descubrimiento me fue útil para alimentarme, porque observé que algunas de las sobras que los mendigos se habían tostado y, al probarlas, me parecieron más sabrosas que las bayas. Procuré, pues, preparar mi comida del mismo modo, poniéndola sobre las brasas, y advertí que las grosellas se estropeaban de ese modo, y que las nueces y raíces mejoraban mucho.

»Pero los alimentos empezaban a escasear y frecuentemente tuve que emplear todo el día en vano buscando unas cuantas bellotas para calmar las angustias del hambre. Entonces, resolví abandonar el paraje en que había vivido y buscar otro en donde las pocas necesidades que sentía pudieran ser satisfechas con más facilidad. En esa emigración tuve que lamentar la pérdida del fuego que

había obtenido por casualidad y no supe cómo reproducirlo. Destiné varias horas a la seria consideración de esa dificultad, pero me vi obligado a abandonar todo intento de conseguirlo y, envolviéndome en mi capa, seguí caminando por el bosque en dirección al sol poniente. Pasé tres días vagando y al fin salí a campo abierto. La noche anterior había caído mucha nieve y los campos se veían uniformemente blancos, el espectáculo era desolador y los pies se me helaron a causa del frío de la nieve que cubría el suelo.

»Eran alrededor de las siete de la mañana y no lograba encontrar alimento ni albergue; por último divisé una pequeña cabaña en una ladera, que sin duda había sido construida para servir de refugio a los pastores. Era una casa nueva para mí y examiné la construcción con gran curiosidad. Hallé la puerta abierta y entré. Adentro estaba un hombre viejo, inclinado sobre el fuego, en el que estaba preparando algo de comer. Se volvió al oír el ruido de mis pasos y al verme lanzó un fuerte chillido, salió de la choza y empezó a correr a través de los campos con una rapidez de la que, a juzgar por su débil aspecto, no parecía capaz. Su apariencia, diferente de lo que hasta entonces había visto, y su fuga me sorprendieron; pero estaba encantado con la choza, allí ni podían penetrar la nieve ni la lluvia, el piso estaba seco y me parecía entonces un albergue tan exquisito y divino como pareció el pandemónium a los demonios del infierno después de un sufrimiento en el lago de fuego. Ansiosamente devoré los restos de la comida del pastor que consistían en carne,

queso, leche y vino (este último no me gustó). Luego, vencido por la fatiga, me acosté sobre un montón de paja y me dormí.

»Era mediodía cuando desperté; y animado por el calor del sol que resplandecía sobre la tierra blanca decidí continuar andando. Guardé los restos de la comida del pastor en un morral que encontré y empecé a cruzar los campos durante varias horas, hasta que al atardecer llegué a una aldea. ¡Qué cosa maravillosa me pareció! Las chozas, las quintas y las casas provocaban sucesivamente mi admiración. Las frutas en los jardines, la leche y el queso que veía en las ventanas de algunas viviendas despertaron mi apetito. Entré en una de las mejores, pero apenas puse los pies en el umbral un niño chilló y una mujer se desmayó. Toda la aldea se alarmó; algunos huyeron, otros me atacaron, hasta que gravemente maltratado por las piedras y otra clase de proyectiles escapé al campo y, asustado, me refugié en un cobertizo abandonado, de aspecto miserable, en contraste con los palacios que había visto en el pueblo. Esta choza, sin embargo, formaba parte de una quinta limpia y agradable, pero después de mi última experiencia que tan cara me había costado no me atreví a entrar. Mi refugio era una construcción de madera tan baja que apenas podía estar sentado derecho en ella. El piso era de tierra y, aunque el viento penetraba por innumerables hendiduras, me pareció un asilo aceptable contra la lluvia y la nieve.

»Allí me retiré y me acosté feliz de haber encontrado un refugio, por miserable que fuera, de las inclemencias del tiempo, y más aún de la barbarie del hombre.

»Tan pronto amaneció, salí de mi perrera con el objetivo de ver la quinta y resolver si podía quedarme en el escondite que había encontrado. Estaba adosado a la parte de atrás de la quinta y rodeado en los lados expuestos por una pocilga y una pileta de agua limpia. Uno de los lados tenía una abertura, por donde me había colado; pero cubrí todas las grietas por las que podía ser visto con piedras y ramas, de modo que pudiera quitarlas para salir. Toda la luz que recibía penetraba por el lado del chiquero, y era suficiente para mí.

»Habiendo arreglado de esta manera mi morada, y cubierto el suelo con paja limpia, me retiré a ella porque divisé un hombre a la distancia y recordaba muy bien cómo me habían tratado la noche anterior como para confiarne de él. Antes, de todas formas, me había provisto para la comida del día con una hogaza de pan duro que había robado y un tazón para beber, más cómodamente que con la mano, el agua pura de un arroyo que corría cerca. El suelo estaba un poco levantado, de modo que se encontraba perfectamente seco y, debido a la proximidad de la chimenea de la casa, estaba tolerablemente caliente.

»Provisto de esta manera, resolví residir en ese cobertizo hasta que ocurriera algo que me hiciera cambiar de decisión. Era, en realidad, un paraíso comparado con el bosque que había sido mi primera residencia. Comí el duro pan con gusto y me disponía a mover una de las

tablas para salir a tomar un poco de agua cuando oí pasos. Mirando por una rendija, vi a una mujer que con un cubo en la cabeza pasaba delante de la choza. La chica era joven y de gentil presencia, muy distinta de las campesinas y sirvientas que había visto hasta entonces. Pero estaba pobemente vestida, llevaba el cabello bien peinado pero sin adornos y tenía cierto aire de resignación, parecía triste. La perdí de vista, pero al cuarto de hora volvió a pasar, llevando esta vez el cubo lleno de leche. Caminaba sola, al parecer molesta por el peso, cuando salió a su encuentro un joven cuya fisonomía expresaba la más profunda desesperación. Diciendo melancólicamente unas cuantas palabras, le quitó el cubo de la cabeza a la joven y él mismo lo llevó a la quinta. Ella lo siguió y ambos desaparecieron. Después vi al joven otra vez con algunas herramientas en la mano mientras se dirigía al campo por detrás de la quinta. También vi a la muchacha, siempre ocupada, a veces en la quinta, a veces en el huerto.

»Examinando mi morada descubrí una antigua ventana de la casa que ahora era el interior del cobertizo, pero su hueco había sido tapiado. Entre las tablas se podía ver, a través de una rendija casi imperceptible, lo que pasaba al otro lado. Se veía una pieza pequeña y limpia, con muy pocos muebles. En un rincón, al lado del fuego, había un viejo con la cabeza entre las manos, en actitud desconsolada. La joven estaba ordenando la casa; luego sacó algo de un cajón, que ocupó sus manos, y se sentó junto al hombre, que, tomando un instrumento, empezó a

tocar y producir sonidos más dulces que el canto de mirlo y el ruiseñor. ¡Era algo tan tierno aun para mí, infeliz, que nunca había visto antes nada hermoso! El pelo canoso y el bondadoso aspecto del anciano ganaron mi respeto, mientras los gentiles gestos de la niña me cautivaron completamente. La voz del anciano era tan triste que hizo brotar lágrimas a los ojos de su amable compañera, que él no notó hasta que la muchacha sollozó de forma audible; entonces pronunció algunos sonidos y la rubia criatura, dejando sus tareas, se arrodillo a sus pies. El anciano la levantó y sonrió con tanta amabilidad y cariño que yo mismo experimenté una emoción extraña e irresistible: era una mezcla de dolor y de placer, como nunca antes había sentido, ni a causa del hambre ni del frío, ni del calor ni del comer. Me retiré de la hendija, incapaz de dominar esas emociones.

»Poco después pasó el joven llevando al hombro una carga de leña. La chica salió a la puerta a recibirlo, lo ayudó a descargar y, tomando algunos palos, los echó al fuego. Después ella y el joven se apartaron a un rincón, y él le mostró un gran pan y un pedazo de queso. Ella pareció muy contenta y salió al jardín a buscar algunas raíces y plantas que puso en agua y después al fuego. Luego ella continuó sus quehaceres, mientras el joven salía al jardín y se ocupaba en sacar algunas raíces. Al cabo de una hora, la joven se unió a él y juntos entraron a la quinta.

»Durante ese tiempo el anciano había estado pensativo, pero a la presencia de sus compañeros tomó un aire más alegre y todos se sentaron a comer. La comida fue

corta. El joven volvió a sus quehaceres y el viejo salió a dar algunos paseos al sol, apoyado en el brazo de la muchacha. Nada podía exceder en belleza el contraste que hacían esas dos personas. Uno era viejo, con cabellos blancos y una fisonomía que irradiaba bondad y amor, la joven tenía un cuerpo esbelto y gracioso, su rostro era hermoso, aunque sus ojos y aspecto indicaran profunda pena y abatimiento. El anciano volvió a la quinta y el joven, llevando herramientas distintas a las que había usado por la mañana, se encaminó a través de los campos.

»Llegó la noche y con gran asombro vi que mis vecinos tenían manera de prolongar la luz usando velas; me alegré mucho al descubrir que la puesta del sol no ponía fin al placer que experimentaba contemplando a mis vecinos humanos. Durante la noche, la joven y su compañero se ocuparon de varias cuestiones que no pude comprender y el anciano volvió a tocar el instrumento que había producido las divinas armonías que me habían encantado por la mañana. En cuanto concluyó, el joven empezó a emitir sonidos monótonos que no se parecían ni a la música del instrumento del anciano, ni al canto de los pájaros. Después caí en cuenta de que leía en voz alta, pero por ese entonces no sabía nada de la ciencia de las palabras y las letras.

»La familia, después de haber empleado así un breve tiempo, apagó las luces y se retiró, según deduje, a descansar.

Capítulo XII

—Me tendí en un montón de paja, pero no pude dormir. Pensaba en los sucesos del día. Lo que más me había impresionado era la amable conducta de esa gente, y anhelé unirme a ellos, pero no me atreví. Recordaba demasiado bien lo que había sufrido la noche anterior por parte de los bárbaros aldeanos, y decidí que cualquiera fuera la conducta que adoptara en el futuro, por el momento me quedaría tranquilo en mi morada, esperando y procurando descubrir las causas que motivaban sus acciones.

»A la mañana siguiente se levantaron antes que el sol. La muchacha barrió la casa y preparó comida, el joven salió después de haber comido.

154

»El día pasó igual que el anterior. El joven estaba constantemente ocupado afuera, la muchacha adentro en sus quehaceres. El anciano, que noté que era ciego, empleaba el tiempo en tocar su instrumento o en pensar. Nada podría dar idea del amor y respeto que esos dos jóvenes demostraron por su venerable compañero, a quien atendían en todo con exquisita bondad, mientras él los comprendía con benévolas sonrisas.

»No eran enteramente felices. A menudo el joven y su compañera se retiraban aparte y parecían llorar. Yo no veía motivo para esa infelicidad, pero me conmovía profundamente a causa de ella. Si tan excelentes criaturas eran desgraciadas, ¿era extraño que yo, un ser imperfecto y solitario, lo fuera también? ¿Pero por qué eran

ellos infelices? Tenían una casa deliciosa (así parecía a mi vista) y toda clase de comodidades, tenían fuego para calentarse cuando sentían frío y ricos alimentos para satisfacer su apetito, vestían buenas ropas y, todavía más, disfrutaban mutuamente de su compañía y conversaciones, intercambiando todos los días muestras de afecto y cariño. ¿Qué significaban sus lágrimas? ¿Expresaban realmente pena? Al principio fui incapaz de resolver esas cuestiones, pero la constante atención y tiempo me explicaron muchas cosas que en los primeros días me resultaban enigmáticas.

»Pasó algún tiempo antes de que descubriera una de las causas de la desgracia de esa amable familia: era la pobreza, mal que sufrían en un grado verdaderamente desolador. Se alimentaban solo con productos de su huerto y con la leche de una vaca, que daba muy poca durante el invierno, cuando sus dueños apenas podían conseguir con qué alimentarla. Creo que a menudo sufrían las angustias del hambre en forma agudísima, especialmente los jóvenes, quienes varias veces los vi dar algo de comer al anciano sin comer ellos nada.

»Ese rasgo de bondad me conmovió profundamente. Me había acostumbrado durante la noche a robarles algunas de sus pobres provisiones para mi propio consumo, pero cuando comprendí que eso aumentaba su sufrimiento, me abstuve de hacerlo y volví a las bayas, nueces y raíces que buscaba en un bosque vecino.

»Poco después descubrí el modo de poderlos ayudar en sus trabajos. Vi que el joven empleaba una gran parte

del día en ir a recoger leña para el hogar, así que durante la noche tomaba yo sus herramientas, cuyo uso aprendí rápidamente, y les traía leña suficiente para varios días.

»Recuerdo que la primera vez que hice esto, la joven, al abrir la puerta por la mañana, se mostró muy asombrada al ver un gran montón de leña del lado de afuera. Exclamó algunas palabras en voz alta y salió el joven, que también se mostró sorprendido. Observé con placer que no fue al bosque ese día y se dedicó a reparar la quinta y cultivar el jardín.

»Poco a poco llegué a hacer un descubrimiento de mayor importancia. Noté que mis vecinos tenían un método especial para comunicar sus ideas y sentimientos por medio de sonidos articulados. Las palabras que decían a veces causaban alegría y otras veces pena, sonrisas o tristeza, en el espíritu y el semblante de los que escuchaban. Esta era, efectivamente, una ciencia divina y ardientemente quise poseerla. Pero fracasé en cada intento. Su pronunciación era veloz, y las palabras enunciadas, sin conexión aparente con los objetos visibles, me hacían incapaz de encontrar una clave con la cual descifrar el misterio de sus referencias.

»Sin embargo, a costa de mucha dedicación y después de permanecer durante muchos días en mi refugio, descubrí los nombres que daban a algunos de los objetos más familiares de su conversación. Aprendí y apliqué las palabras *fuego, leche, pan* y *leña*. Aprendí también los nombres de mis vecinos mismos. La joven y su compañero tenían cada uno varios nombres, pero el anciano no

tenía sino uno, que era *padre*. La muchacha se llamaba *hermana* o *Agatha*, y el joven *Felix*, *hermano* o *hijo*. No puedo describir la alegría que recibí cuando aprendí las ideas correspondientes a cada uno de esos sonidos y fui capaz de pronunciarlos. Pronto distinguí varias otras palabras, pero no pude entenderlas ni aplicarlas, como, por ejemplo, *bueno*, *querido*, *desgraciado*.

»Así pasó el invierno. Los suaves tratos y la belleza de los habitantes de la quinta hicieron que los quisiera mucho. Cuando los veía infelices, sufría; cuando estaban contentos, simpatizaba con su alegría. Eran muy pocas las personas que iban a verlos y si alguien entraba a la quinta, sus modales bruscos y su rudo aspecto realzaba las superiores condiciones de mis vecinos. El anciano, según pude notar, procuraba a menudo alentar a sus hijos y algunas veces observé que los llamaba para que su presencia ahuyentara su propia melancolía. Les hablaba con tan cariñoso tono, con tal expresión de bondad, que a mí mismo me hacía bien. Agatha le oía con respeto, sus ojos a veces se llenaban de lágrimas que procuraba hacer pasar inadvertidas, pero me parecía que generalmente su conducta y su tono eran más amables después de haber oído las exhortaciones de su padre.

»No ocurría lo mismo con Felix. Era siempre el más triste de todos y aun a mis inexperimentados sentidos no se les escapaba que sufría más profundamente que su padre y su hermana. Pero si su fisonomía era más triste, su voz era más suave, especialmente cuando se dirigía al anciano.

»Podría citar innumerables hechos que, aunque insignificantes, indicaban las disposiciones de esa buena gente. En medio de su pobreza y necesidad, Felix llevó a su hermana las primeras flores blancas que brotaron en el campo, aún cubierto de nieve. Por la mañana muy temprano, antes de que Agatha se levantara, Felix limpiaba la nieve que obstruía el camino hacia la lechería, sacaba agua del pozo y entraba la leña que cada vez más asombrado encontraba al lado de la puerta, puesta allí por una mano invisible. En el día, según creo, trabajaba en ocasiones para un agricultor de la vecindad porque a menudo salía y no volvía hasta la hora de comer, pero no traía leña. Otras veces trabajaba en el jardín, pero como había poco que hacer allí en la estación de las heladas, pasaba el tiempo leyendo en voz alta al anciano y su hermana.

»Esas lecturas me intrigaron mucho al principio, pero poco a poco fui descubriendo que cuando leía modulaba los mismos sonidos que cuando hablaba, de ahí deduje que en el papel o libro que tenía en la mano debían haber signos que entendía y traducía en palabras. Ardientemente ansié entenderlos también, pero ¿cómo habría podido hacer eso cuando ni siquiera entendía los sonidos por los cuales traducía esos signos? Progresé, sin embargo, sensiblemente en esa ciencia, pero no lo bastante para seguir sus conversaciones, a pesar de que dedicaba toda mi inteligencia a ello. Me di cuenta que, si bien deseaba vivamente mostrarles mi presencia a mis vecinos, no debía intentarlo hasta que hubiera llegado a dominar su

lenguaje, cuyo conocimiento me permitiría explicarles la deformidad de mi figura, cosa que me había sido revelada por el contraste que permanentemente tenía ante mis ojos.

»Había admirado las formas perfectas de mis vecinos —su gracia, su belleza, su delicado cutis— pero ¡cuánto temor me causó cuando me vi por primera vez en el agua transparente de un estanque! En los primeros momentos, retrocedí, sin poder comprender que fuera yo el que se reflejaba en ese espejo, pero cuando me convencí plenamente de que era yo mismo ese monstruo, me invadieron los más amargos sentimientos de desesperación y mortificación. ¡Ay! Todavía no conocía bien los fatales efectos de mi cruel deformidad.

»La primavera avanzaba, los días eran más largos, la nieve se fundía y vi aparecer la tierra. Felix empezó a trabajar más y los indicios de pobreza y hambre en la quinta desaparecieron. Sus alimentos, como los que yo mismo encontré después, eran rústicos pero sanos y los tenían en medida suficiente. Varias plantas nuevas brotaron en el jardín, ellos las preparaban para comerlas. Y esas señales de bienestar aumentaban diariamente a medida que la estación se desarrollaba.

»El anciano, apoyado en su hijo, salía todos los días por la tarde a pasear, cuando no llovía. Con frecuencia caía la lluvia, pero el viento secaba pronto la tierra y la primavera se hacía día a día más agradable.

»Mi vida en mi refugio era siempre igual. Por la mañana esperaba que se levantaran mis vecinos y, cuando se

habían dispersado entregándose a sus diversas ocupaciones, dormía. El resto del día lo empleaba en observar a los que ya consideraba mis amigos. Cuando se habían retirado a descansar, si había luna o luz de estrellas que aclaraban la noche, me iba al bosque a buscar alimento para mí y leña para la quinta. Al regreso, mientras fue necesario, les limpiaba la nieve del camino y hacía todo lo que había visto hacer a Felix. Esos trabajos, realizados por una mano invisible, les sorprendían mucho y una o dos veces les oí hablar de "buenos espíritus", "milagro", pero no podía entender el significado de esos términos.

»Mis pensamientos llegaron a ser más activos y más claros. Tuve el vivo deseo de descubrir los sentimientos de esas queridas personas, quise saber por qué Felix parecía tan desgraciado y Agatha tan triste. Pensaba (¡miserable tonto!) que podía estar en mis manos el devolver la felicidad a quienes tanto la merecían. Cuando dormía o estaba lejos de ellos, la figura del respetable padre ciego, de la gentil Agatha y del excelente Felix no se apartaban de mi mente. Los consideraba seres superiores que debían ser los árbitros de mis destinos. Tracé en mi imaginación mil escenas donde me presentaba ante ellos y la manera en que me recibían. Imaginaba que estarían disgustados hasta que mi conducta amable y mis palabras conciliadoras me ganaran su favor y después su amor.

»Esos pensamientos me alentaron y me movieron a aplicarme con nuevo ardor al aprendizaje del arte del lenguaje. Mis órganos eran ciertamente ásperos pero flexibles, y aunque mi voz era muy diferente de la dulce música

de sus tonos, pronunciaba las palabras que entendía con cierta facilidad. Era el caso del asno y del perrito faldero, pero seguramente el buen asno, cuyas intenciones eran de afecto, aunque sus modales fueran rudos, merecía un tratamiento mejor que los golpes y la execración.

»Los primeros calores de la primavera cambiaron enormemente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de esa modificación parecían vivir escondidos en cuevas, salieron y se emplearon en los diversos trabajos del cultivo. Los pájaros cantaban con más dulces notas y las hojas cubrían los árboles. ¡Feliz, feliz tierra! Morada apropiada para los dioses, que poco tiempo antes estaba fría, triste e insalubre. Mi ánimo fue elevado por el encantador espectáculo de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el presente me parecía tranquilo y el futuro se iluminaba con dorado por los brillantes reflejos de la esperanza y las expectativas de la alegría.

Capítulo XIII

—Me acerco ahora a la más interesante parte de mi historia. Relataré sucesos que provocaron en mí sentimientos que, de lo que era, me hicieron lo que soy.

»La primavera avanzaba rápidamente. El tiempo se puso hermoso y el cielo brillaba sin nubes. Me causó sorpresa que lo que antes estaba desierto y oscuro apareciera bordado con las más hermosas flores y plantas.



De Lacey



Agatha



Felic



Sapie

Mis sentidos se sintieron halagados y renovados por mil perfumes deliciosos y mil espectáculos de belleza.

»En uno de esos días, cuando mis vecinos descansaban de sus trabajos —el anciano tocaba y los jóvenes le oían—, observé que el rostro de Felix estaba indescriptiblemente melancólico; suspiraba con frecuencia; y en una ocasión su padre hizo una pausa en su música y supuse, por su actitud, que le preguntó la causa de la tristeza a su hijo. Felix contestó con tono cariñoso y el anciano continuó tocando, cuando alguien llamó a la puerta.

»Era una dama a caballo, acompañada por un campesino que le servía de guía. Estaba vestida de luto y un espeso velo negro le cubría la cara. Agatha le hizo una pregunta a la cual la visitante contestó pronunciando con dulce tono el nombre de Felix. Al oírla, Felix se acercó a la dama que cuando le vio se arrancó el velo y dejó ver un rostro de belleza y expresión angelical. Se cabello era de un negro brillante como las plumas de los cuervos, y curiosamente rizado; sus ojos eran oscuros, pero vivos y expresivos; sus rasgos eran de proporciones regulares y su tez maravillosamente hermosa, cada mejilla estaba teñida del más encantador rosado.

»Felix pareció encantado al verla, las huellas de la pena desaparecieron de su rostro e instantáneamente cayó en una especie de alegría extática de la cual apenas le había creído capaz; sus ojos brillaban y sus mejillas se ruborizaron de placer; y en ese momento me pareció tan hermoso como la desconocida. Ella parecía afectada por los más diversos sentimientos; derramando algunas

lágrimas tendió una mano a Felix, que la besó apasionadamente y la llamó, según pude entender, su dulce árabe. Ella pareció no entenderlo, pero sonrió. Felix la ayudó a desmontar y, despidiendo al guía, la condujo al interior de la quinta. Cambió algunas palabras con su padre y la dama se arrodilló a los pies del anciano. Había querido besarle las manos, pero él la levantó y la abrazó afectuosamente.

»Pronto me di cuenta que, aunque la joven recién llegada pronunciaba también sonidos articulados, ni ella entendía a los otros ni los otros le entendían a ella. Hizo algunos ademanes que no comprendí, pero noté que su presencia difundía alegría en la quinta, disipando la tristeza de sus habitantes como el sol disipa las nieblas de la mañana. Felix parecía singularmente feliz. Agatha, la siempre gentil Agatha, besaba las manos de la hermosa extranjera y, señalando a su hermano, hacía signos con que me pareció que quería dar a entender que no había estado contento hasta su llegada. Pasaron así algunas horas, mientras los rostros de mis vecinos y su visitante expresaban una alegría que no llegaba a comprender. Luego descubrí, por la frecuencia con la que repetían los mismos sonidos que hacía la forastera después de modularlos, que ella se esforzaba por aprender su lenguaje; e instantáneamente se me ocurrió que yo también podría aprovechar esas lecciones con el mismo fin. La desconocida aprendió unas veinte palabras en la primera lección, la mayoría de las cuales, efectivamente, yo ya había aprendido; pero me beneficié de las otras.

»Al llegar la noche, Agatha y la árabe se retiraron temprano. Al separarse, Felix besó la mano de la desconocida y le dijo: "Buenas noches, querida Safie". El joven permaneció largo rato conversando con su padre y, por la repetición de su nombre, comprendí que su hermosa huésped era el tema de la conversación. Deseaba ardientemente entender lo que decían y dediqué todas mis facultades a ese empeño, pero me fue totalmente imposible.

»A la mañana siguiente, Felix salió a sus quehaceres y, una vez que Agatha había concluido sus habituales ocupaciones, la árabe se sentó a los pies del anciano, y, tomando su guitarra, tocó unas melodías tan hermosas, que al instante arrancaron lágrimas de tristeza y deleite de mis ojos. Ella también cantó, y su voz fluyó en una rica cadencia, aumentando o disminuyendo, como un ruiseñor en el bosque.

»Cuando concluyó, le pasó la guitarra a Agatha, que en un primer momento se negó a tocar, pero después tocó una melodía sencilla que acompañó con su suave voz, muy diferente de la maravillosa de su compañera. El anciano estaba encantado y dijo algunas palabras que Agatha quiso explicar a Safie, con las cuales me pareció expresar el deseo de manifestarle que le había producido el mayor deleite su música.

»Los días continuaron pasando tan tranquilamente como antes, con la única alteración de que la alegría había reemplazado a la tristeza en casa de mis vecinos. Safie estaba siempre contenta y feliz, ella y yo progresábamos rápidamente en el conocimiento del idioma, de

manera que a los dos meses ya comprendía yo la mayoría de las palabras que decían los habitantes de la quinta.

»Mientras tanto, la negra tierra se había cubierto de césped y las verdes praderas se matizaban con innumerables flores, suaves al olfato y a la vista, estrellas de pálidas irradiaciones entre los bosques a la luz de la luna; el sol se volvió más cálido, las noches más claras y fragantes; y las excursiones nocturnas eran para mí un placer, a pesar de que la tardía puesta y la temprana salida del sol las hacían más cortas. Nunca me aventuraba a salir durante el día, temeroso de ser víctima de malos tratos por parte de los hombres, como los que había sufrido en la primera aldea en que me presenté.

»Mis días eran invertidos en extrema atención, para poder dominar el idioma más rápidamente; y puedo jactarme de que progresé más velozmente que la árabe, que entendía muy poco y conversaba con palabras entrecortadas, al paso que yo entendía y podía repetir casi todas las que oía.

»Mientras progresaba en el idioma, aprendía también la ciencia de las letras, como se la enseñaban a Safie, y ello me abrió un ancho campo de maravillas y deleites.

»El libro con que Felix enseñaba a Safie era *Las ruinas de los imperios*, de Volney. Jamás habría entendido los propósitos de ese libro si Felix, al leerlo, no hubiera dado algunas explicaciones. Decía que había escogido esa obra porque su estilo declamatorio se parecía al de los escritores orientales. Gracias a ese libro adquirí algunos conocimientos históricos y pude apreciar en conjunto los

diversos imperios que al presente existen en el mundo. Me proporcionó también algunos datos sobre las costumbres, gobiernos y religiones de las diferentes naciones de la tierra. Por él supe de los perezosos asiáticos, del estupendo genio y la mental actividad de los griegos, de las guerras y maravillosas virtudes de los primeros romanos junto a su decadencia y ruina, de la caballería, del cristianismo y de los reyes. También supe del descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie por el triste destino de sus habitantes aborígenes.

»Esas maravillosas narraciones me inspiraron extrañas ideas. ¿Era el hombre, en realidad, a la vez tan poderoso, tan virtuoso, tan magnífico, pero tan vicioso y tan bajo? Me parecía, a veces, un nuevo vástagos del principio del mal, y otras veces, todo lo que puede concebirse de noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía el mayor honor que puede recaer sobre un ser sensible; ser vil y cruel, como muchos lo han sido, parecía la más baja degradación, una condición más abyecta que la del topo ciego o la del gusano inofensivo. Por mucho tiempo no pude concebir cómo un hombre podía llegar a matar a un semejante, ni si quiera la causa de leyes y gobiernos; pero cuando oí de Felix las narraciones de maldad y de sangre, cesó mi sorpresa y aparté de ello mi pensamiento con disgusto y hastío.

»Cada conversación de mis vecinos me introducía en nuevas maravillas. Mientras escuchaba las lecciones de Felix a la árabe, el extraño sistema de la sociedad humana me era explicado. Oí hablar de la división de la

propiedad, de la riqueza inmensa y la mísera pobreza, de aristocracia, ascendientes y sangre noble.

»Esas palabras me inducían a pensar en mí mismo. Aprendí que las cualidades más estimadas por los hombres eran una noble descendencia y la riqueza. Una sola de esas ventajas basta para que un hombre sea respetado, pero, sin ninguna de ellas, será considerado, excepto muy raros casos, como vagabundo o esclavo y condenado a gastar sus energías en provecho de unos pocos escogidos.

»¿Y yo qué era? No sabía absolutamente nada de mi creación ni de mi creador, pero sabía que no tenía dinero, ni amigos, ni nada que fuese mío. Tenía, además, una figura odiosamente deforme y repugnante; ni siquiera era de la misma naturaleza que los hombres. Era más ágil que ellos, podía subsistir alimentándome muy poco, sufría el calor y el frío extremos con menos daño para mi organismo, mi estatura era mayor que la normal. Cuando miraba a mi alrededor no veía ni oía a nadie parecido a mí. ¿Era, entonces, un monstruo, una mancha en la tierra, del que todos los hombres huían y que todos los hombres execraban?

»No puedo describir la angustia que esas reflexiones me generaban. Procuraba apartarlas, pero mi dolor aumentaba con mis conocimientos. ¡Oh! ¡Si me hubiera quedado en mi situación primitiva, si no hubiera sabido nada, ni sentido otras sensaciones que las del hambre y la sed, del frío y del calor!

»¡Qué cosa extraña es el conocimiento! Se adhiere a la mente una vez que la ha alcanzado, como un liquen a

la roca. Algunas veces deseaba olvidar todos mis pensamientos y sentimientos, pero me convencí de que no había sino un medio para evitar la sensación de dolor, y era la muerte un estado que temía aunque no llegara a comprender. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, me gustaban los modales gentiles y amables de mis vecinos, pero no me era permitido tener relaciones con ellos sino indirectamente, como a hurtadillas, permaneciendo invisible y oculto, que más que satisfacer aumentaba las ansias que sentía de convertirme en uno de ellos. Las tiernas palabras de Agatha y las animadas sonrisas de la encantadora árabe no eran para mí. Las paternales exhortaciones del anciano y las instructivas conversaciones de Felix no eran para mí. ¡Mísero, desgraciado, infeliz de mí!

169

»Otras lecciones se grabaron más profundamente en mi memoria. Oí hablar de la diferencia de los sexos, del nacimiento y desarrollo de los niños, de cómo el padre goza con las sonrisas del hijo, de cómo la vida toda y las preocupaciones de la madre se dedican a la preciosa carga que son los hijos, de cómo el pensamiento de los jóvenes se expande y gana en saber, de los hermanos y hermanas y de todos los variados parentescos y relaciones que unen un ser humano a otro con recíprocos lazos.

»Pero ¿dónde estaban mis amigos y mis parientes? Ningún padre había cuidado de mis días infantiles, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias, o si las había tenido, toda mi vida pasada era una noche oscura, un vacío ciego en el cual no distinguía nada.

Según mis más remotos recuerdos, siempre había sido como era en tamaño y figura. Nunca había visto ningún ser que se pareciera a mí o que deseara entrar en relaciones conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta volvía a repetirse y no podía ser contestada sino con gemidos y llanto.

»Más adelante explicaré el curso que tomaron esos pensamientos. Permíteme ahora volver a los habitantes de la quinta, cuya historia provocó en mí los más variados sentimientos de indignación, alegría y asombro, aunque todas concluyeron en mayor cariño y respeto a mis protectores (porque así me gustaba llamarlos, en un inocente y casi doloroso autoengaño).

Capítulo XIV

170

—Transcurrió algún tiempo antes de que conociera la historia de mis vecinos. Era tal que no pude evitar que quede grabada en mi cabeza, pues estaba llena de circunstancias curiosas, cada una de lo más interesante y maravillosa para un ser tan falto de experiencias como yo.

»El anciano se llamaba De Lecey. Pertenecía a una gran familia de Francia, en donde había vivido muchos años en la abundancia, respetado por sus superiores y amado por sus iguales. Su hijo había prestado servicios en el ejército y Agatha había alternado con señoritas de la más alta distinción. Pocos meses antes de mi llegada vivían en una gran y lujosa ciudad llamada París, rodeados de amigos, dueños de toda clase de goces y de virtudes,

con inteligencia y gustos refinados, acompañados de una buena fortuna.

»El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un comerciante turco que había vivido muchos años en París cuando, por alguna razón que no pude entender, llegó a ser incómodo para el gobierno. Fue detenido y encerrado en una prisión el mismo día en que Safie llegaba de Constantinopla para juntarse con él. Fue procesado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia era flagrante, todo París se indignó. Se creyó que su religión y fortuna, más que el crimen, habían sido la causa de su condena.

»Felix había estado por casualidad presente en el proceso y su horror e indignación fueron incontenibles cuando oyó la sentencia del tribunal. Hizo en ese momento el voto solemne de salvar al condenado y se puso a buscar los medios para realizarlo. Después de muchos intentos infructuosos para que se le permitiera la entrada a la prisión, descubrió una ventana con fuertes barrotes de hierro, que alumbraba el calabozo del infeliz mahometano, quien, cargado de cadenas, esperaba lleno de desesperación el cumplimiento de la bárbara sentencia. Felix se acercó por la noche a la ventana y le hizo conocer sus intenciones. El turco, sorprendido y esperanzado, quiso avivar el celo de su libertador por medio de promesas de recompensas y riquezas. Felix rechazó con desprecio sus ofrecimientos, pero cuando vio a la hermosa Safie, a quien le habían permitido visitar a su padre y que con gestos le expresaba su eterna gratitud, el joven no pudo dejar

de reconocer que el cautivo poseía un tesoro que podía con creces recompensar sus trabajos y sus peligros.

»El turco rápidamente notó la impresión que su hija había hecho en el corazón de Felix y quiso interesarlo más en su suerte con la promesa de dársela por esposa tan pronto como se encontrara en un sitio seguro. Felix era demasiado delicado para aceptar ese ofrecimiento, pero consideró que el cumplimiento de esa promesa sería la realización completa de su felicidad.

»Los días siguientes, mientras se hacían los preparativos necesarios para la fuga del mercader, el ardor de Felix fue avivado por varias efusivas cartas que recibió de su amada Safie, que había encontrado manera de expresar sus sentimientos en el idioma de su enamorado gracias a un anciano sirviente de su padre que comprendía el francés. Le agradecía en los más calurosos términos los servicios que estaba haciendo a su padre y al propio tiempo deploaba gentilmente su propio desgraciado destino.

»Tengo copias de esas cartas porque durante mi residencia en la choza encontré el modo de escribir. Las cartas eran a menudo leídas por Felix o Agatha. Antes de irme te las daré y te probarán la verdad de lo que estoy contando, pero ahora como el sol ya va a ponerse, solo me queda tiempo para repetir lo principal de su contenido.

»Safie le relataba a Felix que su madre era una cristiana árabe hecha prisionera y vendida como esclava por los turcos. Gracias a su belleza había ganado el corazón del padre de Safie, que se casó con ella. La joven hablaba en nobles y entusiastas términos de su madre, la cual,

nacida libre, detestaba la situación a la que había sido reducida. Instruyó a su hija en los fundamentos de su religión y le enseñó a aspirar a las más altas fuerzas de la inteligencia y a la independencia del espíritu, prohibidas a las fieles seguidoras de Mahoma. La madre de Safie murió, pero sus lecciones quedaron indeleblemente grabadas en la mente de su hija, que se enfermó ante la sola idea de volver a Asia y ser encerrada dentro de las murallas de un harén, en donde solo le sería permitido entretenerte con infantiles diversiones, mal apropiadas al temperamento de su alma, acostumbrada ya a las grandes ideas y a la noble emulación de la virtud. La expectativa de casarse con un cristiano y vivir en un país donde a las mujeres se les permitiera tener un puesto en la sociedad le encantaba.

173

»Se fijó el día para la ejecución del turco, sin embargo, la noche anterior se fugó de su prisión y antes del amanecer estaba a muchos kilómetros de París. Felix había conseguido pasaportes a nombre de su padre, hermana y él mismo. Previamente le había comunicado su plan al primero, quien colaboró en el engaño abandonando su casa bajo pretexto de un viaje y escondiéndose con su hija en un lugar recóndito de París.

»Felix condujo a los fugitivos hasta Lyon y, cruzando el Mont Cenis, pasó a Livorno, en donde el turco había resuelto esperar una ocasión favorable para irse a alguna parte del Imperio otomano.

»Safie decidió permanecer con su padre hasta el momento de su partida, antes de la cual el turco renovó su

promesa de que se casaría con su libertador y Felix se quedó con la esperanza de tan feliz suceso. Al mismo tiempo, gozaba de la compañía de su amada, que manifestaba por él la más sencilla y tierna estima. Conversaban por medio de un intérprete y algunas veces solo con sus miradas; y Safie le cantaba las canciones divinas de su país nativo.

»El turco permitía esas intimidades y alentaba las esperanzas de los jóvenes enamorados, mientras en el fondo de su corazón formaba otros planes. Le repugnaba la idea de que su hija se uniera a un cristiano, pero temía el resentimiento de Felix si llegaba a mostrarse receloso, porque sabía que aún estaba en poder de su libertador si este hubiera querido entregarlo a las autoridades del Estado italiano en el que se encontraban. Pensó mil maneras de prolongar la situación sin llegar al matrimonio hasta que pudiera marcharse en secreto con su hija. Sus planes se vieron facilitados por las noticias que llegaban de París.

»El gobierno de Francia, a quien irritó mucho la fuga de su víctima, no ahorró trabajo para descubrir y castigar a su libertador. El complot de Felix fue rápidamente descubierto, y De Lacey y Agatha fueron puestos en prisión. Esas noticias arrancaron a Felix de su idilio de amor y felicidad. Su ciego y anciano padre junto a su bella hermana estaban en un nauseabundo calabozo, mientras él gozaba de libertad y de la compañía de la mujer amada. Esta idea lo trastornaba. Convino con el turco que, si este encontraba una buena oportunidad para irse a su país

antes de que Felix regresara, se fuera, dejando a Safie en un convento en Livorno; y entonces, dejando a la adorada árabe se marchó a París y se entregó él mismo a los rigores de la ley, esperando por ese medio librarse a De Lacey y a Agatha.

»No ocurrió lo que esperaba. Los tres continuaron presos durante los cinco meses que duró el proceso, cuyo resultado fue la confiscación de sus bienes y su condena al destierro perpetuo.

»Encontraron un miserable asilo en una quinta en Alemania, donde yo los descubrí. Al poco tiempo, Felix supo que el turco traidor, por quien él y su familia habían sufrido y seguían padeciendo tanto, en cuanto se enteró de que su libertador había quedado reducido a la pobreza y la ruina, había traicionado los nobles sentimientos y el honor, y había abandonado Italia con su hija, enviándole a Felix una insultante cantidad de dinero para ayudarlo, según decía, en su futuro mantenimiento.

»Tales fueron los sucesos que devoraban el corazón de Felix y le hicieron el más desgraciado de su familia. Podía haber sufrido la pobreza, y mientras esta fue el pago de su virtud, se glorió de ella. Pero la ingratitud del turco y la pérdida de su adorada Safie eran desgracias mucho más amargas e irreparables. La llegada de la joven árabe infundió nueva vida en su alma.

»Cuando le llegaron las noticias de la condena de Felix y la pérdida de su posición y de su fortuna, el turco mandó a su hija a que no pensara más en él y se preparase para regresar a su país natal. El carácter generoso de Safie se

ofendió con esa orden e intentó discutir con su padre, pero este la dejó lleno de rabia, reiterando su tiránico mandato.

»Pocos días después el turco entró en la habitación de su hija y le dijo que tenía razones para creer que su presencia en Livorno había sido divulgada, lo que significaba que estaba expuesto a ser entregado al gobierno francés. Frente a esto, había arrendado un buque que lo llevaría a Constantinopla, ciudad a la cual partiría en pocas horas. Resolvió dejar a su hija al cuidado de un servidor de confianza, para que lo pudiera seguir con la mayor parte de sus bienes, que aún no había llegado a Livorno.

»Cuando se encontró sola, Safie pensó y decidió el plan de conducta que debía seguir en esa emergencia. Le era odiosa la idea de vivir en Turquía, su religión y sus sentimientos eran igualmente contrarios a ello. Por algunos papeles de su padre que cayeron en sus manos supo del destierro de Felix y el nombre del lugar en donde se había exiliado con su familia. Vaciló algún tiempo, pero por fin tomó la decisión. Llevando consigo algunas alhajas que le pertenecían y una pequeña suma de dinero, abandonó Italia acompañada de una servidora, nativa de Livorno, pero que entendía el idioma de los turcos, y se dirigió a Alemania.

»Llegó a salvo a una ciudad situada a cien kilómetros de la quinta de De Lacey, cuando su acompañante cayó gravemente enferma. Safie la cuidó con el mayor cariño, pero la pobre mujer murió y la árabe quedó sola, sin saber nada del idioma del país y completamente ignorante de sus costumbres. Por suerte, dio con gente buena. Su

compañera había dicho varias veces el nombre del sitio a donde iban y después de su muerte la dueña de la casa en que se habían alojado tomó las medidas necesarias para que Safie llegara con seguridad a casa de su amado.

Capítulo XV

—Tal era la historia de mis amados vecinos. Me impresionó profundamente. Aprendí, desde las visiones de la vida social que se habían desarrollado, a admirar sus virtudes y a condenar los vicios de la humanidad.

»Por entonces consideraba al crimen un mal distante; la benevolencia y la generosidad estaban siempre presentes despertando mi deseo de convertirme en un actor más de las animadas escenas que tantas cualidades admirables inspiraban y se desplegaban. Pero, ya que estoy dando cuenta de los progresos de mi inteligencia, no debo omitir un hecho que ocurrió a principios del mes de agosto de ese mismo año.

177

»Una noche, durante mi acostumbrada excursión al bosque vecino, en donde buscaba mi alimento y traía leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía varias prendas de vestir y algunos libros. La recogí con cierta ansiedad y la llevé a mi cabaña. Afortunadamente, los libros estaban escritos en el idioma que había aprendido. Eran el *Paraíso perdido*, un volumen de las *Vidas de Plutarco* y las *Tristezas de Werther*. La posesión de estos tesoros me llenó de alegría.

En adelante estudiaba continuamente esos libros, ejercitando mi pensamiento, mientras mis vecinos se dedicaban a sus ocupaciones habituales.

»Apenas puedo describir el efecto de esos libros. Provocharon en mí una infinidad de imágenes y de sentimientos nuevos que algunas veces me hicieron caer en éxtasis, pero más frecuentemente me sumieron en el más profundo abatimiento. En las *Tristezas de Werther*, además del interés de tan sencilla y conmovedora historia en que se emiten tantas opiniones y tanta luz se arroja sobre asuntos que hasta entonces me habían parecido oscuros, encontré una inagotable fuente de ideas y sorpresas. Las costumbres gentiles y domésticas que describe, combinadas con sublimes sentimientos y emociones que tienen por objeto algo que está fuera de uno mismo, concordaban con lo que había visto entre mis protectores y con las aspiraciones que surgían en el fondo de mi alma. Pero consideré a Werther mismo la criatura más divina que nunca había visto ni imaginado, su carácter no tenía ninguna pretensión, pero sí profundidad. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicido parecían calculadas para maravillarme. No pretendía discutir el caso, pero me inclinaba ante las opiniones del héroe, cuya muerte lloré, aunque sin comprender precisamente por qué.

»De todo lo que leía sacaba conclusiones aplicables a mis propios sentimientos y situación. Me encontraba en un caso parecido, aunque al mismo tiempo extrañamente diferente a los personajes de mis lecturas y a aquellos cuyas conversaciones oía. Simpatizaba con ellos, y en parte

los entendía, pero mis pensamientos no eran completos, no dependía de nadie ni tenía relación con nadie. “El camino de mi partida sigue despejado”², y no había nadie que lamentara mi aniquilamiento. Mi persona era detestable y mi estatura gigantesca. ¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se me ocurrían frecuentemente, pero era incapaz de contestarlas.

»El volumen de las *Vidas de Plutarco* que poseía contenía la historia de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Ese libro me produjo un efecto muy distinto a las *Tristezas de Werther*. Los delirios de Werther me pusieron desesperado y sombrío, pero Plutarco me enseñó altos pensamientos, me elevó por encima de mis lamentables reflexiones, para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas. Muchas de las cosas que leía sobrepasaban mi entendimiento y experiencia. Tenía solo un conocimiento muy confuso de los reinos, los países, los imponentes ríos y los ilimitados mares, pero desconocía por completo lo referente a las ciudades y las grandes aglomeraciones de hombres. La quinta de mis protectores había sido la única escuela en que había estudiado la naturaleza humana, pero este libro me mostró nuevos y más grandes campos de acción. Leí sobre hombres volcados a los asuntos públicos, gobernando o masacrando a sus semejantes. Sentí que el más vivo entusiasmo por la virtud nacía en mí, así como también el aborrecimiento del mal, tal como entendía el significado de esos términos,

2. Fragmento del ya citado poema *Mutability* (Shelley, 1815).

relativos como eran, pues los limitaba al placer y al dolor solamente. Movido por esos sentimientos admiraba naturalmente a los pacíficos legisladores como Numa, Solón y Licurgo, por encima de Rómulo y Teseo. La vida patriarcal de mis protectores contribuía a que esas impresiones se grabaran firmemente en mi alma; si mi primera introducción a la humanidad hubiera sido por un soldado joven, anheloso de gloria y muerte, tal vez habría experimentado sensaciones diferentes.

»Pero el *Paraíso perdido* me provocó diversas y más profundas emociones. Lo leí como había leído los otros libros caídos en mis manos, creyendo que se trataba de una historia verdadera, y me produjo todos los sentimientos de admiración y de temor que puede excitar la pintura de ese Dios omnipotente en lucha con sus criaturas. A menudo relacionaba las varias situaciones, cuya similitud me impactaba, con mi realidad. Como Adán, yo, aparentemente, no estaba unido a ningún otro ser existente, pero su situación era muy diferente a la mía en todos los demás aspectos. Adán había surgido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, cuidado especialmente por su creador; él estaba habilitado para hablar, y adquirir conocimientos, de seres de naturaleza superior; en cambio yo era un desgraciado, desamparado y solo. Muchas veces consideré a Satanás como el mejor emblema de mi situación, pues a menudo, como él, cuando veía la felicidad de mis protectores sentía nacer en mi alma la amarga hiel de la envidia.

»Otras circunstancias fortificaron y confirmaron estos sentimientos. Poco después de mi llegada a la cabaña descubrí algunos papeles en los bolsillos del traje que había tomado de tu laboratorio. Al principio no me preocupé por ellos, pero una vez que fui capaz de descifrar los caracteres que estaban escritos empecé a estudiarlos con cuidado. Eran tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. En estos papeles describías con detalle cada uno de los pasos que diste en el proceso de tu trabajo; la historia estaba mezclada con anotaciones sobre tu vida familiar. Sin duda, tú los reconocerás. Aquí están. En ellos está apuntado todo lo que se relaciona con mi maldito origen, todos los detalles de aquella serie de circunstancias desagradables que lo hicieron posible; con la más minuciosa descripción de mi odiosa y repugnante figura, en un lenguaje que refleja tus propios horrores y hace los míos indelebles. Sentí náuseas al leer estas anotaciones.

»“¡Maldito sea el día en que recibí la vida!”, exclamé en agonía. “¡Maldito mi creador! ¿Por qué formaste un monstruo tan odioso que hasta a ti te repugna? Dios, lleno de piedad, hizo al hombre hermoso y feliz, según su propia imagen, pero mi figura es una deformada copia de la tuya, más horrenda incluso desde la similitud. Satán tenía sus compañeros, otros demonios, que le admiraban y alentaban, pero yo estoy solo y soy aborrecido”.

»Estas eran las reflexiones en mis horas de desesperación y soledad; pero cuando contemplaba las virtudes de mis vecinos, sus amables y benévolas disposiciones,

me convencía de que cuando conocieran mi admiración por sus virtudes me tendrían compasión y no harían caso a mi deformidad personal. ¿Podrían cerrar su puerta a quien solicitaba compasión y amistad, aunque fuera un monstruo? Decidí, entonces, no desesperar, sino procurar por todos los medios tener una entrevista con ellos, de la cual dependería mi destino. Postergué ese intento por varios meses porque la importancia que atribuía a su éxito me inspiraba un gran temor a fracasar. Además, descubrí que mi entendimiento mejoraba mucho con las experiencias de cada día, así que me parecía mejor iniciar las relaciones algunos meses después, cuando estuviese más preparado.

»Mientras tanto, ocurrieron varios cambios en la quinta. La presencia de Safie difundía la felicidad entre sus habitantes y me parecía que vivían con más dulzura. Felix y Agatha empleaban más tiempo en divertirse y conversar, habían tomado sirvientas para que los ayudaran en sus quehaceres. No parecían ricos, pero estaban contenidos y felices, sus sentimientos eran serenos y tranquilos, mientras que los míos eran cada vez más tumultuosos. El aumento de mis conocimientos solo me hacía ver con más claridad el desgraciado ser que era. Tenía esperanzas, es verdad, pero se desvanecían cuando veía mi figura reflejada en el agua o mi sombra a la luz de la luna, aun cuando la imagen era frágil y la sombra inconstante.

»Intenté vencer mis temores y cobrar fuerzas para la prueba que había decidido afrontar en el plazo de unos meses; algunas veces permitía que mis pensamientos

vagaran sin freno de la razón por los campos del paraíso y me atrevía a imaginar que esas amables y queridas criaturas simpatizarían conmigo y me prodigarían sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño, ninguna Eva disipaba mis penas ni participaba de mis sentimientos, estaba solo. Me acordé de la súplica de Adán a su creador. Pero ¿en dónde estaba el mío? Me había abandonado, y yo, en la amargura de mi corazón, lo maldecía.

»Transcurrió el otoño. Vi con sorpresa y pena las hojas amarillear y caer, la naturaleza tomó otra vez el aspecto desnudo y triste que tenía la primera vez que vi los bosques y la amada luna. Sin embargo, no temía la crudeza del invierno. Mi constitución me hacía más apto para soportar el frío que el calor. Pero mis principales placeres eran la contemplación de las flores, de los pájaros y de todo el alegre espectáculo del verano. Cuando ellos me faltaron, contraje más mi atención a los habitantes de la quinta. Se amaban, se eran recíprocamente simpáticos, y sus alegrías, que eran mutuas, no eran interrumpidas por los azares que acechan las de los demás. Mientras más los veía, mayor era mi deseo de acudir a su protección y bondad. Mi corazón ansiaba ser conocido y amado por ellos, ver sus dulces miradas dirigidas con lástima hacia mí era el último límite de mis ambiciones. No me atrevía a pensar que se apartarían de mí con desdén u horror. Jamás habían rechazado al pobre que llamaba a su puerta. Yo pedía, es verdad, algo más que un poco de alimento o un albergue: quería bondad y simpatía, y no me creía indigno de ellas.

»Avanzó el invierno, y se completó una rotación completa de las estaciones desde el día en que desperté a la vida. Mi atención, por ese entonces, estaba plenamente dirigida a mi plan para presentarme en la casa de mis protectores. Tracé muchos planes, pero finalmente me pareció más sensato entrar a la quinta cuando el anciano ciego estuviera solo. Tenía la sagacidad suficiente para descubrir que lo repulsivo de mi persona había sido el principal motivo del horror de los que hasta entonces me habían visto. Mi voz, aunque ruda, no tenía nada de terrible, y por eso pensaba que, si en la ausencia de sus hijos, lograba ganar la buena voluntad y amparo del anciano De Lacey, podría, mediante mis propios recursos, ser tolerado por mis jóvenes protectores.

184

»Un día en que el sol reverberaba en las hojas coloradas que cubrían el suelo y difundía su benéfica luz, aunque no daba calor, Safie, Agatha y Felix salieron a un largo paseo por el campo. El anciano, conforme a sus propios deseos, se quedó solo en la quinta. Cuando sus hijos estuvieron lejos, tomó su guitarra y tocó varias melodías, tristes pero dulces, más dulces y más tristes que las que hasta entonces le había oído tocar. En los primeros momentos su semblante se iluminó de placer, pero a medida que seguía tocando, sucedieron al goce la ansiedad y la tristeza. Por fin, dejando a un lado el instrumento, se absorbió en sus reflexiones.

»El corazón me latía apresuradamente. Era la hora y el momento de realizar el intento que colmaría mis esperanzas o confirmaría mis temores. Los sirvientes habían salido a una feria cercana. Todo era silencio en la casa

y sus alrededores: era una oportunidad excelente. Sin embargo, cuando iba a ejecutar mi plan las piernas me flaquearon y caí. Me levanté, empleando toda la energía de la que era capaz quité las tablas con que había cubierto la cabaña para esconder mi escondite y salí. El aire fresco me reanimó y con renovada determinación me acerqué a la puerta de la quinta.

»Llamé.

»—¿Quién es? —dijo el anciano—. ¡Adelante!

»Entré.

»—Perdón por mi audacia —dije—. Soy un viajero que necesita un poco de reposo y mucho le agradecería que me permitiera descansar algunos minutos ante el fuego.

»—Adelante —repuso De Lacey—, ya veremos de qué modo puedo serle útil. Por desgracia, mis hijos están fuera y como soy ciego temo que me sea difícil buscar algún alimento para usted.

»—No se preocupe usted, amable anfitrión; tengo comida. Solo descanso y calor es lo que necesito.

»Me senté y se hizo un silencio. Comprendí que cada minuto era precioso para mí, pero permanecí irresoluto respecto al modo de seguir la conversación, hasta que el anciano me dijo:

»—Por su voz, extraño, supongo que es un compatriota mío, ¿es usted francés?

»—No, pero he sido educado por una familia francesa y no entiendo otro idioma que el francés. Ahora voy a pedir protección a algunos amigos a quienes sinceramente amo y de cuyo favor tengo algunas esperanzas.

»—¿Son alemanes?

»—No, son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy una infortunada y abandona criatura, miro a mi alrededor y no encuentro parientes ni amigos en la tierra. Las buenas personas que refiero nunca me han visto, ni saben nada de mí. Estoy lleno de temor porque si no obtengo lo que deseo seré para siempre un desterrado en la tierra.

»—No desespere usted. No tener amigos es, en verdad, una desgracia. Pero el corazón del hombre, cuando no está extraviado por el egoísmo, está lleno de fraternidad, amor y caridad. No pierda, pues, la esperanza, y si esos amigos son buenos y cariñosos, confíe en ellos.

»—Son buenos, son las mejores personas del mundo, pero, por desgracia, están prevenidas en mi contra. Yo tengo buenas disposiciones, hasta ahora mi vida no tiene ninguna mancha y más bien ha sido buena, pero un fatal prejuicio nubla sus ojos y, donde deberían presentir un leal y agradecido amigo, ven solo un detestable monstruo.

»—Es, en verdad, una desgracia, pero si usted no tiene culpa alguna, ¿no puede desengañarlos?

»—Estoy por emprender esa tarea, y eso es lo que me llena de terror. Amo tiernamente a esos amigos, sin que lo sepan he sido durante varios meses bueno con ellos, pero creen que yo deseo hacerles mal, y ese es el prejuicio que tengo que vencer.

»—¿Dónde viven esos amigos?

»—Cerca de aquí.

»El anciano se calló y luego continuó:

»—Si usted quisiera confiarme sin reservas los detalles de su historia, yo quizá podría influir en su favor. Soy ciego y no puedo verlo, pero hay en sus palabras algo que me dice que es usted sincero. Soy pobre, estoy desterrado, pero es para mí un verdadero placer poder servir en algo a cualquier criatura humana.

»—¡Excelente hombre! Le agradezco y acepto su generosa oferta. Me levanta usted del polvo con su bondad y confío en que, con su ayuda, no me veré privado de la sociedad y simpatía de los hombres.

»—¡El cielo no lo permita! Aunque fuera usted realmente criminal, porque eso solo podría arrojarlo a la desesperación y no instigarlo a la virtud. Yo también soy desafortunado, mi familia y yo hemos sido condenados a pesar de ser inocentes: juzgue usted, por esto, si apreciaré o no sus infortunios.

»—¿Cómo podré manifestarle mi agradecimiento a usted, mi mejor y único benefactor? De sus labios oigo por primera vez la voz de la bondad dirigida hacia mí. Ella me asegura el éxito con aquellos amigos con quienes luego debo encontrarme.

»—¿Puedo saber los nombres y residencia de esos amigos?

»Me callé. Este, pensé, era el momento de la decisión, el que me arrebataría o me daría la felicidad para siempre. En vano luché por tener la suficiente firmeza para contestarle, pero solo conseguí que el esfuerzo aniquele toda la energía que me quedaba; me dejé caer en una silla y empecé a sollozar. En esos instantes oí los pasos de

los jóvenes. No tenía tiempo que perder, pero, tomando entre mis manos las del anciano, exclamé:

»—¡Este es el momento! ¡Sálveme y protéjame! Usted y su familia son los amigos que busco. ¡No me abandone usted en la hora de la prueba!

»—¡Gran Dios! —gritó el anciano—. ¿Quién es usted?

»En ese instante la puerta de la casa se abrió y Felix, Safie y Agatha entraron. ¿Quién podría describir su horror y consternación al verme? Agatha se desmayó y Safie, incapaz de atender a su amiga, echó a correr al jardín. Felix fue más valiente y con fuerza sobrenatural me separó de su padre, a cuyos pies me había echado. En un arrebato de furia, me arrojó al suelo y me golpeó violentamente con un bastón. Podría haberlo destrozado miembro por miembro, como un león a un antílope, pero mi corazón estaba sumido en la más amarga tristeza y me contuve. Estaba a punto de repetir los golpes, cuando, vencido por la pena y por la angustia, salí de la casa y, aprovechando el tumulto general, escapé a mi refugio.

Capítulo XVI

—¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué me echaste a la vida? ¿Por qué, en ese instante, no extinguiste la llama de la existencia que tan malévolamente me habías dado? No sé, la desesperación no se había apoderado todavía de mí, mis sentimientos eran de rabia y de venganza. Con gusto

habría destruido a la quinta y a sus habitantes, y me habría deleitado con sus gemidos y dolor.

»Cuando llegó la noche, salí de mi retiro y me fui al bosque. Allí, ya no retenido por el temor de que me descubrieran, di rienda suelta a mi angustia en espantosos alardos. Era como una bestia feroz que ha roto sus cadenas, destruía todo lo que me obstruía el paso y recorría el bosque con la rapidez del ciervo. ¡Oh, qué noche miserable pasé! Las frías estrellas brillaban como burlándose de mí y los árboles desnudos agitaban sus ramas sobre mi cabeza. De vez en cuando, el dulce canto de un pájaro rompía la quietud universal. Todo, excepto yo, descansaba o gozaba: yo, como el diablo, llevaba un infierno dentro, y como nadie me compadecía, deseaba arrancar los árboles y sembrar la destrucción a mi alrededor para después sentarme a descansar y gozar con la contemplación de las ruinas.

»Pero este era un lujo de sensaciones que no podía durar. Me fatigué con el exceso de ejercicio corporal y me dejé caer sobre el húmedo césped con la enfermiza impotencia de la desesperación. Entre los millones de hombres que poblaban la tierra, no había ninguno que me tuviera compasión ni me auxiliara. ¿Podía, yo, entonces, ser bondadoso con mis enemigos? No, desde ese instante declaré la guerra perdurable a todos los humanos y, en particular, al que me había formado y condenado a tan insoportable desdicha.

»El sol salió. Oí voces de hombres y comprendí que era imposible volver a mi retiro durante el día. Me escondí,

pues, en la espesura del bosque, resuelto a dedicar las horas del día a reflexionar sobre mi situación.

»La mañana plácida y el aire puro del día me devolvieron un poco de tranquilidad. Cuando de nuevo consideré lo que había pasado en la quinta, no pude dejar de reconocer que había sido demasiado apresurado en mis conclusiones. Ciertamente, había procedido con imprudencia. Era evidente que mi conversación había interesado al anciano en mi favor y había sido una locura exponer mi persona al horror de sus hijos. Debía haberme hecho más amigo de De Lacey y, poco a poco, haber ido haciéndome conocer por el resto de su familia, cuando estuvieran preparados para recibirmee. Pero no me pareció que mis errores fueran irreparables y, después de mucho pensarla, decidí volver a la quinta, buscar al anciano y con mis palabras ponerlo a mi favor.

»Estos pensamientos me calmaron y por la tarde me quedé profundamente dormido. Sin embargo, la fiebre de la sangre no me permitió tener sueños apacibles. La horrible escena del día anterior no se apartaba de mi mente incluso mientras dormía: las jóvenes huyendo y Felix arrancándome de los pies de su padre. Desperté agobiado y viendo que era ya de noche salí de mi escondite y busqué algún alimento.

»Después de aplacar el hambre, dirigí mis pasos hacia el bien conocido sendero que conducía a la quinta. Todo estaba en paz. Entré a mi refugio y me puse a esperar en silencio la hora en que la familia acostumbraba levantarse. Esa hora pasó, el sol se posó alto en el cielo, pero

los habitantes de la quinta no aparecían. Temblé violentamente, temeroso de alguna terrible desgracia. El interior de la casa estaba oscuro y no oía rumor alguno; no puedo describir la agonía de ese suspenso.

»De pronto dos campesinos pasaron, se detuvieron cerca de la cabaña y empezaron a conversar, haciendo violentas gesticulaciones, pero no pude entender lo que decían porque hablaban en un idioma muy diferente al de mis protectores. Poco después, sin embargo, Felix se acercó con otro hombre. Ello me sorprendió porque sabía que no había dejado la quinta esa mañana y esperé con ansiedad para averiguar el significado de esas inusitadas visitas.

»—¿Tiene en cuenta —le dijo a Felix su interlocutor— que tendrá que pagar tres meses de arriendo y que perderá la producción de su huerta? No deseo sacarle ninguna ventaja, por eso le pido que se tome algunos días para considerar su decisión.

»—Es completamente inútil —replicó Felix—, no podemos volver a habitar su quinta. La vida de mi padre está en el mayor peligro debido al terrible suceso que le he contado. Mi mujer y mi hermana nunca se recuperarán de su horror. Le suplico que no me discuta más. Tome posesión de su quinta y deje que me vaya de este lugar.

»Felix temblaba violentamente mientras decía eso. Él y su compañero entraron en la casa, en donde permanecieron algunos minutos, y luego se fueron. Nunca más supe nada de la familia De Lacey.

»Permanecí el resto del día en mi refugio en un estado de total y estúpida desesperación. Mis protectores habían

partido, y habían roto el único lazo que me ligaba al mundo. Por primera vez, los sentimientos de venganza y odio llenaron mi alma y no luché por controlarlos, sino que me dejé llevar por ese torbellino, y mi mente se inclinó a la destrucción y a la muerte. Cuando pensaba en mis amigos —la suave voz de De Lacey, los lindos ojos de Agatha y la exquisita belleza de Safie— tales pensamientos se desvanecieron y un torrente de lágrimas de algún modo me alivió. Pero, de nuevo, al recordar que me habíanpreciado y abandonado, la rabia volvió, un arrebato de ira; e, incapaz de lastimar nada humano, volqué mi furia en los objetos inanimados. Mientras la noche avanzaba, puse gran cantidad de combustible alrededor de la quinta y, después de haber destruido hasta el menor vestigio de cultivo en el jardín, esperé impacientemente hasta que la luna se escondiera para comenzar mis operaciones.

»Mientras la noche avanzaba, un fuerte viento se levantó desde el bosque y rápidamente dispersó las nubes que se habían amontonado en el cielo. La ráfaga avanzó como una poderosa avalancha, produciendo una especie de locura en mi ánimo que desbordó todos los límites de la razón y la reflexión. Encendí la rama seca de un árbol y bailé con furia alrededor de la querida quinta, con los ojos fijos aún en el horizonte del oeste que ya casi tocaba la luna que se ponía. Una parte se escondió y agité mi antorcha; cuando desapareció totalmente de mi vista, lancé un fuerte alarido y puse fuego en la paja, hojas y ramas que había amontonado. El viento activó el fuego y pronto

la quinta quedó totalmente envuelta por las llamas que la devoraron con sus rojas y destructoras lenguas.

»Tan pronto como me convencí de que no sería posible salvar nada de la vivienda, abandoné la escena para buscar refugio en los bosques.

»Y ahora, con el mundo ante mí, ¿hacia dónde debía dirigir mis pasos? Decidí alejarme del teatro de mis desventuras; pero para mí, odiado y despreciado, todos los países eran igualmente horribles. Tu recuerdo se cruzó por mi mente. Supe por tus papeles que tú eras mi padre, mi creador, ¿y a quién podía acudir con más derecho que a aquel que me había dado la vida? Entre las lecciones que Felix había dado a Safie figuraba la geografía. Así había aprendido sobre las situaciones relativas de los diversos países de la tierra. Tú habías apuntado Ginebra como el nombre de tu ciudad natal y allí me dirigí.

193

»Pero ¿cómo haría para guiarme? Sabía que debía caminar en dirección sudoeste para llegar a mi destino, pero el sol era mi única guía y no sabía los nombres de las ciudades por las cuales tenía que pasar ni podía pedir informaciones a ningún ser humano. Sin embargo, no desesperé. Solo de ti podía esperar socorro, si bien no me despertabas otra cosa que odio. ¡Insensible, cruel creador! Me habías dotado de percepción y pasiones, y luego me lanzaste al mundo para desprecio y horror de la humanidad. Pero solo de ti podía pedir compasión y aliento, y en ti decidí buscar la justicia que en vano había pretendido obtener de otros seres que tenían forma humana.

»Mi peregrinación fue larga y los padecimientos que sufrí fueron intensos. Era fines de otoño cuando abandone los sitios en donde tanto tiempo había vivido. Viajaba solamente por la noche, temeroso de encontrar algún ser humano. La naturaleza se marchitaba a mi alrededor y el sol perdía su calor; la lluvia y la nieve empezaron a caer; grandes ríos se helaron; la superficie de la tierra se puso dura, helada, desnuda, y ya no encontraba ningún refugio.

¡Oh, Tierra! ¡Cuán a menudo maldije la causa de mi existencia! Había perdido la bondad de mi naturaleza y todo en mí se orientaba al odio y a la amargura. A medida que me acercaba a tu ciudad, más profundamente sentía el espíritu de venganza bullir en mi corazón. La nieve caía, las aguas se helaban; pero yo no descansaba. Algunos accidentes del terreno me servían de referencia, y tenía un mapa de la región; pero frecuentemente me alejaba del camino. La agonía de mis sentimientos no me daba tregua; tampoco me ocurrió ningún incidente del cual mi rabia y mi miseria no pudieran extraer su alimento, pero al llegar a Suiza, cuando el sol había recuperado su calor y la tierra comenzaba nuevamente a verse verde, sucedió una circunstancia que confirmó de manera especial la amargura y el horror de mis sentimientos.

»Generalmente, descansaba de día y caminaba cuando la noche me libraba de la vista de los hombres. Una mañana, sin embargo, vi que mi camino se internaba en un bosque profundo y me aventuré a continuar mi viaje después de la salida del sol. El día, que era uno de los primeros de la primavera, me era grato con la belleza de

la luz del sol y el dulcísimo ambiente. Sentí que emociones de bondad y placer, muertas hacía mucho tiempo, revivían en mí. Medio sorprendido por la novedad de esos sentimientos me permití ceder a su influjo. Olvidando mi soledad y deformidad, me atreví a ser feliz. Lágrimas, esta vez dulces, humedecieron de nuevo mis mejillas y hasta llegué a alzar al cielo mis húmedos ojos en señal de gratitud a tal bendito sol que me daba ocasión para sentirme feliz.

»Continué por el camino del bosque, hasta que llegué a su límite, un profundo y rápido río sobre el cual muchos árboles inclinaban sus ramas florecidas por la primavera. Ahí me detuve porque no conocía bien el rumbo que debía tomar. De pronto, oí un rumor de voces que me indujeron a esconderme bajo la sombra de unos cipreses. Apenas me había escondido cuando una niña llegó corriendo y riendo hacia el sitio en que estaba oculto, como si estuviera jugando a escapar de alguien. Continuó su carrera por las escarpadas laderas del río hasta que, de repente, su pie resbaló y ella cayó en la rápida corriente. Salí de mi escondite y con mucho esfuerzo, a causa de la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré a la orilla. Estaba inconsciente e intenté, por todos los medios a mi alcance, reanimarla cuando fui repentinamente interrumpido por un campesino, quien era probablemente la persona que jugaba con la niña. Al verme, se dirigió hacia mí y, arrebatándome a la niña de los brazos, se internó en lo más profundo del bosque. Lo seguí rápidamente, casi sin saber por qué, pero cuando el hombre me vio cerca

preparó un fusil, me apuntó y disparó. Caí en la tierra y él, con creciente ligereza, se perdió en el bosque.

»¡Esta era la recompensa de mi benevolencia! Había salvado a un ser humano de la muerte y, como premio, ahora me retorcía por una dolorosa herida que me había destrozado músculos y huesos. Los sentimientos de bondad y gentileza, que había experimentado unos momentos atrás, dieron lugar a una infernal rabia y rechinar de dientes. Exaltado por el dolor, juré eterno odio y venganza a toda la humanidad. Pero los dolores de la herida me vencieron, mi pulso se detuvo y me desmayé.

»Durante algunas semanas llevé una vida miserable en los bosques, procurando curarme la herida que había recibido. La bala me había penetrado por el hombro y no sabía si había quedado en mi cuerpo o había salido, atravesándome. En todo caso, no tenía cómo extraerla. Mis sufrimientos se hacían más vivos a causa de la injusticia e ingratitud de su causa. Todos los días me confirmaba en la resolución de tomar venganza, una que fuera horrenda y cruel, que pudiera compensar las ofensas y angustias que había sufrido.

»Al cabo de algunas semanas mi herida sanó y continué mi viaje. Las penurias que sufrí no podían ser ya aliviadas por el brillo del sol o por las dulces brisas de la primavera; toda alegría no era más que una burla, que insultaba mi penosa situación, y me hacía ver más dolorosamente que yo no estaba hecho para el goce del placer.

»Pero mis propósitos se acercaban a su realización, y hace aproximadamente dos meses llegué a los alrededores de Ginebra.

»Era ya la tarde cuando llegué y busqué un escondite en los campos que rodean la ciudad para pensar de qué manera me acercaría a ti. Estaba agobiado por el cansancio y el hambre, y demasiado desgraciado para gozar de la frescura de la tarde, o del espectáculo del sol que se ponía tras las estupendas montañas del Jura.

»Un ligero sueño me libró del trabajo de reflexionar. Estaba dormido cuando me despertaron los pasos de un hermoso niño que, corriendo, se dirigía a mi escondite con todo el entusiasmo que los niños ponen en sus juegos. De pronto, al verle, se me ocurrió una idea: esa pequeña criatura no tendría prejuicios y no había vivido lo suficiente para horrorizarse frente a mi deformidad. Si, por lo tanto, pudiera apoderarme de él y educarlo como mi compañero y amigo, ya no estaría tan solo en esta pobrada tierra.

»Movido por ese impulso, atrapé al niño cuando pasó a mi lado y lo atraje hacia mí. En cuanto me vio, se cubrió la cara con las manos y lanzó un agudo chillido. Le separé las manos de la cara a la fuerza y le dije:

»—Niño, ¿qué significa eso? Yo no quiero hacerte daño, óyeme.

»El niño luchaba violentamente.

»—Suéltame —gritaba—, ¡monstruo! ¡Horroroso monstruo! Quieres comerme y hacerme pedazos, eres un ogro, suéltame o se lo contaré a papá.



»—Niño, nunca volverás a ver a tu padre otra vez; debes venir conmigo.

»—¡Monstruo odioso! Déjame ir. Mi papá es un magistrado, es el señor Frankenstein, y te castigará. No te atrevas a llevarme.

»—¡Frankenstein! Perteneces a mi enemigo. A él he jurado eterna venganza, y tu serás mi primera víctima.

»El niño continuaba luchando y me insultaba con epítetos que llevaban la desesperación a mi corazón, le apreté la garganta para que se callara y de repente cayó muerto a mis pies.

»Contemplé a mi víctima y mi corazón se llenó de júbilo y de triunfo infernal: aplaudiendo, exclamé “Yo también puedo crear desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte le traerá desesperación, y mil otras miserias lo atormentarán y lo destruirán”.

»Mientras contemplaba al niño, vi que algo le brillaba en el cuello. Lo tomé, era el retrato de una mujer hermosísima. A pesar de mi malignidad, me aplacó y me atrajo. Durante unos minutos contemplé embelesado sus negros ojos, bordeados de oscuras pestañas, y sus seductores labios; pero pronto mi ira volvió: recordé que estaba para siempre privado de las delicias que podían proporcionar semejantes criaturas y me pareció que aquella a quien contemplaba, si me hubiera podido ver, habría cambiado su aire de divina bondad por una expresión de disgusto y espanto.

»¿Puedes imaginar que semejantes pensamientos me llenaran de ira? Solo me sorprende que, en vez de

desahogarme en exclamaciones angustiosas, no me lanzara en medio de la humanidad y pereciera intentando destruirla.

»Abandoné poco después el sitio en que había cometido el asesinato y me puse a buscar un escondite más seguro. Entré en un granero que me pareció que estaba vacío, pero encontré a una mujer que dormía sobre un montón de paja. Era joven, no tan hermosa como la del retrato, pero tenía un rostro agradable y radiante por el encanto de la juventud y la salud. Pensé que esta era una mujer de aquellas cuyas amables sonrisas serán concedidas a todos menos a mí. Me incliné sobre ella y murmuré:

»—Despierta, hermosa criatura; tu enamorado está cerca, el que daría su vida por obtener una mirada afectuosa de tus ojos: ¡amada mía, despierta!

200

»La durmiente se agitó, un estremecimiento de terror recorrió su cuerpo. ¿Despertaría efectivamente y, al verme, me maldeciría y me denunciaría como el asesino? Seguramente así sucedería si abría los ojos y me miraba. El pensamiento era una locura; agitaba el demonio dentro mío. No yo, sino ella sufriría el asesinato que había cometido, porque estoy para siempre privado de todo lo que ella podría darme, ella lo expiaría. El crimen tenía su origen en ella; ¡para ella el castigo! Gracias a las lecciones de Felix y a las sanguinarias leyes de los hombres había aprendido a hacer el mal. Me incliné sobre la mujer y coloqué el retrato en uno de los bolsillos de su vestido. Se agitó otra vez y escapé.

»Durante algunos días anduve merodeando los lugares donde habían ocurrido los hechos; algunas veces deseando encontrarte, otras, resuelto a dejar para siempre el mundo y sus miserias. Por último, vine a estas montañas y recorrió sus crestas y precipicios consumido por una pasión ardiente que solo tú puedes calmar. No podemos separarnos hasta que no prometas cumplir con mi petición. Estoy solo y desgraciado; los hombres no quieren juntarse conmigo. Solo otra criatura tan deforme y horrible como yo mismo podría ser mi compañera, debe ser de la misma especie que yo y tener los mismos defectos. Debes crear a este ser.

Capítulo XVII

201

El monstruo terminó de hablar y me miró fijamente en espera de una contestación. Pero yo estaba estupefacto, perplejo, y me sentía incapaz de coordinar suficientemente mis ideas para comprender la magnitud de su propuesta. Él continuó:

—Debes crear una compañera para mí, con quien pueda vivir e intercambiar las simpatías necesarias para mi existencia. Solo tú puedes hacerlo, y te lo demando como un derecho que no puedes negarte a concederme.

La última parte de su historia había hecho renacer en mí la rabia que se había aplacado mientras narraba su vida tranquila al lado de De Lacey. Cuando me dijo esas

palabras, no pude contener por más tiempo la ira que ardía en mi interior.

—Me rehúso por completo —repliqué—, y ninguna tortura me obligará jamás a hacerlo. Puedes convertirme en el más desgraciado de los hombres, pero nunca harás que me rebaje ante mis propios ojos. ¿Quieres que cree otro ser como tú, que con su perversidad unida puedan desolar al mundo? ¡Vete! Te he contestado; puedes torturarme, pero nunca haré lo que me pides.

—Estás equivocado —replicó el demonio— y, en lugar de amenazarte, voy a exponerte razones. Yo soy malo porque soy desgraciado. ¿No soy despreciado y odiado por toda la humanidad? Tú, mi creador, podrías hacerme pedazos y triunfar; recuerda eso y dime, ¿por qué debería tener más piedad que la que mi propio creador tiene por mí? Tú no lo llamarías asesinato, si pudieras arrojarme a uno de esos precipicios de hielo y me destruyeras, obra de tus propias manos. ¿Debería respetar al hombre, cuando este me desprecia? Que intercambie sus amabilidades conmigo y, en vez de daño, concederé todos los beneficios con lágrimas de gratitud por su aceptación. Pero eso no puede ser, los sentidos humanos son barreras infranqueables para nuestra unión. Sin embargo, la mía no será la sumisión a la esclavitud abyecta, vengaré las ofensas: si no puedo inspirar amor, provocaré odio; en especial a ti, mi principal enemigo, puesto que eres mi creador, te juraré un odio inextinguible. Ten cuidado: trabajaré en tu destrucción, ni descansaré hasta desolar tu corazón, a fin de que maldigas la hora en que naciste.

Una diabólica ira lo animaba mientras decía esto; su cara se deformaba en contracciones demasiado horribles para ser vistas por ojos humanos, pero luego se serenó y continuó:

—He intentado razonar. La pasión me hace daño, pero no te das cuenta que tú eres la causa de esos excesos. Si algún ser sintiera emociones de benevolencia conmigo, yo le devolvería cien por una; ¡por el cariño de uno solo, haría la paz con toda la humanidad! Pero nuevamente me halago con sueños de felicidad que no pueden realizarse. Lo que te pido es razonable y moderado; te pido una criatura del otro sexo, pero tan deformé como yo mismo; la gratificación es pequeña pero es todo lo que puedo recibir y me será suficiente. Es verdad, seremos dos monstruos, viviremos apartados del mundo. Pero por esto mismo nos sentiremos más unidos el uno al otro. Nuestras vidas no serán felices, pero transcurrirán sencillamente, libres del dolor que sufro yo ahora. ¡Oh, creador mío! ¡Hazme feliz! ¡Permíteme que te tenga gratitud por este único beneficio! Déjame que vea nacer mi simpatía por otra existencia, ¡no te niegues a mi súplica!

Me sentí conmovido. Me daban escalofríos cuando pensaba en las posibles consecuencias de mi consentimiento, pero me daba cuenta de que había alguna justicia en la súplica del monstruo. Su historia y los sentimientos que manifestaba me probaron que era una criatura sensible. Yo, como su creador, ¿no le debía toda la porción de felicidad que en mi mano estaba proporcionarle? Comprendió el cambio de mis ideas y continuó:

—Si consientes, ni tú ni ningún ser humano nos volverá a ver nunca. Nos iremos a los vastos campos de América del Sur. Mi alimento no es el mismo que el del hombre; no mato corderos ni cabritos para satisfacer mi apetito; bellotas y hierbas me dan suficiente nutrición. Mi compañera será de la misma naturaleza que yo y se contentará con lo que yo me contento. Haremos nuestras camas con hojas secas; el sol nos alumbrará como a los hombres y buscaremos nuestro alimento. El cuadro que te presento es pacífico y humano, y debes darte cuenta que para no aceptarlo será preciso que procedas con exceso de poder y crueldad. No has tenido piedad conmigo, pero ahora veo compasión en tus ojos; déjame aprovechar este momento favorable y resuélvete a prometerme lo que tan ardientemente deseo.

—Te propones —repliqué— alejarte de los hombres, vivir a la intemperie, donde las fieras serán tus únicos compañeros. ¿Cómo podrías tú, que anhelas el amor y la simpatía del hombre, perseverar en ese exilio? Volverás, buscarás de nuevo su cariño y te encontrarás con su odio; tus malas pasiones renacerán y tendrás una compañera que te ayudará en tu tarea de destrucción. No puede ser; deja de discutir este asunto, pues no puedo acceder.

—¡Qué inconstantes son tus sentimientos! Hace solo un momento te habían conmovido mis ruegos, ¿por qué te muestras otra vez reacio a mis súplicas? Te juro, por la tierra que habito, y por ti que me creaste, que con la compañera que te pido me alejaré de la vecindad de los hombres y viviré como pueda en la más lejana y desconocida

parte del mundo. ¡Mis malas pasiones se desvanecerán porque habré encontrado la empatía! Mi vida avanzará tranquila y, en el momento de mi muerte, no maldeciré a mi creador.

Sus palabras me provocaron un efecto extraño. Le compadecía, y de a ratos sentía deseos de consolarlo, pero cuando lo miraba, cuando veía esa inmunda masa que se movía y hablaba, mi corazón se angustiaba y aquejillos sentimientos cambiaban por otros de horror y odio. Procuré sofocar estas emociones; pensé, ya que no podía empatizar con él, que no tenía derecho de privarlo de la pequeña dosis de felicidad que estaba en mi poder proporcionar.

—Tú me juras —le dije— que serás inofensivo, ¿pero no has demostrado ya poseer un grado de maldad para que razonablemente desconfíe de ti? Hasta pueden tus promesas ser una farsa para hacer mayor tu triunfo, obteniendo de mí más elementos para tu venganza.

—¿Cómo es eso? No acepto que te burles así de mí y exijo una contestación. Si no tengo vínculos ni afectos, el odio y el rencor serán mi destino; el amor de otro destruirá la causa de mis crímenes y llegaré a ser algo cuya existencia ignorarán los demás. Mis maldades son hijas de la forzada soledad que tanto aborrezo y mis virtudes brotarán necesariamente cuando vida en comunión con un ser igual a mí. Tendré el afecto de un ser sensible y me sentiré ligado a la cadena de la existencia y de los hechos, de la cual ahora estoy excluido.

Permanecí algunos momentos reflexionando en todo lo que me había contado y en los diversos argumentos que había empleado. Pensé en la disposición a la virtud de que había dado muestras al principio de su existencia, y el hundimiento subsiguiente de todo sentimiento amable a causa de la repugnancia y el desprecio que sus protectores habían manifestado hacia él. Su poder y sus amenazas no fueron omitidos en mis cálculos: un monstruo que podía vivir entre la nieve y el hielo, y ocultarse en los precipicios inaccesibles, poseía facultades que sería vano no tener en cuenta. Después de un largo rato de reflexión llegué a la conclusión de que la justicia para con él y para con los míos me obligaban a acceder a su petición. Me volví hacia él y le dije:

—Consiento tu pedido, siempre que me jures que abandonarás Europa para siempre y que vivirás alejado de la vecindad de los hombres, tan pronto como te entregue una compañera para tu exilio.

—Juro —exclamó—, por el sol, y por el azul del cielo, y por el fuego de amor que arde en mi corazón, que, si accedes a mi súplica, jamás, mientras el mundo exista, me verán los hombres otra vez. Vuelve a tu casa y empieza a trabajar, seguiré los progresos de tu obra con inexpresable ansiedad; y no temas, cuando termines, apareceré yo.

Después de decir esto se alejó repentinamente, temeroso quizá de algún cambio en mis propósitos. Le vi descender la montaña con rapidez mayor que la del vuelo de las águilas y luego le perdí de vista entre las ondulaciones del mar de hielo.

Su historia había durado todo el día y el sol estaba ya en la línea del horizonte cuando se fue. Comprendí que debía apresurarme a bajar al valle porque pronto podía ser envuelto por la oscuridad. Pero mi corazón latía pesadamente y mis pasos eran lentos. El trabajo de guiarme por entre los angostos senderos de la montaña me resultó difícil por lo preocupado que me tenían las emociones y los sucesos del día. La noche estaba muy avanzada cuando llegué al sitio de descanso que había en la mitad del camino y me senté al lado de la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos, ocultas por momentos por las nubes, los pinos oscuros se alzaban delante de mí y aquí y allá veía las sombras de los árboles derrumbados. Era un espectáculo de maravillosa solemnidad que me sugirió los más extraños pensamientos. Lloré amargamente y, levantando al cielo las manos, exclamé lleno de angustia:

—¡Ah! Estrellas, nubes y vientos, todos se burlan de mí. ¡Si realmente me compadecen, arránquenme la sensibilidad y la memoria, redúzcanme a la nada misma, pero si no, váyanse, váyanse y déjenme en la oscuridad!

Insanos y dolorosos pensamientos eran esos, pero no me es posible describir cómo el eterno titilar de las estrellas pesaba sobre mí y cómo cada rumor del viento me parecía triste, un fuerte huracán que debía aniquilarme.

Amaneció antes de llegar al pueblo de Chamounix; no descansé, sino que regresé inmediatamente a Ginebra. Ni siquiera en mi corazón podía expresar mis sentimientos; me pesaban como una montaña, y su exceso destruía mi agonía bajo ellos. Así regresé a casa y, al entrar, me

presenté ante la familia. Mi aspecto demacrado y desquiciado alarmó a mis parientes, pero no respondí ninguna pregunta y apenas dije nada. Me sentí como un proscrito, como si no tuviera derecho a reclamar su compasión, como si nunca más pudiera gozar de su compañía. Sin embargo, aun así, los adoraba; y para salvarlos, decidí emprender la obra abominable. La expectativa de ese trabajo hizo que todas las demás circunstancias de la existencia se desvanecieran como un sueño y que solo ese pensamiento tuviese para mí constancia real.

Capítulo XVIII

- 208** Día tras día, semana tras semana, pasaron desde mi regreso a Ginebra y no podía juntar el valor para reemprender mi tarea. Temía la venganza del monstruo si lo engañaba, pero era incapaz de vencer mi repugnancia por la tarea que me había impuesto. Me di cuenta de que no podría crear un monstruo femenino sin consagrarse varios meses a profundos estudios y laboriosas investigaciones. Había oído hablar de algunos descubrimientos que se decían hechos por un filósofo inglés, cuyo conocimiento era indispensable para el éxito de mi empresa. A veces pensaba en pedir permiso a mi padre para ir a Inglaterra con ese objetivo, pero aprovechaba toda oportunidad para alargar el plazo y no me decidía a dar el primer paso en una obra cuya inmediata necesidad empezaba a parecerme menos absoluta. En efecto, se había producido un

cambio en mí. Mi salud, que hasta entonces había estado delicada, mejoró notablemente, y mi espíritu, aunque mortificado por el recuerdo de la desgraciada promesa, se recobraba paulatinamente. Mi padre vio con placer ese cambio y comenzó a pensar en los mejores métodos para despejar los restos de melancolía que de cuando en cuando reaparecía, y con una oscuridad devoradora tapaba el sol. En esos momentos me refugiaba en la más completa soledad. Pasaba días enteros solo en el lago, en un pequeño bote, mirando las nubes, oyendo el murmullo de las olas, silencioso e indiferente. Pero el aire fresco y el radiante sol rara vez fallaban en restaurarme cierto grado de compostura, y, cuando regresaba, mis parientes me saludaban con sonrisas más alegres y corazones más satisfechos.

209

A la vuelta de una de esas excusiones mi padre me llamó aparte y me habló así:

—Me siento muy feliz porque noto, querido hijo, que has reanudado tus antiguas distracciones y pareces volver a ser el mismo que antes. Sin embargo, aun estás infeliz y evitas nuestra compañía. Durante algún tiempo me perdía en conjeturas acerca de la causa, pero ayer se me ocurrió una idea y te suplico que me digas si tiene fundamento. El mantenerte reservado en tal extremo no solo sería inútil, sino que podría acarrearnos terribles desgracias a todos.

Me estremecí violentamente al oír este preámbulo, y mi padre continuó:

—Confieso, hijo mío, que siempre he considerado tu matrimonio con nuestra querida Elizabeth como el vínculo de la felicidad familiar y el puntal de mis últimos años. Se conocieron ustedes en la más tierna infancia, estudiaron juntos y parecen en inclinaciones y gustos enteramente apropiados el uno para el otro. Pero es tan ciega la experiencia del hombre que se me ha ocurrido que los mejores colaboradores de mi plan pueden haberlo destruido por completo. Quizá tú la ves como a una hermana, sin propósito alguno de que llegue a ser tu esposa. Quizá has encontrado a otra mujer a quien amas y consideras como un impedimento tu compromiso de honor con Elizabeth. Y esa lucha es tal vez la causa del profundo dolor que pareces sentir.

210 —Querido padre, tranquilícese usted. Amo a mi prima tierna y sinceramente. Nunca he encontrado una mujer que despertara, como Elizabeth, mi más sincera admiración y afecto. Mis futuras esperanzas y expectativas están en mi unión con ella.

—La expresión de tus sentimientos en este tema, mi querido Víctor, me da un placer que hace tiempo no sentía. Si esos son tus sentimientos, seguramente seremos felices, a pesar de que los últimos sucesos echen alguna sombra sobre nuestra felicidad. Pero es esta sombra la que parece haberse aferrado en tu mente tan fuertemente, que yo deseo disipar. Dime, pues, si te opones a la inmediata celebración del matrimonio. Hemos sido desgraciados y los sucesos recientes nos han arrebatado aquella diaria tranquilidad que tan adecuada era a mis

años y enfermedades. Tú eres joven y no supongo, dueño como eres de una buena fortuna, que un matrimonio próximo contrarie futuros planes de honra y provecho. No creas, sin embargo, que deseo imponerte la felicidad o que la petición de un plazo de tu parte me mortificaría seriamente. Interpreta mis palabras francamente y contéstame, te lo ruego, con confianza y sinceridad.

Oí a mi padre en silencio y durante algún tiempo fui incapaz de darle una respuesta. Se agitaban en mi mente una multitud de pensamientos y hacía esfuerzos por llegar a alguna conclusión. ¡Ay! A la idea de mi unión inmediata con Elizabeth sucedía otra de horror y espanto. Estaba ligado por una promesa solemne que todavía no había cumplido y que no me atrevía a quebrantar, o, si no la cumplía ¡cuántas desgracias podían caer sobre mí y mi querida familia! ¿Cómo habría podido ir a una ceremonia de felicidad con ese peso mortal colgando de mi cuello y aplastándome contra el suelo? Debía cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo se fuera con su compañera antes de permitirme el goce de la felicidad de una unión de la cual esperaba la paz.

Recordé también la necesidad que se me imponía de ir a Inglaterra o de entrar en una larga correspondencia con los filósofos de ese país, cuyos conocimientos y descubrimientos me eran indispensables para mi nueva obra. El segundo recurso para conseguir la deseada información era lento y poco satisfactorio; además, sentía invencible aversión a realizar mi aborrecida tarea en casa de mi padre y alterar así los hábitos de mis familiares. Sabía que

podían ocurrir mil accidentes y el menor de ellos me obligaría hacer revelaciones que me horrorizaban. Era consciente, además, que a menudo me tornaba incapaz de disimular las angustiosas sensaciones que me poseerían durante el progreso de mi ocupación sobrenatural. Debía ausentarme de todo lo que amaba mientras trabajaba. Una vez empezada la obra, la concluiría rápidamente y volvería al seno de mi familia a gozar de paz y felicidad. Cumplida mi promesa, el monstruo se alejaría para siempre. O (así mí fantasía se complacía en suponerlo) podría mientras tanto ocurrir algún accidente que lo destruyera, concluyendo mi esclavitud para siempre.

Esos sentimientos me dictaron la contestación que di a mi padre. Le expresé el deseo de visitar Inglaterra, pero, ocultando las verdaderas razones de ese propósito, encubrí mis deseos de forma que no despertaron sus sospechas mientras que los manifestaba con tal anhelo que fácilmente induje a mi padre a acceder. Después de tan largo período de absorbente melancolía, que llegaba a parecer locura por su intensidad y sus efectos, mi padre se alegró mucho al ver que yo era capaz todavía de sentirme halagado por la idea de ese viaje y se ilusionó con que un cambio de ambiente y los entretenimientos diversos me restaurarían completamente a como era antes.

La duración de mi ausencia se dejó a mi albedrío; unos cuantos meses, un año como máximo, fue el plazo del que se habló. Mi padre había tomado una paternal y amable precaución para asegurarme un compañero de viaje. Sin consultarme previamente, dispuso, en común

acuerdo con Elizabeth, que Clerval se me juntara conmigo en Estrasburgo. Esto interfería con la soledad que buscaba para la realización de mi tarea; sin embargo, al comienzo del viaje la presencia de mi amigo no podía de ningún modo serme incómoda y sinceramente me regocijé de que me librara de muchas horas de solitarias, enloquecedoras reflexiones. Además, Henry podía interponerse entre mí y la intrusión de mi enemigo. Si hubiera estado solo, ¿no me obligaría a veces a sufrir su aborrecible presencia, para recordar mi compromiso o contemplar los progresos de mi obra?

Así pues, me marché a Inglaterra y quedó establecido que mi unión con Elizabeth se realizaría inmediatamente después de mi regreso. La edad de mi padre lo hacía extremadamente reacio a cualquier retraso. Y, en cuanto a mí, ese matrimonio era la recompensa que me había prometido a mí mismo por mi detestada labor, un consuelo a mis sufrimientos. Sería completamente feliz el día en que, libre de mi miserable esclavitud, pudiera unirme con Elizabeth y olvidar el pasado junto a ella.

Empecé a hacer los preparativos para el viaje, pero me mortificaba una preocupación que acabó por llenarme de miedo e inquietud. Durante mi ausencia tenía que dejar a los míos, ignorantes de la existencia de su enemigo, y sin protección contra sus posibles ataques. Pero él había prometido seguirme a donde fuera que vaya, ¿no me seguiría entonces a Inglaterra? Esta expectativa era siniestra por sí misma, pero, en verdad, lo era tanto menos cuanto garantizaba la seguridad de mis parientes.

Me angustiaba la sola idea de la posibilidad de que ocurriera lo contrario. Pero durante todo el tiempo que fui esclavo de mi criatura me dejé gobernar por los impulsos del momento. Mis impresiones, entonces, me confirmaron que el monstruo me seguiría y que dejaría a mi familia libre del peligro de sus maquinaciones.

Estábamos a fines de septiembre cuando otra vez abandoné mi país natal. Emprendí el viaje por propia iniciativa, por eso Elizabeth había accedido, pero quedó muy intranquila bajo la posibilidad de que, lejos de ella, pudiera sufrir los ataques de la pena y el dolor. Gracias a su preocupación podía contar con la compañía de Clerval, pero los hombres no vemos las mil pequeñas circunstancias que provocan la atención de una mujer. Elizabeth ansiaba pedirme que apresurara mi regreso, pero la emoción no le permitió hablar, así es que se limitó a una silenciosa despedida con los ojos llenos de lágrimas.

Me arrojé en el carroaje que debía llevarme, dándome cuenta apenas de lo que hacía y sin preocuparme de lo que pasaba a mi alrededor. Recordaba con amarga angustia que había dado orden de que mis instrumentos y aparatos de química los empaquetaran para llevarlos conmigo. Asaltado constantemente por dolorosos presentimientos, pasé por muchos sitios hermosos y solemnes, pero mi vista estaba fija y no observaba nada. Solo podía pensar en el objetivo de mi viaje y en la tarea que debía realizar para ello.

Después de algunos días que pasé sumido en la más completa indiferencia mientras recorría muchos

kilómetros, llegué a Estrasburgo, en donde tuve que esperar dos días a Clerval. Llegó. ¡Ah! ¡Qué grande era el contraste entre nosotros! Él se interesaba por todo lo que veía, gozaba con la belleza del sol poniente y era feliz cuando lo veía salir porque empezaba un nuevo día. Me llamaba la atención sobre los cambiantes colores del paisaje y los aspectos del cielo.

—Para esto hay que vivir —exclamaba—. Ahora yo gozo de la existencia. Pero tú, querido Frankenstein, en todas partes pareces desesperado y triste.

En realidad, yo me veía mortificado por tristes pensamientos y no veía ni la aparición de la estrella de la tarde ni el dorado amanecer reflejado en el río Rin. Y usted, mi amigo, se entretendría más leyendo el diario del viaje de Clerval, quien observaba la naturaleza con emoción y deleite, que oyendo mis reflexiones. Yo, un pobre desgraciado, acechado por una maldición que cerraba cualquier camino al placer.

Resolvimos bajar el Rin en barca, de Estrasburgo a Rotterdam, en donde íbamos a tomar un barco que nos llevaría a Londres. Durante este viaje pasamos muchas islas cubiertas de sauces y vimos hermosas ciudades. Nos detuvimos un día en Mannheim y al quinto de nuestra partida de Estrasburgo llegamos a Maguncia.

El curso del Rin desde Maguncia es mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente y corre entre colinas, no altas, pero escarpadas y de bellas formas. Vimos muchos castillos en ruinas al borde de precipicios, rodeados por oscuros bosques, altos e inaccesibles. Esa

parte del Rin presenta, en realidad, una singular variedad de paisajes. En algunas partes veíamos castillos ruinosos dominando tremendos precipicios con el Rin debajo, impetuoso y oscuro, y descubrir, al pasar de pronto una colina, un escenario de florecientes viñedos y verdes praderas junto a un río que serpenteaba entre ciudades populosas.

Era la época de la vendimia y oímos los cantos de los agricultores mientras nos navegábamos río abajo. Incluso yo, que tenía el ánimo deprimido y el espíritu continuamente agitado por ideas sombrías, gozaba con el maravilloso espectáculo. Iba tendido en el fondo de la barca y, cuando miraba el azul cielo sin nubes, parecía embriagarme una calma que hacía mucho tiempo no experimentaba. Y si esas eran mis sensaciones, ¿quién podría describir las de Henry? Se sentía como si hubiera sido transportado al país de las hadas y disfrutaba una felicidad rara vez probada por los hombres.

—He visto —me decía— los más hermosos espectáculos de mi propio país, he visitado los lagos de Lucerna y de Uri, en donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente al agua, proyectando sombras oscuras e impenetrables, que causarían tristeza y nostalgia si no fuera por las más verdes islas que deleitan la vista con su apariencia alegre. También he visto esos lagos agitados por tempestades cuando el viento forma verdaderos torbellinos de agua y azotan con furia los pies de las montañas. He observado las montañas de Valais y de Vaud, pero esto, amigo Víctor, me gusta más que todas esas

maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas, pero en las orillas de hay un encanto este divino río que nunca he visto igual. Mira ese castillo que se inclina sobre aquel precipicio y ese otro en aquella isla, casi escondido entre el follaje de esos hermosos árboles, y aquel grupo de agricultores entre las viñas, y esa aldea escondida en el recorte de la montaña. ¡Oh! Seguramente los genios que habitan y guardan esos sitios tienen un alma más armoniosa que aquellos que forman los glaciares o se retiran a los picos inaccesibles de las montañas de nuestra propia tierra.

¡Clerval! ¡Querido amigo! Aun hoy me complace el recuerdo de tus palabras y me es grato alabarte en la forma que tan eminentemente mereces. Era un hombre que comprendía la verdadera naturaleza de la poesía. Su viva y entusiasta imaginación era moderada por la sensibilidad de su corazón. Su alma florecía en ardientes afectos y su amistad era de aquellas abnegadas y sinceras que los pensadores nos enseñan a considerar como maravillosas y solo existentes en la imaginación. Pero las mismas humanas simpatías no eran suficientes para complacerlo. El espectáculo de la naturaleza que otros miran solo con admiración, él lo amaba con verdadero ardor:

*La sonora catarata
Lo acechaba como una pasión: la alta roca,
La montaña, y el profundo y sombrío bosque,
Sus colores y sus formas eran entonces para él
Un apetito; un sentimiento, y un amor,*

*Que no necesitaba de otros encantos remotos,
Que el pensamiento puede proporcionar, ni de otro interés
No provistos por los ojos.³*

¿Y dónde existe ahora? ¿Ese gentil y amado ser se ha perdido para siempre? Esa mente tan repleta de ideas, esa imaginación fantástica y magnífica que formaba un mundo, cuya existencia dependía de la vida de su creador; ¿esa mente ha perecido? ¿Ahora solo existe en mi memoria? No, no es así, su figura tan divinamente modelada, irradiante de belleza, ha perecido, pero su espíritu aún visita y consuela a su desgraciado amigo.

Perdón por este arrebato de dolor; estas palabras vanas son solo un ligero tributo al valioso Henry, pero me alivian el corazón, fluyendo con la angustia que su recuerdo provoca.

Continúo mi historia.

Pasando Colonia desembarcamos en las llanuras de Holanda, y decidimos continuar el viaje en coche porque el viento era contrario y la corriente del río era demasiado débil.

Aquí nuestro viaje perdió el interés que le había dado el hermoso escenario, pero llegamos pronto a Rotterdam, desde donde fuimos por mar a Inglaterra. Fue en una mañana clara, en los últimos días de diciembre, cuando vi por primera vez las blancas costas de la Bretaña. Las orillas del Támesis nos ofrecían un espectáculo nuevo,

3. Fragmento del poema *Líneas escritas a unas pocas millas sobre la abadía de Tintern*, de 1798, del inglés W. Wordsworth (1770-1850).

eran bajas pero fértiles, y casi todas las ciudades se destacaban por algún recuerdo histórico. Vimos el fuerte de Tilbury y recordamos la gran armada española, también Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que yo había oído hablar aun en mi lejano país.

Al fin divisamos los numerosos campanarios de Londres, el de St. Paul dominando por sobre el resto, y la torre tan famosa en la historia de Inglaterra.

Capítulo XIX

Londres era ahora nuestro punto de descanso, decidimos permanecer varios meses en esa maravillosa y celebrada ciudad. Clerval deseaba entrar en relaciones con los hombres de genio y talento que florecían en aquella época, pero eso para mí era un asunto secundario. Me preocupaba principalmente la manera de obtener la información necesaria para el cumplimiento de mi compromiso y, en cuanto pude, fui a entregar las cartas de presentación que había llevado, dirigidas a los más distinguidos filósofos naturalistas.

219

Si ese viaje lo hubiera realizado en la época en que estudiaba y era feliz, me habría proporcionado placeres inexpresables. Pero una nube había oscurecido mi existencia y visité a esos hombres ilustres solo por la preocupación de los datos que podían darme sobre el asunto en que tenía un interés tan terriblemente profundo. La compañía de cualquiera me fastidiaba; cuando estaba

solo podía distraerme con las vistas del cielo y la tierra. La voz de Henry me aliviaba y me permitía entrar en una tranquilidad transitoria. Pero las conversaciones insignificantes y las caras alegres me generaban nuevamente desesperación en el corazón. Veía una barrera insalvable alzada entre los demás hombres y yo; esa barrera estaba manchada con la sangre de William y Justine, y recordar los sucesos que despertaban esos dos nombres me llenaban el alma de angustia.

Pero en Clerval veía la imagen de lo que yo había sido antes; él era observador y ansiaba obtener experiencia e instrucción. Las diferencias de costumbres que notaba eran para él una fuente exhaustiva de conocimientos y entretenimientos. Él también perseguía un objetivo que durante mucho tiempo había tenido en vista. Su propósito era visitar la India, pues creía que el conocimiento que poseía de sus diversos idiomas y lo que sabía de su organización social le permitirían contribuir materialmente al progreso de la colonización y del comercio europeo. En Inglaterra podía prepararse para la realización de su plan. Estaba siempre ocupado y lo único que enturbiaba su alegría era mi tristeza y decaimiento. Yo procuraba disimularlos en cuanto me era posible porque no tenía derecho de privar de los placeres naturales a un joven que estaba entrando en una nueva etapa de la vida, que no estaba preocupado por ningún cuidado ni por amargos recuerdos. A menudo me negaba a acompañarlo, alegando compromisos anteriores que tenía que atender solo.

Empecé de a poco a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación y esto era para mí como una tortura de gotas cayendo continuamente en la cabeza. Cada pensamiento que consagraba mi obra me causaba profunda angustia, y cada palabra que decía referente a ella me hacía temblar los labios y palpituar el corazón.

Después de pasar algunos meses en Londres recibimos una carta de un señor de Escocia que antes nos había visitado en Ginebra. Nos hablaba de las bellezas de su país natal y nos preguntaba si no eran ellas suficiente atractivas para inducirnos a prolongar nuestro viaje hasta Perth, en donde residía. Clerval aceptó la invitación con entusiasmo y yo, aunque aborrecía la sociedad, quise ver otra vez montañas, ríos y todas las maravillosas obras con que la naturaleza adorna sus sitios predilectos.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre y estábamos ya en febrero. Acordamos dirigirnos al norte a fines del próximo mes. Resolvimos no ir por el camino real a Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, calculando llegar a fines de julio. Empaqueté mis instrumentos químicos y los materiales que había recibido, con el objetivo de concluir mi obra en algún rincón oscuro del norte de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo y nos detuvimos algunos días en Windsor, recorriendo su hermoso bosque. Este era un espectáculo nuevo para nosotros, montañeses. Los majestuosos robles, la gran cantidad de animales de caza y las manadas de elegantes ciervos eran verdaderas novedades para nosotros.

De ahí nos dirigimos a Oxford. Al entrar en la ciudad recordamos los grandes sucesos que habían ocurrido en ella más de siglo y medio antes. Ahí fue donde Carlos I reunió sus fuerzas. Esta ciudad le había permanecido fiel, después que toda la nación abandonara su causa para seguir la bandera del parlamento y la libertad. El recuerdo de ese infortunado rey y sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Gooing, su esposa y su hijo, daban particular interés a las cosas de la ciudad en que se suponía habían habitado.

El espíritu de los viejos tiempos encuentra en Oxford su morada y nos complacemos en seguir sus huellas. Si esos sentimientos no hubiesen tenido una compensación imaginaria, el espectáculo de la ciudad habría sido lo suficientemente hermoso para despertar nuestra admiración. Los colegios son antiguos y pintorescos, las calles son casi magníficas y el amable Isis, que corre por entre campos de exquisito verdor, se derrama en plácidas fuentes que reflejan las majestuosas torres y las bellas cúpulas casi perdidas entre los árboles.

Yo gozaba con semejante espectáculo, pero mi goce era amargado por el recuerdo del pasado y la anticipación del futuro. Yo estaba hecho para una felicidad pacífica. Durante los días de mi juventud nunca tuve motivo para no estar contento y, si alguna vez me fastidiaba, la contemplación de lo hermoso en la naturaleza o el estudio de lo que es excelente y sublime en las producciones del hombre interesaba siempre a mi corazón y daba elasticidad a mi espíritu. Pero, entonces, era ya un árbol seco,

el dardo había penetrado en mi alma y sentía que habría de vivir solo para exhibir lo que pronto sería: un mísero espectáculo de humanidad doliente, lastimosa para los demás e intolerable a mí mismo.

Pasamos bastante tiempo en Oxford, recorriendo sus alrededores y procurando identificar todo sitio que pudiera decírnos algo de la más animada época de la historia inglesa. Nuestras pequeñas excursiones se veían a menudo prolongadas por los sucesivos atractivos que se presentaban. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el lugar en que ese patriota cayó. Por un momento mi alma sacudió sus temores para considerar las diarias ideas de libertad y sacrificio que esos sitios recordaban y ensalzaban. Por un instante, me atreví a romper mis cadenas y mirar en torno mío con libre y altivo espíritu, pero el acero había mordido en mi carne y nuevamente me sumergí, tembloroso y desesperado, en el abismo miserable de mi propio yo.

Dejamos Oxford con pena y seguimos a Matlock, que era nuestro próximo punto de descanso. El paisaje en los alrededores de esa aldea se parece muchísimo al de Suiza, pero puede decirse que todo está reducido a una escala menor, a las verdes colinas les falta la corona de los distantes Alpes nevados que siempre se ve sobre las montañas de nuestro país. Visitamos la cueva maravillosa y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades están dispuestas del mismo modo que en las colecciones de Servox y Chamounix. Este último nombre me hizo temblar cuando lo pronunció Henry, y me

apresuré a abandonar Matlock, que me recordaba la horrible escena con el monstruo.

Desde Derby —siempre viajando hacia el norte— fuimos a pasar dos meses a Cumberland y a Westmoreland. Allí me pareció que me encontraba en las montañas suizas. Las pequeñas manchas de nieve que aún se veían en las faldas septentrionales de las montañas, los lagos y el brillo de los ríos eran todas familiares y queridas para mí. Aquí también nos hicimos algunas relaciones que casi me hicieron creer que era de nuevo feliz. El placer de Clerval era proporcionalmente mayor al mío, su inteligencia se esparcía en la compañía de hombres de talento y encontraba en su propio carácter más capacidades y recursos que los que él mismo creía poseer.

224 —Podría pasarme la vida entera aquí —me dijo— y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin.

Pero descubrió que la vida del viajero es aquella que incluye también sufrimiento, en medio de sus goces. Sus sentimientos están siempre en tensión, y cuando empieza a disfrutar el reposo, se encuentra obligado a abandonarlo para buscar algo nuevo que otra vez atraiga su atención y que luego abandone por otras novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmoreland y empezado a sentir cariño por sus vecinos, cuando nos dimos cuenta que se acercaba el día en que debíamos encontrarnos con nuestro amigo escocés, y continuamos viaje. Por mi parte no sentí pena. Había postergado mi compromiso por

algún tiempo y empezaba a temer los efectos de la cólera del monstruo. Podía haberse quedado en Suiza y llevar a cabo su venganza contra mi familia. Esa idea me perseguía y atormentaba en todos los momentos en que, en otras circunstancias, habría podido disfrutar reposando en paz. Esperaba las cartas de mi casa con febril impaciencia: si se demoraban, sufría horriblemente, y, cuando llegaban, al ver en los sobres la letra de Elizabeth o mi padre, apenas me atrevía a leerlas y conocer mi destino. A veces se me ocurría que el demonio que había creado me seguía y podía apurarme a cumplir mi promesa asesinando a mi compañero. Cuando estas ideas me poseían, no abandonaba a Henry ni un momento, le seguía como si fuera su sombra para protegerle contra el enojo del destructor. Me sentía como si hubiera cometido un gran crimen, cuyo remordimiento me atormentaba. No era culpable, pero, en realidad, había depositado sobre mi cabeza una maldición horrible, tan mortal como la del crimen.

Visité Edimburgo sin interés alguno, a pesar de que esa ciudad podía haber interesado hasta al hombre más infortunado. A Clerval no le gustó tanto como Oxford, cuya antigüedad le agradaba más. Pero la belleza y regularidad de la ciudad nueva de Edimburgo, su romántico castillo y sus alrededores, los más deliciosos del mundo, el asiento de Arturo, el pozo de San Bernardo y los cerros de Pentland, compensaban el cambio y lo llenaban de gozo y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al final de mi viaje.

Estuvimos solo una semana allí y continuamos camino, pasando por Coupar, San Andrés y las orillas del Tay, para llegar a Perth, en donde nuestro amigo nos esperaba. Pero no tenía ánimo para reír y conversar con personas extrañas, ni para colaborar en los planes que de buen humor esperaba nuestro anfitrión, por lo que le dije a Clerval que deseaba hacer una excursión solo por Escocia.

—Diviértete —le dije— y convengamos en volver a reunirnos aquí. Estaré ausente un mes o dos, pero no te preocunes por mí, te lo ruego. Déjame buscar paz y soledad por algún tiempo. Cuando vuelva espero que sea con el corazón más ligero y un ánimo más adecuado a tu propio espíritu.

Henry intentó disuadirme, pero al ver mi resolución no insistió más. Me hizo prometerle que le escribiría con frecuencia.

—Preferiría estar contigo —me respondió—, en tus recorridos solitarios, que con estos escoceses, a quienes no conozco. Apresúrate, querido amigo, para volver, solo así podré sentirme otra vez como en casa, cosa que no me es posible en tu ausencia.

Después de separarme de mi amigo, decidí visitar algunos puntos distantes de Escocia y concluir mi obra en la soledad. No ignoraba que el monstruo me seguiría y que, cuando estuviera la obra finalizada, recibiría a su compañera.

Con este propósito, atravesé las tierras altas del norte y escogí una de las más remotas de las islas Orcadas

como lugar de trabajo. Era un sitio adecuado para ello, pues apenas era algo más que una roca, cuyas altas laderas eran continuamente azotadas por las olas. El terreno era pobre, apenas producía el pasto necesario para alimentar unas cuantas vacas flacas y la avena suficiente para su población, que se componía de cinco personas, cuyos flacos y demacrados cuerpos reflejaban su pobre alimentación. El pan y los vegetales, cuando se permitían tales lujo, e incluso el agua dulce, debían ir a buscarlos a tierra firme, que estaba a unos ocho kilómetros.

En toda la isla no había sino tres miserables chozas. Una de ellas estaba desocupada cuando llegué y la alquilé. Se componía de solo dos cuartos, en los cuales se veía toda la miseria y la más penosa pobreza. El techo de paja se caía, las paredes no estaban ni blanqueadas y la puerta crujía más allá de sus bisagras. Ordené que la repararan, compré algunos muebles y me instalé, suceso que, sin duda, hubiera ocasionado alguna sorpresa si no hubiera sido porque los pobladores estaban embotados en sus necesidades y su miseria. A causa de ello, viví sin ser espiado ni molestado, los habitantes apenas me agradecían los alimentos y ropa que les daba porque los sufrimientos matan hasta las más naturales sensaciones de los hombres.

En este retiro consagraba las mañanas al trabajo; pero por la tarde, cuando el clima lo permitía, me paseaba por la pedregosa ribera del mar, oyendo el rumor de las olas que rugían y brillaban a mis pies. Era un monótono aunque siempre cambiante escena. Me acordaba de

Suiza, tan diferente de esos desolados y lúgubres paisajes. Allí las colinas están cubiertas de viñas y las granjas y quintas se ven desparramadas por las llanuras. Sus hermosos lagos reflejan un cielo azul y sereno; y cuando los vientos la perturbaban, su tumulto parecía un juego de niños comparado con los rugidos del gigante océano.

De esta manera distribuía mi tiempo cuando recién llegué; pero, mientras avanzaba mi trabajo, cada día se volvía más horrible y fastidioso para mí. Algunas veces ni podía entrar a mi laboratorio y otras veces trabajaba día y noche para concluir mi obra. Me había empeñado, en realidad, en una empresa inmunda. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí entusiasta me había impedido ver el horror de lo que hacía, mis pensamientos estaban intensamente fijos en la conclusión de mi labor, y mis ojos cerrados frente a lo repugnante de mis procedimientos. Pero ahora trabajaba a sangre fría y mi corazón sufría a menudo por la obra de mis manos.

Puesto en esta situación, empleado en la más detestable ocupación, sumido en una soledad en que nada podía ni por un momento distraer mi atención de lo que estaba haciendo, me ponía cada día más inquieto y nervioso. A cada momento temía encontrarme con quien me perseguía. Algunas veces me detenía, los ojos fijos en algún punto, temeroso de verle aparecer y que los habitantes de la isla se encontraran con el monstruo creado por mí, al cual yo mismo tenía tanto miedo de ver. Procuraba no alejarme mucho de ellos por temor a que, al verme solo, él viniera a reclamarme su compañera.

Mientras tanto, seguía trabajando y mi obra estaba ya considerablemente adelantada. Veía acercarse el día de su conclusión estremeciéndome de ansias y esperanzas que no me atrevía a cuestionar, pero que estaban entremezcladas con oscuros presentimientos de maldad, que hicieron que mi corazón se enferme en mi pecho.

Capítulo XX

Una tarde me senté en mi laboratorio; el sol se había puesto y la luna apenas se alzaba sobre el mar; no había luz suficiente para trabajar y permanecí sin hacer nada, en una pausa de consideración sobre si debía dejar mi trabajo para la noche o apresurar su finalización con una atención constante en él. Mientras estaba allí, un tren de reflexiones cruzó por mi mente, que me llevó a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo. Tres años antes me había puesto el mismo empeño y había creado un demonio, cuya barbarie sin igual había desolado mi corazón y lo había llenado para siempre con el más amargo remordimiento. Ahora estaba a punto de formar otro ser, respecto de cuyas disposiciones era totalmente ignorante. Podía *ella* ser mil veces más maligna que su compañero, y gozarse en el simple gusto de la muerte y el dolor. Él me había jurado abandonar la vecindad de los hombres y ocultarse en el desierto, pero ella no. Y ella, que según toda probabilidad llegaría a ser un animal pensante y razonante, podría negarse a aceptar un convenio hecho

antes de su creación. Podrían incluso llegar a odiarse entre ellos; la criatura que ya estaba viva aborrecía su propia deformidad, ¿podría sentirla aun más abominable cuando la viera ante sus ojos en formas femeninas? Ella, por su parte, podría separarse de él con desagrado y enamorarse de la belleza superior del hombre; podría abandonarlo y él encontrarse solo otra vez, exasperado por la nueva provocación que significaba verse abandonado por un ser de su propia especie.

230

Aun cuando se fueran de Europa y se dirigieran a los desiertos del “nuevo mundo”, de las primeras consecuencias de esos afectos que tanto ansiaba el demonio serían los hijos, y por la tierra se propagaría una raza de demonios que podría reducir la misma existencia de la especie humana a una condición precaria y llena de horror. ¿Tenía, entonces, el derecho de lanzar, por mi propio beneficio, esa maldición sobre las generaciones venideras? Había sido conmovido por los sofismas del ser que había creado, sus traidoras lágrimas me habían dado lástima, pero ahora, por primera vez, mi compromiso se me aparecía en toda su enormidad, me estremecía al pensar que las generaciones futuras podrían maldecir como una peste al hombre cuyo egoísmo no había vacilado en comprar su propia tranquilidad al precio quizá de la existencia de toda la raza humana.

Temblé, y mi corazón se detuvo dentro mío; cuando, levantando la mirada, vi al demonio en la ventana, a la luz de la luna. Una sonrisa arrugó sus labios cuando vio que estaba realizando la tarea que me había impuesto. Sí, me

había seguido en mis viajes; había atravesado bosques, se había escondido en cuevas, o buscado refugios solitarios y oscuros; y ahora venía a comprobar los progresos de mi trabajo y reclamar el cumplimiento de mi promesa.

Mientras le miraba, su fisonomía demostraba ilimitada malicia y traición. Pensé, con una sensación de locura, en mi compromiso de crear otro ser como él y, estremeciéndome de cólera, destruí lo que había hecho. El malvado me vio arruinar la criatura de cuya existencia dependía su felicidad y, lanzando un rugido de infernal desesperación, desapareció.

Salí del laboratorio y, cerrando la puerta, hice un solemne voto en mi propio corazón de no reanudar jamás mi obra. Después, con paso tembloroso, me dirigí a mi dormitorio. Estaba solo; no tenía cerca a nadie que me confortara, a nadie que me librara de la enfermiza opresión de mis pensamientos.

Pasaron varias horas, durante las cuales permanecí apoyado en la ventana, contemplando el mar; estaba prácticamente quieto, ya que el viento había parado, y la naturaleza toda reposaba bajo la mirada de la serena luna. Solo unos cuantos buques pesqueros surcaban el agua y, de cuando en cuando, la brisa me traía ecos de voces, de los gritos de los pescadores que se llamaban los unos a los otros. Sentí el silencio, aunque apenas tenía conciencia de su extrema profundidad, hasta que de repente mi oído fue atraído por el ruido del golpeteo de unos remos en la orilla y una persona descendió cerca de mi casa.

Pocos minutos después oí empujar la puerta de la choza, como si alguien tratara de abrirla delicadamente. Me estremecí de pies a cabeza, tuve el presentimiento de quién era y quise llamar al hombre que vivía en la choza vecina; pero me agobió por completo el sentimiento de impotencia, tan frecuente en pesadillas, cuando queremos alejarnos de un peligro inmediato y permanecemos clavados en el suelo.

Luego sentí ruido de pasos que avanzaban; la puerta del dormitorio se abrió y el temible monstruo apareció. Cerrando la puerta, se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Has destruido la obra que iniciaste. ¿Qué pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He sufrido privaciones y dolores; abandoné Suiza contigo; corrí por las orillas del Rin, atravesando sus islas de sauces y las cumbres de sus colinas; he pasado muchos meses en los bosques de Inglaterra y desiertos de Escocia; he sufrido fatigas incalculables, frío y hambre; ¿y te atreves a destruir así mis esperanzas?

—¡Vete! Sí, rompo mi promesa. Nunca crearé otro ser como tú, igual a ti en deformidad y maldad.

—Esclavo, antes he razonado contigo, pero te has manifestado indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder, tú te crees desgraciado, pero yo puedo hacerte tan infeliz que hasta la luz del día te será odiosa. ¡Eres mi creador, pero yo soy tu amo: obedéceme!

—La hora de mis vacilaciones ha pasado y ha llegado a su fin el periodo de tu poder. Tus amenazas no me llevarán a realizar un acto de perversidad, pero me confirman

mi determinación de no crear para ti una compañera de maldad. ¿Debería yo, a sangre fría, lanzar sobre la tierra un nuevo demonio, cuyo placer sea la muerte y la destrucción? ¡Vete! Estoy resuelto y tus palabras solo conseguirán exasperar mi cólera.

El monstruo reconoció en mi cara que estaba decidido y los dientes le crujieron en la impotencia de su rabia.

—Cada hombre —exclamó— encuentra una mujer para su corazón, y toda bestia tiene su compañero. ¿Y yo me quedaré solo? He sentido afecto y amor, y fueron correspondidos con odio y desprecio. ¡Hombre! Tú puedes odiarme, pero ¡cuidado! Tus días transcurrirán en temor y dolor, pronto te será arrebataada para siempre toda esperanza de felicidad. ¿Pretendes ser feliz mientras yo me consumo en la profundidad de mi desgracia? Puedes destruir mis otras pasiones, pero la venganza permanece... ¡Venganza de ahora en adelante más querida que la luz o la comida! Yo puedo morir, pero, primero, tú, mi tirano y atormentador, habrás de maldecir el sol que alumbe tu desgracia. ¡Cuidado! Porque no tengo miedo y por eso soy poderoso. Te vigilaré con la astucia de una serpiente, que puede morderte con su veneno. Hombre, ¡te arrepentirás de las injurias que infliges!

—¡Cállate, monstruo! No envenenes el aire con tus sonidos de tu maldad. Te he declarado mi decisión y no soy un cobarde que se doblegará ante tus palabras. Déjame, soy inexorable.

—Está bien. Me voy, pero recuerda: estaré contigo el día de tu casamiento.

Me erguí colérico y exclamé:

—¡Villano! Antes de firmar mi sentencia de muerte, cuida de tu propia seguridad.

Me lancé sobre él; pero pudo evitar mi ataque y salió precipitadamente. A los pocos minutos, le vi meterse en el bote y empezar a remar con asombrosa rapidez, hasta perderse entre las olas.

Todo volvió a quedar en silencio, sin embargo, sus palabras me zumbaban en los oídos. Ardía en deseos de perseguir al asesino de mi paz, y hundirlo en el océano. Caminé nervioso e inquieto por la habitación, mientras mi imaginación conjuraba cientos de imágenes que me atormentaban y perseguían. ¿Por qué no lo había seguido y empezado una lucha mortal? Había dejado que se marchara y ya se dirigía a tierra firme. Me estremecí al pensar quién podría ser su última víctima, sacrificada debido a su insaciable venganza. Y entonces recordé sus palabras: “¡estaré contigo el día de tu casamiento!”. Ese era, pues, la fecha fijada para el cumplimiento de mi destino. En esa hora moriría, y entonces quedaría satisfecha y extinguida su maldad. Esa expectativa no me infundió temor, pero cuando me acordé de mi amada Elizabeth —de sus lágrimas y su infinita pena cuando encuentre a su amado tan bárbaramente arrebatado de su lado— brotaron las primeras lágrimas que había derramado en muchos meses de mis ojos y decidí no caer ante mi enemigo sin una lucha mortal.

Transcurrió la noche y el sol se elevó sobre el océano; me tranquilicé un poco, si puede llamarse tranquilidad cuando la violencia de la ira se hunde en las

profundidades de la desesperación. Salí de la casa, teatro de la horrenda escena, y me puse a pasear por las orillas del mar, que ya consideraba casi como una barrera insuperable que me separaba de los míos; más aún, un deseo de que así fuera se apoderó de mí. Sentí deseos de pasar mi vida en esa roca inhóspita, solo, sin que ninguna desgracia me perturbara. Si volvía a mi casa, sería para ser sacrificado o para ver a aquellos a quienes más amaba bajo las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Vagué por la isla como un espectro infatigable, separado de todo lo que amaba y desolado por ese motivo. Cuando llegó el mediodía y el sol estaba más alto, me tendí sobre el pasto y me quedé profundamente dormido. Había pasado despierto la noche anterior, tenía los nervios agitados y los ojos inflamados. El sueño al que ahora me adentraba, me refrescó, y cuando desperté, me sentí nuevamente como si perteneciera a la raza humana y empecé a reflexionar con mayor tranquilidad sobre lo que había pasado; aunque las palabras del demonio zumbaban en mis oídos como ecos de muerte, parecían un sueño, pero eran claras y opresivas como la realidad.

El sol ya se había puesto y yo todavía estaba en la costa, satisfaciendo mi apetito, que había llegado a ser voraz, con una torta de avena, cuando vi una barca de pescadores atracar cerca de mí, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía cartas de Ginebra y una de Clerval, quien me pedía que fuera a reunirme con él. Decía que estaba gastando inútilmente su tiempo en donde

estaba y que los amigos de Londres le escribían pidiéndole que regresara para concluir los preparativos del viaje a la India. No podía aplazar más tiempo su partida, pero como su viaje a Londres podía ser seguido por su viaje más largo antes de lo que el calculaba, me suplicaba que fuera a estar algún tiempo con él antes de separarnos. Me pedía que abandonara mi solitaria isla y me juntara con él en Perth, de donde nos dirigiríamos al sur. Esta carta, en algún punto, me llamaba a la vida y decidí abandonar mi isla dentro de dos días.

Pero antes de partir tenía que hacer algo cuyo recuerdo me hacía estremecer: debía empaquetar mis instrumentos químicos. Para ello, debía entrar en el cuarto en el que había estado ejecutando mi odiosa obra y tomar en mis manos esos utensilios que de tan solo verlos me enfermaban. A la mañana siguiente, al amanecer, me cargué de la energía necesaria y abrí la puerta del laboratorio. Los restos de la criatura a medio hacer que había destruido, yacían esparcidos en el piso, y casi me parecía como si hubiese despedazado la carne viva de un ser humano. Me detuve un momento para recobrarme y luego entré en el cuarto. Con manos temblorosas saqué los instrumentos, pero pensé que no debía dejar huellas de mi obra ya que suscitaría horror y sospechas de los habitantes de la isla. Recogí los restos en un canasto, los cubrí con piedras y los dejé a un lado para arrojarlos al mar esa misma noche. Después me senté en la costa para limpiar y arreglar mis aparatos químicos.

Nada podía ser más rotundo que el cambio que se había realizado en mis sentimientos desde la noche de la aparición del demonio. Antes había considerado mi promesa con sombría desesperación, como una cosa que, cual sea su consecuencia, tenía que llevar a cabo; pero ahora me parecía que había caído una venda de mis ojos y que por primera vez veía claro. La idea de retomar mi trabajo no se me ocurrió ni por un momento, las amenazas que había oído no se apartaban de mi mente, pero ningún acto voluntario mío retomaría esa labor. Había resuelto en mi propia conciencia que crear otro ser como el monstruo sería el acto del más bajo y atroz egoísmo, y desterré de mi mente todo pensamiento que pudiera llevarme a una conclusión distinta.

Entre las dos y tres de la mañana salió la luna, entonces me embarqué con el canasto en un pequeño bote y me adentré al mar hasta llegar a varias leguas de distancia de la costa. La escena estaba perfectamente solitaria, algunas barcas regresaban a tierra, pero yo navegaba lejos de ellas. Me parecía que iba a cometer un crimen atroz y evitaba con temblorosa ansiedad todo encuentro con otros humanos. De pronto la luna, que había estado muy clara, fue oscurecida por una espesa nube y aproveché ese momento para arrojar el canasto al mar y me alejé de ese sitio. El cielo se nubló, pero el ambiente era puro, aunque frío por una brisa del noreste que empezaba a levantarse. Me refrescó, y me llenó de tan agradables sensaciones que decidí prolongar mi permanencia en el mar; y fijando el timón en posición recta, me estiré

en el fondo del bote. Las nubes ocultaban la luna, todo estaba oscuro, y solo oía el rumor de la quilla del bote al cortar las olas. Ese murmullo me arrulló y al poco rato me quedé profundamente dormido.

No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado, pero cuando desperté el sol estaba ya muy alto. El viento soplabía fuerte y las olas amenazaban constantemente la seguridad de mi pequeña embarcación. Quise cambiar de rumbo, pero luego comprendí que si lo intentaba el bote se llenaría inmediatamente de agua. En esas condiciones, mi único recurso era dejarme llevar por el viento. Confieso que experimente una sensación de terror. No tenía compás y tenía tan pocos conocimientos de geografía de esa parte del mundo que el sol me servía para muy poca cosa. Podía ser arrastrado hacia el vasto océano Atlántico y sufrir las torturas del hambre, o ser tragado por las incommensurables aguas que rugían a mi alrededor. Ya había estado en el mar muchas horas y empecé a sentir los tormentos de la sed, preludio de otros sufrimientos. Miré al cielo, cubierto de nubes que el viento se llevaba solo para reemplazarlas por otras: miré al mar: sería mi tumba.

—¡Demonio! —exclamé—. ¡Ya está realizada tu tarea!

Me acordé de Elizabeth, mi padre y Clerval. Todos quedaban atrás y en ellos podría el monstruo satisfacer sus sanguinarias e impías pasiones. Esta idea me sumió en una especie de delirio, tan desesperante y terrible que aun ahora, que el telón está a punto de caer ante mí para siempre, me estremezco al recordarlo.

Pasaron así algunas horas. Gradualmente, a medida que el sol descendía en el horizonte, el viento se transformó en una brisa amable y el mar quedó libre de rompienes. Esto dio lugar a un intenso oleaje: me sentí mareado, y apenas podía manejar el timón, cuando repentinamente divisé una línea de costa hacia el sur.

Casi extenuado como estaba por mi fatiga y la angustia atravesada por varias horas, esa repentina certeza de vida le dio a mi corazón una cálida corriente de alegría y lágrimas brotaron de mis ojos.

¡Cuán cambiantes son nuestros sentimientos y cuán extraño es el vivo amor que tenemos por la vida, aun cuando nos abruma la desgracia! Hice una nueva vela con fragmentos de mi ropa y me dirigí hacia la costa. Tenía un aspecto salvaje y rocoso, pero a medida que me acercaba iba descubriendo indicios de cultivos. Vi veleros cerca de la costa y de pronto me encontré entre hombres civilizados. Como me encontraba en un estado de extrema debilidad, me dirigí directamente al pueblo, un lugar donde fácilmente podía conseguir algún alimento. Por suerte tenía dinero encima. Detrás de una colina, divisé un pequeño poblado y un puerto, al que entré, con mi corazón bombeando con alegría por esta inesperada salvación.

Mientras amarraba el barco y arreglaba las velas, muchas personas se reunieron a mi alrededor. Parecían muy sorprendidas por mi aparición, pero, en vez de ofrecerme ayuda, hablaban entre sí con gestos que en cualquier otra ocasión me habrían alarmado. En mi estado,

apenas noté que hablaban inglés, y por lo tanto me dirigí a ellos en ese idioma.

—Buenos amigos —les dije—, ¿serían tan amables que me dijeran el nombre de esta ciudad y me informaran sobre el lugar en que me encuentro?

—Eso lo sabrá usted pronto —me replicó uno de los hombres con voz ronca—. Puede ser que haya llegado a un sitio que no le guste mucho, pero le prometo que no se le preguntará de dónde es ni de dónde viene.

Me sorprendió profundamente recibir una respuesta tan grosera de un extraño y me sentí un poco desconcertado al ver las furiosas caras de sus compañeros.

—¿Por qué me contesta con tanta rudeza? —pregunté—. Seguramente no es costumbre de los ingleses recibir a los extranjeros de forma tan poco hospitalaria.

—No sé —dijo el hombre— cuáles sean las costumbres de los ingleses, pero es costumbre de los irlandeses odiar a los canallas.

Mientras este extraño diálogo proseguía, observé que la multitud aumentaba rápidamente. Sus caras expresaban una mezcla de curiosidad y rabia, lo cual me molestaba y, en cierto grado, me alarmaba. Pregunté por el camino a la posada, pero nadie contestó. Entonces avancé y un murmullo sordo se elevó de la multitud, que me rodeó y me siguió. Cuando un hombre de apariencia enferma se acercó, me palmeó en el hombro y me dijo:

—Venga, señor, debe seguirme a la oficina del señor Kirwin para declarar quién es usted.

—¿Quién es el señor Kirwin? ¿Por qué tengo que declarar quién soy? ¿No es este un país libre?

—Sí, señor, es libre para la gente honesta. El señor Kirwin es el magistrado y usted debe dar cuenta de la muerte de un caballero que fue encontrado asesinado aquí anoche.

Esa respuesta me asustó, pero rápidamente me recomponí. Era inocente, me sería fácil probarlo, por consiguiente, seguí en silencio a mi conductor y fui llevado a una de las mejores casas de la ciudad. Estaba listo para caerme de la fatiga y el hambre que tenía, pero como estaba rodeado por una multitud creí que sería prudente reunir todas mis fuerzas para que ninguna debilidad física pudiera interpretarse como aprensión o culpa consciente. Muy lejos estaba, entonces, de esperar la calamidad que iba a agobiarme dentro de pocos momentos y a extinguir en el horror y la desesperación todo temor de ignominia o muerte.

Debo detenerme aquí; porque necesito toda mi fortaleza para traer a la memoria los horribles sucesos que todavía tengo que agregar detalladamente a mi relato.

Capítulo XXI

Pronto fui presentado ante el magistrado, un benévolο anciano de aire tranquilo y gentiles modales. Me miró, sin embargo, con cierto grado de severidad, y, volviéndose

hacia los que me conducían, preguntó quiénes comparecerían como testigos.

Cerca de media docena de hombres avanzaron; y, uno de ellos, escogido por el magistrado, declaró que había estado pescando la noche anterior con su hijo y cuñado, Daniel Nugent, cuando, alrededor de las diez de la noche, observaron que se levantaba un fuerte viento norte, y convinieron en volver al puerto. Era una noche muy oscura, la luna todavía no había salido; no desembarcaron en el puerto, sino, como solían hacerlo, en una ensenada, casi tres kilómetros más abajo. Él descendió primero, llevando parte de los elementos de pesca, y sus compañeros lo siguieron a alguna distancia. Mientras caminaba por la orilla, tropezó con algo y cayó tendido en la arena. Sus compañeros corrieron a ayudarle y, a la luz de su linterna, vieron que había chocado con el cuerpo de un hombre, que tenía todo el aspecto de estar muerto. Su primera suposición fue que se trataba de una persona que se había ahogado y cuyo cadáver había sido traído a la costa por las olas; pero después de examinar el cuerpo vieron que su ropa no estaba húmeda y que el cuerpo mismo aún no estaba frío. Inmediatamente lo llevaron a la casa de una señora que vivía en las cercanías y procuraron, en vano, reanimarlo a la vida. Era un hombre joven y de buena apariencia, cerca de los veinticinco años de edad. Parecía haber sido estrangulado porque no mostraba señales de violencia con excepción de oscuras huellas de dedos en el cuello.

La primera parte de esta declaración no despertó el menor interés en mí, pero cuando el testigo habló de la



marca de los dedos recordé el asesinato de mi hermano y fui presa de la más violenta agitación; me temblaron las piernas y cayó sobre mis ojos una especie de niebla que me obligó a pedir una silla para sentarme. El magistrado me observó con ojos penetrantes, y naturalmente sacó una conclusión desfavorable de mi actitud.

El hijo confirmó la declaración del padre, pero cuando se llamó a Daniel Nugent este juró que, precisamente antes de la caída de su compañero, había visto una embarcación a una muy corta distancia de la costa en la cual iba un solo un hombre; y por lo que alcanzó a ver con la sola iluminación de unas cuantas estrellas, esa embarcación era el mismo bote en el que yo había desembarcado.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y estaba en la puerta de su casa esperando el regreso de los pescadores, más o menos una hora antes de enterarse de la noticia, cuando vio una embarcación con solo un hombre internarse en el mar a la altura de la costa donde había sido encontrado el cuerpo.

Otra mujer confirmó la declaración de los pescadores, ya que habían llevado el cadáver a su casa: no estaba frío. Allí lo colocaron en una cama y lo taparon; Daniel fue a la ciudad en búsqueda del boticario, pero la vida ya había huido de ese cuerpo.

Se les tomó declaración a varios hombres más acerca de mi desembarco y estuvieron de acuerdo en que, a causa del fuerte viento norte que había azotado toda la noche, era muy probable que hubiera estado dando vueltas durante muchas horas y me hubiera visto obligado a

regresar casi al mismo lugar del que había partido. Notaron, además, que parecía haber traído el cadáver de otra parte, y era probable, como no parecía conocer la costa, que hubiera entrado en el puerto ignorando la distancia de la ciudad al sitio de donde había depositado el cuerpo.

El señor Kirwin, al oír esta evidencia, ordenó que me llevaran a la habitación en donde había sido depositado el cadáver, para poder observar qué efecto tenía en mí visualizar a la víctima. La idea, probablemente, se le ocurrió al ver mi alterada agitación cuando los testigos revelaron el modo en que se había realizado el asesinato. Me llevaron, pues, el comisario y varias otras personas a una pieza cercana. No podía evitar encontrarme sorprendido por todas las extrañas coincidencias que habían ocurrido durante la noche anterior, pero sabía que había conversado con varias personas en la isla en la cual había estado viviendo, más o menos a la misma hora en que se había encontrado el cadáver, y estaba perfectamente tranquilo en cuanto a las consecuencias del asunto.

Entré en la pieza donde yacía el cuerpo, y fui llevado hasta el ataúd. ¿Cómo describir mis sensaciones al ver la cara del muerto? Me quedé paralizado de horror y no puedo, ahora mismo, recordar ese terrible momento sin temblor y angustia. Las declaraciones, la presencia del magistrado y los testigos, pasó como un sueño por mi memoria, cuando vi el cuerpo inanimado de Henry Clerval estirado frente a mí. Intenté tomar aliento, y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé:

—¿Mis asesinas maquinaciones también te han privado a ti, querido Henry, la vida? Ya he destruido a dos; otras víctimas esperan su destino: pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...

Mi organismo no pudo soportar más tiempo las angustias que sufría y fui sacado fuera de la pieza, presa de violentas convulsiones.

Luego me asaltó una gran fiebre. Estuve dos meses entre la vida y la muerte. Mis delirios, según supe después, eran terribles. Me llamaba a mí mismo el asesino de William, Justine y Clerval. Algunas veces suplicaba a quienes me atendían que me ayudaran a matar al demonio que me atormentaba y, otras veces, sentía sus dedos apretando la garganta y lanzaba desaforados gritos de angustia y terror. Afortunadamente, como hablaba en mi idioma natal, solo el señor Kirwin me entendía; pero mis gestos y alardos eran suficiente para atemorizar a los otros testigos.

¿Por qué no me morí? Nunca jamás hubo un hombre más desgraciado, ¿por qué no me sumí en el olvido y descanso? La muerte se lleva muchos hermosos niños que son la única esperanza de sus padres, ¡cuántos jóvenes y bellos enamorados se han visto un día en el seno de la felicidad y de la esperanza, y al siguiente han sido encerrados en una tumba! ¿De qué materia estaba hecho yo, que podía resistir tantos choques, que, al igual que los giros de una rueda, renovaban continuamente mi tortura?

Pero estaba condenado a vivir; a los dos meses me encontré como si despertara de un sueño, en una prisión,

tendido sobre una cama deshecha y encerrado en un calabozo. Recuerdo que era por la mañana cuando desperté y entendí la situación en la cual estaba. Había olvidado los detalles de lo que me había ocurrido y únicamente tenía la impresión de que una gran desgracia había caído repentinamente sobre mí, pero cuando miré en torno mío y vi las ventanas con rejas de gruesos barrotes de hierro y la desnudez del sitio en que estaba, todo volvió a mi memoria y me puse a sollozar amargamente.

Mis sollozos despertaron a una anciana que dormía en una silla al lado de mi cama. Era una enfermera contratada, esposa de uno de los carceleros, y su rostro revelaba todas las malas cualidades que a menudo caracterizan a las personas de esa clase. Las líneas de su semblante eran duras y groseras, como las de las personas acostumbradas a ver el sufrimiento sin empatizar. El tono de su voz demostraba su completa indiferencia hacia mí. Cuando me dirigió su palabra, me habló en inglés y su voz me pareció como una que había oído durante mis sufrimientos.

—¿Está usted mejor, señor? —me preguntó.

Contesté en el mismo idioma con voz débil:

—Creo que sí, pero si todo es verdad, si en efecto no lo soñé, lamento estar todavía vivo para padecer tanta desgracia y horror.

—En cuanto a eso —replicó la señora—, si se refiere usted al caballero que asesinó, creo que sería mejor si se hubiera muerto usted, pues creo que lo va a pasar muy mal. Pero eso no es de mi interés, me han mandado a que

lo atienda y está usted mejor. Cumplio mi deber a conciencia, ojalá todos hicieran lo mismo.

Aparté la vista con repugnancia de tal mujer, quien era capaz de manifestar así su falta de sentimientos hacia una persona que acababa de escapar de la muerte; pero me sentía débil e incapaz de reflexionar sobre lo que pasaba. Todos los sucesos de mi vida se me aparecieron como en un sueño, a veces dudaba si todo ello era verdad, porque los hechos no se presentaban en mi memoria con toda la fuerza de la realidad.

Cuando las imágenes que flotaban ante mí se hicieron más concisas, levanté fiebre nuevamente; una oscuridad opresora me rodeó, no había nadie cerca de mí para consolarme con la dulce voz del amor, ninguna mano querida que me ofreciera apoyo. Entró el médico y me prescribió algunos remedios que la señora preparó para mí; pero la total despreocupación era visible en el primero y el rostro de la segunda reflejaba una profunda brutalidad. ¿Quién podría interesarse por la suerte de un asesino, sino el verdugo que ganaría su salario?

Esas fueron mis primeras reflexiones, pero pronto supe que el señor Kirwin me había manifestado mucha bondad. Se había preocupado de que me instalaran en el mejor cuarto de la prisión —a pesar de ser tan malo, era el mejor— y había dispuesto que se buscara un médico y una enfermera para que me atendieran. Es cierto que rara vez había ido a verme porque, aunque ardientemente deseaba consolar los sufrimientos de cualquier humano, no deseaba presenciar las angustias y sufrimientos de un

asesino. Me visitó, cada tanto, para ver que no estuviera abandonado, pero sus visitas eran cortas y espaciadas en el tiempo.

Un día, durante mi gradual recuperación, estaba en una silla con los ojos fijos en el vacío y las mejillas lívidas como las de un muerto. Me sentía agobiado por el sufrimiento y pensaba que sería mejor buscar la muerte que continuar viviendo en este mundo lleno de maldades. En un momento consideré declararme culpable y sufrir la penalidad de la ley, siendo incluso menos inocente de lo que la pobre Justine había sido. Tales eran mis pensamientos cuando la puerta se abrió y entró el señor Kirwin. Su rostro expresaba simpatía y compasión. Acercó una silla a la mía, se sentó, y me dijo en francés:

—Temo que este sitio le resulte muy chocante, ¿puedo hacer algo para que se sienta más cómodo?

249

—Muchas gracias, pero todo lo que me dice no significa nada para mí. En toda la tierra no hay comodidad que sea yo capaz de recibir.

—Sé que la empatía de un desconocido es de poco alivio para una persona abatida por tan extraña desventura, pero espero que pronto abandone esta pequeña morada, pues, sin duda, fácilmente pueden ser presentadas pruebas que lo eximan del crimen del cual se lo acusa.

—Eso es lo que menos me interesa; soy, a consecuencia de extraños sucesos, el más desgraciado de los mortales. Perseguido y torturado como lo he sido y soy, ¿puede la muerte ser un mal para mí?

—Nada, en realidad, puede ser más desgraciado y angustioso que lo que ha ocurrido. Usted, por algún extraño accidente, fue arrojado a esta costa, afamada por su hospitalidad, apresado inmediatamente y acusado de asesino. Lo primero que vio usted fue el cadáver de su amigo, quien fue asesinado de tan misteriosa manera y colocado, parece, en su camino por algún demonio, algún enemigo suyo.

Al oír decir al señor Kirwin, a pesar de la ansiedad que me producía el recuerdo de mis sufrimientos, me sorprendió muchísimo el conocimiento que parecía tener sobre a mí. Supongo que algún asombro se reflejó en mi semblante, porque el señor Kirwin se apresuró a añadir:

—Inmediatamente después de que cayó enfermo, me fueron entregados todos sus papeles. Los examiné con el propósito de descubrir algún indicio que me permitiera enviar a su familia alguna noticia de su desgracia y enfermedad. Encontré varias cartas y, entre ellas, una que a las primeras líneas comprendí que era de su padre. Escribí inmediatamente a Ginebra: casi dos meses han transcurrido desde que salió mi carta. Pero usted está enfermo, incluso ahora tiembla: no está en condiciones de ninguna exaltación.

—Este suspenso es mil veces peor que la desgracia más horrible. Dígame usted, qué nuevo drama de muerte ha ocurrido, qué asesinato debo lamentar ahora.

—Su familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin de manera amable— y alguien, un amigo suyo, ha venido a visitarlo.

No sé por qué proceso mental se me ocurrió la idea, pero inmediatamente pensé que el asesino se había acercado a burlarse de mi dolor y a utilizar la muerte de Clerval como una nueva instigación para que realizara sus infernales deseos. Me cubrí los ojos con las manos y exclamé lleno de horror:

—¡Oh! ¡Lléveselo! ¡No puedo verlo, por Dios, no lo deje usted entrar!

El señor Kirwin me miró con inquietud. No podía considerar mi grito sino como una presunción de mi culpabilidad y me dijo con tono más bien severo:

—Había creído, joven, que la presencia de su padre le sería muy grata, en vez de inspirarle tan viva repugnancia.

—¡Mi padre! —grité, mientras cada gesto y cada músculo se relajaba, de la angustia al placer—. ¿Es cierto que mi padre ha venido? ¡Qué amable, qué verdaderamente amable! Pero ¿dónde está? ¿Por qué no viene a verme?

Este cambio de actitud sorprendió y agració al comisario; quizá pensó que mi primera manifestación había sido una renovación momentánea de mi delirio y en el acto volvió a mostrarse tan benévolo como antes. Se levantó, salió del calabozo con la enfermera y poco después entró mi padre.

Nada, en ese momento, me habría dado mayor placer que la llegada de mi padre. Tendí los brazos hacia él y le dije:

—¿Estás bien... y Elizabeth... y Ernest?

Mi padre me tranquilizó asegurándome que estaban bien y procuró, hablando sobre cosas interesante para mi corazón, reanimar mi desesperado espíritu; pero pronto

comprendió que una prisión no es lugar apropiado para esparcir los cariños.

—¡En qué sitio te encuentro, hijo mío! —exclamó, mirando con ojos sombríos las ventanas enrejadas y el mísero aspecto del cuarto—. Viajabas para buscar la felicidad; pero la fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval...

El nombre de mi infeliz amigo asesinado me causó una agitación demasiado grande para el estado de debilidad en el que me encontraba. Me puse a llorar.

—¡Ah! Sí, padre mío —repliqué—, el más horrible destino pesa sobre mí y debo vivir para cumplirlo, o de otra forma debería haber muerto sobre el cajón de Henry.

No pudimos conversar durante mucho tiempo porque el precario estado de mi salud hacía necesaria toda clase de precauciones para asegurarme tranquilidad. El señor Kirwin entró e insistió en que no debía gastar mi escasa energía con impresiones demasiado fuertes. Pero la aparición de mi padre fue para mí como la de mi ángel bueno, y gradualmente recuperé mi salud.

Mientras me recuperaba, fui absorbido por una sombra y negra melancolía que nada podía disipar. La imagen de Clerval estaba siempre presente, horrible y asesinado. Más de una vez, la agitación en que me arrojaban esas reflexiones hizo temer a mis cercanos una recaída peligrosa. ¡Ah! ¿Para qué cuidaban una vida tan desgraciada y detestada? Estaba seguro de que tenía que cumplir con mi destino, el cual ahora está llegando a su fin. Pronto, ay, muy pronto, la muerte extinguirá mis inquietudes y me librará del insopportable peso de angustia que me agobia,

y, ejecutando la sanción de la justicia, me echaré a descansar. Pero entonces la muerte se veía distante, a pesar de que su deseo estaba siempre presente en mis pensamientos; a menudo permanecía horas enteras inmóvil y callado, queriendo que viniera algún cataclismo y me sepultara en sus ruinas.

La prosecución del juicio se acercaba. Había estado preso tres meses, y aun débil y en continuo peligro de una recaída, me vi obligado a recorrer cerca de ciento sesenta kilómetros para ir a la ciudad en que debía reunirse el tribunal que me iba a juzgar. El señor Kirwin se encargó de buscar cuidadosamente los testigos y preparar mi defensa. También se me ahorró la ofensa de aparecer públicamente como un criminal. Finalmente, el tribunal rechazó la acusación por haberse probado que estaba en una de las islas Orcadas a la hora en que fue encontrado el cadáver de mi amigo. Una quincena después de mi traslado, fui puesto en libertad.

Mi padre se maravilló de verme libre de las vejaciones de una acusación criminal, lo que otra vez me permitía respirar el aire fresco y regresar a mi país natal. Yo no podía sentirme de esa manera; para mí las murallas de una prisión y de un palacio eran igualmente odiosas. La copa de mi vida estaba envenenada para siempre y, aunque el sol brillara sobre mi cabeza, como sobre las personas felices y alegres del corazón, yo no veía a mi alrededor sino una densa y terrible oscuridad, penetrada únicamente por el destello de dos ojos que me miraban fijamente. Algunas veces eran los expresivos ojos de Henry, nublados

por la muerte, con los globos oculares casi ocultos por sus párpados y las largas y negras pestañas; a veces, eran los terribles ojos del monstruo, esos ojos que por primera vez vi en mi cuarto, en Ingolstadt.

Mi padre procuraba despertar mis sentimientos de afecto. Me hablaba de Ginebra, que pronto visitaría, de Elizabeth y de Ernest; pero sus palabras solo provocaban mis sollozos. En ciertos momentos, en efecto, sentía deseos de ser feliz y pensaba con melancólico deleite en mi amada prima, o anhelaba, devorado por la nostalgia de mi patria, ver una vez más el lago azul y el torrentoso Ródano, que tan queridos me habían sido en mi primera infancia: sin embargo, mi estado general era la insensibilidad, en el cual la prisión estaba a la altura del más divino escenario de la naturaleza; esta depresión era rara vez interrumpida sino por paroxismos de angustia y desesperación. En esos momentos, a menudo intentaba poner fin a mi aborrecida existencia, y era necesaria una atención y una vigilancia constantes para evitar que cometiera algún acto terrible de violencia.

Sin embargo, tenía que cumplir un deber, cuyo recuerdo triunfó finalmente sobre mi egoísta desesperación. Era necesario que volviera sin demora a Ginebra para cuidar allí las vidas de aquellos a quienes tanto amaba y esperar al asesino. Si el azar me llevaba a su escondite o si se atrevía otra vez a aparecer frente a mí, intentaría, con puntería infalible, poner fin a la monstruosa imagen que había creado con un alma aun más monstruosa. Mi padre deseaba demorar nuestra partida ya que temía que yo no

pudiera soportar las fatigas de un viaje tan largo: yo estaba muy débil, la sombra de un ser humano. Mis fuerzas se habían acabado. Era un esqueleto; día y noche la fiebre aniquilaba mi gastado organismo.

Pero como yo demostraba tanta inquietud e impaciencia por salir de Irlanda mi padre pensó que era mejor ceder. Tomamos pasajes a bordo de un buque que zarpaba para el Havre y partimos empujados por una fresca brisa de las costas irlandesas. Era medianoche. Me tendí sobre el puente y me puse a contemplar las estrellas, oyendo el rumor de las olas. Bendecía la oscuridad que borraba a Irlanda de mi vista, el pulso me latía con febril alegría cuando pensaba que pronto estaría en Ginebra. El pasado se me aparecía como el resplandor de una pesadilla, pero el barco en el que estaba, el viento que me alejaba de las detestadas islas, y el mar que me rodeaba me marcaban claramente que no estaba engañado por ninguna visión: Clerval, mi amigo, mi más querido compañero, había caído víctima mía y del monstruo creado por mí. Repasaba en mi mente toda mi vida, mi tranquila felicidad cuando residía en Ginebra con mi familia, la muerte de mi madre y mi viaje a Ingolstadt. Recordaba, estremeciéndome, el loco entusiasmo que me apuró a la creación de mi odioso enemigo, y se vino a mi mente la noche en que llegó a la vida. Luego de ello, fui incapaz de seguir la marcha de mis pensamientos; mil sentimientos me oprimieron y lloré amargamente.

Desde mi recuperación, había adquirido la costumbre de tomar todas las noches una pequeña cantidad de

láudano, porque solo mediante esa droga podía obtener el descanso necesario para la conservación de la vida. Oprimido por el recuerdo de mis diversas desgracias, tomé esa noche el doble de la cantidad acostumbrada y me quedé profundamente dormido. Pero el sueño no dio reposo a mis pensamientos ni a mi dolor; mis sueños presentaban miles de objetos que me asustaban. Por la mañana me poseyó una especie de pesadilla, sentí al demonio tocando mi garganta, sin poder liberarme; sollozos y gritos repercutían en mis oídos. Mi padre, quien me vigilaba, al ver mi intranquilidad me despertó. Las olas golpeaban alrededor del barco; arriba el cielo nublado; el monstruo no estaba allí: una sensación de seguridad, el sentimiento de que se había establecido una tregua entre el presente y el irresistible, desastroso porvenir, me proporcionó esa especie de olvido sereno, del que la mente humana es, por su propia estructura, peculiarmente susceptible.

Capítulo XXII

El viaje llegó a su fin. Desembarcamos y nos dirigimos a París. Pronto comprendí que había confiado excesivamente en mis fuerzas y que debía descansar antes de continuar el viaje. Los cuidados y atenciones de mi padre eran infatigables, pero no conocía el origen de mis sufrimientos y aplicaba métodos erróneos para remediar el incurable malestar. Él deseaba que buscara

entretenimiento en sociedad. Yo aborrecía a los hombres. ¡Oh! ¡No los aborrecía! Eran mis hermanos, mis compañeros, y me sentía atraído incluso hacia los más repulsivos de ellos, como también hacia las criaturas de angelical naturaleza y celestial organismo. Pero sentía que no tenía derecho a entablar relaciones. Yo había liberado a un enemigo entre ellos, cuyo placer era derramar su sangre y que se complacía en sus sollozos. ¡Cómo, cada uno de ellos, me aborrecería y me arrojaría del mundo, si conocieran mis maldecidas acciones y los crímenes de los que era responsable!

Mi padre cedió, al fin, a mi deseo de evitar la sociedad e intentó, con diversos argumentos, arrancarme de la desesperación. A veces creía que yo sufría profundamente a causa de la humillación de haber sido obligado a defenderme del cargo de asesinato e intentaba demostrarle la futilidad del orgullo.

—¡Ay! Padre mío —le contestaba yo—, ¡qué poco me conoce usted! Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones, se sentirían humillados si un infeliz como yo fuera orgulloso. Justine, la pobre y desgraciada Justine, era tan inocente como yo y sufrió las mismas acusaciones, murió a causa de ellas y fui yo el causante. Yo la asesiné. William, Justine y Henry. Todos murieron por mis manos.

Durante mi estadía en prisión, mi padre me había oído varias veces repetir esas afirmaciones. Cuando me acusaba a mí mismo, a veces parecía desear una explicación, y ante los demás fingía considerar mis palabras como efecto del delirio, diciendo que, durante mi enfermedad,

alguna idea de ese género se me había presentado a la imaginación y cuyo recuerdo persistía en la convalecencia. Estaba convencido de que me tendrían por loco y este temor bastaba para cerrar mis labios para siempre. Pero, además, no podía atreverme a revelar un secreto que llenaría de consternación a mi oyente y haría que el miedo y el horror sobrenatural se apoderaran de su pecho. Pero, además, no podía resignarme a revelar un secreto que llenaría de consternación a quienes lo conocieran. Así que reprimí la acuciante sed de compasión que sentía y guardé silencio cuando habría dado un mundo por confiar a alguien el secreto fatal. Sin embargo, algunas palabras, como las que he recordado, brotaban incontenibles de mi boca. No daba explicación alguna de ellas, pero su sinceridad revelaba en parte la causa de mi misterioso dolor.

En esta ocasión, mi padre me dijo, con expresión de infinita sorpresa:

—Querido Víctor, ¿qué estás diciendo? Hijo mío, te pido que jamás vuelvas a hacer afirmaciones semejantes.

—No estoy loco —exclamé enérgicamente—, el sol y el cielo, que han visto lo que he hecho, pueden dar testimonio de que digo la verdad. Soy el asesino de esas inocentes víctimas; murieron a causa de mis maquinaciones. Mil veces habría derramado toda mi sangre, gota a gota, por salvar sus vidas. Pero no puedo, padre, en realidad, no puedo sacrificar a toda la raza humana.

Estas palabras convencieron a mi padre de que no estaba totalmente bien de la cabeza e inmediatamente cambió el tema de la conversación, procurando alterar el

curso de mis pensamientos. Deseaba, en lo posible, borrar el recuerdo de lo que había ocurrido en Irlanda y nunca aludía a ello, ni me permitía hablar de mis desgracias.

A medida que transcurría el tiempo, yo iba tranquilizándome cada vez más: el dolor tenía siempre su lugar en mi corazón, pero dejé de hablar incoherentemente de mis propios crímenes, me era suficiente con tener la conciencia de ellos. Desoía la imperiosa voz de la fatalidad que me quería hacer hablar ante el mundo entero. Desde entonces, mis comportamientos se hicieron más tranquilos, como como no lo habían sido desde mi visita al mar de hielo.

Pocos días antes de salir de París para Suiza recibí la siguiente carta de Elizabeth:

Mi querido amigo:

259

Tuve el mayor placer de recibir una carta de mi tío, datada en París. Por ella supe que no están a mucha distancia y que puedo esperar a verlos en menos de quince días. ¡Mi pobre primo! ¡Cómo debes haber sufrido! Me temo que te voy a encontrar peor que cuando te marchaste de Ginebra. Este invierno la he pasado muy mal, torturada como he estado por la ansiosa espera, pero confío en que tú estarás ya tranquilo y tu corazón no ha de estar totalmente vacío de calma y bienestar.

Sin embargo, temo que aun tengas, y quizá agravados por el tiempo, los mismos sentimientos, que tanto te hicieron sufrir hace un año. Yo no quise incomodarte entonces, cuando tantas desgracias cayeron sobre ti, pero una

conversación que tuve con mi tío antes de tu viaje hace necesarias algunas explicaciones antes de que volvamos a vernos.

“¡Explicaciones!, ¿qué puede tener que explicar Elizabeth?”, dirás posiblemente. Si realmente piensas eso, mis preguntas quedarán contestadas con esas palabras y todas mis dudas satisfechas. Pero estás lejos de mí, y es posible que tema y, sin embargo, te agrade esta explicación; y, en el supuesto de que así sea, no me atrevo a posponer por más tiempo el escribir lo que, durante tu ausencia, a menudo he deseado expresarte, pero nunca he tenido el valor de comenzar.

Bien sabes, Víctor, que nuestra unión ha sido el proyecto más deseado por tus padres desde nuestra infancia. Cuando aún éramos niños se nos dijo eso y se nos enseñó a esperar este suceso como algo que debía necesariamente realizarse. Fuimos compañeros cariñosos durante nuestra infancia y, según creo, amigos sinceros y queridos a medida que fuimos creciendo. Pero ¿no podría ser nuestro caso el de una hermana y un hermano que se quieren recíprocamente, sin desear una unión más íntima? Dímelo, querido Víctor. Contéstame, te lo suplico, en nombre de nuestra mutua felicidad, con la verdad sencilla y simple: ¿no amas a otra?

Tú has viajado, has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt, y te confieso, mi amigo, que cuando el otoño último te vi tan desgraciado, buscando tanto la soledad, huyendo de todo el mundo, no pude dejar de suponer que estabas lamentando nuestra relación, el creerte ligado

por el honor a satisfacer los deseos de tus padres, aunque no estuvieran de acuerdo con tus inclinaciones. Pero este es un razonamiento falso. Te confieso, mi amigo, que yo te amo, y en mis ensueños sobre el porvenir, tú has sido mi constante amigo y compañero. Pero yo deseo tu felicidad tanto como la mía, y por eso te declaro que mi matrimonio contigo me haría eternamente desgraciada, si no fuera, por tu parte, el resultado de tu propia elección.

Todavía lloro al pensar que, agobiado como estás por los más crueles infortunios, pudieras tú mismo destruir por escrúpulos de “honor” todas las esperanzas de recuperarte que solo pueden darte el amor y la felicidad. Yo, que tengo por ti un afecto tan desinteresado, aumentaría así tu desgracia, siendo un obstáculo para la realización de tus deseos.

¡Ah! Víctor, ten la seguridad de que tu prima y compañera de juegos te ama sinceramente y no contribuiría así a tu desgracia. Sé feliz, amigo mío, y si quieres satisfacer esta, mi única petición, quedo contenta pensando que nada en la tierra tendrá poder bastante para interrumpir mi tranquilidad.

Que esta carta no te inquiete; no la contestes mañana, ni pasado, ni aun cuando vuelvas, si ello te molesta o apena. Mi tío me dará noticias de tu salud y, si cuando volvemos a vernos, veo en tus labios una sonrisa provocada por esta o aquella acción mía, no necesitaré otra felicidad.

*Elizabeth Lavenza
Ginebra, mayo 18 de 1817*

Esta carta revivió en mi memoria algo que ya había olvidado, la amenaza del monstruo: “*¡estaré contigo el día de tu casamiento!*”. Tal era mi sentencia, y esa noche el demonio emplearía todas sus artes para destruirme, y arrancarme cualquier rasgo de felicidad que prometía consolarme, siquiera en parte, de mis sufrimientos. En ese evento había resuelto coronar sus crímenes con mi muerte. Bueno; que así fuera. Se efectuaría entonces una lucha moral, y si de ella saliera él victorioso yo estaría en paz, y su poder sobre mí sería el final. Si el monstruo fuera vencido, yo sería otra vez un hombre libre. ¡Ay! ¿Qué libertad? La que puede gozar un hombre cuando su familia ha sido asesinada a su vista, su casa incendiada, sus tierras arrasadas y se ha quedado sin hogar, sin fortuna y solo, pero libre. Esa sería mi liberación; en Elizabeth yo poseería un tesoro, pero siempre estaría balanceado con los horrores del remordimiento y la culpa, que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, algunos sentimientos de ternura brotaron en mi corazón y me atreví a vislumbrar paradisíacos sueños de amor y felicidad, pero la manzana ya había sido comida y el brazo del ángel me cerraba el camino de cualquier esperanza. Sin embargo, yo habría muerto por hacerla feliz. Si el monstruo ejecutaba su amenaza, la muerte era inevitable; sin embargo, nuevamente consideré si mi matrimonio no aceleraría mi destino. Mi destrucción, en efecto, podía llegar algunos meses antes; pero si mi enemigo sospechaba que la posponía, influenciado por sus amenazas,

seguramente encontraría otras y quizá más terribles maneras de vengarse. Me había jurado estar *conmigo la noche de mi casamiento*, pero no consideró que su amenaza era, al mismo tiempo, una promesa de paz para mí; ya que, como para demostrarme que aún no estaba satisfecho de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de la enunciación de su amenaza. Decidí, por lo tanto, que si mi unión inmediata con Elizabeth iba a suponer la felicidad de ella y la de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no la iban a demorar una sola hora.

En este estado de ánimo, escribí a Elizabeth. Mi carta fue serena y cariñosa. “Temo, mi amada —le decía— que quede poca felicidad para nosotros en la tierra; pero, toda la felicidad que algún día sea yo susceptible de gozar está en ti. Aleja tus vanos temores, solo a ti consagrará mi vida, y todo mi afán será verte contenta. Tengo, Elizabeth, un secreto, un secreto horrible, cuando te lo revele se te helará la sangre en las venas y, lejos de sorprenderte de mis sufrimientos, te maravillarás de que haya podido sobrevivir a lo que he sufrido. Te revelaré esta historia de misterio y terror el día después de nuestro matrimonio; porque, mi dulce prima, debe haber confianza absoluta entre nosotros. Pero hasta entonces te ruego que no hagas mención ni alusión alguna a él. Esto te lo suplico encarecidamente y espero que lo harás”.

Más o menos una semana después de recibir la carta de Elizabeth, llegamos a Ginebra. La dulce niña me dio la bienvenida con caluroso afecto; pero las lágrimas

nublaron sus ojos cuando vio mi cuerpo demacrado y mejillas febres. Yo también percibí un cambio en ella. Estaba más delgada, había perdido mucha de aquella celestial vivacidad que desde siempre me había encantado, pero su amabilidad y tiernas miradas de compasión la hacían la más apropiada de las compañeras para un hombre aniquilado y desgraciado como yo.

La tranquilidad de la cual entonces empecé a disfrutar no duró mucho. La memoria abría la puerta a la demencia y cuando recordaba lo que había pasado me ponía realmente loco: algunas veces enfurecía y rugía de rabia; otras me desesperaba y me sentía deprimido. No hablaba ni miraba a nadie, pasaba horas enteras inmóvil, anonadado por la multitud de desgracias que caían sobre mí.

264

Solo Elizabeth tenía el poder para sacarme de ese estado, su tierna voz me placaba cuando me exaltaba y me inspiraba sentimientos humanos cuando caía en sombría desesperación. Lloraba conmigo y por mí. Cuando volvía a la razón, ella protestaba y trataba de inspirarme resignación. ¡Ah! El desgraciado puede y debe resignarse; pero para el culpable no hay paz. Las agonías del remordimiento envenenan el lujo que a veces se encuentra en entregarse al exceso del dolor.

Poco después de mi llegada, mi padre me habló sobre mi casamiento con Elizabeth. Yo permanecí en silencio.

—¿Tienes, entonces, algún otro compromiso?

—Ninguno. Amo a Elizabeth e vislumbro con infinito placer mi unión a ella. Así que acordemos el día; y, una

vez que sea su marido, me consagrará absolutamente en vida y muerte a la felicidad de mi prima.

—Querido Víctor, no hables así. Dolorosos infortunios han caído sobre nosotros, pero unámonos estrechamente con los seres queridos que nos quedan, transfiramos el amor que teníamos por los que hemos perdido a los que aún viven. Nuestro círculo será pequeño, pero estaremos fuertemente ligados por nuestros lazos de afecto y la común desgracia. Cuando el tiempo haya dulcificado tu desesperación, nuevos y queridos objetos de cariño y cuidado vendrán a reemplazar a aquellos de los cuales tan cruelmente hemos sido privados.

Tales eran las lecciones de mi padre. Pero el recuerdo de la amenaza que pesaba sobre mí, volvió a amargarme la vida. No es sorprendente que, omnipotente como el monstruo había sido para cometer sus sangrientos crímenes, yo lo considerara invencible; y que cuando pronunció las fatídicas palabras: “estaré contigo en la noche de casamiento”, su amenaza pareciera fatalmente inevitable. Pero la muerte no era un mal para mí, si venía a equilibrar la pérdida de Elizabeth; así que con el rostro sereno, y hasta alegre, acordé con mi padre, si mi prima accedía, celebrar la ceremonia diez días después, y así sellar, de forma definitiva, mi destino.

¡Gran Dios! Si por un solo instante hubiera imaginando lo que podían ser las diabólicas intenciones de mi adversario, hubiera preferido exiliarme de mi país natal para vagar solo por el mundo antes que haber consentido ese trágico matrimonio. Pero, como si poseyera poderes

mágicos, el monstruo me había cegado respecto de sus propias intenciones, y cuando pensaba que estaba preparado para mi propia muerte, solo había apresurado la de una víctima mucho más querida.

A medida que se acercaba el día fijado para el matrimonio, no sé si por cobardía o por efecto de un presentimiento profético, sentía a mi corazón achicarse dentro mío. Pero disimulé mis sentimientos con apariencias de alegría, que trajo sonrisas y felicidad a mi padre, pero apenas engañaba al siempre vigilante y cariñoso ojo de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con plácido júbilo, no exenta de algún temor originado en nuestras desgracias pasadas, pero que pronto se disiparía en la realización de nuestro sueño de felicidad, sin dejar tras sí otros rastros que profundos y duraderos remordimientos.

Empezaron los preparativos para la ceremonia, recibimos visitas de felicitación y todo en la vida nos parecía sonriente y amable. Ahogué, como pude, la ansiedad que me acechaba el corazón, y secundé con aparente entusiasmo los planes de mi padre, aunque quizás solo sirvieran como decoración de mi tragedia. Debido a la intervención de mi padre, parte de la herencia de Elizabeth había sido devuelta por el gobierno austriaco. Una pequeña parte de la costa del lago de Como le pertenecía. Se acordó que, inmediatamente después de nuestro matrimonio, nos iríamos a Villa Lavenza y pasaríamos los primeros días de nuestra felicidad frente al hermoso lago.

Mientras tanto, yo tomaba toda clase de precauciones para defenderme en caso de que el monstruo me

atacara abiertamente. Constantemente llevaba conmigo dos pistolas y una daga, siempre estaba alerta para prevenir cualquier traición; solo así pude ganar un poco de tranquilidad. En realidad, a medida que la fecha se acercaba, el peligro parecía cada vez más una ilusión insuficiente para perturbar mi paz, mientras que la felicidad que esperaba de mi matrimonio tomaba cada vez mayor apariencia de certidumbre mientras se acercaba el día de la celebración y oía hablar de ella como un suceso que ningún accidente podría impedir.

Elizabeth parecía feliz, mi tranquilidad contribuía considerablemente a calmar sus inquietudes. Pero el día en que debían cumplirse mis deseos y realizarse mi destino, estuvo melancólica y el presentimiento de una desgracia se apoderó de su espíritu; y quizás también pensaba en el temible secreto que había prometido revelarle al día siguiente. Mi padre, por su parte, estaba sumamente alegre, y, en el atrejeo de los preparativos, atribuyó la melancolía de su sobrina a la timidez de la novia.

Después de la ceremonia, se realizó una gran fiesta en la casa de mi padre; pero se había resuelto que Elizabeth y yo empezaríamos nuestro viaje por mar, dormiríamos esa noche en Evian y al día siguiente continuaríamos en dirección a Villa Lavenza. El día estaba hermoso, el viento era favorable, todo sonreía a nuestra embarcación nupcial.

Esos fueron los últimos momentos de mi vida en que disfruté del sentimiento de la felicidad. Empezamos a navegar rápidamente. El sol calentaba mucho, pero

estábamos protegidos contra sus rayos por un toldo y gozábamos de la belleza del espectáculo, unas veces por un lado del lago, en donde veíamos el monte Salève, las agradables orillas de Montalegre, y, a la distancia, coronándolo todo, el hermoso Monte Blanco junto al grupo de montañas de nevadas que en vano intentaban igualarlo. A veces, del otro lado, veíamos el poderoso Jura, que oponía su oscuro costado a quien ambicionara abandonar su país, y su barrera casi infranqueable al invasor que quisiera someterlo.

Tomé la mano de Elizabeth.

—Estás triste, amor mío. ¡Ah! Si supieras cuánto he sufrido, y cuánto quizás todavía deba sufrir, procurarías hacerme sentir la tranquilidad y la libertad de desesperación, que este día al menos me deja disfrutar.

—Sé feliz, querido Víctor —replicó Elizabeth—, espero que no haya nada que pueda inquietarte, y puedes estar seguro que, aunque no esté mi semblante pintado de alegría, mi corazón está contento. Algo me dice que no confíe demasiado en las expectativas que se abren ante nosotros; pero no quiero oír esas siniestras voces. Observa cuán velozmente navegamos ahora y cómo las nubes, que sucesivamente ocultan y descubren la cima de Monte Blanco, hacen este espectáculo de belleza aún más interesante. Mira también los innumerables peces que nadan en las claras aguas. ¡Un día divino! ¡Qué feliz y serena aparece toda la naturaleza!

Así se esforzaba Elizabeth en desviar sus pensamientos y los míos de toda melancólica meditación. Pero su

humor oscilaba; alegría por algunos pequeños instantes iluminaba sus ojos, pero casi inmediatamente daban lugar a la distracción y al ensueño.

El sol descendía sobre el horizonte, pasamos el río Drance, cuyas aguas vimos correr por las quebradas de los más altos cerros y de los valles más bajos. Allí los Alpes oprimen el lago y nos acercábamos al anfiteatro de montañas que forman su límite oriental. La aguja del Evian brillaba entre los bosques que la rodean y entre las filas de montañas que, montadas unas sobre otras, la cercan.

El viento, que hasta entonces nos había llevado con extraordinaria rapidez, cambió a una ligera brisa al ponerse el sol. El aire suave acariciaba el agua y causaba un amable movimiento en los árboles, que a medida que nos acercábamos a la costa nos hacía llegar el delicioso perfume de las flores y la hierba. El sol ya se había ocultado cuando desembarcamos, y cuando toqué la costa sentí que mis inquietudes y temores se reavivaban, y no iban a tardar en adueñarse de mí para siempre.

Capítulo XXIII

Eran las ocho de la noche cuando desembarcamos; caminamos un rato por la playa, disfrutando de la media luz del crepúsculo y mirando commovidos el espectáculo de las aguas, de los bosques y de las montañas, que se

esfumaban en la oscuridad, pero conservaban todavía sus negros contornos.

El viento, que había cesado, volvió a soplar con gran violencia desde el oeste. La luna había llegado a su punto más alto y empezaba a descender; las nubes cruzaban por el cielo más rápidamente que el vuelo de los buitres, mientras en el lago las olas comenzaban a agitarse. Repentinamente se descargó una fuerte tormenta con lluvia.

Yo había estado tranquilo durante el día, pero tan pronto como llegó la noche mil temores me angustiaron. Estaba anhelante y alerta, con la mano derecha en la culata de una pistola que había escondido en mi pecho; todo ruido me atemorizaba, pero decidí vender cara mi vida, y no dar por concluido el conflicto, hasta que mi propia vida o la de mi adversario se extinguieran.

Elizabeth observaba mi agitación, pero guardaba tímido y angustioso silencio. Había algo en mi mirada que la aterrorizaba. De pronto, temblorosa, me preguntó:

—¿Por qué estás tan inquieto, querido Víctor?
¿Qué temes?

—¡Oh! Tranquilízate, tranquilitáze, amor mío —contesté—. Esta noche, y todas, estaremos seguros. Pero esta en particular es temible, muy temible.

Pasé una hora en ese estado de ánimo, hasta que, repentinamente, pensé lo doloroso que sería para mi mujer presenciar la lucha que de un momento a otro esperaba, y le supliqué que se retirara, resuelto a no juntarme con

ella hasta haber sabido algo respecto a la situación de mi enemigo.

Elizabeth me dejó solo y continué algún tiempo paseando por los corredores de la casa, inspeccionando todo rincón en que pudiera haberse escondido el monstruo. Sin embargo, no encontré rastros de él y empezaba a creer que algún feliz azar había intervenido para impedir la ejecución de sus amenazas, cuando de pronto oí un agudo y espantoso grito que venía del cuarto al cual se había retirado mi esposa. En cuanto oí ese grito, la realidad me golpeó en la cara, perdí control sobre mis extremidades y quedé inmóvil, como si se me hubieran paralizado todos los músculos. Podía sentir la sangre corriendo en mis venas, y palpitando en cada extremidad de mis miembros. Este estado duro tan solo unos instantes, oí un nuevo grito y corrí hacia la habitación.

271

¡Dios mío! ¿Por qué no morí entonces? ¿Por qué puedo contar ahora la destrucción de la mejor de mis esperanzas, la muerte de la más pura criatura de la tierra? Ella estaba ahí, sin vida, inanimada, tendida a través de la cama, la cabeza colgando, y su pálido y distorsionado rostro a medio cubrir por el pelo. A donde quiera que mire, veo esa misma figura: sus brazos exangües y su cuerpo inerte, tal como lo había arrojado el asesino sobre su féretro nupcial. ¿Podría ver esto y vivir luego? ¡Ay! La vida es obstinada y se aferra a aquellos que más la odian. Por un momento perdí el conocimiento y caí al suelo sin sentido.

Cuando me recuperé, me encontré rodeado de la gente de la posada; sus rostros expresaban profundo terror,

pero el horror de otros me parecía solo una burla, una débil sombra de los sentimientos que me oprimían. Me dirigí de nuevo a la pieza en que yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi vida, mi esposa tan querida, tan digna. La habían cambiado de posición, estaba con la cabeza apoyada en el brazo y un paño le cubría la cara y el cuello. Parecía dormida. Me lancé sobre ella, abrazando y besándola con ardor, pero la mortal rigidez y frialdad de su cuerpo me decían que lo que tenía en mis brazos había cesado de ser la Elizabeth a quien tanto había amado. Las huellas de los dedos del asesino se veían en el cuello y su respiración ya no pasaba más por sus labios.

Mientras abrazaba el cadáver, en la agonía de la desesperación, miré hacia arriba. Las ventanas de la habitación habían sido cerradas previamente, y sentí una especie de pánico al ver la pálida luz amarilla de la luna iluminar la cámara. Los postigos estaban abiertos, y, con una indescriptible sensación de horror, vi del lado de afuera la figura del ser para mí más odioso y aborrecido. La cara del monstruo estaba contraída por una horrorosa mueca, parecía burlarse y con su demoníaco dedo señalaba el cuerpo de mi mujer. Me arrojé a la ventana y sacando la pistola del pecho disparé; pero el monstruo esquivó mi tiro y, corriendo a la velocidad de un relámpago, se zambulló en el lago.

El ruido del disparo atrajo una multitud a la habitación. Señalé el sitio por donde había desaparecido y seguimos su rastro en botes, echamos redes, pero todo fue inútil. Después de varias horas de pesquisas infructuosas,

regresamos desesperanzados; la mayoría de mis compañeros creyó que se trataba solo de un fantasma creado por mi imaginación. Una vez en tierra, muchos de ellos se dedicaron a recorrer las cercanías y diferentes grupos salieron a buscar al asesino entre los bosques y viñedos.

Intenté acompañarlos, y llegué a cierta distancia de la casa; pero la cabeza me daba vueltas, caminaba como si estuviera ebrio y me sentía en un estado de total agotamiento nervioso. La vista se me nubló y percibía en la piel los primeros ardores de la fiebre. En este estado, me llevaron de vuelta y me acostaron en una cama, apenas consciente de lo que había pasado; mis ojos vagaban por la pieza, como si buscara algo que se me hubiera perdido.

Después de un rato me levanté como por instinto y me arrastré hasta la pieza en que yacía el cadáver de mi amada esposa. Había unas cuantas mujeres llorando alrededor de la cama. Me acerqué a ellas y junté mis tristes lágrimas a las suyas. Durante todo ese tiempo, ninguna idea clara se había presentado a mi mente; mis pensamientos vagaban de un tema a otro, deteniéndose confusamente en mis infortunios y sus causas. La muerte de Wlliam, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y de mi mujer... En ese momento no sabía si los únicos seres queridos que me quedaban estaban libres de la crueldad del monstruo: mi padre podría estar muriendo entre sus garras, y Ernest podría estar muerto a sus pies. Esta idea me hizo estremecer y me volvió a la acción. Me levanté y decidí volver a Ginebra lo más pronto posible.

No pude conseguir caballos y tuve que ir por el lago; pero el viento era desfavorable y la lluvia caía a torrentes. Sin embargo, como apenas estaba amaneciendo, podía razonablemente esperar que llegar por la noche. Contraté hombres para que remaran y yo mismo tomé un remo porque siempre he encontrado en los ejercicios físicos descanso para las inquietudes mentales. Pero el profundo dolor que sufría y el exceso de agitación que había tenido me hicieron incapaz de toda acción física. Dejé, pues, el remo y, apoyando la cabeza en las manos, di libertad a todas las ideas sombrías que se agolpaban en mi mente. Si miraba hacia arriba, veía los paisajes que me eran familiares de mis tiempos más felices, y que, apenas el día anterior, había contemplado en compañía de lo que no era ya sino una sombra y un recuerdo. Las lágrimas humedecieron mis ojos. La lluvia había cesado un momento y veía los peces que jugueteaban en las aguas como lo hacían algunas horas antes, cuando Elizabeth se había entretenido en mirarlos. Nada es tan doloroso para el ser humano como un cambio profundo y repentino. El sol podía brillar, o las nubes ocultar el cielo, pero nada podía parecerme igual a como había sido el día antes. Un demonio me había arrebatado toda esperanza de felicidad: ninguna criatura había sido nunca tan desgraciada como yo; un suceso tan espantoso es único en la historia de los hombres.

Pero ¿para qué he de detenerme en los incidentes que siguieron a ese último desolador hecho? La mía ha sido una historia de horrores; he llegado a su punto

cúlmine y lo que ahora debo contar quizá resulte Tedioso. Sepa, pues, que todos mis amigos, uno a uno, me fueron arrebatados; quedé solo en el mundo. Mis fuerzas se agotan, y debo contar en pocas palabras lo que falta de mi horrible narración.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest todavía vivían, pero el primero no pudo soportar la noticia que le di. ¡Me parece que aún lo veo, excelente y venerable anciano! Sus ojos vagaron ausentes, pues había perdido a la que había sido su alegría y su encanto, a Elizabeth, más que su hija, a quien había mimado con todo el cariño que siente un hombre que, en el ocaso de la vida, y teniendo pocos afectos, se aferra más firmemente a los que le quedan. ¡Maldito, maldito sea el vil demonio que derramó el dolor sobre sus blancos cabellos y le condenó a perecer en la desesperación! No pudo sobrevivir a los horrores que se habían acumulado en torno suyo; las primaveras de la existencia se fueron repentinamente: fue incapaz de levantarse de la cama y a los pocos días murió en mis brazos.

¿Qué fue entonces de mí? No lo sé; perdí toda sensibilidad, y las cadenas y la oscuridad eran lo único de lo que tenía conciencia. Algunas veces, en efecto, soñaba que estaba paseando por floridos campos y plácidos prados con los compañeros de mi juventud, pero despertaba y me encontraba en un calabozo. Me invadía después la melancolía, pero gradualmente fui adquiriendo conciencia de mí mismo y mi situación, y solo entonces me sacaron de mi prisión. Porque, según supe después, me

habían considerado loco y durante varios meses había estado encerrado en una celda solitaria.

La libertad, sin embargo, habría sido un don inútil para mí si no hubiese, junto con el despertar de mi razón, despertado también a la venganza. Como la memoria de mis pasados infortunios me agobiaba, empecé a reflexionar su causa: el monstruo que había creado, el infame demonio que había echado al mundo para que labrara mi propia destrucción. Estaba poseído por una rabia loca cuando me acordaba de él y deseaba, ardientemente imploraba, tenerlo al alcance de mis manos, para descargar la ansiada venganza sobre su maldita cabeza.

Pero mi odio no se limitó durante mucho tiempo a inútiles deseos; me dediqué a pensar la mejor manera de encontrarlo y, con ese propósito, un mes después de ser puesto en libertad me presenté a un juez de crimen de la ciudad diciendo que tenía una acusación que hacer, le manifesté que conocía al destructor de mi familia y que requería todo el auxilio de la autoridad para la prisión del asesino.

El juez me oyó con atención y amabilidad.

—Esté usted seguro, señor —me dijo—, de que, por mi parte, no quedará trabajo ni medida que no se tome para descubrir al criminal.

—Muchas gracias —repliqué—, le suplico que oiga la narración que tengo que hacerle. Es, en realidad, una historia tan extraña que temería que no la creyera usted si no hubiera en ella tal esencia de verdad, aunque maravillosa, que obliga al convencimiento. Lo que voy

a contar, además, ha tenido resultados demasiado tangibles para ser tomado por un sueño y no tengo motivo alguno para mentir.

Mi actitud mientras hablaba había sido apasionada, pero tranquila. En mi propio corazón había tomado la resolución de perseguir a mi enemigo hasta la muerte; ese propósito calmaba mis angustias y, de a ratos, me reconciliaba con la vida. Relaté, pues, mi historia al juez, brevemente, pero con firmeza y precisión, indicando las fechas con exactitud y no desviándome nunca en alguna inventiva o declamación.

El juez, al principio, me pareció perfectamente incrédulo; pero a medida que continuaba mi relato ponía más atención y se interesaba más. Lo vi algunas veces estremecerse de horror y otras, la más viva sorpresa, sin ninguna sospecha, se pintaba en su rostro.

277

Cuando concluí mi narración, agregué:

—Ese es el ser a quien acuso y para cuya prisión y castigo solicito toda la ayuda de la justicia. El deber de usted como juez es atenderme. Creo y espero que sus sentimientos de hombre no repugnen el ejercicio de sus funciones en este caso.

Estas palabras produjeron un cambio visible en la fisonomía del juez. Había oído mi narración con esa creencia a medias que se le da a los cuentos de espíritus y sucesos sobrenaturales; pero cuando se vio llamado a proceder oficialmente, venció en su espíritu la tendencia a la incredulidad. Sin embargo, me dijo amablemente:

—Con mucho gusto le prestaría la ayuda que me fuera posible para lograr sus propósitos, pero el ser del que usted habla parece poseer un poder que haría fracasar todas mis medidas. ¿Quién puede seguir a un monstruo que es capaz de atravesar el mar de hielo y vivir en cuevas y antros a donde ningún hombre podría aventurarse a penetrar? Además, han transcurrido ya algunos meses desde que se cometieron esos crímenes y no es posible saber con seguridad por dónde puede estar viajando su enemigo o en qué región habita ahora.

—No me cabe duda de que está escondido cerca del lugar en que yo vivo, y si acaso se hubiera refugiado en los Alpes, puede ser cazado como un ciervo y asesinado como una bestia feroz. Pero comprendo, señor juez, lo que piensa usted; no da crédito a mi narración y no piensa perseguir ni castigar a mi enemigo, en cuya existencia no cree.

Mientras hablaba, el enojo relampagueó en mis ojos y el juez se intimidó.

—Está usted equivocado —dijo— yo mismo voy a trabajar, y si de mí depende tomar al monstruo, esté usted seguro de que sufrirá el castigo apropiado a sus crímenes. Pero temo, a causa de las mismas facultades que usted me ha dicho que posee, que sea imposible agarrarlo; así, mientras se toman las medidas del caso, usted podría hacerse la idea de un fracaso.

—Eso no puede ser, pero todo lo que yo pueda decir será de poca utilidad. Mi venganza no es cosa que le interese a usted, pero debo confesar que es la única y desviadora



pasión de mi alma. Mi cólera no puede descubrirse cuando pienso que el asesino a quien yo he lanzado al mundo aún vive. Usted se niega, señor juez, a mi justa petición: no me queda sino un recurso, consagrarme yo mismo, hasta la muerte, a su destrucción.

Viva agitación me hizo estremecer mientras decía esas palabras. Había frenesí en mi actitud y algo, sin duda, de activa fiereza que según se dice poseían los mártires de los viejos tiempos. Pero para un juez ginebrino, cuya mente está ocupada por otras ideas que las de devoción y heroísmo, esa elevación de pensamiento tenía toda la apariencia de la locura. Quiso aplacarme como una enfermera a un niño, y consideró mi historia como resultado del delirio.

280 —¡Hombre! —exclamé—. ¡Cuán ignorante eres en tu orgullo de sabiduría! Calle, usted no sabe lo que dice!

Salí de la casa enojado y trastornado, y me retiré a meditar otro plan de acción.

Capítulo XXIV

Mi situación era una de aquellas en las que todo pensamiento voluntario era tragado y perdido. La ira me arrebataba; solo la venganza me daba fuerza y compostura; moldeaba mis sentimientos y me permitía ser calculador y sereno en ocasiones en que otras veces el delirio o la muerte me habrían dominado.

Mi primera resolución fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, que cuando era feliz y amado era tan querido por mí, ahora, en la adversidad, era odioso. Tomé una suma de dinero, algunas alhajas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y empezaron entonces mis viajes, que cesarán solo con mi vida. He atravesado una vasta porción de la tierra y he sufrido todas las penurias que esperan a los viajeros en los desiertos y los países bárbaros. Apenas sé yo mismo cómo he vivido; muchas veces he dejado caer mi fatigado cuerpo sobre la arena y he implorado la muerte. Pero la venganza me mantenía con vida; no me atrevo a morir y dejar vivo a mi enemigo.

Cuando salí de Ginebra, mi primer trabajo fue buscar algún indicio que me permitiera dar con las huellas del monstruoso adversario, pero no pude conseguirlo y vagué durante largas horas por los alrededores de la ciudad, vacilante respecto del camino que debía seguir. Al comenzar la noche, me encontré a la entrada del cementerio donde William, Elizabeth y mi padre descansaban. Entré y me dirigí al mausoleo que contenía sus cadáveres. Todo estaba silencioso, solo se oía el rumor de las hojas de los árboles agitadas por una suave brisa, la noche era oscura y el espectáculo hubiera sido solemne y emocionante aun para un observador indiferente. Los espíritus de los que se habían ido parecían flotar alrededor, y proyectar su sombra, que se sentía pero no se veía, sobre la cabeza del doliente.

La profunda pena que sentí al principio fue de a poco reemplazada por la ira y la desesperación. Ellos estaban muertos y yo vivía, su asesino también vivía y a su castigo debía consagrar toda mi existencia. Caí de rodillas sobre el césped, besé la tierra y con trémulos labios exclamé:

—Por la sagrada tierra en que estoy arrodillado, por las sombras que me rodean, por el profundo y eterno dolor que siento, yo juro; y por ti, ¡oh, noche!, y los espíritus que te dirigen, juro perseguir al monstruo que ha causado tantas desgracias hasta que él o yo perezcamos en mortal conflicto. Con este propósito, conservaré la vida para realizar tan anhelada venganza, veré de nuevo el sol y pisaré el verde pasto, que, de otro modo, desaparecerían de mi vista para siempre. Apelo a ustedes, espíritus de la muerte, y a ustedes, ministros de venganza, para que me ayuden y guíen en mi trabajo. Dejen que el maldito e infernal monstruo se hunda en agonía; dejen que sienta la desesperación que ahora me atormenta a mí.

Había iniciado mi invocación con solemnidad y en un estado de reverente temor que casi me daba la seguridad de que las sombras de las amadas víctimas oían y aprobaban mi juramento; pero, al concluir, las furias me poseyeron y la cólera ahogó mis palabras.

En la quietud de la noche, me contestó una fuerte y diabólica carcajada. Resonó en mis oídos de manera larga y pesada; las montañas devolvieron su eco y sentí como si todo el infierno me rodeara con burlas y risas. Seguramente, en ese instante debí haber sido poseído por el frenesí, que habría destruido mi miserable existencia,

pero mi juramento había sido escuchado, y debía consagrar mi vida a la venganza. La carcajada se apagó, cuando una bien conocida y horrible voz, aparentemente cercana, me dijo con un claro susurro:

—¡Estoy satisfecho, desgraciado! Has decidido vivir, y estoy satisfecho.

Me lancé hacia el sitio de donde procedía el sonido, pero el monstruo esquivó mi intento. Repentinamente salió la luna y alumbró plenamente su deforme y diabólica figura, mientras huía con una rapidez más que humana.

Lo perseguí; y durante varios meses esa ha sido mi tarea. Guiado por leves indicios, seguí la corriente del Ródano, pero fue en vano. El azul Mediterráneo apareció, y, por extraño azar, vi al demonio subir por la noche y ocultarse en un navío con destino al Mar Negro. Saqué un pasaje en ese mismo barco, pero logró escapar, no sé cómo.

Por las estepas y desiertos de Rusia y Siberia, aunque él aún me evadía, yo siempre le seguí su rastro. Algunas veces, los habitantes, espantados por su horrenda aparición, me daban noticias del camino que seguía; otras veces, él mismo, que temía que desesperase y muriera si perdía su rastro, dejaba alguna señal para guiarme. La nieve caía sobre mi cabeza y vi la huella de su pesado paso en la blanca llanura. Usted, que es joven y no conoce las preocupaciones y angustias de la vida, ¿cómo podrá entender lo que he sufrido y aún sufro? El frío, la necesidad y el cansancio eran las menores penurias que estaba destinado a sufrir. He sido maldito por algún demonio y llevo conmigo mi eterno infierno, sin embargo,

un espíritu del bien seguía y dirigía mis pasos; y cuando más me desesperaba, repentinamente me sacaba de las aparentemente más invencibles dificultades. En ocasiones, cuando mi organismo, vencido por el hambre, caía exhausto, encontraba alimentos preparados para mí en el desierto, que me reponían y me confortaban. Esa comida era naturalmente tosca, aunque la comía la gente del país, pero yo no dudaba que había sido colocada por mi paso por los espíritus que había invocado en mi ayuda. A menudo, cuando todo estaba seco, el cielo sin nubes, y me rendía acosado por la sed, una nube aparecía y derramaba sobre la tierra las pocas gotas de agua que me volvían a la vida, y luego desaparecía.

Seguía, cuando me era posible. el curso de los ríos, pero el monstruo generalmente los evitaba, al ser donde habitaba la mayor parte de los pobladores de las regiones que recorríamos. En otras partes, rara vez se veían seres humanos y generalmente me alimentaba con la carne de los animales salvajes que encontraba por el camino. Tenía dinero y distribuyéndolo generosamente me ganaba la amistad de los aldeanos, a quienes también regalaba lo que me sobraba de comida a cambio de que me dieran fuego y utensilios para cocinar.

La vida en esas condiciones me era realmente odiosa y solo durante mis sueños podía gozar de alguna calma y alegría. ¡Oh, benditos sueños! Frecuentemente, cuando me sentía más desgraciado, me sumía en el descanso y me llenaba de júbilo. Los espíritus que velaban por mí me concedían esos momentos, o más

bien horas, de felicidad para conservar fuerzas suficientes para continuar hasta el fin la peregrinación. Privado de ese consuelo, habría sucumbido a mis sufrimientos. Durante el día, me sostenía y confortaba la esperanza de la noche porque en sueños veía a los míos, a mi mujer, mi amado país; veía el bondadoso rostro de mi padre, oía la angelical voz de Elizabeth y observaba a Clerval gozando de salud y juventud. A menudo, cuando estaba fatigado por alguna pesada marcha, me persuadía a mí mismo de que estaba soñando, hasta que llegaba la noche y entonces gozaba de la realidad de mis sueños en brazos de mis seres queridos. ¡Qué angustioso cariño sentía por ellos! ¡Cómo me aferraba a sus imágenes inolvidables, que a veces me rondaban incluso en las horas de vigilia, y me convencía de que aún vivían! En esos momentos, la venganza, que me consumía interiormente, moría en mi corazón y proseguía la persecución del monstruo más como una tarea impuesta por el destino, como resultado del impulso mecánico de alguna fuerza que no tenía conciencia, que como un deseo ardiente de mi alma.

Cuáles fueron los sentimientos del demonio a quien perseguía, no los sé. Algunas veces, dejaba palabras escritas en los troncos de los árboles, grabadas en alguna piedra, mensajes que me guiaban y me llenaban de furia. “Mi reino aún no ha concluido”, pude leer en una de esas inscripciones, “tú vives y mi poder es completo. Sígueme, me dirijo a los eternos hielos del norte, en donde sentirás los suplicios del hambre y el frío, a los cuales soy insensible. Cerca de aquí, si no te demoras mucho, encontrarás

una liebre muerta: cómela y reponte. Ven, enemigo, todavía tenemos que luchar por nuestras vidas; pero deberás soportar muchas horas duras y miserables hasta que llegue ese momento”.

¡Demonio burlón! Una vez más juro venganza; una vez más me consagro a tu persecución, engendro miserable, a la tortura y a la muerte. Jamás abandonaré mi búsqueda hasta que él o yo perezcamos; ¡y entonces con qué éxtasis me uniré a mi Elizabeth y a mis amigos difuntos, quienes incluso ahora me preparan la recompensa por mi tedioso trabajo y mi horrible peregrinación!

A medida que proseguía mi viaje hacia el norte, la nieve empezó a caer y el frío aumentaba a un grado difícil de soportar. Los habitantes se habían encerrado en sus viviendas y solo los más audaces se aventuraban a cazar los animales que, obligados por el hambre, habían salido de sus guaridas en busca de una presa. Los ríos se cubrían de hielo y no podía obtenerse pescado alguno, lo que me privaba de mi principal artículo de alimentación.

El júbilo de mi enemigo aumentaba con mis crecientes dificultades. Una inscripción que me dejó estaba concebida en estos términos: “¡Prepárate! Apenas empiezan tus sufrimientos: envuélvete en pieles y provéete de alimentos, pronto empezaremos un viaje en que tu sufrimiento satisfará mi eterno odio”.

Mi coraje y perseverancia aumentaban con esas insolentes palabras; decidí no abandonar la persecución e invocando al cielo en mi ayuda continué con imbatido fervor, atravesando desiertos inmensos, hasta que el

océano me apareció a la distancia, confundiéndose en el horizonte con el cielo. ¡Oh, qué diferente era ese de los azules mares del sur! Cubierto de hielo, se distinguía la tierra solamente por su aspecto más sombrío y lúgubre. Los griegos lloraron de alegría cuando contemplaron el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron con gritos de júbilo la finalización de sus trabajos. Yo no lloré; pero caí de rodillas y, conmovido, agradecí al espíritu que me guiaba por haberme llevado con seguridad al sitio en donde, así lo esperaba, habría de encontrarme con mi adversario, a pesar de sus burlas, y luchar con él.

Algunas semanas antes de esa época había comprado un trineo y unos cuantos perros, lo que me permitía viajar por la nieve con inconcebible rapidez. No sabía si mi enemigo tenía también esa comodidad; pero me parecía que, así como antes perdía cada día terreno en su persecución, ahora lo ganaba; de modo que cuando divisé por primera vez el océano, me llevaba solo un día de ventaja y esperaba alcanzarlo antes de que llegara a la otra orilla. Con nueva valentía, me apuré más y a los dos días llegué a una miserable aldea a la orilla del mar. Interrogué a los habitantes respecto al monstruo y gané información precisa. Me dijeron que un monstruo gigantesco había llegado la noche anterior, armado con un fusil y varias pistolas, y había obligado a huir a los habitantes de una choza solitaria, ante su terrorífica aparición. Se había apoderado de parte de las provisiones de invierno, las colocó en un trineo, al cual enganchó una numerosa partida de perros adiestrados, y la misma

noche, para alivio de los horrorizados aldeanos, siguió su viaje a través del mar en una dirección que no llevaba a ninguna tierra. Ellos creían que pronto sería destruido por la ruptura del hielo, o congelado por los hielos eternos.

Al oír esto tuve un ataque momentáneo de desesperación. Se me había escapado otra vez y debía empezar una travesía destructiva y casi interminable sobre el océano helado con un frío que ni los habitantes de esas regiones resistían mucho tiempo, y al cual yo, natural de un país de clima templado y sano, no podía esperar sobrevivir. Pero la idea de que el monstruo viviera y triunfara hacían renacer mis sentimientos de cólera y venganza como una marea poderosa, ahogando cualquier otra sensación. Después de un ligero reposo donde los espíritus de mis muertos me visitaron y me incitaron a la venganza, me preparé para el viaje.

Cambié mi trineo de tierra por otro más apropiado para las desigualdades del océano helado y, después de cargar abundantes provisiones, me alejé de tierra firme.

No puedo calcular cuántos días han pasado desde entonces, pero sé que he sufrido penurias que solo el eterno sentimiento de justicia que ardía en mi pecho podía hacerme soportar. Inmensas y abruptas montañas de hielo me cerraban a menudo el paso y frecuentemente oía el estruendo del mar bajo mis pies, que amenazaba con destruirme. Pero nuevamente llegó el hielo, y pude marchar por sobre el océano con seguridad.

Por la cantidad de provisiones que había consumido, deduje que llevaba ya tres semanas de viaje; y el

constante aplazamiento de mis esperanzas a menudo arrancaba amargas lágrimas de desaliento y dolor de mis ojos. La desesperación ya casi había asegurado a su presa, y pronto caería vencido bajo el peso de esta desgracia. Un día, después de que los pobres animales que arrastraban mi trineo llegaron a la cumbre de una empinada montaña de hielo, y uno de ellos murió exhausto, miré la inmensidad que se extendía ante mí con angustia, cuando repentinamente divisé una mancha oscura sobre la blanca llanura. Forcé la vista para descubrir qué podía ser y lancé un grito de júbilo cuando distinguí un trineo y dentro de él la deformada figura de un ser que me era bien conocido. ¡Oh, con qué calor de vida la esperanza renació en mi corazón! Cálidas lágrimas humedecieron mis mejillas, que en el acto enjuagué para que no me intercetaran la vista del monstruo, pero nuevas gotas nuclaron mis ojos hasta que, abandonándome a las emociones que me oprimían, empecé a llorar audiblemente.

Pero no había tiempo que perder: desenganché a los perros de su compañero muerto, les di una buena ración de alimento y, después de descansar una hora, absolutamente necesaria aunque me fastidiaba, continué mi camino. El trineo todavía era visible, y no lo perdí de vista, salvo algunos momentos en los que una roca de hielo lo escondía de mi atenta mirada. Efectivamente iba ganándole terreno, y cuando, casi después de dos días de viaje, tuve a mi enemigo a no más de un kilómetro de distancia, el corazón pareció salirse de mi pecho.

Pero ahora, cuando me parecía que ya tenía al monstruo en mis manos, mis esperanzas se desvanecieron repentinamente: perdí su rastro por completo, como no me había sucedido antes. Se oyó el rumor del mar bajo mis pies, el rugido de su avance, que hacía cada momento más crítico y aterrador. Apuré mi marcha, pero en vano. El viento se levantó; el mar bramó, y como por efecto de un gran terremoto, el hielo se rompió con un sonido tremendo y ensordecedor. La acción terminó en seguida, a los pocos minutos un mar tumultuoso me separaba de mi enemigo y yo quedé flotando en un solitario trozo de hielo, que a cada momento se hacía más pequeño y me condenaba a una muerte espantosa.

De esta manera pasaron muchas horas espantosas. Varios de mis perros murieron y yo mismo estaba a punto de hundirme bajo la acumulación de desgracias, hasta que divisé un buque y recobré nuevas esperanzas de socorro y vida. No tenía idea que buques pudieran llegar tan al norte, y al verlo me asombré mucho. Destruí rápidamente parte del trineo para hacer unos remos y así pude, con infinita fatiga, mover el trozo de hielo en dirección a su buque. Había determinado, si iba hacia el sur, confiarle a la merced del mar antes que abandonar mi propósito. Esperaba convencerlo de que me concediera un bote para perseguir a mi enemigo. Pero su dirección era hacia el norte. Me aceptó a bordo cuando mis fuerzas estaban agotadas, y pronto me habría hundido bajo mis múltiples penurias, en una muerte que aún temo, pues mi tarea está incumplida.

¡Oh! ¿Cuándo el espíritu que me guía querrá, guiándome al demonio, permitirme el descanso que tanto deseo? ¿O habré de morirme, mientras él conserva la vida? Si fuera así, júreme usted, Walton, que no lo dejará usted escapar, que lo buscará usted y llevará a cabo mi venganza con su muerte. ¿Pero me atreveré a pedirle a usted que continúe mi peregrinación, que sufra las fatigas que yo he sufrido? No, no soy tan egoísta. Pero, si cuando yo esté muerto, se presentara él ante usted, si los ministros de mi venganza lo llevaran hacia usted, júreme que el monstruo no sobrevivirá. Júreme que no triunfará sobre mis acumulados dolores, que no sobrevivirá para aumentar la lista de sus negros crímenes. Es elocuente y persuasivo, y una vez sus palabras tuvieron poder sobre mi corazón, pero desconfíe usted. Su alma es tan infernal como su cuerpo, llena de traición y diabólica maldad. No lo oiga; invoque los nombres de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre y del desgraciado Víctor y hunda su espada en su corazón. Yo estaré cerca y dirigiré bien su acero.

291

Walton, a continuación

26 de agosto, 17

Has leído esta extraña y terrorífica historia, Margaret; y ¿no sientes que la sangre se te hiela en las venas como la que ahora se coagula en las mías? En ocasiones, presa

de repentina angustia, mi amigo no podía continuar su historia; en otras, su voz entrecortada, pero aguda, modulaba con dificultad sus palabras, tan llenas de desesperación. Sus hermosos y tiernos ojos, a veces centelleaban de indignación, otras se apagaban de dolor y lo abatía una tristeza infinita. A veces era dueño de sí mismo y relataba los más horribles incidentes con voz tranquila, sin señal alguna de agitación; después, como un volcán en erupción, su rostro cambiaba repentinamente, pintándose en él la expresión de la más salvaje cólera y estallaba en maldiciones contra su enemigo.

Su historia la contó y detalló con la apariencia de la más sencilla verdad, pero debo confesarte que las cartas de Felix a Safie que me mostró, y la aparición del monstruo que vimos desde nuestro buque, me convencieron de la veracidad de su narración, más allá de sus aseveraciones a pesar de su sinceridad y de los datos que otorgó. ¡Semejante monstruo existe realmente! No puedo dudarlo, pero no termino de sorprenderme y admirarme. He intentado en varias oportunidades hacer que Frankenstein me revelara los detalles de su creación; pero sobre ese punto es impenetrable.

—¿Está loco, amigo mío? —me ha dicho—. ¿A dónde lo conducirá su insensata curiosidad? ¿Querría usted crear, para usted y para el mundo, otro diabólico enemigo? ¡Paz, paz! Aprenda de mi desgracia y no intente aumentar la suya.

Frankenstein notó que tomaba apuntes de su historia: me pidió verlos y él mismo los corrigió y expandió

en varias partes, principalmente con el objetivo de dar animación y vida a las conversaciones que había tenido con su enemigo.

—Ya que usted ha conservado mi narración —decía— no quiero que llegue mutilada a la posteridad.

Así transcurrió una semana mientras escuchaba la narración más extraña que alguna imaginación ha formado. Mis pensamientos y todos los sentimientos de mi alma han sido acaparados por el interés que mi huésped, con su historia y sus amables modales, ha despertado en mí. Yo deseo consolarlo; pero, a un hombre tan infinitamente desgraciado, tan privado de toda esperanza de consuelo, ¿puedo aconsejarle que viva? ¡Oh, no! La única alegría que ahora podría sentir sería la del paso de su doliente espíritu a la paz y la muerte. Sin embargo, suele gozar de alguna satisfacción cuando está dormido y sueña, cuando se le aparecen sus seres queridos y conversa con ellos, y de esa comunión saca consuelos para su dolor o excitaciones para su venganza. Él cree que no son creaciones de su fantasía, sino los seres mismos que vienen a visitarlo desde las regiones de un mundo remoto. Esta creencia da cierta solemnidad a sus ensorñaciones, que se convierten casi en una imponente e interesante verdad.

Nuestras conversaciones no se limitan siempre a su propia historia y desgracias. Sobre cualquier tema de literatura universal manifiesta conocimientos ilimitados, con agudo y penetrante ingenio. Su elocuencia es conmovedora, no puedo oírlo sin derramar lágrimas cuando relata

cualquier incidente, sea patético o no, o cuando procura provocar compasión o amor. ¡Qué fascinador debe haber sido en los días de su prosperidad, siendo tan noble y amable en su desgracia! Parece saber su propio valor y la gravedad de su caída.

—Cuando era más joven —me dijo en una ocasión—, me creía destinado a realizar una gran obra. Mis sentimientos eran intensos, pero tenía una frialdad de juicio que me capacitaba para las más gloriosas acciones. Esa percepción de mi propio valer me sostenía cuando a otros los hubiera deprimido. Consideraba criminal malgastar en penas inútiles el talento que podía ser provechoso a mis semejantes. Cuando reflexionaba sobre la obra que había realizado, nada menos que la creación de un ser sentimental y racional, no podía compararme con el resto de los vulgares científicos. Ese pensamiento, que al inicio de mi carrera me alentaba, ahora solo sirve para hundirme más y más en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas son la nada misma y, como el arcángel que aspiró la omnipotencia, estoy encadenado en un infierno eterno. Mi imaginación era vívida, pero mis facultades de analizar y aplicar aquello eran intensas; por la unión de esas cualidades concebí la idea y ejecuté la creación de un hombre. Ahora mismo no puedo recordar, sin exaltarme, mis ensoñaciones mientras la obra estaba incompleta. Alcanzaba los cielos en mis pensamientos, gozoso ante mis poderes, inflamado ante la idea de sus efectos. Desde mi infancia, tuve grandes esperanzas y nobles ambiciones, pero nunca pensé que llegaría a donde había llegado.

¡Oh, amigo mío! Si usted me hubiera conocido antes, no me reconocería al verme en este estado de abatimiento. La desesperación rara vez entraba en mi corazón; altos destinos parecían esperarme, hasta que caí para no levantarme nunca, ¡nunca más!

¿Debo abandonar a este admirable hombre? Hace mucho tiempo que deseo tener un amigo; he buscado inútilmente uno con el que simpatizáramos y nos quisieramos recíprocamente. Y ya ves, en estos mares desiertos he encontrado a uno; pero, temo, lo he ganado solo para apreciar su valor y perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero rechaza esa idea.

—Gracias, Walton —me dijo—, por sus buenas intenciones para con un hombre tan desgraciado como yo, pero cuando habla usted de nuevos lazos y nuevos afectos, ¿cree que puedo reemplazar los que he perdido? ¿Puedo tener otro amigo como Clerval? ¿Habrá para mi otra mujer como Elizabeth? Aun cuando esos vínculos no se fomenten por cualidades superiores, los compañeros de nuestra infancia poseen siempre sobre nuestras almas cierto poder que rara vez alcanzan los amigos posteriores. Conocen nuestras disposiciones infantiles, que, aunque después puedan modificarse, nunca se pierden del todo, y pueden juzgar nuestras acciones con mayor seguridad en cuanto a sus verdaderas causas. Un hermano o una hermana nunca pueden, a menos que sus espíritus hayan sido corrompidos desde el principio, sospechar del otro falsedad; mientras que un amigo, por mucho que nos quiera, puede, a despecho de sí mismo, sospechar

de nosotros. Sin embargo, yo he tenido amigos queridos no solo por la costumbre y el trato, sino por sus propios méritos, y mientras yo viva, la dulce voz de mi Elizabeth y las conversaciones de Clerval susurrarán siempre en mis oídos. Han muerto, y en esta soledad en que me encuentro ni un solo sentimiento podría inducirme a conservar la vida. Si me embarcara en una gran empresa o proyecto, cargado de gran utilidad para mis semejantes, podría vivir para cumplirlo. Pero ese no es mi destino; debo perseguir y destruir al ser al que di la existencia; entonces mi destino en la tierra se cumplirá y podré morir.

2 de septiembre

296 Mi querida hermana:

Te escribo amenazado por graves peligros y sin saber si estoy condenado a no a ver nunca más mi querida Inglaterra junto a mis seres amados que en ella viven. Estoy rodeado por montañas de hielo que no me permiten moverme y que a cada momento amenazan destrozar mi buque. Los bravos hombres a quienes persuadí que me acompañaran, me piden ayuda, pero no puedo hacer nada. Hay algo terriblemente horroroso en nuestra situación, pero el valor y la esperanza no me abandonan. Es triste pensar que las vidas de todos estos hombres están en peligro por culpa mía. Si estamos condenados, mis locos proyectos son los responsables.

¿Y cuál será, Margaret, el estado de tu espíritu? No tendrás noticias de mi muerte y esperarás anhelosamente mi

regreso. Pasarán los años, tendrás arranques de desesperación y siempre te sentirás torturada por la esperanza. ¡Oh, querida hermana! La dolorosa angustia de tus anhelos de volverme a ver es para mí una expectativa más dolorosa que mi propia muerte. Pero tienes un marido y lindos niños, puedes ser feliz: ¡que el cielo los bendiga y haga dichosos!

Mi infortunado huésped me trata con la más tierna compasión. Me alienta para que no pierda toda esperanza y habla como si la vida fuera un valor que él ya ha apreciado. Me recuerda cuán frecuentemente han ocurrido accidentes análogos a otros navegantes que se han aventurado por estos mares, y, a despecho de mí mismo, me hace concebir nuevas esperanzas. Hasta los marineros son sensibles al poder de su elocuencia: cuando él habla, ellos ya no desesperan, renacen sus energías y, mientras oyen su voz, creen que estas enormes montañas de hielo han de fundirse ante la voluntad de los hombres. Pero esos sentimientos son pasajeros, cada día de espera aumenta su miedo, y casi temo una sublevación motivada por su desesperación.

5 de septiembre

Acaba de ocurrir algo tan interesante que, aunque es muy probable que nunca llegues a leer estos papeles, no puedo dejar de contártelo.

Todavía estamos rodeados por montañas de hielo, en inminente peligro de ser aplastados y sepultados por

ellas. El frío es excesivo y varios de mis infortunados camaradas han encontrado ya una tumba en este panorama desolador. La salud de Frankenstein decae día a día; una fuerte fiebre bulle todavía en sus ojos y está agotado, y si de pronto hace algún esfuerzo, se hunde después en la más completa apatía.

En mi última carta mencioné el temor a una sublevación de los marineros. Esta mañana, mientras me encontraba contemplando el pálido rostro de mi amigo —tenía los ojos medio cerrados y sus extremidades colgaban con abandono—, me avisaron que una media docena de marineros quería entrar a mi camarote. Entraron y su líder me dirigió la palabra. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los demás para venir ante mí, a hacerme una petición que, en justicia, no podía negarles. Estábamos encerrados por hielo y probablemente nunca podríamos escapar. Sin embargo, temían que, si el hielo se derritiera y pudiéramos abrirnos paso, fuera yo lo suficientemente audaz para querer continuar el viaje y llevarlos a nuevos peligros, después de haber sorteado los actuales. Insistieron, por lo tanto, que les prometiera seriamente que, si el buque algún día se liberaba, inmediatamente me dirigiría hacia el sur.

Ese discurso me preocupó. Yo no había perdido las esperanzas, ni se me había ocurrido hasta ese momento la idea de regresar si quedábamos libres. Sin embargo, ¿podía negarme con justa razón a esa petición? Vacilé antes de contestar, cuando de pronto, Frankenstein, que al principio había permanecido en silencio y parecía tener

apenas fuerzas para oír, se levantó; sus ojos chispearon y las mejillas se le sonrojaron con vigor. Volviéndose al hombre, dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Qué es lo que ustedes piden a su capitán? ¿Han abandonado, acaso, tan fácilmente sus propósitos? ¿No decían que esta era una expedición gloriosa? ¿Y en dónde estaba su gloria? No en que el camino era suave y plácido como un mar del sur, sino en que estaba lleno de peligros y temor; en que, a cada nuevo incidente, su fortaleza tenía que ser demostrada y su coraje exhibido; porque el peligro y la muerte los rodeaba, y eran ustedes suficientemente valientes para desafiarlos. Por eso era gloriosa, por eso era una empresa de honor. Ustedes, después, serían apreciados como los benefactores de su especie, sus nombres serían adorados, como los de aquellos que se enfrentaron a la muerte para honor y beneficio de la humanidad. Y ahora, he aquí, la primera idea de peligro, o, si quieren, la primera fuerte y terrible prueba de su valor, y ustedes quieren retroceder, se consideran felices con ser tratados como hombres que no tienen energía suficiente para sufrir fríos y peligros; pobres de espíritu, se sienten congelados y quieren volver a sus cálidos sillones al lado del fuego. En realidad, para eso no se necesita tanto preparativo, no necesitaban ustedes llegar hasta aquí, infilir a su capitán la vergüenza de una derrota, solo para demostrar que son unos cobardes. ¡Oh! Es necesario que sean hombres, o más que hombres. Sean tenaces en sus propósitos y firmes como una roca. Este hielo no está hecho de la misma materia

que sus corazones; es mutable y no los vencerá si no ustedes así lo desean. No regresen a sus familias con el estigma de la desgracia marcado en sus frentes. Regresen como héroes que han luchado y conquistado, y que no saben lo que es darle la espalda al enemigo.

Habló Frankenstein con voz tan acorde a los diferentes sentimientos que expresaba, con la mirada tan resplandeciente de sublime heroísmo, que los marineros se conmovieron. Se miraron unos a otros y fueron incapaces de replicar. Yo hablé, entonces, les pedí que se retiraran y pensaran en lo que habían oído, que no les llevaría más al norte si verdaderamente no lo deseaban, pero que esperaba que con la reflexión les volvería el coraje.

Se retiraron y me volví hacia mi amigo, pero estaba postrado y casi sin vida.

300

Cómo terminará todo esto, no lo sé, pero prefiero morir a regresar con la vergüenza de no haber realizado mi propósito. Y temo que ese sea mi destino; los marineros, si no son alentados por ideas de gloria y honor, nunca querrán voluntariamente continuar sufriendo las actuales penurias.

7 de septiembre

La suerte está echada; he consentido en regresar si escapamos de aquí. Así, todas mis esperanzas se ven destruidas por la cobardía y la indecisión. Volveré tan ignorante como antes y decepcionado. Es menester más filosofía

de la que yo tengo para soportar esta injusticia del destino con paciencia.

12 de septiembre

Ya es pasado; estamos volviendo a Inglaterra. He perdido todas mis esperanzas de provecho y de gloria... he perdido a mi amigo. Intentaré contarte minuciosamente todo lo ocurrido, querida hermana; y mientras navego hacia Inglaterra y hacia ti, eso me impedirá ser dominado por la desesperación.

El 9 de septiembre, el hielo empezó a moverse, y rugidos como truenos se escucharon a la distancia, como si las islas estallaran y se rompieran en todas direcciones. Estábamos en el más inminente de los peligros, pero como no podíamos hacer nada, mi principal preocupación fue mi huésped, cuya enfermedad se había agravado de tal modo que no podía moverse de la cama. El hielo crujía a nuestro alrededor y éramos arrastrados violentamente hacia el norte. Se levantó una brisa de oeste y, el 11 de septiembre, quedó liberado el paso al sur. Cuando los marineros lo notaron y comprendieron que el regreso a su patria era ya casi seguro, un grito de tumultuosa alegría brotó de sus pechos y Frankenstein, que estaba descansando, despertó y preguntó la causa del bullicio.

301

—Gritan —le dije— porque pronto volveremos a Inglaterra.

—¿Regresa usted, realmente?

—¡Ay! Sí, no puedo negarme a la petición de los marineros. No puedo llevarlos al peligro contra su voluntad, debo volver.

—Hágalo usted, si quiere; pero yo no. Usted puede renunciar a su propósito, pero el mío ha sido asignado por el cielo y no me atrevo a abandonarlo. Estoy débil, pero seguramente los espíritus que me ayudan en mi venganza me darán fuerza suficiente.

Diciendo esto, intentó incorporarse de la cama, pero el esfuerzo era demasiado grande para él, cayó hacia atrás y se desmayó. Demoró algún tiempo en volver en sí; de a ratos llegué a imaginarme que había muerto, pero por fin abrió los ojos. Respiraba con dificultad y no podía hablar. El cirujano a bordo le dio un remedio y nos ordenó que lo dejáramos solo y no perturbáramos su tranquilidad. Me agregó que a mi amigo no le quedaban, seguramente, sino unas cuantas horas de vida.

Estaba sentenciado y yo debía conformarme a compadecerlo y tener paciencia. Poco después volví al lado de su cama a contemplarlo. Tenía los ojos cerrados y creí que dormía, pero pronunció mi nombre con voz muy débil y, después de indicarme que me acercara, me dijo:

—¡Ay! Las fuerzas en que confiaba las he perdido, siento que me moriré pronto, y él, mi enemigo y perseguidor, continuará existiendo. No crea usted, Walton, que en los últimos días de mi existencia estuve sintiendo aquel odio frenético y ardiente deseo de venganza, que otras veces expresé; pero me siento justificado en desear la muerte de mi adversario. Durante los últimos días me he

ocupado en examinar mi conducta pasada y no he encontrado en ella nada de censurable. En un arrebato de eufórica locura, di forma y vida a una criatura racional, y me encontré comprometido con él para asegurarle la felicidad y el bienestar. Ese era mi deber; pero también tenía otras obligaciones hacia los seres de mi propia especie que reclamaban mi atención, de ellas dependían grandes felicidades o desgracias. En cumplimiento de esos deberes me negué, e hice bien en negarme, a crear una compañera para mi primera criatura. Él demostró incomparables crueldades y egoísmo, en pura maldad, asesinó a mis parientes y amigos, se dedicó a matar personas que poseían una sensibilidad exquisita, felicidad y sabiduría; y no sé cómo ni dónde concluirá esa sed de venganza. Ese miserable debe morir, para no hacer miserable a nadie más. La tarea de su destrucción era mía, pero he fallado. Cuando me moví por egoísmo y otras causas mezquinas, le pedí que terminara mi obra inconclusa, y ahora renewo esa petición, solamente inducido por motivos de razón y de virtud.

»Pero no puedo pedirle a usted que renuncie a su país y a sus amigos para realizar esa tarea. Ahora que va usted a regresar a Inglaterra, hay pocas probabilidades de que se encuentre con el monstruo. Pero le dejo a consideración estos puntos y la apreciación de lo que usted estime como sus deberes; mi juicio e ideas ya están perturbadas por la cercanía de la muerte. No me atrevo a preguntarle si tengo razón porque puedo estar extraviado por la pasión.

»Me inquieta que el monstruo viva para ser un instrumento de maldad. Sin embargo, ahora, esperando de un momento a otro el reposo definitivo, soy más feliz de lo que fui alguna vez en los últimos años. La sombra de la amada muerte se inclina hacia mí y yo me acerco a sus brazos. Adiós, Walton. Busque felicidad en la paz y evite la ambición, aun cuando parezca inocente, el ansia de distinguirse en la ciencia y en los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Yo he sido defraudado por estas esperanzas, pero otros pueden tener éxito.

Su voz se hacía más y más débil mientras hablaba; y, por fin, agotado por el esfuerzo, quedó en silencio. Media hora después, intentó hablar de nuevo, pero no pudo. Apertó débilmente mi mano y sus ojos se cerraron para siempre, mientras la gentil sonrisa esbozada en su rostro iba desapareciendo.

Margaret, ¿qué puedo decir sobre la inesperada extinción de este glorioso espíritu? ¿Qué puedo decir para que te hagas una idea de la profundidad de mi dolor? Y todo lo que dijera sería inadecuado e inexpresivo. Mis lágrimas corren, mi mente está ensombrecida por una nube de desencanto. Pero estoy viajando hacia Inglaterra, y allí puedo encontrar consuelo.

Me interrumpen mientras escribo esto, ¿qué ruidos son esos? Es media noche, el viento sopla plácidamente y la guardia en cubierta apenas se mueve. De nuevo; se oye un sonido como de una voz humana, pero más ronca; proviene del camarote donde todavía reposa el cuerpo

de Frankenstein. Debo levantarme y examinar. Buenas noches, hermana.

* * *

¡Gran Dios! ¡Qué escena acabo de presenciar! Aun me estremece recordarla. No sé si tendrá fuerzas para detallarla, pero esta historia estaría incompleta sin esta final y maravillosa catástrofe.

Entré al camarote en donde yacían los restos de mi desventurado y admirable amigo. Sobre el cadáver se inclinaba un monstruo que no encuentro palabras para describir, era de estatura gigantesca, pero extraño y deformé en sus proporciones. Como estaba inclinado sobre el cuerpo, tenía la cara oculta por largas mechas de pelo andrajoso y tenía extendida una mano enorme, parecida en el color y forma a la de una momia. Cuando oyó que me acercaba, cesó de lanzar exclamaciones de pena y de horror y se dirigió hacia la ancha ventana del camarote. Jamás he tenido ante mi vista nada tan horrible como esa cara, tan repugnante al mismo tiempo que era horribilmente fea. Cerré los ojos involuntariamente y procuré discernir cuál era mi deber ante ese monstruo. Le dije que se quedara.

305

Se detuvo y me miró sorprendido. Y nuevamente volvió hacia el inanimado cuerpo de su creador. Parecía haber olvidado mi presencia y todas sus expresiones y gestos parecían inspirados por la más salvaje ira de una pasión indomable.

—¡Esta es también mi víctima! —exclamó—, con su muerte se han completado mis crímenes, ¡la miserable



serie llega a su fin! ¡Oh, Frankenstein! ¡Hombre generoso y abnegado! ¿De qué sirve que ahora te pida perdón? Yo, que te destruí irremediablemente al destruir todo lo que amabas. ¡Ay! Está frío; no puede contestarme.

Su voz sonaba sofocada; y mi primer impulso, que había sido obedecer a la última petición de mi amigo moribundo dando muerte a su enemigo, fue reemplazado por una mezcla de curiosidad y de compasión. Me acerqué al horrible monstruo, pero no me atreví a mirarlo otra vez a la cara por su horrible y sobrenatural fealdad. Quise hablar, pero las palabras no salieron de mi boca. El monstruo continuaba sus exclamaciones de reproche a sí mismo. Por fin, me decidí a hablarle en una pausa de la tempestad de su pasión.

—Su arrepentimiento —le dije— es ahora superfluo. Si usted hubiera oído la voz de su conciencia y atendido las llamadas del remordimiento antes de realizar su diabólica venganza, Frankenstein todavía viviría.

307

—¿Acaso sueñas? —dijo el demonio—. ¿Crees que he sido insensible a la agonía y al remordimiento? Él —continuó, señalando el cuerpo— no ha sufrido con mi venganza ni la diezmilésima parte de lo que yo sufrió durante todo el tiempo de su ejecución. Un egoísmo horrible me movía, pero mi corazón estaba envenenado con arrepentimiento. ¿Cree usted que los gemidos de la agonía de Clerval fueron música para mis oídos? Mi corazón estaba hecho para ser susceptible de amor y empatía, y, cuando la desgracia me condenó al odio y a la maldad, sufrió la violencia de ese cambio con torturas que usted no puede imaginar.

»Después del asesinato de Clerval, volví a Suiza con el corazón destrozado. Compadecía a Frankenstein, y mi compasión rayaba en el horror: me abominaba de mí mismo. Pero cuando supe que él, el autor a la vez de mi existencia y mis indecibles tormentos, se atrevía a tener esperanzas de felicidad; que mientras yo acumulaba desgracias y desesperación, él buscaba su propio placer en sentimientos y pasiones de las que yo estaba privado para siempre, entonces, la envidia impotente y la amarga indignación me dieron una sed insaciable de venganza. Recordé mis amenazas y decidí cumplirlas. Comprendí que esto me traería una tortura mortal, pero era esclavo, más que dueño, de un impulso que detestaba, al cual no podía desobedecer. Arrojé de mi corazón todos los sentimientos, ahogué toda angustia, para luchar en el exceso de mi desesperación. El mal, así, llegó a ser un bien para mí. Lanzado por ese camino, no tenía elección sino adaptar mi naturaleza a un elemento que voluntariamente había elegido. La realización de mis diabólicos designios llegó a ser en mí una pasión insaciable. Y ahora todo ha concluido, ¡he aquí mi última víctima!

Al principio, me conmovió la expresión de dolor del monstruo, pero recordé lo que Frankenstein me había dicho de su elocuencia y su poder de persuasión. Al mirar de nuevo el cadáver de mi amigo, sentí la más viva indignación.

—¡Infame! —dije—, ¿por qué vienes aquí a llorar sobre la desolación que tú mismo has causado? Lanzas una antorcha a un grupo de casas y cuando el fuego las ha

consumido te sientas sobre sus ruinas y lamentas su destrucción. ¡Perverso, hipócrita! Si tu víctima viviera, sería otra vez tu objetivo, sería de nuevo la víctima de tu maledicida venganza. No es lástima lo que tú sientes; lamentas la muerte de tu víctima solo porque con ella tu maldad no tiene ya en qué emplearse.

—Oh, eso no, no es eso —exclamó el monstruo—, aunque esa debe ser la impresión que le hace a usted el propósito aparente de mis acciones. Mas, yo no busco, en mi desgracia, sentimientos que me hermanen con otros. Jamás encontraré empatía alguna. Cuando al principio la busqué, deseaba compartir con alguien la felicidad y afecto que llenaban todo mi ser; pero ahora que la virtud ha llegado a ser para mí una sombra, y la felicidad y el afecto se han transformado en amarga y triste desesperación, ¿en dónde podría encontrar empatía? Estoy contento de sufrir solo, mientras mis sufrimientos perduren; cuando muera, me sentiré satisfecho del odio y la vergüenza que caigan sobre mi memoria.

»Una vez mi imaginación fue calmada con sueños de virtud, fama y placer. Una vez esperé encontrarme con seres que, perdonando mis deformidades, quisieran amarme por las excelentes cualidades que yo era susceptible de poseer. Nutrí mi espíritu con elevados pensamientos de honor y lealtad. Pero, ahora, el crimen me ha rebajado a la situación del más vil de los animales. No podrán encontrarse culpas, delitos, maldades, ni desgracias comparables a las mías. Cuando recorro el horrendo catálogo de mis pecados, no puedo creer que sea yo el mismo cuya mente

se vio en una ocasión poblada de sublimes y trascendentales visiones de la belleza y majestad de la bondad. Pero siempre es así: el ángel caído se convierte en un demonio. Mas, hasta los enemigos de Dios y de los hombres tienen amigos y compañeros en su desolación; yo estoy solo.

»Usted, que llama a Frankenstein su amigo, debe conocer mis crímenes y mis desgracias, pero en el relato que él le hizo no podía tener en cuenta las horas y meses de dolor que he sufrido, gastando mis energías en impotentes pasiones. Porque mientras yo destruía sus esperanzas, no satisfacía mis propios deseos. Fueron siempre ardientes y vivos, pero cuando deseaba amor y compañía era despreciado. ¿No era eso una injusticia? ¿Puede creer que yo fuera el único criminal, cuando todo el género humano pecaba contra mí? ¿Por qué no odian ustedes a Felix, que arrojó injuriosamente de su casa a su amigo? ¿Por qué no maldicen al campesino que intentó matar al salvador de su hija? ¡Ay! ¡Esas son personas virtuosas e inocentadas! Yo, el miserable y el abandonado, soy un aborto y merezco ser despreciado, pateado y pisoteado. Ahora mismo la sangre me hiere al recuerdo de esa injusticia.

»Pero es cierto que soy malvado. He asesinado a seres buenos e indefensos, he estrangulado inocentes mientras dormían, apretado sus cuellos hasta la muerte, a quienes jamás me han hecho mal a mí, ni a nadie. He condenado a la desgracia a mi creador, modelo elegido de todo lo que es digno de amor y admiración entre los hombres, le he perseguido hasta obtener su irremediable

ruina. Ahí está, pálido y frío en la muerte. Ustedes me odian, pero su odio no puede igualar al que me tengo a mí mismo. Miro las manos que mataron, pienso en el corazón que concibió las ideas criminales, y ansío que llegue el momento en que esas manos y esa imaginación dejen de existir.

»No tema usted que vaya a cometer nuevos crímenes. Mi obra está casi realizada. Ni la muerte de usted o cualquier otro ser es necesaria para que se complete el desarrollo de mi existencia y se realice lo que debe ser hecho; basta con solo una. No crea usted que me demoraré mucho en hacer ese sacrificio. Abandonaré este buque en la misma balsa de hielo que me trajo y me dirigiré a las regiones más septentrionales del globo; allí elevaré la fúnebre pira en que ha de consumirse este cuerpo miserable, de forma que sus restos no puedan servir de indicios a ningún pícaro curioso y profano que quisiera crear otro ser como yo. Voy a morir. No sentiré por más tiempo las angustias que ahora me devoran, ni seré ya presa de anhelos insatisfechos e inextinguibles. Quien me llamó a la vida ha muerto; cuando yo no exista, el recuerdo de ambos se perderá rápidamente.

»No veré más el sol ni las estrellas, ni el viento volverá a acariciar mis mejillas. Luz, ideas y sensaciones pasarán; y en esta situación debo encontrar mi felicidad. Hace algunos años, cuando empecé a poder apreciar los espectáculos que el mundo ofrece, cuando sentí el calor del verano y oí el rumor de las hojas junto al canto de los pájaros, y todo eso era para mí, habría llorado a la idea

de la muerte. Ahora, es mi único consuelo. Manchado por el crimen y atormentado por el mayor remordimiento amargo, ¿en dónde puedo encontrar descanso, sino en la muerte?

»¡Adiós! Lo dejo, es usted el último ser humano que verán mis ojos. ¡Adiós, Frankenstein! Si todavía vivieras y alimentaras algún deseo de venganza contra mí, te verías más satisfecho con mi vida que con mi muerte. Pero no fue así, buscaste mi destrucción para que no pudiera hacer mayores daños; sin embargo, si en el mundo en que ahora estás, para mí desconocido, no has cesado de pensar y sentir, no podrías desear contra mí una venganza más cruel que la que yo siento. Desgraciado como eras, mi agonía era peor que la tuya porque el amargo pinchazo del remordimiento no cesará de enconar mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

»Pero pronto —dijo, llorando con tristeza y solemne entusiasmo— moriré, y lo que ahora sufro no lo sufriré más. Pronto concluirán mis infortunios. Subiré a mi fogata funeraria de forma triunfante, y gozaré en mi agonía las caricias de las llamas. La luz de esa hoguera se extinguirá, el viento llevará mis cenizas al mar. Mi espíritu dormirá en paz; si piensa, sin duda lo hará de otra manera. Adiós.

Al concluir, saltó por la ventana del camarote a la balsa de hielo que le esperaba al lado del barco. Pronto fue arrastrado por las olas y se perdió en la oscuridad y la distancia.

La colección de literatura juvenil “Vuela el Pez” de la Biblioteca del Congreso de la Nación reúne obras fundamentales de autores latinoamericanos y universales para niños y adolescentes.

La selección de los títulos tiene la intención de acercar a los jóvenes al maravilloso mundo de la lectura y al universo mágico de las historias.

COLECCIÓN JUVENIL “VUELA EL PEZ”

